

The book cover features a decorative border of black floral and vine motifs on a reddish-brown background. The central text is enclosed in a black frame with decorative flourishes at the top and bottom.

A DUMAS  
—  
LA GUERRA  
DE  
LAS MUJERES

BIBLIOTECA  
DE LOS  
NOVELISTAS  
—  
VE. CH. BOURET



A MEMORIA  
—  
DE LA GUERRA  
DE  
LAS MURRIAS



PQ2227

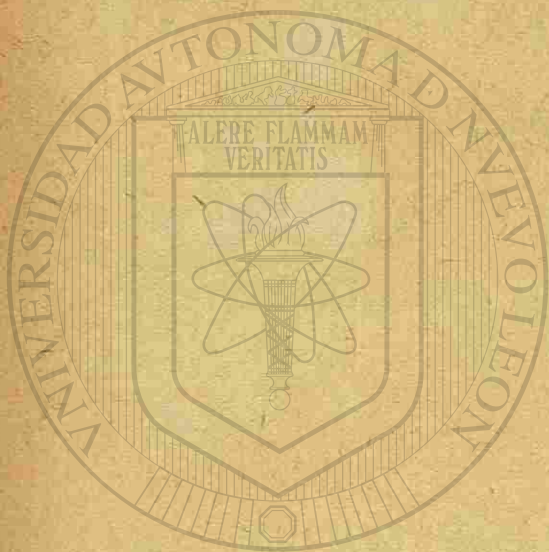
G8

S6

v. 2



1020026296



UANL



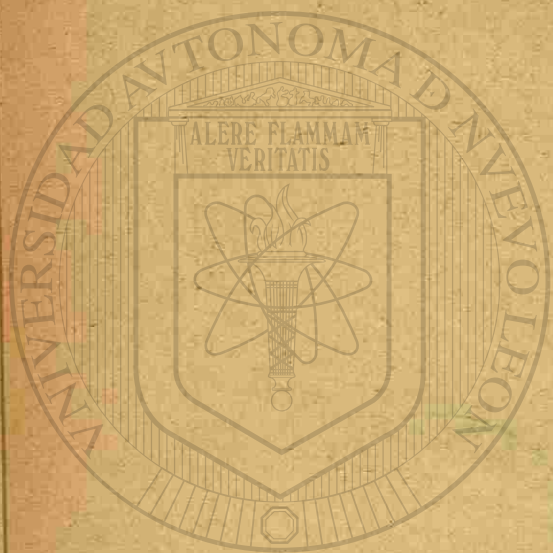
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS







LA GUERRA

DE

LAS MUJERES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. \_\_\_\_\_

Núm. Autor \_\_\_\_\_

Núm. Adg. \_\_\_\_\_

Procedencia \_\_\_\_\_

Precio \_\_\_\_\_

Fecha \_\_\_\_\_

Clasificó \_\_\_\_\_

Catalogó \_\_\_\_\_

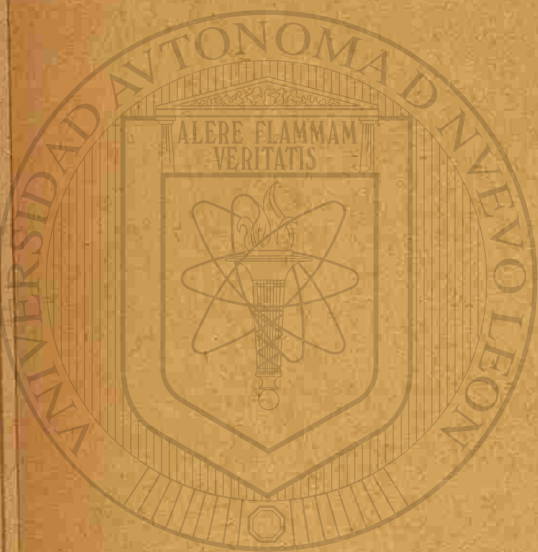
N  
0886g

30001

-8-

cey





LA GUERRA  
DE  
LAS MUJERES

NOVELA HISTÓRICA  
ESCRITA EN FRANCÉS

POR  
ALEJANDRO DUMAS

Nueva edición

TOMO SEGUNDO



098697

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRERÍA DE LA V<sup>DA</sup> DE CH. BOURET  
PARIS | MÉXICO  
23, Rue Visconti, 23 | 14, Cinco de Mayo, 14

1906

PARÍS — LIBRERÍA É IMPRENTA DE LA V<sup>DA</sup> DE CH. BOURET.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

CALLE 1625 MONTEPREY, MEXICO

30001

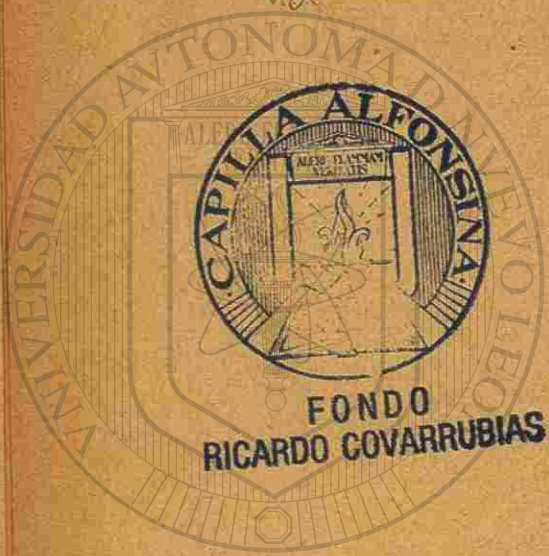
33  
9

PQ 2027

48

56

v.2



**CAPILLA ALFONSINA**  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LA GUERRA

DE

# LAS MUJERES

XXI

La sorpresa

Después de haberse marchado Barrabás, llamó Canolles al oficial, y le rogó le guiase en la revista que quería pasar á sus nuevos estados.

El oficial se puso en el momento á sus órdenes.

Encontró á la puerta una especie de Estado Mayor, compuesto de los demás personajes principales de la ciudadela: conducido por ellos, y pidiendo explicación de todos los recursos de la localidad, vió los baluartes, medias lunas, casamatas, bodegas y graneros. Por último, á las once de la mañana volvió á su habitación, después de haberlo visitado todo. Marchóse entonces su escolta, y quedó solo con el primer oficial que encontró á su llegada.

— Ahora, dijo éste acercándosele misteriosamente, no



le queda que ver al señor gobernador más que un solo aposento y una sola persona.

— ¡ Oh ! murmuró Canolles.

— El aposento de esa persona es aquel, dijo el oficial extendiendo el dedo hacia una puerta, que en efecto aun no había abierto el barón.

— ¡ Ah ! ¿ Es aquél ? dijo Canolles.

— Sí.

— ¿ Y allí está la persona ?

— Sí.

— Bien, bien ; pero dispensad, me siento muy fatigado de haber caminado noche y día, y no tengo esta mañana la cabeza muy buena. Explicaos con alguna más claridad, si lo tenéis á bien.

— Bueno, señor gobernador, continuó el oficial con la más fina sonrisa. El aposento.....

— De la persona... repuso Canolles.

— Que os espera... es aquél. Comprendéis ahora, ¿ no es así ?

Canolles hizo un movimiento, cual si viniese del país de las abstracciones.

— Sí, sí, perfectamente, dijo. ¿ Y puedo entrar ?

— Sin duda, pues que os espera.

— ¡ Vamos, pues ! dijo Canolles.

Y latiendo violentamente su corazón, sin ver á dónde iba, sintiendo confundirse sus temores y sus deseos, á punto de creerse próximo á enloquecer, empujó el barón una segunda puerta, y percibió detrás de una tapicería á la alegre, á la bulliciosa Nanon, que dando un grito como para asustarle, vino á echar sus brazos al cuello del caballero.

El barón quedó inmóvil, con los brazos caídos y la mirada atónita.

— ¡ Vos ! dijo balbuceando.

— ¡ Yo ! contestó ella multiplicando sus risas y sus besos.

La memoria de sus agravios cruzó por la imaginación del barón, que conociendo en el acto el nuevo beneficio de aquella fiel amiga, quedó agobiado bajo el peso de los remordimientos y la gratitud.

— ¡ Ah ! dijo por último, vos me habéis salvado, cuando me perdía como un insensato : vos velabais sobre mí ; sois mi ángel tutelar.

— No me llaméis vuestro ángel, porque soy un diablo, repuso Nanon ; sólo que no aparezco sino en los buenos momentos : confesadlo.

— Tenéis razón, querida amiga ; porque á la verdad, creo que me salváis del patíbulo.

— También lo creo. — Vaya, barón, ¿ cómo estabais, siendo tan perspicaz, tan fino, para dejaros engañar por esas princesas remilgadas ?

El barón se abochornó en extremo ; pero Nanon se había propuesto no echar de ver nada de su turbación.

— No lo sé, dijo él. Á la verdad, yo mismo no lo comprendo.

— ¡ Oh, son muy astutas ! ; Señores, señores, queréis hacer la guerra á las mujeres ! ; Qué es lo que me han contado ? Os han mostrado en vez de la joven princesa una doncella de honor, una camarera, un muñeco... ¿ qué sé yo ?

El barón sentía tocar la fiebre con sus trémulos dedos y su cerebro trastornado.

— He creído ver á la princesa, contestó, yo no la conocía.

— ¿ Y quién era ?

— Una dama de honor, según creo.



— ¡ Ah ! pobre chico. La culpa tiene el traidor de Mazarino. ¡ Que diablos ! Cuando se encarga á cualquiera persona una misión tan importante y difícil como esa, se le da un retrato. Si hubierais tenido ó visto al menos un retrato de la princesa, ciertamente la hubierais conocido. Pero no hablemos de eso. ¿ Sabéis que ese pícaro de Mazarino quería echaros á los sapos, so pretexto de que habiais sido traidor al rey ?

— Ya lo creí así.

— Pero yo he dicho : Hagámoste echar á las Nanones. ¿ He obrado bien ? Decid.

Por muy preocupado que el barón estuviese con la idea de la señora de Cambes, aunque llevase su retrato sobre el corazón, no pudo resistir á esta exquisita bondad, á aquella alma que centelleaba en los más lindos ojos del mundo. Bajó, pues, la cabeza, y apoyó sus labios en la mano delicada que se le tendía.

— ¿ Y habéis venido aquí á esperarme ?

— Yo iba á encontraros en París para traer os llevaba vuestro despacho, porque esta ausencia se me hacía demasiado larga, y á solas con el señor de Epernon, me aburria, porque el peso de sus negocios gravitaba todo entero sobre mi vida monótona. Supe vuestro percance. — Á propósito, me olvidaba deciros, que sois mi hermano, ¿ lo sabéis ?

— Creí adivinarlo al leer vuestra carta.

— Sin duda nos habian vendido. La carta que os había escrito cayó en malas manos. El duque llegó furioso : yo le dije que erais mi hermano, pobre Canelles ; de suerte que ahora estamos protegidos por la unión más legítima. ¡ Ea ! ya estáis poco menos que casado, mi pobre amigo.

Canolles se dejó arrastrar por el indecible atractivo de aquella mujer. Después de haber besado sus blancas

manos, besó sus negros ojos... La sombra de la vizcondesa debió escaparse cubriéndose lúgubramente la cabeza.

— Desde entonces, continuó Nanon, todo lo he previsto, todo lo he evitado ; he hecho del señor de Epernon vuestro protector, ó mejor dicho, vuestro amigo, y he aplacado la cólera de Mazarino. Por último, he escogido por retiro á San Jorge ; porque bien lo sabéis, caro amigo, todavía quieren apedrearme. No queda en el mundo nadie que me ame un poquito más que vos, mi querido Canolles. Vaya, decidme que me amáis.

Y la seductora sirena, echando ambos brazos al cuello de Canolles, fijó su ardiente miraba en los ojos del joven, como para buscar su pensamiento en lo más profundo de su corazón.

El barón sintió en aquel corazón que trataba de leer Nanon, que no podía continuar insensible á tantos sacrificios. Un presentimiento oculto le decía que habia en Nanon algo más que amor, la generosidad ; y que no sólo le amaba, sino que le perdonaba también.

El barón hizo un movimiento de cabeza, que respondía á la demanda de Nanon, porque no se habia atrevido á decirle de palabra que la amaba, aunque todos sus recuerdos concurriesen en su favor en el fondo de su pecho.

— He elegido la isla de San Jorge, continuó ella, para poner en salvo mi dinero, mis pedrerías y mi persona. ¿ Qué otro hombre que el que me ama, me he dicho, puede salvar mi vida ? ¿ Quién sino mi dueño puede conservar mis tesoros ? Sí, querido amigo, todo está en vuestras manos, mi existencia, mis riquezas ; velaréis cuidadosamente por todo. ¿ Seréis buen amigo y guardia fiel ?



En este momento resonó una trompeta en la plaza de armas, y vino á vibrar en el corazón de Canolles. Tenía delante de sí el amor más elocuente que jamás ha existido, y á cien pasos de allí la guerra amenazadora, la guerra que inflama y embriaga.

— ¡Oh, sí, Nanon! exclamó. Vuestra persona y vuestros bienes están seguros á mi lado; y os juro que moriré por salvaros del menor peligro.

— ¡Gracias, mi noble caballero! estoy bien convencida de vuestro valor y de vuestra generosidad. ¡Ay de mí! añadió sonriendo. ¡Quisiera estar tan segura de vuestro amor!

— ¡Oh! murmuró el barón, vivid segura.....

— Bien, bien, dijo Nanon, obras son amores. El amor no se prueba con juramentos; y por lo que hagáis, caballero, juzgaré de vuestro amor.

Y pasando alrededor del cuello de Canolles los brazos más lindos del mundo, inclinó su cabeza sobre el pecho palpitante del joven.

— Ahora, dijo ella para sí, es menester que olvide, y olvidará.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## XXII

## El encuentro

El mismo día que el barón había sido arrestado en Jaulnay delante de la vizcondesa, partió ésta con Pompeyo para ir á reunirse con la señora princesa, que se hallaba á la vista de Contras.

El primer cuidado del digno escudero, fué tratar de probar á su señora que si el bando de Cauviñac no había exigido ningún rescate, ni cometido violencia alguna con la hermosa viajera, debía atribuirse esta felicidad á su aspecto imponente y á su experiencia de la guerra. Verdad es que la vizcondesa, menos fácil de persuadir que creyera Pompeyo, le hizo observar que había desaparecido y no se le había vuelto á ver hasta después de una hora lo menos; pero Pompeyo la dijo que durante aquella hora había estado oculto en un corredor, en el cual, con la ayuda de una escala, había preparado á la vizcondesa una fuga segura; sólo que había sido necesario hacer frente á dos soldados desenfrenados que le disputaban la posesión de aquella escala, la que había hecho él con el indómito valor que tenía acreditado.

Esta conversación llevó naturalmente á Pompeyo á hacer el elogio de los soldados de su tiempo, fieros contra el enemigo, como lo habían probado en el sitio de Montalbán y en la batalla de Corbia, pero políticos y



En este momento resonó una trompeta en la plaza de armas, y vino á vibrar en el corazón de Canolles. Tenía delante de sí el amor más elocuente que jamás ha existido, y á cien pasos de allí la guerra amenazadora, la guerra que inflama y embriaga.

— ¡Oh, sí, Nanon! exclamó. Vuestra persona y vuestros bienes están seguros á mi lado; y os juro que moriré por salvaros del menor peligro.

— ¡Gracias, mi noble caballero! estoy bien convencida de vuestro valor y de vuestra generosidad. ¡Ay de mí! añadió sonriendo. ¡Quisiera estar tan segura de vuestro amor!

— ¡Oh! murmuró el barón, vivid segura.....

— Bien, bien, dijo Nanon, obras son amores. El amor no se prueba con juramentos; y por lo que hagáis, caballero, juzgaré de vuestro amor.

Y pasando alrededor del cuello de Canolles los brazos más lindos del mundo, inclinó su cabeza sobre el pecho palpitante del joven.

— Ahora, dijo ella para sí, es menester que olvide, y olvidará.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## XXII

## El encuentro

El mismo día que el barón había sido arrestado en Jaulnay delante de la vizcondesa, partió ésta con Pompeyo para ir á reunirse con la señora princesa, que se hallaba á la vista de Contras.

El primer cuidado del digno escudero, fué tratar de probar á su señora que si el bando de Cauviñac no había exigido ningún rescate, ni cometido violencia alguna con la hermosa viajera, debía atribuirse esta felicidad á su aspecto imponente y á su experiencia de la guerra. Verdad es que la vizcondesa, menos fácil de persuadir que creyera Pompeyo, le hizo observar que había desaparecido y no se le había vuelto á ver hasta después de una hora lo menos; pero Pompeyo la dijo que durante aquella hora había estado oculto en un corredor, en el cual, con la ayuda de una escala, había preparado á la vizcondesa una fuga segura; sólo que había sido necesario hacer frente á dos soldados desenfrenados que le disputaban la posesión de aquella escala, la que había hecho él con el indómito valor que tenía acreditado.

Esta conversación llevó naturalmente á Pompeyo á hacer el elogio de los soldados de su tiempo, fieros contra el enemigo, como lo habían probado en el sitio de Montalbán y en la batalla de Corbia, pero políticos y



afables para con sus compatriotas, cualidades, que preciso era confesarlo, afectaban poco á los soldados contemporáneos.

El hecho es que sin sospecharlo, Pompeyo acababa de escapar de un inmenso peligro, el de ser reclutado. Como tenía por costumbre marchar con la vista al frente, el pecho descubierto militarmente y con una presencia de Nembrod, desde el primer momento había llamado la atención de Cauviñac; pero merced á los sucesos subsiguientes que habían cambiado el curso de las ideas del capitán; merced á doscientas pistolas que le había dado Nanon por no ocuparse de nadie más que de Canolles; merced á esa reflexión filosófica, de que la pasión de los celos es la más espléndida de todas, y que es menester explotar los celos cuando nos salen al encuentro, el querido hermano había despreciado á Pompeyo y dejado á la vizcondesa continuar su camino para Burdeos; porque en efecto, á los ojos de su hermana Nanon, Burdeos estaba aun muy cerca de Canolles; y ella hubiera querido ver á la señora de Cambes en el Perú, en las Indias ó en Groenlandia.

Por otra parte, cuando Nanon reflexionaba que de allí en adelante iba á poseer sola y á tener entre muy buenos muros á su querido Canolles, y que excelentes fortificaciones poco accesibles á los soldados del rey guardarían también á la señora de Cambes prisionera en su rebelión, sentíase dilatar por esos infinitos goces que sólo conocen sobre la tierra los niños y los amantes.

Ya hemos visto cómo este sueño se había realizado y cómo Canolles y Nanon se encontraron en la isla de San Jorge.

Al mismo tiempo la vizcondesa caminaba triste y atemorizada. Pompeyo, á pesar de todas sus jactancias,

estaba muy distante de poderla tranquilizar; y no sin recibir gran sobresalto, vió á la caída de la tarde del día que saliera de Jaulnay, una considerable turba de caballeros, que venían siguiendo un camino transversal.

Eran estos caballeros los mismos que volvían del famoso entierro del duque de Larochehoucault, entierro, que bajo pretexto de rendir todos los honores oportunos á su padre, había servido al señor príncipe de Marsillac para sacar de Francia y de Picardía toda la nobleza que más detestaba aun á Mazarino y que no era afectá á la familia de Condé. Pero una cosa chocó singularmente á la vizcondesa, y sobre todo á Pompeyo: de aquellos caballeros, unos traían el brazo en cabestrillo, otros sostenían en el estribo una pierna cubierta de vendajes, y muchos de ellos tenían vendas ensangrentadas en la frente. Era menester verles de muy cerca para reconocer en aquellos caballeros tan mal parados, á los activos y rozagantes cazadores que corrieran el gamo en el parque de Chantilly.

Pero el miedo tiene ojos de lince. Pompeyo y la señora de Cambes reconocieron bajo aquellas ensangrentadas vendas, algunos semblantes.

— ¡Cáspita! dijo Pompeyo. Ved ahí, señora, un entierro que se ha efectuado por malos caminos. Es preciso que la mayor parte de esos caballeros se hayan caído de sus caballos, para venir tan arañados.

— Eso estoy observando, dijo la vizcondesa.

— Esto me recuerda la retirada de Corbia, dijo Pompeyo con orgullo; sólo que aquella vez no estaba yo en el número de los bravos que vienen, sino en el de los que son traídos.

La señora de Cambes dijo con cierta inquietud á vista



de una expedición que se presentaba bajo tan tristes auspicios :

— ¿ Pero no manda nadie á estos caballeros ? ¿ No tienen jefe ? ¿ Ha sido muerto este jefe, que no se le vé ? Mirad.

— Señora, repuso Pompeyo acomodándose erguidamente en la silla, nada más fácil que conocer á un jefe entre la gente que comanda. Comunmente, en un escuadrón, el oficial marcha en el centro con sus subalternos : en la acción marcha detrás, ó sobre el flanco de la tropa. Tended la vista hacia los diferentes puntos que os designo, y juzgaréis por vos misma.

— No veo nada. Pompeyo; pero se me figura que se nos sigue. Mirad hacia atrás.....

— ¿ Hum, hum ! No, señora, repuso Pompeyo tosiendo, pero sin volver la cabeza, por temor de ver efectivamente á alguno. No viene nadie; pero mirad el jefe. ¿ No podrá ser aquel de la pluma roja?... No... ¿ El de la espada dorada?... No... ¿ Aquel del caballo pío, semejante al del señor de Turena?... No... Esto sí que es efectivamente raro; sin embargo, ahora no hay peligro, y el jefe pudiera dejarse ver, que no es aquí lo mismo que en Corbia.

— Os engañáis, Maese Pompeyo, dijo detrás del pobre escudero, poniéndole á punto de caer trastornado, una voz aguda y sarcástica; os engañáis; esto es mucho peor que lo de Corbia.

Volvió la señora de Cambes vivamente la cabeza, y vió á dos pasos de ella á un caballero de mediana talla y de una presencia sencillamente afeclada, que la miraba con unos ojos brillantes y profundos, como los del zorro. Con sus espesos cabellos negros, sus labios delgados y volubles, su palidez biliosa y su frente sombría, inspiraba

este caballero tristeza en medio del día, y de noche tal vez terror.

— ¿ El señor príncipe de Marsillae ! exclamó la señora de Cambes conmovida. ¿ Ah ! Seáis bien venido, caballero.

— Decid el duque de Larochevoucault, señora, porque ya que es muerto mi padre, soy heredero de este nombre, bajo el cual, buenas ó malas, van á inscribirse las acciones de mi vida.

— Venis... dijo la vizcondesa con indecisión.

— Venimos batidos, señora.

— ¿ Batidos, justo cielo, vos !

— Sí. Digo que venimos batidos, señora, porque soy naturalmente poco fanfarrón, y me digo á mi mismo la verdad, como se la digo á los demás. Á no ser así, pudiera pretender que volvemos vencedores; pero en realidad, somos batidos, puesto que ha fracasado nuestro intento sobre Saumur. He llegado muy tarde, y hemos perdido la plaza importante que Jarzé acababa de rendir. De aquí en adelante, suponiendo que la señora princesa se apodere de Burdeos, como se le había prometido, toda la guerra se concentrará en la Guiena.

— Pero, si como he creído entender, preguntó la vizcondesa, se ha efectuado la capitulación de Saumur sin combate, ¿ cómo es que todos esos caballeros vienen heridos de ese modo ?

— Porque, dijo Larochevoucault con una especie de orgullo que no le fué posible disimular, á pesar de su dominio sobre sí mismo, porque hemos encontrado ciertas tropas reales.

— ¿ Y se las ha batido ? dijo con viveza la señora de Cambes.

— ¿ Oh, Dios mío ! sí, señora.



— ¿Conque ya ha sido derramada por franceses la primera sangre francesa, y vos, señor duque, habéis dado el ejemplo?

— ¡Yo, señora!

— ¡Vos, tan mirado, tan frío, tan sabio!

— Algunas veces, cuando se defiende contra mí un partido injusto, á fuer de apasionarme por la razón, llego á hacerme poco razonable.

— ¿Á lo menos, no estáis herido?

— No. Esta vez he sido más afortunado que en las Lincas y en París. Entonces creía haber ganado ya bastante en la guerra civil, para no volver á entrar en cuentas con ella; pero me engañaba. ¿Qué queréis? El hombre suele alzar proyectos siempre sin consultar á la pasión, el único y verdadero arquitecto de su vida, que constantemente reforma su edificio, cuando no le destruye de un golpe.

La vizcondesa se sonrió. Acordóse que la Rochefoucault había dicho que por los bellos ojos de la señorita de Longueville, había hecho la guerra á los reyes, y la haría á los dioses.

No se escapó al duque esta sonrisa; y sin dejar á la señora de Cambes tiempo para hacer seguir á la sonrisa el pensamiento que la hiciera nacer, continuó:

— Pero, señora, permitidme que os felicite, porque á la verdad, sois un modelo de bravura.

— ¿Por qué?

— ¿Cómo por qué? ¡Viajar así sola, sin más que un escudero, como una Clorinda ó una Bradamante! ¡Oh! Á propósito, he sabido vuestra admirable conducta en Chantilly. Me han asegurado que habéis burlado admirablemente á un pobre diablo de oficial real... Victoria

fácil, ¿no es cierto? añadió el duque con aquella sonrisa y aquella mirada que tanto significaban en él.

— ¿Cómo? preguntó la vizcondesa conmovida.

— Digo fácil, continuó el duque, porque no combatía contra vos con armas iguales. Con todo, me ha chocado una cosa en la relación que me han hecho de esa aventura...

Y el duque fijó sus ojillos en la señora de Cambes con más encarnizamiento que nunca.

No había medio de que la vizcondesa se batiese en retirada torrosa. En consecuencia, se preparó una defensa, que resolvió hacer lo más vigorosa posible.

— Hablad, señor duque, dijo: ¿qué cosa es esa que os ha chocado?

— Vuestra gran habilidad, señora, al ejecutar ese papelito cómico. Porque en efecto, si he de creer lo que se me ha dicho, el oficial había visto ya á vuestro escudero, y á vos misma, según creo.

Estas últimas palabras, aunque proferidas con toda la habilidad y reserva de un hombre de tacto, no dejaron de producir una profunda impresión en la vizcondesa.

— ¿Que me había visto, decís?

— Poco á poco, señora, entendámonos; no soy yo quien lo dice, sigue hablando aun ese personaje indefinido á quien llaman *Se*, y á cuyo poder están sometidos lo mismo los reyes que el último de sus vasallos.

— ¿Y dónde me había visto?

— Se dice que en el camino de Liburnio á Chantilly, en una aldea llamada Jaulnay: sólo que la entrevista no fué muy larga, con el motivo de haber recibido el caballero orden del señor duque de Epernon de partir en el mismo instante para Mantes.

— Pero si ese caballero me había ya visto, señor



duque, ¿cómo era posible que no me conociese?

— ¡Ah! el famoso Se, de que hace un momento os hablaba, y que á todo responde, decía que la cosa era posible, en atención á que la entrevista tuvo lugar á oscuras.

— Esta vez, señor duque, repuso la señora de Cambes palpitante, no sé en verdad lo que queréis decir.

— Entonces, contestó el duque con una ingenuidad fingida, quiere decir que me habrán informado mal; y luego, por más que se diga, ¿qué es el encuentro de un instante? Verdad es, señora, añadió con galantería el duque, verdad es que vuestro talento y vuestro rostro son capaces de dejar una impresión profunda, aunque la entrevista hubiese durado tan sólo un instante.

— Pero eso no era posible, contestó la señora de Cambes, puesto que vos mismo habéis dicho que la entrevista se efectuó á oscuras.....

— Es cierto, habláis perfectamente, señora; y confieso que yo soy el engañado, á no ser que antes de la entrevista os hubiese ya visto ese joven, en cuyo caso la aventura de Jaulnay no sería como se ha dicho un encuentro.....

— ¿Qué podía ser entonces? repuso la señora de Cambes. Cuidado con vuestras palabras, señor duque.

— Ya veís, me encuentro cortado; nuestra querida lengua francesa es tan pobre, que en vano busco una palabra que transmita mi pensamiento. Sería... un *apuntamento*, como dicen los italianos, una *assignation*, como dicen los ingleses.

— Pero, si no me engaño, señor duque, dijo la vizcondesa, esas dos palabras traducidas al francés significan cita.

— Vamos, contestó el duque, he dicho una necesidad en

dos lenguas, y precisamente hablando con una persona que las entiende ambas. Perdonadme, señora, parece que el italiano y el inglés son tan pobres como el francés.

La señora de Cambes se contrajo el corazón con la mano izquierda para respirar más libremente, pues se sentía sofocada. Se le ocurrió una cosa que siempre había sospechado, y es que por ella el señor de Larochevoucault había sido infiel á la de Longueville, de pensamiento ó de deseo al menos; y que al hablar así, le impelia á hacerlo un sentimiento de celos. En efecto, dos años antes, el príncipe de Marsillac le había hecho la corte con la asiduidad que permitían aquel carácter reservado, sus perpetuas incertidumbres y aquellos eternos recelos que le constituían en el más rencoroso enemigo cuando dejaba de ser el amigo más complaciente. Por esto la señora de Cambes no quiso romper con un hombre que llevaba tan de frente los negocios públicos y los más familiares intereses.

— ¿Sabéis, señor duque, dijo, que sois un hombre muy apreciado en las circunstancias en que nos encontramos, sobre todo, y que Mazarino, aunque se pique, no tiene una policía tan bien montada como la vuestra?.....

— Si no supiese nada, señora, repuso el duque de Larochevoucault, me parecería mucho á ese buen ministro, y no tendría en tal caso ningún motivo de hacerle la guerra. Pero yo trato, poco más ó menos, de estar al corriente de todo.

— ¿Hasta de los secretos de vuestras aliadas, dado caso que los tuviesen?

— Acabáis de pronunciar una palabra que se interpretaría muy mal si se supiese: un secreto de mujer. ¿Luego ese viaje y ese encuentro son un secreto?

— Entendámonos, señor duque, porque no tenéis



razón más que á medias. El encuentro fué una casualidad. El viaje era un secreto, y un secreto de mujeres; pues en efecto, nadie tenía noticia de él más que la señora princesa y yo.

El duque se sonrió. Esta excelente defensa aguzaba su perspicacia.

— Y Lenet, dijo el duque, y Richón, y la señora de Tourville, y hasta un cierto vizcondécito de Cambes, que no conozco, y de quien he oído hablar por primera vez en esta ocasión... Es cierto, que siendo este último hermano vuestro, me podréis decir que no salía el secreto de la familia.

La señora de Cambes se echó á reír por no irritar al duque, cuyo entrecejo veía ya ondular.

— ¿Sabéis una cosa, duque?

— No; pero decídmela, y si es un secreto, señora, os prometo ser tan discreto como vos, y no decirlo más que á mi estado mayor.

— Está bien: podéis hacerlo; no deseo otra cosa, aunque por ello me haga enemiga de una gran princesa, cuyo odio no es muy conveniente arrostrar.

La frente del duque se coloró imperceptiblemente.

— Y bien, ¿ese secreto? dijo.

— ¿No sabéis qué compañero me destinaba la princesa en el viaje que me hiciera emprender?

— ¡No!

— ¿Erais vos?

— En efecto, recuerdo que la señora princesa me envió á decir si podría servir de escolta á una persona que viajaba de Liburnio á Paris.

— ¿Y vos rehusasteis?

— Me detenían negocios indispensables en Poitou.

— Si: teniais que recibir los correos de la señora de Longueville.

Larochefoucault miró vivamente á la señora de Cambes, como para sondear el fondo de su corazón antes que la huella de estas palabras hubiese desaparecido; y acercándose á ella, la dijo:

— ¿Me reconvénis?

— No tal. Vuestro corazón está también puesto en ese lugar, señor duque, que tenéis derecho á esperar paratiempos en vez de reconvenciones.

— ¡Ah! repuso el duque suspirando á su pesar. ¡Pluguiera al cielo que hubiese hecho con vos ese viaje!

— ¿Por qué?

— Porque entonces no habria ido á Saumur, respondió el duque con un tono, que significaba tenía dispuesta otra contestación, pero que no se atrevía ó no queria darla.

— Richón se lo habrá dicho todo, pensó la vizecondesa.

— Pero al cabo, continuó el duque, no me quejo de mi desgracia privada, puesto que resulta de ella un bien público.

— ¿Qué queréis decir, señor duque? No os comprendo.

— Quiero decir, que si hubiese ido con vos, no os habrais encontrado con un oficial, que así el cielo protege nuestra causa, como es el mismo que Mazarino envió á Chantilly.

— ¡Ah, señor duque! dijo Clara con una voz oprimida por un doloroso y reciente recuerdo. ¡No os chanceis acerca de ese desgraciado oficial!

— ¿Por qué? ¿Es persona sagrada?

— Sí, por ahora; porque los grandes infortunios tienen para las almas nobles su sagrado, como las fortunas más elevadas. Tal vez á estas horas ese oficial habrá



muerto, caballero, pagando su error ó su sacrificio con la vida.

— ¿Muerto de amor? preguntó el duque.

— Hablemos formalmente, caballero. Bien sabéis que si yo entregase mi corazón á alguno, no sería á quien encontrase en medio de un camino. Os digo que ese infeliz ha sido arrestado hoy mismo por orden de Mazarino.

— ¡Arrestado! dijo el duque. ¿Y cómo sabéis eso? ¿Por un encuentro también?

— ¡Oh, Dios mío, sí! Yo pasaba por Jaulnay...

¿Conocéis á Jaulnay?

— Perfectamente; allí fué donde recibí una cachillada en el hombro. Pasabais por Jaulnay: ¿no es en esa misma aldea donde afirma la relación?... .

— Dejemos la relación, repuso ruborizándose la vizcondesa. Pasaba por Jaulnay, como os digo, cuando vi que una tropa de gente armada arrestaba y traía á un hombre: aquel hombre era él.

— ¿Él, decís? ¡Ah! ¡Cuidado con eso, señora! ¡Habéis dicho él!

— Él, sí: el oficial. ¡Por Dios, señor duque, sois muy profundo! Dejaos de sutilezas; y si tenéis piedad de ese desgraciado...

— ¡Piedad, yo! exclamó el duque. ¡Bah, señora! ¿Acaso tengo tiempo de apiadarme, sobre todo de gentes que no conozco?... .

La señora de Cambes miró á hurtadillas el rostro pálido de Larochehoucault y aquellos delgados labios crispados por una sonrisa apagada, y se estremeció á su pesar.

— Señora, dijo el duque, quisiera tener el honor de acompañaros por más tiempo, pero debo poner una guarnición en Montroud; disimulad si os dejo. Veinte caba-

llos más felices que yo, os servirán de escolta hasta tanto que os hayáis reunido á la princesa, á quien os suplico tengáis la bondad de hacer presentes mis respetos.

— ¿No venis á Burdeos? preguntó la vizcondesa.

— Por ahora no: voy á Turena á encontrarme con el señor de Bouillon. Debatisimos políticamente sobre quién ha de dejar de ser general en esta guerra: mis negocios van viento en popa; así es, que creo vencerle y quedarme de lugar-teniente.

Á estas palabras, el duque saludó ceremoniosamente á la señora de Cambes, y recobró á pasos lentos el camino que seguía su tropa de caballeros.

La señora de Cambes le siguió con la vista, murmurando:

— ¡Su piedad! ¡Yo invocaba su piedad! — Bien ha dicho: no tiene tiempo de apiadarse.

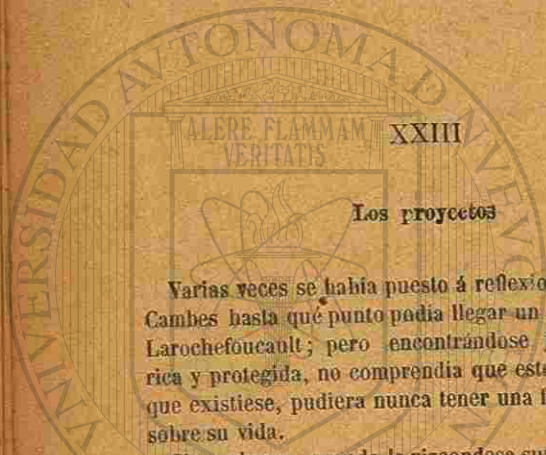
Entonces vió destacarse hacia ella un grupo de caballeros y perderse el resto de la tropa en el bosque inmediato.

Detrás del escuadrón iba pensativo é inclinado hacia el cuello de un caballo, aquel hombre de falsa mirada y blancas manos, que más tarde escribía á la cabeza de sus Memorias esta frase, bastante extraña para un filósofo moralista:

«Creo que es necesario demostrar compasión, pero » guardarse de tenerla. Esta es una pasión que para nada » sirve en un alma bien formada, que sólo conduce á » debilitar el corazón, y que debe dejarse al pueblo, que » no teniendo jamás razón de sus hechos, necesita una » pasión para obrar.»

Dos días después, la vizcondesa se había reunido con la princesa.





### Los proyectos

Varias veces se había puesto á reflexionar la señora de Cambes hasta qué punto podía llegar un odio como el de Larochevoucault; pero encontrándose joven, hermosa, rica y protegida, no comprendía que este odio, dado caso que existiese, pudiera nunca tener una funesta influencia sobre su vida.

Sin embargo, cuando la vizcondesa supo, á no dudarlo, que se había inquietado por ella hasta el punto de haber adquirido las noticias que sabia, se adelantó á asegurar su posición cerca de la princesa.

— Señora, la dijo al contestar á los cumplidos que aquélla le hacía, no me felicitéis tanto por la pretendida destreza que en esta ocasión he desplegado, porque hay quien asegura que el oficial burlado sabía á qué atenerse sobre la verdadera y la falsa princesa de Condé.

Pero como esta suposición privaba á la princesa de la parte de mérito que ella pretendía haber desplegado en la ejecución de aquel ardid, naturalmente no quiso darle ningún crédito.

— Si, si, mi querida Clara, le dijo: sí, comprendo. Hoy que nuestro caballero se ve engañado por nosotras, querrá darse la importancia de habernos favorecido; des-

graciadamente ha acordado tarde, esperando á caer en desagrado por este motivo. Pero, á propósito, ¿me habeis dicho haber encontrado en el camino al señor de Larochevoucault.

— Si, señora.

— ¿Qué os ha dicho de nuevo?

— Que iba á Turena con el fin de concertarse con el de Bouillon.

— Si, hay certamen entre ellos, ya lo sé; los dos aparentan rehusar este honor, y ambos quieren ser generalisimos de nuestros ejércitos. En efecto, cuando demos la paz, el rebelde más temible tendrá más derecho á hacerse pagar, caras sus demasías. Pero, á fin de ponerles de acuerdo, tengo un plan de la señora de Tourville.

— ¡ Oh! exclamó Clara sonriendo al oír este nombre. ¿ V. A. se ha reconciliado ya con su consejera ordinaria?

— Preciso: se nos reunió en Monte-redondo, trayendo un rollo de papel, con una gravedad que nos hizo morir de risa á Lenet y á mí. « Aunque V. A., me dijo, no haga ningún caso de estas reflexiones, fruto de laboriosas tareas, yo rindo un tributo á la asociación generosa..... »

— ¡ Calle! pues es un verdadero discurso.

— En tres puntos.

— ¿ Al que V. A. respondió?... »

— No: cedi la palabra á Lenet. « Señora, dijo él, jamás hemos pensado poner en duda vuestro celo, ni mucho menos vuestras luces: ellas tienen para nosotros tanto valor, que cada dia las recordábamos con tristeza la señora princesa y yo... » En una palabra, le dijo además tan lindas cosas, que la sedujo hasta el punto de entregarle ella misma su plan.

— ¿ Y es?... »



— De no nombrar generalísimo ni al de Bouillon, ni al de Larochevoucault, sino á Turena.

— Y bien, dijo la señora de Cambes, pues me parece que la consejera hablaba perfectísimamente esta vez. ¿Qué decís á eso, señor Lenet?

— Digo que la señora vizcondesa tiene razón, y que añade un buen voto á nuestras deliberaciones, respondió Lenet, que justamente entraba en aquel momento con un rollo de papel, con la misma gravedad que habría podido hacerlo la señora de Tourville. Por desgracia, continuó, el señor de Turena no puede dejar el ejército del Norte, y nuestro plan exige que marche sobre Paris al mismo tiempo que Mazarino y la reina marchen sobre Burdeos.

— Siempre habréis observado, mi querida amiga, que Lenet es el hombre de las imposibilidades. Así, pues, ni el de Bouillon, ni el de Larochevoucault, ni Turena, son nuestros generalísimos, ¿sino Lenet! — ¿Qué espera V. E.? ¿Es una proclamación!

— Sí, señora.

— ¡La de la señora de Tourville! se entiende.

— ¡Justamente, señora! salvo algunas enmiendas de redacción. Ya sabéis: ¡el estilo de la Cancelería!.....

— ¡Bueno, bueno! dijo riendo la princesa. No tenemos necesidad de ceñirnos á la letra; que haya el sentido, y basta.

— Ese le hay, señora.

— ¿Y dónde debe firmar el señor de Bouillon?

— En la misma línea que el señor de Larochevoucault.

— Eso no es decirme donde firmará Larochevoucault.

— El señor de Larochevoucault firmará debajo del señor duque de Enghien.

— ¡El señor duque de Enghien no debe firmar tal

acta! ¡Un niño! ¿Lo habéis reflexionado bien, Lenet?

— ¡Lo he reflexionado, señora! Cuando muere el rey, el Delfin le sucede, aunque no tenga más que un día... ¿Por qué no habrá de ser el delfin de la casa de Condé como el de la casa de Francia?

— Pero ¿qué dirá de Larochevoucault? ¿Qué dirá de Bouillon?

— El primero ha dicho, señora, y se ha marchado después de decir: el segundo lo sabrá cuando ya esté hecho, y por consiguiente, diga lo que le parezca ó lo que quiera, poco nos importa.

— Ved ahí la causa de esa frialdad que os ha demostrado el duque, Clara.

— Dejadle que se enfrie, señora; ya se calentará á los primeros cañonazos que nos dispare el mariscal de La Meilleray. Esos señores quieren hacer la guerra; pues bien, ¡que la hagan!

— Cuidado con descontentarlos mucho, Lenet, dijo la princesa. No tenemos más que á ellos.....

— Y ellos no tienen más que vuestro nombre; que prueben á batirse por su cuenta, y verán cuánto tiempo se sostienen.

Hacia ya algunos segundos que la señora de Tourville había llegado, y al aire radioso y satisfecho de su semblante, había sucedido una sombra de inquietud, que se aumentó con las últimas palabras de su rival consejero. Entonces se adelantó con viveza y dijo:

— ¿Tendría la desgracia el plan que he propuesto á V. A. de no obtener la aprobación del señor Lenet?

— Al contrario, señora, dijo Lenet inclinándose, he conservado cuidadosamente la mayor parte de vuestra redacción; sólo que en vez de ser firmada la proclamación por el duque de Bouillon ó el de Larochevoucault,



la firmará monseñor el duque de Enghien : el nombre de esos señores irá después de la firma del príncipe.

— ¡ Comprometéis al joven príncipe, caballero !

— Es muy justo que sea comprometido, señora, pues que por él se pelea.

— Pero los Burdeleses aman al señor duque de Bouillon, adoran al señor duque de Larochefoucault, y ni aun conocen al duque de Enghien.

— Os equivocáis, respondió Lenet sacando, según su costumbre, un papel de aquel bolsillo prodigioso que tenía admirado á la señora princesa por su contenido; porque ved aquí una carta del señor presidente de Burdeos, en que me ruega haga firmar las proclamaciones por el joven duque.

— ¡ Eh ! reiros de los parlamentos, Lenet, exclamó la princesa; poco hemos adelantado con escapar del poder de la reina y de Mazarino, si venimos á caer en el del parlamento.

— ¿ V. A. quiere entrar en Burdeos ? dijo Lenet.

— Sin duda.

— Pues bien, para entrar, esa es la condición: *sine qua non*. Los Burdeleses no quemarán un cartucho por otro que por el señor duque de Enghien.

La señora de Tourville se mordió los labios.

— Según eso, repuso la princesa, ¿ nos habéis hecho huir de Chantilly y andar ciento cincuenta leguas para hacernos recibir una afrenta de los Burdeleses ?

— Lo que tomáis por afrenta, señora, no es más que un honor. ¿ Qué cosa más lisonjera, en efecto, para la señora princesa de Condé, que el ver se la recibe, y no á los demás ?.....

— ¿ En ese caso los Burdeleses no recibirán ni aun á los duques ?

— No recibirán más que á V. A.

— ¿ Y qué puedo hacer yo sola ?

— ¡ Ah ! ¡ Dios mio ! — Entrad, y cuando estéis dentro, dejad las puertas abiertas, y los demás entrarán después de vos.

— No podemos pasar sin ellos.

— Esa es mi opinión, y dentro de quince días lo será también del parlamento. Burdeos no quiere á vuestro ejército porque le teme, y dentro de quince días le llamará para defenderse. Entonces tendréis un doble mérito, por haber hecho dos veces lo que os han pedido los Burdeleses, y después, vivid tranquila, que ellos se dejarán matar por vos desde el primero hasta el último.

— ¿ Está, pues, Burdeos amenazado ? preguntó la de Tourville.

— Gravemente, respondió Lenet; ved ahí por lo que es necesario tomar una posición. Mientras no estemos dentro, puede Burdeos, sin comprometer su honor, rehusar abrirnos sus puertas; pero una vez allí, Burdeos no puede sin deshonorarse echarnos fuera de sus muros.

— ¿ Tendréis la bondad de decirnos quién amenaza á Burdeos ?

— El rey, la reina y Mazarino. Están reuniendo las fuerzas reales; nuestros enemigos toman posición; la isla de San Jorge, que dista sólo tres leguas de la ciudad, acaba de recibir un refuerzo, provisión de municiones y un nuevo gobernador. Los Burdeleses quieren tomar la isla, y naturalmente tendrán que batirse, pues tienen que habérselas con las mejores tropas del rey. Bien y debidamente asendecados como conviene á los paisanos que quieren parodiar á los soldados, llamarán á voces á los duques de Bouillon y de Larochefoucault. Entonces,



vos, señora, que tenéis á esos dos duques en entrambas manos, daréis condiciones á los parlamentos.

— ¿Y no sería mejor que probásemos á ganar á su nuevo gobernador antes que los Burdeleses sufran una derrota que tal vez les desanime?

— Si estáis en Burdeos cuando ocurra esa derrota, nada podréis temer; en cuanto á ganar á ese gobernador, es cosa imposible.

— ¡Imposible! ¿Y por qué?

— Porque ese gobernador es un enemigo personal de V. A.

— ¿Un enemigo personal mio?

— Sí.

— ¿Y de qué procede su enemistad?

— De que nunca perdonará á V. A. el enredo de que ha sido víctima en Chantilly. ¡Oh! Mazarino no es un zote como le creéis, señoras, aunque me empeño en repetiros incesantemente lo contrario. La prueba es, que ha puesto en la isla de San Jorge, es decir, en la mejor posición del país, ¿adivináis á quién?

— Os repito que ignoro completamente quién pueda ser.

— Pues bien, es el oficial de quien os habéis reído tanto, y que por una torpeza inconcebible, dejó á V. A. huir de Chantilly.

— ¿El señor de Canolles! dijo Clara.

— Sí.

— ¿El señor de Canolles gobernador de la isla de San Jorge!

— En persona.

— ¡Es imposible! Yo le he visto prender, delante de mi, á mi vista.

— Es verdad. Pero sin duda goza de una poderosa

protección, y su desgracia se ha convertido en favor.

— ¡Y vos lo creáis ya muerto, mi pobre Clara! dijo riendo la princesa.

— ¿Pero estáis bien seguro? preguntó la vizecondesa estupefacta.

Lenet, según su costumbre, llevó la mano al famoso bolsillo y sacó un papel.

— Ved aquí una carta de Richón, dijo, que me da todos los detalles de la instalación del nuevo gobernador, y que se muestra muy pesoso de que V. A. no le haya colocado á él en San Jorge.

— ¡La señora princesa colocar á Richón en la isla de San Jorge! dijo la de Tourville con risa de triunfo. ¿Acaso disponemos nosotros de los nombramientos de gobernador para las plazas de S. M.?

— Disponíamos de uno, señora, contestó Lenet, y esto bastaba.

— ¿Y de cuál?

La señora de Tourville se estremeció al ver á Lenet acercar la mano al bolsillo.

— ¡La firma en blanco del duque de Eperón! exclamó la princesa. Es cierto, lo había olvidado.

— ¡Bah! ¿Y qué es eso? dijo con desdén la de Tourville: un firajo de papel, y nada más.

— Ese tirajo de papel, señora, dijo Lenet, es el nombramiento que necesitamos para contrarrestar el que ha sido hecho; es el contrapeso de la isla de San Jorge; es nuestra salvación; en fin, es cualquiera otra plaza sobre el Dordoña, como la isla de San Jorge está sobre el Garona.

— ¿Y estáis seguro, dijo la señora de Cambes, que habiéndose quedado pensativa con la noticia anunciada por Lenet y confirmada por Richón, nada había escu-



chado de cuanto se decía hacia cinco minutos; y estáis seguro, señor Lenet, de que es el mismo Canolles que ha sido preso en Jaulnay, el que ahora es gobernador de San Jorge?

— Segurísimo, señora.

— Pues tiene el de Mazarino una manera particular de conducir sus gobernadores á sus gobiernos.

— Sí, dijo la princesa, y seguramente ahí hay gato encerrado.

— Sin duda, respondió Lenet. Ahí está de por medio la señorita Nanon de Lartigues.

— ¡Nanon de Lartigues! exclamó Clara, á quien un horroroso recuerdo acababa de punzar en el corazón.

— ¡Esa chiquilla! dijo la princesa con desprecio.

— Sí, señora, dijo Lenet. Esa chiquilla que V. A. no quiso ver cuando solicitó el honor de seros presentada, y á quien la reina, menos severa que vos en leyes de etiqueta, había recibido; por lo que contestó á vuestro camarero, que era posible que la señora princesa de Condé fuese más gran señora que Ana de Austria, pero que seguramente Ana de Austria tenía más prudencia que la princesa de Condé.

— ¿Os falta la memoria, Lenet, ó teméis acaso ofenderme? exclamó la princesa. — La insolente no se contentó con decir más prudencia, que también dijo más talento.

— ¡Es posible! dijo Lenet sonriendo. Yo pasaba por la antesala en aquel momento, y no entendí el fin de la frase.

— Sí; pero yo que escuchaba á la puerta, dijo la princesa, la comprendí toda entera.

— Y bien, señora, repuso Lenet, ya conocéis que esa mujer os hará la más cruda guerra. La reina os hubiera

enviado soldados que combatir; Nanon os mandará enemigos que será preciso derrocar.

— ¿Acaso en el puesto de S. A., dijo agriamente la de Tourville, la habríais recibido con sumisión?

— No, señora, respondió Lenet; yo la hubiera recibido riendo, y la habría comprado.

— Pues bien; si sólo se trata de comprarla, todavía es tiempo.

— Sin duda, todavía es tiempo; sólo que á estas horas sería demasiado cara para nuestro bolsillo.

— ¿Cuánto vale? preguntó la princesa.

— Cinco mil libras antes de la guerra.

— ¿Y hoy?

— Un millón.

— Por ese precio compraría á Mazarino.

— Tal vez, contestó Lenet; cuando las cosas han sido ya vendidas y revendidas, bajan de precio.

Pero la de Tourville, que estaba siempre por los medios violentos, dijo:

— ¡Lo que no puede comprarse, se toma!

— Prestaríais, señora, un señalado servicio á S. A. llegando á ese fin; pero será difícil conseguirlo, atendido que se ignora absolutamente su paradero. — Pero no pensemos en eso; entremos antes en Burdeos, y después ya entraremos en San Jorge.

— No, no, exclamó la vizcondesa; no; entremos antes en la isla de San Jorge.

Esta exclamación, nacida del fondo del corazón de Clara, hizo que las otras dos señoras se volvieran hacia ella, mientras que Lenet la miraba con tanta atención, como habría podido hacerlo el duque de Larochehoucault, aunque con más benevolencia.



— ¿Estás loca? dijo la princesa. ¿No has oído á Lenet decir que esta plaza no se puede tomar?

— Puede ser, repuso la vizcondesa; pero yo creo que la tomaremos.

— ¿Tenéis algún plan? dijo la de Tourville con el acento de una mujer que teme ver alzarse altar contra altar.

— Tal vez, contestó Clara.

— Pero, dijo riendo la princesa, si la isla de San Jorge es tan cara de comprar como dice Lenet, acaso no somos bastante ricos para ella.

— No se la comprará, repuso Clara, y sin embargo, la tendremos de hecho.

— Entonces la tomaremos por la fuerza, dijo la señora de Tourville. Querida amiga, entráis en mi plan.

— Eso es, dijo la princesa. Mandaremos á Richón á que sitie á San Jorge: él es del país, conoce perfectamente el terreno; y si algún hombre puede apoderarse de esa fortaleza, que según decís es de tanta importancia, no es otro que él.

— Antes de emplear ese medio, contestó la vizcondesa, dejadme tentar la aventura, señora. Y si fracasa mi plan, entonces haced lo que queráis.

— ¿Cómo, dijo la princesa admirada, irás tú á la isla de San Jorge!

— Iré.

— ¿Sola?

— Con Pompéyo.

— ¿Y no temes nada?

— Iré como parlamentaria, si V. A. tiene la bondad de darme sus instrucciones.

— ¡Ah! exclamó la de Tourville. Esto sí que es nuevo; creo que no se improvisan así los diplomáticos,

y que es menester hacer un largo estudio de esa ciencia, que el señor de Tourville, uno de los mejores diplomáticos de su tiempo, como también uno de sus más grandes guerreros, sostenía que era la más difícil de todas.

— Por grande que sea mi incapacidad, señora, contestó Clara, haré una prueba, sin embargo, si la señora princesa tiene á bien permitírmelo.

— Es seguro que la señora princesa os lo permitirá, dijo Lenet mirando con intención á la señora de Condé, y estoy seguro de que si alguna persona puede obtener buen éxito en esta negociación, esa persona sois vos....

— ¿Y qué hará la señora que no pudiese hacer cualquiera otra?

— Negociar con el señor de Canolles muy sensiblemente, lo que un hombre no podría hacer sin que le arrojasen por un balcón.

— Un hombre, pase, contestó la de Tourville; pero una mujer....

— Si es una mujer la que va á la isla de San Jorge, tanto vale; y aun vale más que sea la señora y no otra, puesto que es la primera que ha tenido esa idea.

En este momento llegó un mensajero, que era portador de un pliego del parlamento de Burdeos.

— ¡Ah! exclamó la princesa; la respuesta á mi demanda, sin duda.

Las dos mujeres se aproximaron, impelidas por un sentimiento de curiosidad é interés. En cuanto á Lenet, permaneció en su puesto con su flemá ordinaria, sabiendo sin duda de antemano el contenido de aquel escrito.

La princesa leyó con avidez.

— ¡Me reclaman, me esperan! exclamó.

— ¡Ah! prorrumpió la señora de Tourville con un acento de triunfo.



— ¿Pero y los duques, señora, dijo Lenet, y el ejército?

— No me hablan de ellos.

— Entonces estamos cortadas, dijo la de Tourville.

— No, contestó la princesa; porque merced á la firma en blanco del duque de Epernón, tendré á Vayres, que domina el Dordoña.

— Y yo, dijo Clara, tendré á San Jorge, que es la llave del Garona.

— Y yo, dijo Lenet, tendré á los duques y al ejército, dado caso que me concedáis algún tiempo.

## XXIV

## La entrada en Burdeos

Al segundo día llegaron á la vista de Burdeos, y se trataba por último de decidir cómo se efectuaría la entrada en la ciudad. Los duques estaban con su ejército á distancia de diez leguas, poco más ó menos, y por consiguiente podía probarse á entrar, lo mismo pacíficamente que á la fuerza. Lo que importaba era saber qué convenría mejor, si mandar á Burdeos ú obedecer al parlamento. La princesa congregó su consejo, que se componía de la señora de Tourville, Clara, sus damas de honor y Lenet. La de Tourville, que conocía bien á su antagonista, había insistido mucho en que no asistiese al consejo, en atención á que la guerra era guerra de mujeres, y por consiguiente debía echarse mano solamente de los hombres para combatir. Pero la princesa declaró que habiéndole sido impuesto Lenet por su marido, no podía excluirle de la cámara de las deliberaciones, en la que por otra parte sería de ninguna importancia su presencia, en razón á que se había convenido de que pudiese hablar cuanto quisiese, pero que no se le escucharía.

La precaución de la señora de Tourville no era inútil, porque ella había empleado los dos días de camino que acababan de trascurrir en trastornar la cabeza de la princesa, inclinándola á adoptar ideas belicosas, á que



— ¿Pero y los duques, señora, dijo Lenet, y el ejército?

— No me hablan de ellos.

— Entonces estamos cortadas, dijo la de Tourville.

— No, contestó la princesa; porque merced á la firma en blanco del duque de Epernón, tendré á Vayres, que domina el Dordoña.

— Y yo, dijo Clara, tendré á San Jorge, que es la llave del Garona.

— Y yo, dijo Lenet, tendré á los duques y al ejército, dado caso que me concedáis algún tiempo.

## XXIV

## La entrada en Burdeos

Al segundo día llegaron á la vista de Burdeos, y se trataba por último de decidir cómo se efectuaría la entrada en la ciudad. Los duques estaban con su ejército á distancia de diez leguas, poco más ó menos, y por consiguiente podía probarse á entrar, lo mismo pacíficamente que á la fuerza. Lo que importaba era saber qué convenría mejor, si mandar á Burdeos ú obedecer al parlamento. La princesa congregó su consejo, que se componía de la señora de Tourville, Clara, sus damas de honor y Lenet. La de Tourville, que conocía bien á su antagonista, había insistido mucho en que no asistiese al consejo, en atención á que la guerra era guerra de mujeres, y por consiguiente debía echarse mano solamente de los hombres para combatir. Pero la princesa declaró que habiéndole sido impuesto Lenet por su marido, no podía excluirle de la cámara de las deliberaciones, en la que por otra parte sería de ninguna importancia su presencia, en razón á que se había convenido de que pudiese hablar cuanto quisiese, pero que no se le escucharía.

La precaución de la señora de Tourville no era inútil, porque ella había empleado los dos días de camino que acababan de trascurrir en trastornar la cabeza de la princesa, inclinándola á adoptar ideas belicosas, á que



por otra parte se hallaba ésta bastante inclinada, y temía no viese Lenet á destruir aun todo el caramillo de su trabajo, tan laboriosamente levantado.

En efecto, reunido el consejo, la señora de Tourville expuso su plan. Era éste de hacer venir secretamente á los duques y á su ejército; proeurarse, bien por fuerza ó por grádo, cierto número de bateles y entrar en Burdeos, saltando en tierra á los gritos de ¡ Á nosotros, Burdeleses ! ¡ Viva Condé ! ¡ Gaiga Mazarino !

De esta manera, la entrada de la princesa era una verdadera entrada triunfal; y la señora de Tourville, por un inesperado camino, llevaba así á cabo su famoso proyecto de apoderarse por fuerza de Burdeos y de atemorizar á la reina con un ejército, cuya primera tentativa sería un golpe de mano tan brillante.

Lenet aprobó todo el proyecto con la cabeza, interrumpiendo á la de Tourville por medio de exclamaciones de admiración; y cuando hubo terminado de exponer su plan, la dijo:

— ¡ Eso es magnífico, señora ! Tendréis la bondad ahora de resumir.

— Cosa es muy sencilla, y que estará hecha en dos palabras, dijo la buena señora, triunfante y animándose ella misma á concluir su narración. Entre una granizada de balas, al son de las campanas, al compás de los gritos de furor ó cariño del pueblo, se verán á unas débiles mujeres llevar á cabo con intrepidez su generosa misión: se verá un niño en los brazos de su madre suplicar al parlamento le dispense su protección. Este espectáculo tierno y sensible no dejará de ablandar las almas más empedernidas. De este modo venceremos, parte por la fuerza, parte por la justicia de nuestra causa, lo que creo es el fin que se propone S. A. la princesa.....

El resumen produjo más afecto aun que el discurso. La princesa aplaudió; la señora de Cambes, á quien el deseo de ser nombrada parlamentaria para la isla de San Jorge la incitaba cada vez más, aplaudió; también lo hizo el capitán de guardia, cuyo anhelo era el de dar soberbias cuchilladas; y por último, Lenet, además de aplaudir, fué á tomar la mano de la señora de Tourville, y estrechándola con tanto respeto como sensibilidad, exclamó:

— Señora, aunque no supiese ya cuán grande es vuestro talento, cuán á fondo conocéis, sea por instinto ó por estudio, lo que ignoro y me importa poco, la gran cuestión civil y militar que nos ocupa, seguramente me habría convencido desde ahora de ello, y me prosternaría ante la consejera más útil que S. A. pudiese encontrar jamás.....

— ¡ Es verdad, Lenet, dijo la princesa, que es una excelente idea ? Eso mismo opinaba yo. ¡ Pronto, vamos ! Vialas, que se ciña al señor duque de Enghien la espada que le he mandado hacer, como también su casco y su armadura.

— Si, hacedlo, Vialas. Pero, una sola palabra antes, si tenéis á bien, señora, dijo Lenet; mientras que la de Tourville, que al principio se había hinchado de orgullo, empezaba á recelar en virtud del perfecto conocimiento que tenía de las sutilezas de Lenet para con ella.

— Y bien, dijo la princesa. Veamos, ¿ qué más hay ?

— Nada, señora, absolutamente nada; porque jamás pudo darse cosa que estuviese más en armonía con el carácter de una princesa augusta como vos, y semejante parecer no podía provenir sino de vuestra casa.

Estas palabras produjeron una nueva expansión en la de Tourville, é hicieron asomar de nuevo la sonrisa en



los labios de la princesa, que había empezado á arrugar la frente.

— Pero, señora, continuó Lenet, cuya mirada seguía el efecto de este terrible *pero* sobre el semblante de su enemiga declarada; al adoptar, no diré sin repugnancia, sino aun con entusiasmo, ese plan, el único que conviene, me atrevería á proponer una leve modificación.

La señora de Tourville dió media vuelta, inflexible, austera y dispuesta á la defensa. El entrecejo de la princesa se volvió á fruncir.

Lenet se inclinó, y con su mano indicó que pedía el permiso de continuar.

— El sonido de las campanas, dijo, los gritos de amor de los pueblos, me llenan con anticipación de un entusiasmo que no puedo expresar; pero no me tranquiliza como quiera la granizada de balas de que ha hecho mención la señora.

La de Tourville se enderezó, tomando cierto aire marcial. Lenet se inclinó más aún, y continuó bajando la voz medio tono:

— Seguramente sería muy grande ver á una mujer y á su hijo tranquilos en medio de esa tempestad, que con frecuencia aterra á los mismos hombres. Pero temería de esas balas, que hiriendo ciegamente, como suelen hacerlo las cosas brutales y privadas de inteligencia, no diesen la razón á Mazarino contra nosotros y destruyese nuestro magnífico plan. Yo soy de parecer, como con tanta elocuencia lo ha dicho la señora de Tourville, de que se vea á la joven princesa y á su augusta madre abrirse paso hasta el parlamento, mas por medios suaves y no por el de las armas. Pienso, en fin, que será más hermoso enternecer así las almas más empedernidas, que no vencer de otro modo los más fuertes corazones. Pienso, por

último, que uno de estos dos medios ofrecerá muchas más ventajas que el otro, y que el fin de la señora princesa es, ante todo, entrar en Burdeos. Ahora bien, lo he dicho y lo repito: nada hay menos seguro que esta entrada si la aventuramos á la decisión de una batalla ....

— Veréis, dijo con acritud la señora de Tourville, cómo el señor, según su costumbre, demuele piedra por piedra el edificio que yo había levantado, es decir, mi plan, y propone con buenos modos otro á su manera en lugar del mío.

— ¡ Yo ! exclamó Lenet, mientras que la princesa tranquilizaba á la de Tourville con una sonrisa y una mirada; yo, el más celoso de vuestros admiradores, ¡ no, mil veces no ! Pero yo sé, que viniendo de Blayes, ha entrado en la ciudad un oficial de S. M., llamado Dalvimar, el cual trae la misión de sublevar los Jurados y el pueblo contra S. A.; y sé, que si el señor de Mazarino puede terminar la guerra de un solo golpe, lo hará. He aquí por qué temo esa granizada de balas de que hace un momento hablaba la señora de Tourville, y temo también entre ellas, acaso más balas inteligentes que brutales y faltas de razón.

Esta última alocución de Lenet pareció hacer reflexionar á la princesa.

— Siempre lo sabéis todo vos, señor Lenet, repuso con una voz trémula de cólera la señora de Tourville.

El capitán de guardias, antiguo militar confiado en las ideas de fuerza, y que seguramente habría ascendido en caso de acción, dijo irguiéndose y golpeando con el pie, como habría podido hacerlo en una sala de armas:

— Una buena acción bien dirigida no hubiera dado mal resultado.

30001

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1025 MONTERREY, MEXICO



Lenet le pisó el pie; y mirándole fijamente con la más amable sonrisa, le dijo:

— Sí, capitán, pero también opinaréis que la salud del señor duque de Enghien es necesaria á nuestra causa; y que muerto él ó prisionero, el prisionero ó muerto no es otro que el verdadero generalísimo del ejército de SS. AA., ¿no es cierto?

El capitán de guardias, que sabía que este pomposo título de generalísimo, dado en apariencia á un príncipe de siete años, le elevaba á él á la altura de primer oficial del ejército, conoció que había cometido una torpeza, y renunciando á su proposición, apoyó acaloradamente el parecer de Lenet.

Durante este tiempo, la señora de Tourville se había acercado á la princesa y le hablaba bajo. Lenet conoció que iba á tener que sostener una nueva lucha. En efecto, volviéndose hacia él S. A., le dijo con calma:

— No deja de ser extraño que con tanto empeño se desbaga lo que estaba tan bien hecho.

— V. A. está en un error, repuso Lenet. Jamás he formado un fuerte empeño en los consejos que he tenido el honor de daros; y si alguna vez destruyo, es para reedificar. Si á pesar de las razones que he tenido el honor de exponer á V. A., quiere aun hacerse matar con su señor hijo, es muy dueña de hacerlo, y nosotros nos dejaremos sacrificar á su lado: esto no es más que un hecho fácil de realizar, y el primer criado de vuestro séquito, ó el último mendigo de la ciudad, pueden hacer otro tanto. Pero si queremos llevar á cabo nuestro intento, á pesar de Mazarino, de la reina, de los parlamentos, de Nanon de Hartignes, y por último, á pesar de todas las eventualidades inseparables de la debilidad á

que nos hallamos reducidos, ved aquí lo que creo nos resta que hacer...

— Caballero, exclamó impetuosamente la señora de Tourville cogiendo al vuelo la última frase de Lenet! caballero, no hay debilidad ninguna donde por un lado se encuentra el nombre de Condé, y por otro dos mil soldados de Rocroy, Nordlingen y Lens; mas si á pesar de esto existe esa debilidad, de todos modos estamos perdidos, y no nos podrá salvar vuestro plan por magnífico que sea.

— Yo he leído, señora, repuso con calma Lenet, saboreando anticipadamente el efecto que iba á producir en la princesa; yo he leído, que la viuda de uno de los Romanos más ilustres, bajo la dominación de Tiberio, la generosa Agripina, á quien las persecuciones acababan de arrancar á Germánico, su esposo, princesa que podía sublevar á su gusto un ejército entero tan sólo al recuerdo del general muerto, quiso mejor entrar en Brindis sola, atravesar la Pulla y la Campaña, vestida de luto, con un niño de cada mano, y caminar así, pálida, con los ojos encendidos por el llanto y la cabeza inclinada; mientras que sus hijos sollozando conseguían sólo con sus miradas... que todos los espectadores de aquella escena (y había más de dos millones desde Brindis á Roma) se deshiciesen en llanto, aclamaran con imprecaciones y estallasen en amenazas, y que la causa de esta princesa se ganase, no sólo ante Roma, sino ante toda Italia; no sólo á vista de los contemporáneos, sino á la posteridad, porque no encontró ninguna resistencia á sus lágrimas y á sus gemidos, mientras que á las lanzas habria visto oponer las picas y las espadas á las espadas. Me parece que hay grande semejanza entre S. A. y Agripina, entre el señor príncipe y Germánico, y por último, entre Pisón,



ministro perseguidor y envenenador, y el señor de Mazarino. Ahora bien, siendo idéntica la semejanza, siendo la situación igual, reclamo que la conducta sea la misma, porque es mi sentir que lo que dió tan feliz resultado en una época deje de tenerlo igual en otras...

Una sonrisa de aprobación dilató las facciones de la princesa y aseguró á Lenet el triunfo de su arenga. La señora de Tourville fué á apoyarse en un ángulo de la sala encubriéndose como una estatua antigua. Clara, que había encontrado en Lenet un amigo, le devolvió el apoyo que había prestado aquél, aprobando con la cabeza: el capitán lloraba como un tribuno militar, y el duquecito de Enghien exclamó:

— ¡Mamá! ¿Me llevaréis de la mano vestido de luto?

— Sí, hijo mío, respondió la princesa. Lenet, vos sabéis que siempre he tenido intención de presentarme en Burdeos vestida de negro.

— Y tanto más, dijo muy bajito Clara, cuanto que lo negro sienta perfectamente á V. A.

— ¡Chít! queridita, repuso la princesa, ya lo dirá en alta voz la señora de Tourville, sin que necesitéis decirlo vos al oído.

El programa de la entrada en Burdeos quedó fijado así sobre la proposición de Lenet. Las damas del séquito recibieron orden de prepararse. El joven príncipe fué vestido con una ropa de tabí blanco, recamada de pasamanos negros y de plata, y un sombrero con plumas blancas y negras. En cuanto á la princesa, aparentando la mayor sencillez á fin de parecerse á Agripina, á quien había resuelto tomar por modelo en todos conceptos, se vistió de negro sin ninguna pedrería.

Lenet, que era el encargado de dirigir la fiesta, se multiplicaba para que fuese espléndida. La casa que

habitaba en una pequeña villa situada á dos leguas de Burdeos, no se desocupaba de partidarios de la princesa, que antes de hacerla entrar en la ciudad, querían saber qué género de entrada le agradaría más. Lenet, como un director de teatros modernos, les aconsejó las flores, las aclamaciones y las campanas; y queriendo condescender en alguna parte con la belicosa señora de Tourville, propuso algunos saludos de cañón.

La mañana siguiente, en virtud de invitación del parlamento, se puso en marcha la princesa. Un cierto Lavie, asesor general del parlamento y acérrimo partidario del señor de Mazarino, había hecho cerrar las puertas, usando de la mayor vigilancia para impedir que la princesa, caso de presentarse, fuese recibida; pero por otro lado los partidarios de los Condé habían trabajado y el pueblo excitado por ellos se había reunido aquella mañana á los gritos de ¡Viva la princesa! ¡Viva el señor duque de Enghien! y habían roto las puertas á fuerza de hachazos; de modo que nada se oponía ya á aquella famosa entrada, que se revestía de todos los caracteres de un triunfo. Los observadores podían, no obstante, ver en estos acontecimientos la inspiración de jefes de los dos partidos que dividían la ciudad, porque Lavie recibía directamente las instrucciones del duque de Epernon, y el pueblo tenía sus motores aconsejados por Lenet.

Apenas había pasado la princesa la puerta de la ciudad, cuanto tuvo lugar la escena preparada hacia tiempo, con gigantescas proporciones. Los buques del puerto hicieron el saludo militar, y los cañones de la ciudad contestaron. Caían flores de las ventanas, ó cruzaban las calles suspendidas en guirnaldas, de tal modo, que el suelo estaba cubierto de ellas y el aire embalsamado. Resonaban las aclamaciones de treinta mil apasionados de todos



sexos y edades, que sentían crecer su entusiasmo con el interés que inspiraban la princesa y su hijo, en proporción que se aumentaba el odio á Mazarino.

Por lo demás, el duque de Enghien fué el más hábil actor de toda esta escena. La princesa había renunciado á llevarle de la mano por temor de fatigarle, ó de que no quedase sepultado entre las flores; era, pues, conducido por su gentilhombre, de suerte, que teniendo las manos libres, enviaba besos á derecha é izquierda y se quitaba graciosamente su sombrero de plumas.

El pueblo burdelés se embriagó completamente: las mujeres adoraban frenéticamente á aquel hermoso niño que con tanta gracia lloraba, y los ancianos magistrados se conmovieron á las palabras del pequeñito orador, que decía: « Señores, servidme de padre, ya que el señor cardenal me ha privado del mío. »

En vano los partidarios del ministro quisieron poner alguna oposición. Los puños, las piedras y aun las alabardas les aconsejaron prudencia, y fué necesario resignarse á dejar libre el campo á los triunfadores.

Entretanto la vizcondesa, marchando pálida y grave detrás de la princesa, atraía parte de las miradas. La idea de tanta gloria no acudía á su imaginación sin afligirla interiormente, pensando que el suceso de aquel día haría tal vez olvidar la resolución de la vispera. Encontrábase en aquel camino circundada de adoradores, ofuscada por el pueblo, inundada de flores y caricias respetuosas, temiendo á cada instante ser llevada en triunfo, como algunos gritos empezaban á amenazar á la princesa, al duque de Enghien y á su comitiva; cuando se acercó Lenet, que viendo su turbación, le tendió la mano para ayudarle á subir á una carroza. Clara le dió las gracias y le dijo respondiendo á su propio pensamiento:

— ¡ Ah, qué feliz sois, señor Lenet! En todo hacéis prevalecer vuestra opinión, y siempre se siguen vuestros consejos. Verdad es que son buenos, y que se encuentran pocas.....

— Me parece, señora, respondió Lenet, que no tenéis de qué quejaros, y que el único que habéis propuesto ha sido adoptado.

— ¿Cómo?

— ¿No hemos convenido en que haréis una tentativa para ganar la isla de San Jorge?

— Sí. ¿Pero cuándo se me permitirá ponerme en campaña?

— Desde mañana, si me prometéis mal éxito.

— En cuanto á eso, descuidad; mucho temo satisfacer vuestras intenciones.

— Tanto mejor.

— No os comprendo.

— Necesitamos la resistencia de la isla de San Jorge para obtener de los Burdeleses nuestros dos duques y su ejército, que, debo decirlo, aunque mi opinión en este punto se acerque á la de la señora de Tourville, me parecen sumamente necesarios en las circunstancias en que nos encontramos.

— Sin duda, contestó la señora de Cambes; pero aunque mis conocimientos militares en nada alcancen á los de la señora de Tourville, me parece que no se ataca á una plaza sin que antes se la intime la rendición.

— Tenéis mucha razón en lo que decís.

— ¿Se enviará, pues, un parlamentario á la isla de San Jorge?

— Sin duda.

— Pues bien, yo demando ser ese parlamentario. Los ojos de Lenet se dilataron de sorpresa.



— ¡ Vos ! dijo él, ¡ vos ! Vamos, está visto que todas nuestras damas se han convertido en amazonas.

— Consentidme este capricho, amigo Lenet.

— Está muy bien. Pero lo peor que pudiera sucedernos sería el que tomaseis á San Jorge.

— ¿ Está dicho ?

— Sí.

— Pero prometedme una cosa.

— ¿ Cuál ?

— Que nadie sepa el nombre y calidad del parlamentario que vais á enviar, sino en el caso de que el parlamentario triunfe.

— Convenido, repuso Lenet tendiendo la mano á la vizcondesa.

— ¿ Y cuándo partiré ?

— Cuando queráis.

— Mañana.

— Bien, mañana.

— Corriente. Ahora, ved que la princesa va á subir con su hijo á la terraza del señor presidente de Lalasne. Yo le cedo de buena voluntad mi parte de triunfo á la señora de Tourville. Tened la bondad de disculparme con S. A., so pretexto de indisposición, y haced se me conduzca al alojamiento que se me ha preparado. Voy á hacer mis preparativos y á reflexionar acerca de mi cometido, que no deja de inquietarme por ser el primero de esta clase que desempeño, y depender todo en este mundo, como dicen, del principio.

— ¡ Bah ! dijo Lenet. Ya no me admira que el señor de Larochevoucault haya estado á punto de cometer por vos una infidelidad á la de Longueville, pues valéis en ciertas cosas tanto como ella, y mucho más en otras.

— Tal vez, dijo la señora de Cambes. No creáis que

rechazo del todo esa galanteria ; pero si tenéis algún influjo sobre Larochevoucault, mi amigo Lenet, afirmadle en su primer amor, porque el segundo me causa miedo.

— Bien, trataremos de ello, dijo Lenet sonriéndose. Esta noche os daré vuestras instrucciones.

— ¿ Consentís en que gane á San Jorge ?

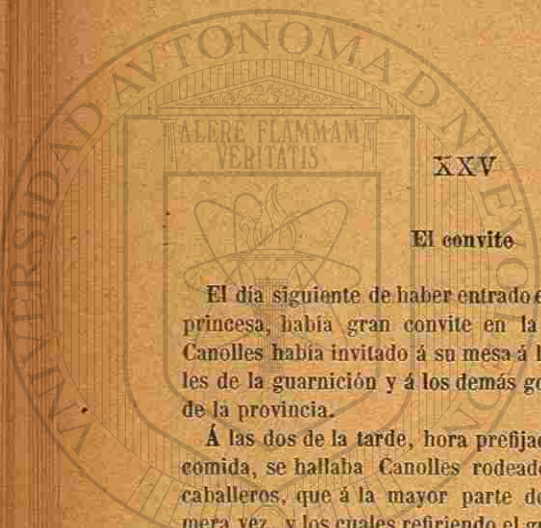
— Forzoso será, pues que lo queréis.

— ¿ Y los dos duques y el ejército ?

— Tengo en mi bolsillo otro medio de hacerlos venir.

Y Lenet, después de haber dado las señas del alojamiento de la vizcondesa al cochero, se despidió de ella sonriendo, y fué á reunirse á la princesa.





XXV

### El convite

El día siguiente de haber entrado en Burdeos la señora princesa, había gran convite en la isla de San Jorge. Canolles había invitado á su mesa á los principales oficiales de la guarnición y á los demás gobernadores de plaza de la provincia.

Á las dos de la tarde, hora prefijada para empezarse la comida, se hallaba Canolles rodeado de una docena de caballeros, que á la mayor parte de ellos veía por primera vez, y los cuales refiriendo el grande acontecimiento del día anterior, se divertían á costa de las damas que acompañaban á la princesa, pareciéndose poco á gentes próximas á entrar en campaña, y á quienes están confiados los intereses más serios del reino.

Canolles, radiante y majestuoso bajo su traje dorado, animaba aun este regocijo con su ejemplo. — Iba á servirse la comida.

— Señores, dijo el barón, disimulad, pero nos falta un convidado.

— ¿Quién? preguntaron los jóvenes mirándose entre sí.

— ¡ El gobernador de Vayres ! á quien he escrito, aunque no le conozco, y que precisamente por esto tiene derecho á cierta consideración. Espero por consiguiente

que tengáis la bondad de acordarme una prórroga de media hora.

— ¡ El gobernador de Vayres ! dijo un oficial antiguo, habituado sin duda á la exactitud militar, y á quien esta tardanza le hizo arrancar un suspiro : ¡ el gobernador de Vayres ! Mas esperad ; si no me equivoco, es el marqués de Bernay ; pero no administra, tiene un lugar-teniente.

— Entonces, dijo Canolles, no vendrá, y en tal caso mandará á su lugar-teniente. En cuanto á él, sin duda está en la corte, centro del favor.

— Pero, barón, dijo uno de los circunstantes, me parece que no hace falta estar en la corte para ascender. Yo conozco á un comandante que no tiene por qué quejarse ; Cáspita ! ; En tres meses capitán, teniente coronel y gobernador de la isla de San Jorge ! Esta es una bonita carrera, no lo negaréis.

— Lo confieso, repuso Canolles abochornado. Y como ignoro á qué atribuir semejantes favores, preciso me es creer, en verdad, que hay en mi casa algún genio benéfico para hacerla prosperar de este modo.

— Conocemos el genio bienhechor del señor gobernador, dijo inclinándose el teniente que introdujo al barón en la fortaleza, y no es otro que su mérito.

— No niego el mérito, al contrario, respondió otro oficial, soy el primero en reconocerlo. Pero á ese mérito debe añadirse la recomendación de cierta señora, la más espiritual, la más bienhechora y amable de Francia, se entiende, después de la reina.

— Fuera equivocados, conde, repuso Canolles sonriendo al nuevo interlocutor. Si tenéis secretos vuestros, guardadlos para vos ; si los tenéis de vuestros amigos, guardadlos para ellos.



— Confieso, contestó el oficial, que al oír hablar de tardanza, creí se nos iba á demandar perdón en obsequio á algún esplendente tocado. Ahora veo que me engaé.

— ¿Y comeremos sin señoras? preguntó otro.

— ¡Oh! á no ser que convide á la princesa y su séquito, dijo el barón, no veo que podamos reunir á otras. Pero no olvidemos, señores, que nuestra comida es una comida seria; y si nos place hablar de negocios, no importunaremos más que á nosotros mismos.

— Bien dicho, comandante; aunque en verdad, si fijamos la atención, las mujeres levantan en este momento una verdadera cruzada contra nuestra autoridad: sino téngase presente lo que decía delante de mí el señor cardenal á don Luis de Haro.

— ¿Qué decía? preguntó el barón.

— ¡Vosotros sois felices! — En España las mujeres no se ocupan más que de dinero, coquetería y galanes, al paso que las de Francia no admiten ahora un amante sin haberle examinado antes sobre cuestión de política; de tal modo, añadió con acento desesperado, que las citas amorosas se pasan hoy tratando seriamente de asuntos del gobierno.

— Por eso, dijo el barón, la guerra que hoy hacemos se llama la guerra de las mujeres; lo que no deja de ser para nosotros lisonjero.

En este momento, habiendo transcurrido la media hora de prórroga solicitada por Canolles, se abrió la puerta, y apareciendo en ella un criado, anunció que el señor gobernador estaba servido.

El barón invitó á los convidados para que le siguiesen; pero al echar á andar, resonó en la sala otro anuncio.

— ¡El señor gobernador de Vayres!

— ¡Ah! dijo Canolles, ese tratamiento le adula.

Y dió un paso para salir al encuentro del colega que le era desconocido; pero de pronto retrocedió sorprendido y exclamando:

— ¡Richón!... ¡Richón, gobernador de Vayres!

— El mismo, querido barón, contestó Richón conservando, á pesar de su afabilidad, el aspecto grave que le era habitual.

— ¡Ah, tanto mejor, mil veces mejor! dijo el barón apretándole cordialmente la mano. Caballeros, añadió, vosotros no conocéis al señor, pero yo le conozco, y digo sin embozo que no era posible confiarse un empleo de importancia á un hombre más honrado.

Richón tendió á su alrededor una mirada altiva, como la del águila que escucha; y no viendo en todos los semblantes más que una ligera sorpresa, modulada por mucha parte de benevolencia, dijo:

— Mi querido barón, ya que habéis respondido de mí tan satisfactoriamente, hacedme el gusto de presentarme á estos señores á los que aun no tengo el honor de conocer.

Y al mismo tiempo indicó con la vista tres ó cuatro caballeros, para quienes en efecto era enteramente desconocido.

Entonces se efectuó ese cambio recíproco de elevadas cortesías, que daban un carácter tan noble y amistoso á la vez á todas las relaciones de aquella época. Al cabo de un cuarto de hora, ya era Richón amigo de todos aquellos jóvenes oficiales y podía exigir de cada uno de ellos la espada y la bolsa. Su garantía era su bien conocido valor, su reputación sin tacha y su nobleza escrita en sus ojos.

— ¡Pardiez, señores! dijo el comandante de Braunes, preciso es confesar que aunque hombre de iglesia, el señor de Mazarino es perito en hombres de guerra, y de



algún tiempo á esta parte está haciendo las cosas con acierto. Él ha previsto la guerra y escoge sus gobernadores; Canolles aquí, Richón en Vayres.

— ¿Llegará el caso de batirse? preguntó Richón con indiferencia.

— ¡Que si llegará el caso de batirse! contestó un joven que acababa de llegar directamente de la corte.

¿Vos preguntáis eso, señor Richón?

— Sí.

— Y yo os preguntaría ¿en qué estado se encuentran vuestros baluartes?

— Casi nuevos, caballeros; porque en tres días que hace estoy en la plaza, he hecho practicar más reparos que se habían hecho en tres años.

— Pues bien, no tardarán mucho en estrenarse, repuso el joven.

— Tanto mejor, dijo Richón. ¿Qué pueden desear los militares sino la guerra?

— Bueno, dijo el barón. El rey puede dormir á pierna suelta, pues tiene enfrenados á los Burdeleses con sus dos ríos.

— El hecho es, contestó Richón, que quien me ha puesto allí puede contar conmigo.

— ¿Y desde cuándo decís que estáis en Vayres?

— Desde hace tres días. Y vos, barón, ¿cuánto tiempo ha que estáis en San Jorge?

— Ocho. — ¿Se os ha recibido como á mí, Richón?

— Mi entrada ha sido magnífica; y en verdad que no he dado suficientemente las gracias á estos señores. He tenido campanas, tambores, vivas: no han faltado más que salvas, pero me las prometen dentro de pocos días, y esto me consuela.

— Muy bien. Pero ved ahí la diferencia que ha habido

entre nosotros dos: mi entrada ha sido tan modesta, como la vuestra suntuosa. Yo tenía orden de introducir en la plaza cien hombres del regimiento de Turena, y no sabía cómo hacerlo, cuando me llegó mi despacho á San Pedro, en donde me hallaba, firmado por el señor de Eperón. En seguida me puse en marcha, entregué mi pliego al teniente-gobernador, y tomé posesión de mi destino sin ruido, y allí estoy.

El barón, que al principio reía, sintió al acento con que estas últimas palabras fueron pronunciadas, oprimirse el corazón bajo el peso de un presentimiento siniestro.

— ¿Y ocupáis ya vuestra casa? preguntó á Richón.

— Trato de arreglarla antes, repuso éste tranquilamente.

— ¿Y cuánta gente tenéis?

— En primer lugar, los cien hombres del regimiento de Turena, veteranos de Rocroy, con que puede contarse; además, una compañía que estoy organizando en la ciudad, y que instruyo á medida que los alistados me buscan. Son labradores, jóvenes, obreros, y entre todos componen unos doscientos hombres; y por último, espero un refuerzo de cincuenta hombres, levantados por un capitán del país.

— ¿El capitán Ramblay? preguntó uno de los convidados.

— No: el capitán Cauviñac.

— No conozco á ese capitán, dijeron varias voces.

— Yo le conozco, dijo el barón.

— Eso prueba de que es realista.

— No diré yo otro tanto. Sin embargo, tengo motivos para creer que el capitán Cauviñac es hechura del señor de Eperón, y que es fiel partidario del duque.



— En tal caso, eso corrobora lo que he dicho. El que es fiel al duque, lo es á S. M.

— Ese es cierto batidor de la vanguardia real, dijo el antiguo oficial, que recobraba en la mesa el tiempo perdido en esperar. — En ese sentido he oido hablar de él.

— ¿Está en marcha acaso S. M.? preguntó Richón con su ordinaria calma.

— Á estas horas, contestó el joven que había venido de la corte, debe hallarse el rey en Blois por lo menos.

— ¿Estáis seguro?...

— Segurísimo. El ejército será mandado por el mariscal de La Meilleraye, que debe reunirse por estas cercanías con el duque de Epernon.

— ¿En San Jorge tal vez? dijo el barón.

— Ó acaso en Vayres, dijo Richón. El señor de La Meilleraye viene de Bretaña, y Vayres está sobre su camino.

— El que resista el choque de los dos ejércitos, no debe sacar muy bien libradas sus fortificaciones, dijo el gobernador de Braunes. El señor de La Meilleraye trae treinta piezas de artillería, y el señor de Epernon veinte y cinco.

— Será un fuego digno de ver, dijo el barón. Por desgracia, no le veremos nosotros.

— ¡Ah! dijo Richón, á no ser que alguno de nosotros se declare por los príncipes.

— Si; pero el barón está siempre seguro de ver un fuego cualquiera. Si se declara por los príncipes, verá el de los señores de La Meilleraye y de Epernon: si permanece fiel á S. M., verá el de los Burdeleses.

— ¡Oh! en cuanto á esos últimos, contestó el barón, los creo poco temibles, y confieso que me avergüenza un poco no tener que habérmelas más que con ellos. Por

desgracia, yo soy de S. M. en cuerpo y alma, y fuerza me será contentarme con una guerra de ciudadanos.

— Guerra que os harán; vivid tranquilo, dijo Richón.

— ¿Tenéis algunas probabilidades de eso? preguntó el barón.

— Tengo más que probabilidades, convicciones. El consejo de los ciudadanos ha resuelto tomar ante todo la isla de San Jorge.

— Bien, que vengan: los espero.

Aquí llegaba la conversación, y acababan de traer los postres, cuando de pronto se oyeron redobles de caja en las puertas de la fortaleza.

— ¿Qué significa eso? preguntó Canolles.

— ¡Ah, pardiez! exclamó el joven oficial que había dado noticias de la corte; sería gracioso que se os atacase en este momento, querido Canolles. ¡Magnífica sobremesa, un asalto y una escalada!

— Lléveme el diablo si no tiene todas las apariencias de eso, dijo el antiguo oficial; esos miserables paisanos no tienen más placer que incomodar á la hora de comer. Cuando yo estaba en las avanzadas de Charentón, en tiempo de la guerra de París, jamás podíamos desayunarnos ni comer tranquilos.

El barón llamó, y entró el soldado de plantón que había en la antesala.

— ¿Qué sucede? preguntó el barón.

— Nada se sabe aún, señor gobernador. Debe ser sin duda algun mensajero del rey ó de la ciudad.

— Informaos y venid á darme aviso.

El soldado salió corriendo.

— Á la mesa, señores, dijo Canolles á sus convidados, la mayor parte de los cuales se habían levantado; luego habrá de dejarla cuando nos llamen.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO



Todos los convidados volvieron á sentarse riendo. Tan sólo Richón, por cuyo semblante había pasado un viso de inquietud, permaneció agitado con los ojos fijos en la puerta, esperando la vuelta del soldado. Pero en vez de éste se presentó un oficial con la espada desnuda, diciendo:

- Señor gobernador, un parlamentario.
- ¡ Un parlamentario ! ¿ De parte de quién ?
- De parte de los príncipes.
- ¿ De dónde viene ?
- De Burdeos.

— ¡ De Burdeos ! repitieron todos los convidados, excepto Richón.

— ¡ Cómo ! dijo el viejo oficial. ¿ está acaso declarada seriamente la guerra para que envíen parlamentarios ?

Canolles reflexionó un momento, durante el cual su semblante, risueño diez minutos antes, tomó toda la gravedad que exigían las circunstancias.

— Señores, dijo, lo primero de todo es el deber. Probablemente me espera una cuestión difícil de resolver con el enviado de los señores Burdeleses. Ignoro cuánto tardaré en volver á vuestro lado.....

— ¡ No, no ! dijeron los convidados en coro. Por el contrario, es necesario despedirnos, comandante : lo que os sucede, es para nosotros un aviso al mismo tiempo para volver á nuestros puestos respectivos... Por consiguiente, importa que nos separemos en este mismo instante.

— Señores, no me tocaba á mí hacerlos esa proposición ; pero ya que me la hacéis, preciso me es confesar que es lo más prudente, y acepto... Los caballos y equipajes de estos señores, dijo Canolles.

Casi en el mismo instante, rápidos en sus movimientos

cual si ya se encontrasen en el campo de batalla, los convidados montaron sus caballos ó subieron á sus carruajes y seguidos de su escolta se alejaban en la dirección de sus residencias respectivas.

Richón quedó el último.

— Barón, dijo á Canolles cuando estuvieron solos, no he querido dejaros en el acto como los demás, porque nuestro conocimiento data de más tiempo que el de ellos. Adiós, pues ; dadme ahora vuestra mano, y buena suerte.

El barón dió su mano á Richón, mirándole fijamente y diciendo :

— Richón, yo os conozco : alguna cosa os pasa, que no queréis decir, porque acaso no es secreto vuestro. Sin embargo, estáis conmovido, y cuando un hombre de vuestro temple se conmueve, no es por poco.

— ¿ No vamos á separarnos ? dijo Richón.

— También íbamos á separarnos cuando nos despedimos uno de otro en la posada del Becerro de Oro, y no obstante estabais tranquilo.

Richón se sonrió tristemente.

— Barón, tengo un presentimiento de que no nos volveremos á ver más.

Canolles se estremeció ; tal era la profunda melancolía que exprimía la voz, ordinariamente firme, del partidario aventurero.

— Y bien, repuso aquél, si no volvemos á vernos, Richón, será que habrá muerto uno de los dos... muerto como valiente ; y en tal caso, el que sucumba, al menos estará seguro al morir de sobrevivir en el corazón de un amigo. ¡ Abracémonos, Richón ! Vos me habéis dicho : buena suerte ; yo os diré : ¡ Valor !

Los dos jóvenes se abrazaron y sus nobles corazones



permanecieron apoyados por algún tiempo el uno sobre el otro.

Al separarse, Richón enjugó una lágrima, la única quizás que hasta entonces habría oscurecido su atrevida mirada; y cual si temiese que el barón viese aquella lágrima, se precipitó fuera de la estancia, avergonzado sin duda de haber dado á un hombre, cuyo valor conocía, semejante muestra de debilidad.

## XXVI

## El parlamentario

El comedor había quedado desierto, á excepción de Canolles y del oficial que anunció al parlamentario, el cual estaba en pie en un ángulo de la puerta.

— ¿Qué ordena el señor gobernador? dijo después de un instante de silencio.

El barón, que al principio había quedado absorto en sus reflexiones, se estremeció al oír esta voz, alzó la cabeza, y saliendo de su meditación, preguntó:

— ¿Dónde está el parlamentario?

— En la sala de armas.

— ¿Quién le acompaña?

— Dos guardas de la milicia urbana de Burdeos.

— ¿Qué tal es?

— Un joven, á lo que puede juzgarse, porque trae un ancho sombrero, y viene embozado en una capa larga.

— ¿Cómo se ha anunciado?

— Como portador de cartas de la señora princesa y del parlamento de Burdeos.

— Rogadle que espere un momento; en seguida soy con él.

Salió el oficial para cumplir lo que le había ordenado, y el barón se disponía á seguirle, cuando se abrió una puerta y apareció Nanon pálida y temblando; pero con



permanecieron apoyados por algún tiempo el uno sobre el otro.

Al separarse, Richón enjugó una lágrima, la única quizás que hasta entonces habría oscurecido su atrevida mirada; y cual si temiese que el barón viese aquella lágrima, se precipitó fuera de la estancia, avergonzado sin duda de haber dado á un hombre, cuyo valor conocía, semejante muestra de debilidad.

## XXVI

## El parlamentario

El comedor había quedado desierto, á excepción de Canolles y del oficial que anunció al parlamentario, el cual estaba en pie en un ángulo de la puerta.

— ¿Qué ordena el señor gobernador? dijo después de un instante de silencio.

El barón, que al principio había quedado absorto en sus reflexiones, se estremeció al oír esta voz, alzó la cabeza, y saliendo de su meditación, preguntó:

— ¿Dónde está el parlamentario?

— En la sala de armas.

— ¿Quién le acompaña?

— Dos guardas de la milicia urbana de Burdeos.

— ¿Qué tal es?

— Un joven, á lo que puede juzgarse, porque trae un ancho sombrero, y viene embozado en una capa larga.

— ¿Cómo se ha anunciado?

— Como portador de cartas de la señora princesa y del parlamento de Burdeos.

— Rogadle que espere un momento; en seguida soy con él.

Salió el oficial para cumplir lo que le había ordenado, y el barón se disponía á seguirle, cuando se abrió una puerta y apareció Nanon pálida y temblando; pero con



su sonrisa afectuosa, y cogiendo la mano del joven, le dijo :

- Un parlamentario, amigo mio ; ¿ qué significa eso ?
- Eso significa, querida Nanon, que los señores Burdeleses quieren arredrarme ó seducirme.
- ¿ Y qué habéis decidido ?
- Recibirle.
- ¿ No podéis evitarlo ?
- Imposible. Hay ciertos usos á que no podemos sustraernos.
- ¡ Oh, Dios mio !
- ¿ Qué tenéis, Nanon ?
- Tengo miedo.
- ¿ De qué ?
- ¿ No acabáis de decirme que ese parlamentario viene para arredraros ó seduciros ?
- Sin duda. Un parlamentario no sirve más que para uno de esos dos usos. ¿ Teméis que me arredre ?
- ¡ Oh ! no ; pero tal vez que os seduzca.
- Me ofendéis, Nanon.
- ¡ Ay, amigo mio ! yo digo lo que temo.
- ¡ Vos dudáis de mí hasta ese extremo ! ¿ No me conocéis ?
- Sé que sois Canolles, es decir, un corazón generoso, pero tierno.
- ¡ Bah ! ; Bah ! dijo Canolles riendo. ¿ Pero qué parlamentario me envían ? ¿ Será Cupido en persona ?
- Tal vez.
- ¿ Le habéis visto ?
- No le he visto, pero he oído su voz, y es demasiado dulce para ser voz de parlamentario.
- Nanon, no seáis loca, y dejadme cumplir con mi obligación. Vos me habéis hecho gobernador.....

- ¡ Para que me defendáis, amigo !
- ¿ Me creéis capaz de venderos ? Á la verdad, Nanon, que esas palabras me ofenden.
- ¿ Estáis, pues, decidido á ver á ese joven ?
- Debo hacerlo. Y sentiría infinito que os opusieseis más al cumplimiento de este deber por mi parte.
- Sois libre, amigo, repuso tristemente Nanon... Sólo una palabra más.
- Decid.
- ¿ Dónde le recibiréis ?
- En mi gabinete.
- Canolles, un favor.
- ¿ Cuál ?
- En vez de recibirle en vuestro gabinete, hacedlo en vuestro dormitorio.
- ¿ Cuál es vuestra idea ?
- ¿ No me comprendéis ?
- No.
- Mi habitación cae á vuestra alcoba.
- ¿ Y tratáis de escuchar ?.....
- Detrás de las cortinas, si me lo permitís.
- ¡ Nanon !
- Dejadme estar cerca de vos, amigo mio ; tengo fé en mi estrella, y os aseguraré la dicha.
- Sin embargo, Nanon. Y si ese parlamentario.....
- ¿ Qué ?
- ¿ Viniese para confiarme algún secreto de Estado ?
- ¿ Y no podéis confiar un secreto de Estado á la que os confía su vida y su fortuna ?.....
- ¡ Pues bien, Nanon ! escuchadnos, puesto que absolutamente lo queréis ; pero no le hagamos esperar más tiempo.



— Id, Canolles, id; pero antes, bendito seáis por el bien que me hacéis.

Y la joven quiso besar la mano de su amante.

— ¡Loca! dijo el barón atrayéndola sobre su pecho y besándola en la frente. ¿Conque estaréis?....

— Detrás de las cortinas de vuestra cama. Desde allí podré ver y oír.

— No os vayáis á reír á lo menos, Nanon, porque son cosas muy serias.

— Descuidad, repuso la joven, no me reiré.

El barón mandó introducir al mensajero, y pasó á su cámara, vasta sala amueblada en tiempo de Carlos IX y de un aspecto severo. Dos candelabros ardían sobre la chimenea, pero su luz se debilitaba en la inmensidad del aposento; de suerte que la alcoba, situada en lo más retirado de la sala, se hallaba enteramente en la sombra.

— ¿Estais ahí, Nanon? preguntó el barón.

Un sí ahogado, trémulo, llegó hasta él.

En este momento se oyeron pasos, y el centinela presentó las armas. Entró el mensajero, y siguió con la vista al que le había introducido hasta tanto que estuvo, ó creyó estar, solo con el barón; entonces se alzó el sombrero y echó la capa á la espalda. En aquel momento se desplegaron unos cabellos rubios sobre hechieros hombros; el talle fino flexible de una mujer apareció bajo el talabarte dorado, y Canolles reconoció en su triste y voluptuosa mirada á la vizcondesa de Cambes.

— Os ofreci que volvería á encontraros, y cumplo mi palabra, dijo ella. Ya me tenéis aquí.

El barón, con un movimiento de estupor y angustia, golpeó una mano contra otra y se dejó caer sobre un sillal.

— ¡Vos!... ¡vos! murmuró el joven. ¡Oh, Dios mío!

¿Qué queréis hacer, qué es lo que venis á demandarme aquí?

— Vengo á preguntaros, caballero, si os acordáis aún de mí.

Canolles dió un profundo suspiro, y cubrió sus ojos con ambas manos, para conjurar á aquella aparición fantástica y fatal á la vez.

Entonces lo comprendió todo: el temor, la palidez, el temblor de Nanon, y sobre todo su deseo de presenciar la entrevista. Nanon con ojos de celos había reconocido en el parlamentario á una mujer.

— Vengo á demandaros, continuó la señora de Cambes, si estais pronto á cumplir la obligación que en aquella salita de Jaulnay contrajisteis conmigo, de presentar vuestra dimisión á la reina y entrar al servicio de los principes.

— ¡Oh! ¡Silencio, silencio, señora! exclamó el barón.

Clara se estremeció al escuchar aquel acento trémulo de terror en la voz del joven; y mirando con inquietud á su rededor, preguntó:

— ¿No estamos aquí solos?

— Si tal, señora; pero ¿no puede oírnos alguien á través de los muros?

— Yo creí que los muros de San Jorge eran más sólidos que todo eso, dijo la vizcondesa sonriendo.

El barón no le contestó.

— Vengo, pues, á demandaros, continuó la vizcondesa, cómo es que en ocho ó diez dias que hace estais aquí no he oído hablar de vos; de suerte que aun ignoraría quien manda en la isla de San Jorge, si la casualidad, ó mejor dicho, los rumores populares, no me hubiesen dado á entender que es el hombre que hace apenas doce dias me decía que su desgracia era una felicidad,



puesto que le permitía consagrar su brazo, su valor y su vida al partido que yo sigo.....

Nanon no pudo contener un movimiento, que hizo estremecer á Canolles y volverse á la vizcondesa diciendo:

— ¿Qué es eso?

— Nada, contestó el barón; uno de los ruidos habituales de esta antigua sala, que con frecuencia cruje de un modo lúgubre.

— Si es otra cosa, dijo la señora de Cambes poniendo la mano sobre el brazo de Canolles, no me lo ocultéis, barón, porque ya comprenderéis, por el hecho de haberme decidido á venir yo misma á buscaros, cuál debe ser la importancia de la conferencia que vamos á tener.

El barón enjugó el sudor que corría por su frente; y tratando de sonreír:

— Hablad, dijo.

— Vengo á recordaros esta promesa, y á preguntaros si estáis pronto á cumplirla.

— ¡Ay, señora! respondió Canolles; ya es imposible.

— ¿Y por qué?

— Porque de entonces acá han ocurrido muchos acontecimientos inesperados: muchos lazos que creta rotos se han renovado: al castigo que yo creía merecer ha sustituido la reina una recompensa de que era indigno: hoy estoy ligado al partido de S. M. por... la gratitud.

Un suspiro cruzó el espacio. La pobre Nanon esperaba sin duda otra palabra que la que se acababa de pronunciar.

— Decid más bien por la ambición, señor de Canolles, y lo comprenderé. Vos sois noble y de elevada cuna; á los veinte y ocho años os hacen teniente coronel, gobernador de una plaza fuerte: esto es hermoso, bien lo sé,

pero solo es la recompensa natural de vuestro mérito, y ese mérito no es sólo el señor de Mazarino quien le sabe apreciar.....

— ¡Señora, os ruego no digáis una palabra más!

— Perdonad, caballero: esta vez no es Clara quien os habla, sino el enviado de la princesa, que encargado de una misión cerca de vos, precisamente ha de cumplirla.

— Hablad, señora, repuso Canolles, dando un suspiro semejante á un gemido.

— Enterada la señora princesa de los sentimientos que me manifestarais, primero en Chantilly y después en Jaulnay, y deseosa de saber á qué partido pertenecéis definitivamente, resolvió enviaros un parlamentario para hacer una tentativa sobre esta isla. Yo me he encargado de esta tentativa, teniendo en consideración que como confidente de vuestros secretos pensamientos en este punto, podría cumplir este encargo mejor que nadie.

— Gracias, señora, dijo el barón desgarrándose el pecho con la mano; porque en los cortos intervalos del diálogo sentía la respiración agitada de Nanon.

— Oid lo que os propongo, caballero... en nombre de la princesa, se entiende; porque si fuese en el mio, continuó la señora de Cambes con su hechicera sonrisa, habria invertido el orden de las proposiciones.

— Ya os escucho, dijo el barón con voz apagada.

— Entregaréis la isla de San Jorge bajo una de las tres condiciones que os voy á proponer. La primera es ésta: no olvidéis que yo no hablo: una cantidad de cien mil libras.....

— ¡Oh, señora, no paséis adelante! dijo Canolles tratando de cortar la conversación. La reina me ha encargado el mando de la isla de San Jorge, y la defenderé hasta la muerte.



— Recordad lo pasado, exclamó la vizcondesa con tristeza. No es eso lo que me decíais en nuestra última entrevista, cuando me proponíais abandonarlo todo por seguirme, cuando teníais ya la pluma en la mano para hacer vuestra dimisión á esos por quienes hoy queréis sacrificar vuestra vida.

— Pude ofrecerlo eso, señora, cuando era libre para seguir uno ú otro camino : hoy no lo soy....

— ¡ No sois libre ! exclamó Clara. ¡ Cómo lo entendéis ! ¿ Qué queréis decir ?

— Quiero decir que estoy ligado por el honor.

— Pues bien ; oid mi segunda proposición entonces.

— ¿ Para qué ? dijo Canolles. ¿ No os he dicho lo bastante, que soy inflexible en mi resolución ? No me tentéis, será en balde.

— Perdonad, caballero, contestó Clara á su vez ; pero yo también vengo encargada de una misión, y tengo que cumplimentarla hasta el fin.

— Hacedlo, dijo Canolles ; pero en verdad que sois muy cruel.

— Presentad vuestra dimisión, y entonces operaremos sobre vuestro sucesor con más eficacia que sobre vos ; y dentro de un año ó dos volveréis á entrar al servicio con el empleo de brigadier en el ejército de S. A.

El barón movió tristemente la cabeza.

— ¡ Válgame Dios, señora ! ¿ Tan sólo os habéis propuesto venir á pedirme cosas imposibles ?

— ¿ Y á mí me contestáis eso ? dijo Clara ; á la verdad que no os entiendo. ¿ No habéis estado ya para firmar esa dimisión ? ¿ No decíais á la que entonces estaba junto á vos, y que os escuchaba con tanto gusto, que la prestabais libremente y en el fondo de vuestro corazón ? ¿ Por qué no hacéis aquí, cuando yo os lo pido, cuando os lo

ruego, lo que vos mismo proponíais hacer en Jaulnay?...

Todas estas palabras eran otras tantas puñaladas que entraban en el corazón de la pobre Nanon, y que Canolles sentía entrar.

— ¡ Lo que en aquella época era un acto sin importancia, sería hoy una traición infame ! dijo Canolles con una voz apagada. ¡ Nunca entregaré la isla de San Jorge ! ¡ Jamás daré mi dimisión !

— Esperad, esperad, dijo la vizcondesa con voz dulcísima, aunque mirando con inquietud á su alrededor ; porque la resistencia del barón, y sobre todo la contracción que parecía sufrir el que hacía esa resistencia, le parecieron singulares. — Escuchad ahora la última proposición, por la cual quería empezar, porque estaba segura que rehusaríais las dos primeras. Las ventajas materiales, y me alegro infinito no haberme equivocado, no son cosas que dobleguen un corazón como el vuestro ; necesitáis otras esperanzas más que las de la ambición y la fortuna : los nobles instintos necesitan nobles recompensas. Escuchad, pues....

— ¡ Señora, en nombre del cielo, compadeceos de mí ! Y al decir esto, hizo un movimiento para retirarse.

Clara creyó que estaba conmovido ; y convencida de que lo que iba á decir debía coronar su victoria, se contuvo y continuó :

— Si en vez de un vil interés, se os ofreciese un interés más honroso ; si se pagase vuestra dimisión, esa dimisión que podéis hacer sin infamia, porque no habiéndose principiado las hostilidades, no es ese acto una defección ni una perfidia, sino una pura y simple elección ; si se pagase esa dimisión, repito, con una alianza ; si un mujer, á quien habéis dicho que amáis, que la amaréis siempre, y que á pesar de estos juramentos no ha contestado abier-



tamente á vuestra pasión; si esta mujer viniese á deciros: Señor de Canolles, yo soy noble, soy rica, os amo, sed mi esposo, partamos juntos... vamos adonde queráis, lejos de todas las disensiones civiles, fuera de Francia... decid, caballero, ¿en tal caso rehusaríais?

El barón, á pesar del rubor y de la encantadora perplejidad de Clara; no obstante el recuerdo del lindo castillejo de Cambes, que habría podido ver desde su ventana, si durante la escena que acabamos de referir no hubiese descendido del cielo la noche, permaneció inmóvil y firme en su resolución, porque veía á lo lejos en la sombra salir de entre las góticas cortinas la cabeza desordenada de Nanon temblando de agonía.

— ¿Contestadme, en nombre del cielo! continuó la señora de Cambes, porque no comprendo absolutamente vuestro silencio. ¿Me habré equivocado tal vez? ¿No sois vos el señor barón de Canolles? ¿No sois el mismo hombre que en Chantilly me dijo que me amaba; que me lo repitió en Jaulnay; el que juró que á nadie amaba en el mundo más que á mí, y que estaba pronto á sacrificarme cualquier otro amor? ¿Decid, decid! ¿En nombre del cielo, responded! ¿Responded, pues!

Un gemido se dejó oír esta vez, tan inteligible, tan distinto que la vizcondesa no pudo ya dudar que asistía á la conferencia una tercera persona. Sus ojos azorados siguieron la dirección de los de Canolles, y éste no pudo apartar su mirada con bastante rapidez para evitar que la señora de Cambes viese aquella cabeza pálida é inmóvil, aquella forma parecida á un fantasma, que seguía palpitante hasta los más insignificantes pormenores de la conversación.

Las dos mujeres trocaron una mirada de fuego á través de la oscuridad, y ambas lanzaron un grito.

Nanon desapareció.

En cuanto á la vizcondesa, cogió vivamente su sombrero y su capa, y volviéndose hacia Canolles, le dijo:

— Caballero, ahora comprendo lo que vos llamáis el deber y la gratitud: conozco cuál es el deber que rehusáis abandonar ó vender: comprendo, en fin, que hay afecciones inaccesibles á toda seducción, y os dejo todo entero entregado á esas afecciones, á ese poder, á esa gratitud. — ¿Quedad con Dios, caballero, quedad con Dios!

Entonces hizo un movimiento para retirarse, sin que el barón tratase de detenerla; pero la contuvo un doloroso recuerdo.

— Todavía una palabra, caballero, dijo Clara. En nombre de la amistad que os debo por el servicio que habéis tenido á bien prestarme; en nombre de la amistad que me debéis por el servicio que también yo os he prestado; en nombre de todos los que os aman y á quienes amáis, sin excepción de persona, no provoquéis la lucha. Mañana, pasado mañana tal vez, se os atacará en la isla de San Jorge: no me causéis el dolor de saber que sois vencido ó muerto.

Á estas palabras se estremeció el barón y se levantó.

— Señora, dijo, os doy gracias de rodillas por la seguridad que acabáis de darme de esa amistad, para mí más preciosa que cuanto pudiera decir. ¿Oh! ¿Que vengan á atacarme! ¿Que vengan, gran Dios! Yo llamo al enemigo con más afán, con más ardor del que jamás puede él tener en buscarme. Tengo necesidad de combatir; me hace falta la lucha para ocultarme á mis propios ojos. Que venga el combate, el peligro, la muerte misma: la muerte será la bien venida, pues sé que moriré rico de vuestra



amistad, fuerte con vuestra compasión y honrado con vuestra estimación.

— Caballero... ¡Adiós! dijo la vizcondesa dirigiéndose hacia la puerta.

El barón la siguió; y al llegar en medio de un corredor oscuro, le cogió la mano, y con voz tan baja que apenas podía él mismo oír las palabras que pronunciaban, la dijo:

— Clara, os amo más que nunca; pero la desgracia quiere que yo no pueda probaros este amor sino muriendo lejos de vos.

Una risita irónica fué por de pronto la única respuesta de la vizcondesa; mas apenas estuvo fuera del castillo, un doloroso sollozo le oprimió la garganta, y se torció los brazos exclamando:

— ¡Ah, Dios mío! ¡No me ama, nome ama! ¡Y yo, desgraciada de mí, que le amo!

## XXVII

## La ronda nocturna

Después de haberse marchado la vizcondesa de Cambes, volvió á entrar el barón en su sala. Nanon estaba en pie, pálida é inmóvil, en medio del aposento. Canolles se dirigió hacia ella con una sonrisa triste: á proporción que avanzaba, Nanon doblaba la rodilla: tendióle él la mano y ella cayó á sus pies.

— ¡Perdonadme, dijo, perdonadme, Canolles! Yo soy quien os ha traído aquí; yo quien ha hecho se os entregue este puesto grave y peligroso; si sois muerto, yo seré la causa de vuestra muerte. Soy una egoísta, que sólo he pensado en mi felicidad. ¡Abandonadme; partid!

El barón la levantó con dulzura.

— ¡Abandonaros yo! contestó él, jamás, Nanon, jamás. Vos sois sagrada para mí: he jurado protegeros, defenderos y salvaros, y os salvaré aunque supiera morir.

— ¿Dices eso de todo corazón, Canolles, sin vacilar, sin sentir?

— Sí, dijo el barón sonriendo.

— Gracias, mi digno y noble amigo, gracias. ¿Vés? esta vida que tanto me interesaba, hoy te la sacrificaría sin una queja, porque sólo desde hoy sé cuánto has hecho por mí. — Te ofrecían dinero, ¿no son tuyos mis tesoros? Te ofrecían amor, ¿habrá jamás en el mundo



amistad, fuerte con vuestra compasión y honrado con vuestra estimación.

— Caballero... ¡Adiós! dijo la vizcondesa dirigiéndose hacia la puerta.

El barón la siguió; y al llegar en medio de un corredor oscuro, le cogió la mano, y con voz tan baja que apenas podía él mismo oír las palabras que pronunciaban, la dijo:

— Clara, os amo más que nunca; pero la desgracia quiere que yo no pueda probaros este amor sino muriendo lejos de vos.

Una risita irónica fué por de pronto la única respuesta de la vizcondesa; mas apenas estuvo fuera del castillo, un doloroso sollozo le oprimió la garganta, y se torció los brazos exclamando:

— ¡Ah, Dios mío! ¡No me ama, nome ama! ¡Y yo, desgraciada de mí, que le amo!

## XXVII

## La ronda nocturna

Después de haberse marchado la vizcondesa de Cambes, volvió á entrar el barón en su sala. Nanon estaba en pie, pálida é inmóvil, en medio del aposento. Canolles se dirigió hacia ella con una sonrisa triste: á proporción que avanzaba, Nanon doblaba la rodilla: tendióle él la mano y ella cayó á sus pies.

— ¡Perdonadme, dijo, perdonadme, Canolles! Yo soy quien os ha traído aquí; yo quien ha hecho se os entregue este puesto grave y peligroso; si sois muerto, yo seré la causa de vuestra muerte. Soy una egoísta, que sólo he pensado en mi felicidad. ¡Abandonadme; partid!

El barón la levantó con dulzura.

— ¡Abandonaros yo! contestó él, jamás, Nanon, jamás. Vos sois sagrada para mí: he jurado protegeros, defenderos y salvaros, y os salvaré aunque supiera morir.

— ¿Dices eso de todo corazón, Canolles, sin vacilar, sin sentir?

— Sí, dijo el barón sonriendo.

— Gracias, mi digno y noble amigo, gracias. ¿Vés? esta vida que tanto me interesaba, hoy te la sacrificaría sin una queja, porque sólo desde hoy sé cuánto has hecho por mí. — Te ofrecían dinero, ¿no son tuyos mis tesoros? Te ofrecían amor, ¿habrá jamás en el mundo



una mujer que te ame como yo? ; Te ofrecían ascenso!  
— Escucha, van á atacar el fuerte; pues bien, compremos soldados, reunamos municiones y armas, doblemos nuestras fuerzas, defendámonos. Yo combatiré por mi amor, tú por tu honor. Tú, mi bravo Canolles, los batirás; haré decir á la reina que no tiene un capitán más valiente que tú; y después, yo me encargaré de tu ascenso, sí. Y cuando seas rico, cuando te veas circundado de gloria y honores, entonces me abandonarás si quieres, y entonces quedarán para consolarme mis recuerdos.

Y diciendo esto Nanon, miraba al barón y esperaba la respuesta que siempre demandan las mujeres á sus palabras exageradas, es decir, locas y exaltadas como aquellas. Pero el barón bajó tristemente la cabeza, y dijo:

— Nanon, mientras yo exista en la isla de San Jorge, jamás se os hará daño ni tendréis que arrostrar una afrenta. Tranquilizaos, pues, porque no tenéis nada que temer.

— Gracias, aunque no sea eso todo lo que yo demando, dijo en voz alta; y luego para sí:

— ¡Ay de mí! estoy perdida; no me ama ya.

Canolles sorprendió esa mirada de fuego que brilla como el rayo, esa horrible palidez de un segundo, que revela tanto dolor.

— ¡Seré generoso hasta el fin, dijo él para sí, si no quiero ser infame!... Ven, Nanon, contestó, ven amiga mía: prende tu capa sobre tus hombros, toma tu sombrero de hombre, el aire de la noche te hará provecho. Debo ser atacado de un momento á otro, y voy á hacer mi ronda nocturna.

Nanon, palpitante de gozo, se vistió como su amante le decía, y le siguió.

Canolles era un verdadero jefe. Habiendo entrado casi niño en el servicio, había hecho un estudio profundo de su áspero ejercicio. Así, pues, visitó la plaza, no sólo como comandante, sino como ingeniero. Los oficiales que le habían visto llegar como favorito, y que creían tener que habérselas con un gobernador de parada, fueron interrogados unos después de otros por su jefe acerca de todos los medios de ataque y defensa. Preciso les fué reconocer entonces en el frívolo y bisoño joven á un capitán experimentado, y los más ancianos le hablaron desde luego con respeto. En cuanto á Canolles, la única cosa que podían reprocharle era la dulzura de su voz al dar órdenes y su extremada atención para preguntar. Temían que esta cortesía no fuese la máscara de la debilidad. Sin embargo, como cada cual sentía el peligro inmediato, las órdenes del gobernador fueron ejecutadas con una puntual celeridad, que dió al jefe la misma idea de sus soldados que éstos habían formado de él. Durante el día había llegado una compañía de obreros. Canolles dispuso varios trabajos, que fueron comenzados desde luego. En vano quiso Nanon volverle al fuerte para apartarle de la fatiga de una noche pasada de aquel modo: el barón continuó su ronda, y él fué quien despidió afablemente á Nanon, exigiéndole que volviese á su habitación. Después, habiendo expedido tres ó cuatro batidores del campo que el teniente-gobernador le había recomendado como los más inteligentes de cuantos se hallaban á su servicio, fué á recostarse sobre un sillar de mármol, desde donde seguía inspeccionando los trabajos.

Pero mientras sus ojos seguían maquinalmente el movimiento de los picos y azadas, su imaginación, apartada de las cosas materiales, se fijaba toda entera, no sólo en los acontecimientos del día, sino también en



todas las extrañas aventuras de que había sido el héroe desde el día en que vió á la vizcondesa de Cambes. Pero, cosa extraña, su mente no pasaba más allá de aquel punto; pareciale que sólo desde aquella hora había empezado á vivir, que hasta entonces había estado en otro mundo de instintos, de sensaciones incompletas. Partiendo desde aquel momento, había en su vida una antorcha que daba á todas las cosas un aspecto diferente; y desde este nuevo día, Nanon, la pobre Nanon quedaba sacrificada desapiadadamente á otro amor, violento desde su nacimiento, como lo son esos amores que se apoderan de toda la vida en que llegan á entrar.

Así, pues, al cabo de dolorosas meditaciones, mezcladas de celestiales ensueños, á la idea de ser amado por la vizcondesa de Cambes, el barón se confesó que sólo este deber le prescribía ser hombre de honor, y que la amistad de Nanon ninguna parte tenia en su determinación.

¡Pobre Nanon! Canolles calificaba de amistad el sentimiento que hacia ella experimentaba. Mas ¡ah! el amor, trocado en amistad, fácilmente degenera en indiferencia.

Nanon velaba también, porque no había podido resolverse á entrar en la cama. De pie junto á una ventana, envuelta en un manto negro para no ser vista, seguía, no la luna triste y velada deslizándose á través de las nubes, no los altos álamos que se balanceaban graciosamente por el viento de la noche, no el curso majestuoso del Garona, semejante á un vasallo rebelde que se alza contra su señor, ó mejor un esclavo fiel que lleva su tributo al Océano, sino el lento y penoso trabajo que se fabricaba contra ella en la imaginación de su amante: veía en aquella forma oscura que se destacaba sobre la piedra, en aquella sombra inmóvil acurrucada junto á una lumi-

na, el fantasma viviente de su pasada felicidad. Ella tan enérgica, tan altiva, tan sagaz otras veces, había perdido toda su destreza, su altivez y su energía: se hubiera dicho que exaltados sus sentidos por la acción de su desgracia, aumentaban en inteligencia y sutileza: ella sentia germinar el amor en el fondo del corazón de su amante, como Dios, reclinándose sobre la inmensa cúpula del cielo, siente germinar el tierno tallo de una planta en las entrañas de la tierra.

Sólo cuando fué de día volvió el barón á entrar en su aposento. Nanon se había retirado al suyo, y él ignoró que había velado toda la noche. Entonces se vistió con esmero, reunió de nuevo la guarnición, visitó de día todas las baterías, y en especial las que daban á la ribera izquierda del Garona, hizo cerrar el puertecito con cadenas, estableció una especie de chalupas cargadas de falconetes y espingardas, pasó revista á su gente, la animó aun por medio de sus palabras atentas y generosas, y se retiró á su casa á eso de las diez.

Nanon le aguardaba con la sonrisa en los labios: no era ya aquella altiva é imperiosa Nanon, cuyos caprichos hacían temblar al mismo duque de Epernon; era una manceba tímida, una esclava cobarde, que no exigía ya se la amase, sino que demandaba se la permitiese tan sólo amar.

El día trascurrió sin otro acontecimiento que las diferentes peripecias de aquel drama interior que se ejecutaba en el alma de cada uno de los jóvenes. Los corredores expedidos por el barón volvieron unos después de otros, sin que ninguno de ellos trajese una noticia cierta: sólo se supo que había grande agitación en Burdeos, y era evidente que se estaba preparando allí alguna cosa.



En efecto, la vizcondesa de Cambes, á su vuelta á la ciudad, ocultando por otra parte todos los detalles de su entrevista en los más secretos dobleces de su corazón, había transmitido á Lenet el resultado. Los Burdeleses pedían á voces que se asaltara la isla de San Jorge. El pueblo se ofrecía en masa para formar parte de la expedición. Los jefes no le contenían sino protestando la ausencia de un hombre de guerra que pudiese conducir la expedición, y de soldados regulares que pudiesen sostenerla. Lenet aprovechó esta coyuntura para introducir el nombre de los dos duques y ofrecer su ejército: la oferta fué recibida con entusiasmo, y los mismos que habían votado la vispera porque se les cerrasen las puertas, los llamaron á voces.

Lenet llevó esta buena noticia á la princesa, que reunió en seguida su consejo.

Clara pretextó el cansancio para no tomar parte en ninguna decisión contra el barón, y se retiró á su aposento á dar libre curso á sus lágrimas.

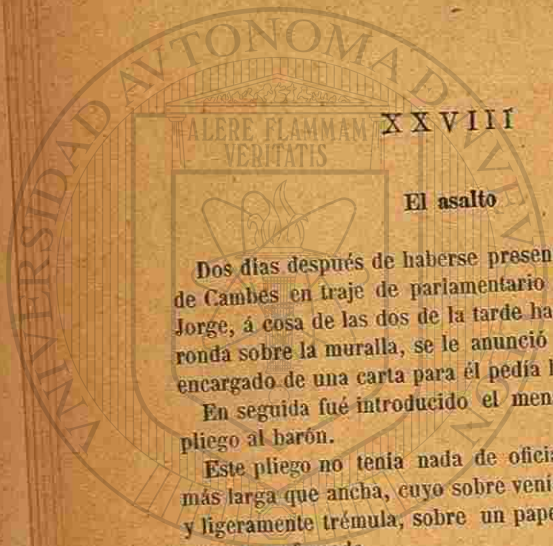
Desde aquella habitación oía los gritos y las amenazas del pueblo. Todos aquellos gritos, todas aquellas amenazas se dirigían contra Canolles.

No tardó mucho en resonar el tambor. Las compañías se reunieron, los jurados hicieron armar al pueblo, que pedía picas y arcabuces; se sacaron los cañones del arsenal, se distribuyó pólvora, y doscientos botes se dispusieron prontos á subir el Garona, ayudados por la marea de la noche, mientras que tres mil hombres encaminándose por la ribera izquierda atacarían por tierra.

El ejército de mar debía ser mandado por Espanet, consejero del parlamento, hombre valiente y de sano consejo, y el de tierra por el señor de Larochevoucault, que acababa de entrar á su vez en la ciudad con dos mil

caballeros próximamente. El señor duque de Bouillon no debía llegar hasta dos días después con otros mil. Con este motivo el duque de Larochevoucault apresuró el ataque cuanto pudo, á fin de que su colega no se encontrase con él.





El asalto

Dos días después de haberse presentado la vizcondesa de Cambes en traje de parlamentario en la isla de San Jorge, á cosa de las dos de la tarde haciendo Canolles su ronda sobre la muralla, se le anunció que un mensajero encargado de una carta para él pedía hablarle.

En seguida fué introducido el mensajero y entregó su pliego al barón.

Este pliego no tenía nada de oficial; era una cartita más larga que ancha, cuyo sobre venía de una letra débil y ligeramente trémula, sobre un papel de color azulado, terso y perfumado.

Canolles sintió latir su corazón á la vista de aquel papel.

— ¿Quién te ha dado esta carta? preguntó.

— Un hombre de cincuenta á sesenta años.

— ¿Bigote y pera grises?

— Sí.

— ¿Algo encorvado?

— Sí.

— ¿Porte militar?

— El mismo.

El barón dió un luis al hombre, y le hizo seña de que se retirara.

Después se fué al ángulo de un baluarte, y se ocultó con el corazón palpitante para leer libremente la carta que acababa de recibir, y que sólo contenía estas palabras:

« Vais á ser atacado. Si no sois ya digno de mí, mostrad que sois digno de vos al menos. »

Esta carta no traía firma, pero el barón reconoció á la vizcondesa de Cambes como había reconocido á Pompeyo. Miró si alguien podia verle, y llenándose de rubor como un niño en su primer amor, llevó el papel á sus labios, le besó con entusiasmo y le puso sobre su corazón.

Después subió á la coronación del baluarte, desde donde podia distinguir el curso del Garona por espacio de casi una legua y la llanura que le circunda en toda su extensión.

Nada se percibía, ni sobre el rio ni en la campiña.

— Así se pasará toda la mañana, murmuró, porque no vendrán en medio del día: habrán tomado descanso, y á la noche comenzarán el ataque.

Canolles sintió un rumor ligero detrás de si y se volvió; era su lugar-teniente.

— Y bien, señor de Vibrac, dijo el barón, ¿qué se dice?

— Se dice, mi comandante, que el estandarte de los principes flotará mañana sobre la isla de San Jorge.

— ¿Y quién dice eso?

— Dos de nuestros corredores, que acaban de llegar y han visto los preparativos que están haciendo contra nosotros los habitantes de la ciudad.

— ¿Y qué habéis contestado á los que os han dicho que el estandarte de los principes flotará mañana sobre la isla de San Jorge?

— Les he dicho, mi comandante, que me importaba poco, en razón á que yo no lo veria.



— En ese caso me habéis robado mi respuesta, caballero, dijo el barón.

— ¡Bravo! Comandante, no deseamos otra cosa, y los soldados se van á batir como leones cuando sepan vuestra respuesta.

— Que se batan como hombres, es todo cuanto les pido... ¿Y qué se dice del género de ataque?

— Se prepara una sorpresa, dijo Vibrac riendo.

— ¡Diablos! Vaya una sorpresa; este es el segundo aviso que recibo... ¿Y quién conduce el asalto?

— El señor de Larocheboucault las tropas de tierra, y de Españaet, el consejero del parlamento, las de mar.

— Bien, bien, dijo el barón; yo le daría un consejo.

— ¿Á quién?

— Al señor consejero del parlamento.

— ¿Y cuál?

— El de reforzar las milicias urbanas con algún buen regimiento bien disciplinado, que enseñe á los paisanos el modo de recibir un fuego bastante nutrido.

— No ha esperado vuestro consejo, comandante; pues antes de ser hombre de justicia parece ha sido de armas, y se ha asociado para esta expedición el regimiento de Navalles.

— ¡Cómo! ¿El regimiento de Navalles?

— Sí.

— ¿Mi antiguo regimiento?

— El mismo. Se ha pasado, según parece, con armas y equipo á los señores príncipes.

— ¿Y quién le manda?

— El barón de Ravailly.

— ¡Es verdad!

— ¿Le conocéis?

— Sí; un excelente chico, valiente como su espada.

En ese caso será esto algo más templado de lo que yo creía, y vamos á tener diversión.

— ¿Qué mandáis, comandante?

— Que se doblen las guardias esta noche; que los soldados se acuesten vestidos con las armas cargadas al lado. La mitad velarán mientras que los otros duermen. Á los que les toque de vigilantes se mantendrán ocultos detrás de las escarpas. Esperad aun.

— Espero.

— ¿Habéis participado á alguien la noticia del mensajero?

— Á nadie absolutamente.

— Está bien. Dejad la cosa en secreto por ahora. Escoged una docena de vuestros peores soldados; ¿deberéis tener cazadores y pescadores?

— Demás los tenemos, comandante.

— Pues bien. Elegid diez, como os he dicho, les dáis permiso hasta mañana para echar sus lances al fondo del Garona y tender sus redes en la llanura. Esta noche Españaet y el señor de Larocheboucault los cogerán y les interrogarán.

— No comprendo.

— ¿No comprendéis que es necesario que los sitiadores nos crean enteramente desprevenidos? Pues bien; esos hombres, no sabiendo absolutamente nada, se lo dirán y se lo jurarán con tanta sinceridad, que no podrán menos de creerlo, y por lo tanto pensarán que dormimos á pierna suelta.

— ¡Ah! muy bien.

— Dejad que se acerque el enemigo; dejadle desembarcar, plantar sus escalas.

— Entonces, ¿cuándo se les habrá de hacer fuego?

— Cuando yo lo mande. Si sale un solo tiro de nues-



tras baterías antes de mi orden, ¡á fè de gobernador, que haré fusilar al que lo dispare!

— ¡Ah! ¡Diablos!

— La guerra civil es guerra dos veces, é importa mucho que la guerra no se haga como una partida de caza. — Dejad reir á los señores Burdeleses, reid vos mismo, si os divierte, pero que no sea hasta que yo diga que se ria.

El teniente partió y fué á transmitir las órdenes de Canolles á los demás oficiales, que se miraron asombrados entre sí. Había dos hombres en el gobernador, el caballero cortés y el comandante implacable.

Canolles fué á cenar con Nanon, sólo que la cena se había anticipado dos horas, por haber decidido el barón no abandonar los muros desde el crepúsculo hasta el alba. Encontró á Nanon hojeando una voluminosa correspondencia.

— Podéis defenderos con firmeza, querido Canolles, le dijo ella, porque no tardaréis mucho en ser socorrido. El rey viene, el señor de La Meilleraye trae un ejército, y el señor duque de Eperón llega con quince mil hombres.

— Pero si tardan ocho ó diez días, como puede ser, Nanon, añadió el barón sonriendo, ¿quién asegura que la isla de San Jorge no sucumba?

— ¡Oh! Mientras mandéis vos en ella, yo respondo de todo.

— Sí; pero justamente, mandando yo aquí, puedo ser muerto. — Nanon... ¿y qué haréis en este caso? ¿Lo habéis previsto á lo menos?

— Sí, respondió Nanon sonriendo á su vez.

— Pues bien, tened preparados vuestros cofres. En un puesto designado habrá un batelero; si es menester saltar al agua, llevaréis cuatro de mis subordinados, que

son buenos nadadores, y tienen orden de no abandonaros y de transportaros á la ribera opuesta.

— Todas esas precauciones son en balde, Canolles. Si sois muerto, ya no necesito nada.

Anunciaron que estaba servida la cena. Durante ésta, el barón se levantó diez veces y fué á la ventana que daba sobre el río. Antes de acabar de cenar, Canolles se levantó de la mesa... Empezaba á anochecer... Nanon quiso seguirle.

— Nanon, dijo el barón, entrad en vuestro aposento y juradme no salir de él. Si supiese que estabais fuera, expuesta á correr cualquier peligro, no respondería de mi. Nanon, vá en ello mi honor; no juguéis con mi honor.

Nanon presentó al barón sus labios de carmin, más rojos aun con la palidez de sus mejillas, y se retiró á su aposento diciendo:

— Os obedezco, Canolles; quiero que amigos y enemigos conozcan al hombre que amo. ¡Partid!

El barón se alejó, sin poder menos de admirar aquella naturaleza doblegada á todos sus deseos y obediente á su voluntad. Apenas se hallaba en su puesto, cuando vino la noche, terrible, amenazadora, como aparece siempre que oculta entre sus negros dobleces un sanguinario secreto.

Canolles se había apostado en el extremo de la explanada, desde donde dominaba el curso del río y sus dos riberas. No hacía luna: un velo de sombrías y espesas nubes cubrían el cielo, siendo imposible ser visto, pero también casi imposible ver.

Sin embargo, á eso de la media noche le pareció distinguir oscuras masas que se movían sobre la ribera izquierda, y deslizarse por el río gigantescas formas. Por



lo demás, sólo se oía el ruido del viento de la noche, que se lamentaba entre las hojas de los árboles.

Aquellas masas se detuvieron; las formas se fijaron á cierta distancia. El barón creyó haberse equivocado; sin embargo, redobló su vigilancia; sus ojos ardientes penetraban las tinieblas, su oído incesantemente atento percibía el más leve ruido.

Dieron las tres en el reloj de la fortaleza, y su sonido prolongado se perdió lento y lúgubre en la inmensidad de la noche. El barón empezó á creer que había recibido un falso aviso, y ya iba á retirarse, cuando el teniente Vibrac, que estaba junto á él, le puso súbitamente una mano sobre el hombro, extendiendo la otra hacia el río.

— ¡Sí, sí! dijo Canolles, ellos son. Vamos, nada se ha perdido con esperar. Despertad la gente que duerme, y que venga á ocupar su puesto detrás de la muralla. ¿Les habéis dicho que yo haría fusilar al primero que haga fuego, eh?

— Sí.

— Pues bien, repetídselo por segunda vez.

En efecto, á los primeros albores del día se distinguieron acercarse largas barcas cargadas de hombres, que reían y conversaban en voz baja, al mismo tiempo que sobre la llanura podía verse una especie de elevación que no existía la víspera. Esta era una batería de seis piezas de cañón que el señor de Larochevoucault acababa de establecer durante la noche: los de las barcas habían tardado tanto, porque hasta entonces no había estado la batería en disposición de maniobrar.

Canolles preguntó si estaban cargadas las armas y habiéndole contestado afirmativamente, hizo seña de esperar.

Las barcas se iban aproximando, y á la primera clari-

dad del día distinguió bien pronto el barón los coletos de ante y los sombreros peculiares de la compañía de Navailles, que como se ha dicho, era la suya. Á la proa de una de las barcas venía el barón de Ravailly, que le había reemplazado en el mando de la compañía, y á la popa el teniente, que era su hermano de leche, muy querido entre sus camaradas por su buen humor y sus inagotables bromas.

— Veréis como no dicen esta boca es mía, y será menester que el señor de Larochevoucault los despierte á cañonazos. ¡Cáspita, y qué bien se duerme en la isla de San Jorge! Cuando me encuentre malo pienso venirme aquí.

— El buen Canolles, repuso Ravailly, ejecuta su papel de gobernador, como padre de familia; teme no les dé reuma á sus soldados si montan las guardias de noche.

— En efecto, añadió otro, no se vé un centinela siquiera.

— ¡Eh! gritó el teniente tomando tierra. Despertad, los de arriba, y dadnos la mano para subir.

Á esta última broma se extendieron las risotadas por toda la línea de los sitiadores; y mientras tres ó cuatro barcas avanzaban hacia el puerto, desembarcaba el resto del ejército de tierra.

— Vamos, vamos, dijo Ravailly, ya comprendo. Canolles quiere fingir que se le sorprende para no embrollarse con la corte. Bueno, señores, seamos atentos como él, y no matemos á nadie. Una vez en la plaza, piedad para todos, excepto para las mujeres, que tal vez no la pidan tampoco. ¡Voto á bríos! Hijos míos, no olvidemos que esta es una guerra de amigos; por consiguiente, al primero que desenvaine lo paso por las armas.

Á esta recomendación, hecha con una jovialidad pro-



piamente francesa, empezaron de nuevo las risas, y los soldados participaron de la hilaridad de los oficiales.

— ¡Hola, amigos! dijo el teniente, parece que se ríe, pero es necesario que esto no estorbe á hacer la tarea. Á las escalas y á trepar.

Los soldados sacaron entonces largas escalas de las barcas y se encaminaron á la muralla.

Entonces se levantó Canolles, y con el bastón en la mano y el sombrero puesto como un hombre que toma por gusto el fresco de la mañana, se acercó al parapeto, del cual sobresalía desde la cintura. Estaba ya bastante claro para que no se le conociese.

— Buenos días, Navalles, dijo á todo el regimiento. Buenos días, Ravailly. Buenos días, Remoneng.

— ¡Calle! ese es Canolles, exclamaron los jóvenes. ¿Te has despertado ya, barón?

— Sí. ¿Qué queréis? Aquí se lleva una vida de rey; nos acostamos temprano y nos levantamos tarde. Pero vosotros, ¿qué diablos venis á hacer aquí tan temprano?

— ¡Pardiez! dijo Ravailly. Me parece que lo debes ver bien. Venimos á sitiarte, nada más.

— ¿Y por qué venis á sitiarme?

— Por tomar tu fuerte.

El barón se echó á reír.

— Vamos, dijo Ravailly, ¿capitulas, eh?

— Antes es preciso saber á quien me rindo. ¿Cómo es que Navalles sirve contra el rey?

— Claro está, querido, porque nos hemos rebelado. Pensando en eso, hemos llegado á persuadirnos de que Mazarino es decididamente un modrego, indigno de que le sirvan caballeros valientes, y por eso nos hemos pasado á los principes. ¿Y tú?

— Yo, querido, soy epernonista acérrimo.

— ¡Bah! Deja ahí á tu gente y vente con nosotros.

— No puede ser. ¡Hola! Di á los de allá abajo que dejen quietas las cadenas del puente; vosotros sabéis que esas cosas se ven bien de lejos, y que cuando se las toca suelen hacer daño. Ravailly, díles que no toquen las cadenas, continuó el barón arrugando las cejas, ó mando hacer fuego. Y te advierto, Ravailly, que tengo excelentes tiradores.

— ¡Bah! Tú te burlas, respondió el oficial, déjalos que te cojan; no tienes fuerzas.

— Yo no me burlo. ¡Abajo las escalas! Ravailly, cuidado que sitias la casa del rey, te lo advierto.

— ¡San Jorge! ¿casa del rey?

— ¡Pardiez! Mira bien, y verás el estandarte en el ángulo del baluarte. Vaya, haz que boten tus barcas al agua, y vuelve á colocar tus escalas en ellas, ó te tiro. Si deseas conversación, ven solo ó con Remoneng, y entonces hablaremos almorzando: tengo un excelente cocinero en la isla de San Jorge.

Ravailly se echó á reír y animó á su gente con la mirada. Durante este tiempo, otra compañía se preparaba á desembarcar.

Canolles conoció entonces que era llegado el momento decisivo; y tomando la actitud firme y el aire grave que convenian á un hombre sobre quien pesaba una responsabilidad tan grande como la suya, dijo:

— Alto ahí, Ravailly; basta de bromas, Remoneng, gritó: ni una palabra, ni un paso, ni un gesto más, ó mando hacer fuego, tan cierto como es la bandera real aquella que está allí, y como vosotros os encamináis contra los lises de Francia.

Y siguiendo la acción á la amenaza, volcó con brazo



vigoroso la primera escala que asomó por encima de la fortificación.

Cinco ó seis hombres más atrevidos que los otros habían empezado á subir, y el empuje les echó á rodar, promoviendo su caída una inmensa carcajada entre sitiadores y sitiados: hubiérase dicho que eran juegos de colegiales.

En este momento, indicó una señal que los sitiadores habían franqueado las cadenas que cerraban el puerto.

Acto continuo, Ravailly y Remoneng cogieron una escala y se dispusieron para bajar al foso á su vez, gritando:

— ¡ Á nosotros, Navalles! ¡ Á la escala! ¡ Arriba!

— ¡ Querido Ravailly, gritó Canolles, por favor, detente!

Peró en aquel mismo instante la batería de tierra, que hasta entonces había permanecido en silencio, estalló en luz y ruido, y una bala vino á envolver en tierra al barón.

— Á ver, dijo Canolles extendiendo su bastón, pues que absolutamente lo quieren: ¡ Fuego, amigos míos, sobre toda la línea! ¡ Fuego!

Entonces, sin que se percibiese un solo hombre, se vió inclinarse sobre el parapeto una hilera de mosquetes, y un cinturón de fuego envolver la coronación de la muralla, mientras que contestaba la detonación de dos enormes piezas de artillería á la batería del duque de Laroche foucault.

Cayó una docena de hombres; pero su caída, lejos de desanimar á sus compañeros, les dió nuevo ardor. Por su parte la batería de tierra respondió á la del fuerte: una bala abatió el pabellón real, otra segunda bala destruyó á un teniente del barón, llamado Elboin.

Canolles echó una nueva ojeada á su alderedor, y vió que su gente había ya cargado las armas.

— ¡ Fuego general! dijo.

Esta orden fué ejecutada con la misma puntualidad que la primera vez.

Diez minutos después, no quedaba ni un solo vidrio en la isla de San Jorge: las piedras temblaban y volaban hechas astillas: el cañón minaba los muros, las balas se aplastaban contra los anchos sillares, y una espesa humareda oscurecía el aire todo henchido de gritos, de amenazas y de gemidos.

Conociendo el barón que lo que más daño hacia á su fuerte era la batería de Laroche foucault, dijo:

— Vibrac, encargaos de Ravailly, que no gane ni una pulgada de terreno en mi ausencia. Yo voy á nuestras baterías.

En efecto, Canolles fué corriendo á las dos piezas que respondían al fuego del señor de Laroche foucault, dirigió él mismo el servicio, se puso á cargar y apuntar, y en un momento desmontó tres de las seis piezas y tendió en el llano á más de cincuenta hombres. Los demás, que no esperaban tan fuerte resistencia, empezaron á desbandarse, y huir. Laroche foucault, tratando de rehacerlos, recibió un casco de guijarro, que le hizo saltar la espada de las manos.

Viendo este resultado, dejó Canolles al jefe de la batería el resto de la tarea, y acudió al asalto en que seguía empeñada la compañía de Navalles, secundada por los hombres de España.

Vibrac se contenta bien, pero acababa de recibir un balazo en el hombro.

— Perdona, Ravailly, gritó el barón, si me he visto obligado á abandonararte un momento, querido amigo,



para desmontar, como puedes ver, las piezas del señor duque de Larochefoucault; pero tranquilízate, ya me tienes aquí.

Y como en este momento el capitán de Navalles, muy animado para responder á la chanza, que tal vez no oyó en medio del espantoso estruendo de la artillería y mosquetería, condujese por tercera vez su gente al asalto, el barón tomó una pistola de su cinto, y extendiendo la mano hacia su antiguo camarada convertido en su enemigo, disparó.

La bala, dirigida por una mano firme y por un ojo certero, fué á romper el brazo de Ravailly.

— Gracias, Canolles, gritó éste, que había visto de dónde saliera el golpe; gracias. Ya tomaré la revancha.

Pero á pesar de su energía, el joven capitán se vió precisado á detenerse, y la espada se le cayó de la mano. Remoneng acudió y le sostuvo en sus brazos.

— ¿Quieres venir á curarte en mi casa... Ravailly? gritó Canolles: tengo un cirujano que en nada cede á mi cocinero.

— No: me vuelvo á Burdeos; pero aguardame de un momento á otro, porque volveré, te lo prometo. Sólo que esta vez escogeré mi hora.

— En retirada, en retirada, dijo Remoneng: allá abajo se salvan. Hasta mas ver, Canolles; habéis ganado la primera partida.

Remoneng decía verdad. La artillería había hecho terribles destrozos en el ejército de tierra, que había perdido un centenar de hombres lo menos. En cuanto á la armada de mar, casi le habría sucedido otro tanto. Sin embargo, la pérdida mayor había sido sufrida por la compañía de Navalles, que por sostener el honor del uniforme, había querido marchar siempre á la cabeza de los paisanos de España.

Canolles alzó su pistola descargada, y dijo:

— Que cese el fuego. Dejémosles batir tranquilamente en retirada: no conviene perder municiones.

En efecto, los tiros disparados habrían sido casi inútiles. Los sitiadores se retiraban apresuradamente, dejando los muertos y llevándose los heridos. Canolles contó los suyos, y encontró diez y seis heridos y cuatro muertos. En cuanto á él, no había recibido ni un arañazo.

— ¡Votobah! dijo diez minutos después al recibir las alegres caricias de Nanon: no han tardado mucho, querida amiga, en hacerme ganar el despacho de gobernador. ¡Qué mortandad más tonta! Les he muerto ciento cincuenta hombres lo menos, y yo he roto un brazo á uno de mis mejores amigos por impedirle que se hiciese matar.

— Sí, dijo Nanon; ¿pero vos estáis sano y salvo?

— Á Dios gracias, y sin duda vos me habéis protegido, Nanon; ¡pero guarda con la segunda partida! Los Burdeleses son testarudos, y además Ravailly y Remoneng me han prometido volver.

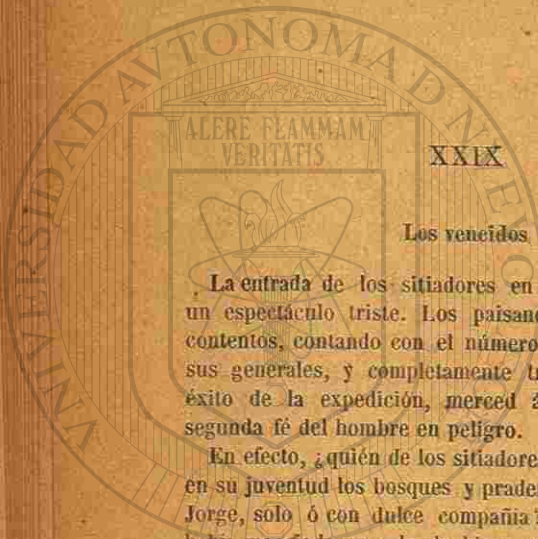
— Y bien, repuso Nanon, el mismo jefe manda en San Jorge y los mismos soldados le defienden: que vengan, y se les recibirá mejor la segunda vez que la primera; porque de aquí á allá ¿no es así? tenéis tiempo de aumentar vuestros medios de defensa.

— Querida, dijo confidencialmente Canolles, una plaza no se conoce bien sino con la práctica: la mía no es inespugnable, lo acabo de conocer; y si yo me llamase duque de Larochefoucault, entraría en la isla de San Jorge mañana por la mañana. Á propósito, de Elboin no almorzaré con nosotros.

— ¿Por qué?

— Porque le ha partido una bala de cañón.





Los vencidos

La entrada de los sitiadores en Burdeos presentaba un espectáculo triste. Los paisanos habían marchado contentos, contando con el número y con la destreza de sus generales, y completamente tranquilos acerca del éxito de la expedición, merced á la costumbre, esa segunda fé del hombre en peligro.

En efecto, ¿quién de los sitiadores no había recorrido en su juventud los bosques y praderas de la isla de San Jorge, solo ó con dulce compañía? ¿Que Burdelés no había manejado un palo de birar, el mosquete de caza ó las hincas de pescador, en aquel cantón que iba á visitar como soldado?

Así, pues, para los paisanos era dos veces pesada la equivocación: las localidades los avergonzaban tanto como el enemigo. Se les vió volver con la cabeza baja y oír con resignación los lamentos de las mujeres que, contando los guerreros ausentes á la manera de los salvajes de América, se apercibían de las pérdidas sufridas por los vencidos.

Entonces un murmullo general llenó la ciudad de duelo y confusión. Los soldados entraron en sus alojamientos, y contaban el desastre cada cual á su modo. Los jefes se

dirigieron á ver á la princesa, que como hemos dicho, habitaba en casa del presidente.

La señora de Condé esperaba en su ventana la vuelta de la expedición. Nacida de una familia de guerreros, mujer de uno de los mayores vencedores del mundo, educada en el desprecio de las mohosas armaduras y ridiculos plumeros de los paisanos, no podía sustraerse á una vaga inquietud, al pensar que los paisanos, sus partidarios, iban á combatir un ejército de verdaderos soldados. Pero tres cosas la tranquilizaban sin embargo: la primera, que el duque de Larochehoucault mandaba la expedición: la segunda, que marchaba á la cabeza del regimiento de Navalles; y la tercera, el ir inscrito en las banderas el nombre de Condé.

Pero por un contraste fácil de comprender, todo cuanto inspiraba esperanza á la princesa era para la vizcondesa de Cambes un motivo de dolor; como también todo lo que iba á ser dolor para la ilustre señora, debía convertirse en triunfo para la vizcondesa.

El duque de Larochehoucault se presentó á la princesa ensangrentado y lleno de polvo, con la manga de su colete abierta y la camisa manchada de sangre.

— ¿Es verdad lo que me han dicho? exclamó la princesa saliendo al encuentro del duque.

— ¿Y qué han dicho? preguntó el duque con frialdad.

— Dícan que habéis sido rechazado.

— No dicen lo bastante, señora: en verdad, hemos sido derrotados.

— ¡Derrotados! dijo la princesa palideciendo; eso no es posible.

— ¡Derrotados, murmuró la señora de Cambes, derrotados por Canolles!.....

— ¿Y cómo ha sido eso? preguntó la señora de Condé



con un tono altivo, que dejaba ver su indignación.

— Señora, como son todas las trabacuentas en el juego, en el amor, en la guerra. Nosotros hemos atacado, y nos han rechazado con más ó menos vigor.

— ¿Pero es valiente ese Canolles? preguntó la princesa.

El corazón de la vizcondesa de Cambes palpitaba de gozo.

— ¡Psi! respondió Larochevoucault encogiéndose de hombros, valiente como cualquiera... Sólo que como tenía soldados de refresco, buenas murallas y estaba alerta, habiendo sido avisado tal vez, ha dado buena cuenta de nuestros Burdeleses. ¡Ah, señora! entre paréntesis, los tristes soldados han huido á la segunda descarga.

— ¿Y Navalles? exclamó la vizcondesa sin apercibirse de la imprudencia de esta exclamación.

— Señora, dijo Larochevoucault, no ha habido más diferencia entre Navalles y los paisanos, sino que éstos han huido y Navalles se ha replegado.

— ¡No nos falta ahora más que perder á Vayres!

— No diré que no suceda, contestó friamente Larochevoucault.

— ¡Derrotados! repitió la princesa dando con el pie en el suelo; ¡derrotados por un puñado de hombres mandados por un Canolles! Hasta el nombre es ridículo.

La señora de Cambes se puso encendida.

— Vos creéis ridículo ese nombre, señora, replicó el duque, pero el señor de Mazarino le cree sublime. Y me atrevería á decir, anadió echando una rápida y penetrante ojeada á la señora de Cambes, que no solo él opina de ese modo. Los nombres son como los colores,

señora, continuó sonriendo con su sonrisa biliosa, y sobre ellos no hay disputa.

— ¿Creéis que Richón sea hombre capaz de dejarse vencer?

— ¿Por qué no? ¡Me he dejado yo vencer! Es necesario que aguardemos á agotar la mala vena; la guerra es un juego en que un día ú otro tomaremos la revancha.

— No hubiera llegado ese caso, dijo la señora de Tourville, si se hubiese adoptado mi plan.

— Es verdad, repuso la princesa; jamás quiere hacerse lo que nosotras proponemos, bajo pretexto de que somos mujeres y de que no entendemos nada de guerra... Los hombres se guían por su cabeza y se hacen derrotar.

— ¡Eh, valgame Dios! Si, señora; pero eso le sucede á los mejores generales. Publio Emilio fué derrotado en Canas, Pompeyo en Farsalia y Atila en Chalons. Solo Alejandro y vos, señora de Tourville, no habéis sido vencidos nunca. Veamos vuestro plan.

— Mi plan, señor duque, dijo la de Tourville con un tono más seco, era que se pusiese un sitio en regla. No se me ha querido escuchar, y se ha preferido un golpe de mano. Ahí tenéis el resultado.

— Contestad por mí, señor Lenet, dijo el duque; pues yo no me siento bastante fuerte en estrategia para la lucha.

— Señora, dijo Lenet, cuyos labios aun no se habían abierto más que para sonreír, había contra el sitio que vos proponíais, que los Burdeleses no son soldados, sino paisanos, acostumbrados á cenar en su casa y dormir con sus mujeres. Ahora bien, un sitio en regla priva de una porción de comodidades á que están habituados nuestros ciudadanos. Ellos han ido á asaltar la isla de San Jorge como aficionados: no los insultéis porque hoy han esca-



pado mal, pues volverán á hacer sus cuatro leguas y emprenderán de nuevo la misma guerra tantas veces como sea necesario.

— ¿Creéis que volverán? repuso la princesa.

— ¡Oh! En cuanto á eso, señora, dijo Lenet, estoy seguro: aprecian mucho la isla para que se la dejen al rey.

— ¿Y la tomarán?

— Sin duda, uno que otro día....

— Pues bien, el día que la tomen, exclamó la princesa, quiero que se fusile á ese insolente de Canolles, si no se rinde bajo condición.

La vizcondesa sintió un frío mortal correr por sus venas.

— ¡Fusilarle! dijo el duque de Larocheffoucault. ¡Cáspita! Si es así como V. A. entiende la guerra, me felicito sinceramente estar en el número de sus amigos.

— Entonéces, que se rinda.

— Yo quisiera saber lo que diría V. A. si Richón se rindiérase.

— Richón no está en juego, señor duque; no se trata ahora de Richón. ¡Á ver! Que entre un paisano, un jurado, un consejero, cualquiera cosa, en fin, á quien yo le pueda hablar, y que me asegure que este oprobio no quedará impune para los que me lo han hecho sufrir.

— No puede ser más á tiempo, dijo Lenet; ahí tenéis al señor de Españaet, que solicita el honor de ser introducido ante V. A.

— Que entre, dijo la princesa.

Durante esta conversación, el corazón de la señora de Cambes, tan pronto habia latido con violencia, como se habia oprimido, cual si le sujetase una mordaza. En efecto, presentía que los Burdeleses querrian hacerle

pagar caro á Canolles su primer triunfo; pero esto fué mucho peor cuando Españaet vino con sus protestas á encarecer aun las aserciones de Lenet.

— Señora, dijo á la princesa, tranquilícese V. A.; en vez de cuatro mil hombres enviaremos ocho mil: en lugar de seis piezas de cañón, irán doce: perderemos doscientos hombres en lugar de ciento: perderemos trescientos, cuatrocientos, si es necesario, pero tomaremos á San Jorge.

— ¡Bravo, caballero! exclamó el duque: eso está muy bien dicho. Vos sabéis que soy vuestro, ya como jefe, ya como voluntario, cuantas veces tentéis esta empresa. Sólo os haré observar, que á quinientos hombres por vez, suponiendo cuatro expediciones como ésta, quedará nuestro ejército muy reducido para la quinta.

— Señor duque, contestó Españaet, nosotros somos en Burdeos treinta mil hombres en estado de llevar las armas. Sacaremos si es preciso todos los cañones del arsenal para presentarlos delante de la fortaleza: haremos un fuego capaz de reducir á polvo una montaña de granito: yo mismo pasaré el río á la cabeza de los zapadores y tomaremos la isla: no hace un momento que nos hemos juramentado solemnemente.

— Dudo que toméis á San Jorge mientras viva Canolles, dijo la vizcondesa de Cambes con voz casi ininteligible.

— Bien, contestó Españaet, le mataremos, ó le haremos matar, y tomaremos á San Jorge después.

Clara ahogó un grito de espanto, próximo á exhalarle de su pecho.

— ¿Se quiere tomar á San Jorge?

— ¡Cómo si se quiere! dijo la princesa. Yo lo creo, no se desea otra cosa.



— Pues bien. Entonces, repuso Clara, que se me deje hacer, y entregaré la plaza.

— ¡Bah! respondió la princesa. Tú me habías prometido eso mismo, y no se ha conseguido.

— Yo había prometido á V. A. hacer una tentativa acerca del señor barón de Canolles: esta tentativa salió fallida, porque encontré el señor de Canolles inflexible.

— ¿Y crees encontrarle más flexible después de su triunfo?

— No. Pero esta vez no he dicho que entregaré al gobernador, digo que os entregaré la plaza.

— ¿De qué modo?

— Introduciendo vuestros soldados hasta la plaza de la fortaleza.

— ¿Sois hada, señora, para encargarnos de tal negocio? preguntó Larocheffoucault.

— No, señor: soy propietaria.

— La señora se chancea, dijo el duque.

— No, no, repuso Lenet: yo entreveo muchas cosas en las dos palabras que acaba de pronunciar la vizcondesa de Cambes.

— Entonces eso me basta, dijo Clara: la aprobación del señor Lenet es todo para mí. Repito, pues, que San Jorge será tomado, si se me quiere permitir decir cuatro palabras en particular al señor Lenet.

— Señora, interrumpió la de Tourville, yo también tomo á San Jorge si se me permite obrar.

— Dejad primero que la señora de Tourville exponga en alta voz su plan, dijo Lenet deteniendo á la vizcondesa, que quería llevarle á un rincón apartado; después me diréis vos el vuestro en secreto.

— Hablad, señora, dijo la princesa.

— Yo parto de noche con veinte barcas conduciendo

doscientos mosqueteros; otra fuerza igual se desliza á lo largo de la ribera derecha; otros cuatrocientos ó quinientos suben por la ribera izquierda; durante este tiempo mil ó mil doscientos Burdeleses.....

— Tened presente, señora, dijo Larocheffoucault, que ya tenéis empeñados mil ó mil doscientos hombres.

— Yo, dijo la de Cambes, tomo á San Jorge con solo una compañía. Que me den á Navalles, y respondo de todo.

— Esto merece considerarse, dijo la princesa; mientras que Larocheffoucault sonreía con muestras del mayor desprecio, mirando compasivamente á todas aquellas mujeres, que disputaban sobre cosas de guerra que embarazarían á los hombres más audaces y emprendedores.

— Os escucho, dijo Lenet. Venid, señora.

Y al mismo tiempo condujo á la de Cambes al hueco de una ventana.

Clara le dijo su secreto al oído, y Lenet dejó escapar un grito de alegría.

— En efecto, prorrumpió volviéndose hacia la princesa; esta vez, si queréis dar carta blanca á la vizcondesa de Cambes, San Jorge es vuestro.

— ¿Y cuándo? preguntó la princesa.

— Cuando se quiera.

— La señora es un gran capitán, dijo Larocheffoucault con ironía.

— Así lo creeréis, señor duque, contestó Lenet, cuando hayáis entrado triunfante en San Jorge sin haber disparado un tiro.

— Entonces aprobaré.

— Pues bien, dijo la princesa. Si eso es tan seguro como decís, que esté todo dispuesto para mañana.



— Sea el día y hora que plazca á V. A., contestó la vizcondesa de Cambes, espero vuestras órdenes en mi habitación.

Y diciendo estas palabras, saludó y se retiró á su casa. La princesa, que en un instante acababa de pasar de la cólera á la esperanza, hizo otro tanto. La de Tourville le siguió. Españet, después de haber repetido sus protestas se marchó, y el duque se encontró solo con Lenet.

— Querido Lenet, dijo el duque, ya que las mujeres se han apoderado de la guerra, me parece que será permitido á los hombres intrigar un poco. He oído hablar de un tal Cauviñac, encargado por vos de reclutar una compañía, á quien me han pintado como un hábil sujeto. Yo le preguntado por él; ¿habría medio de verle?

— Casualmente está esperando, dijo Lenet.

— Que venga.

Lenet tiró del cordón de una campanilla, y entró un criado.

— Que entre el capitán Cauviñac.

Un instante después, nuestro antiguo conocido apareció en el umbral de la puerta; pero, prudente siempre, se detuvo allí.

— Acercaos, capitán, dijo el duque. Yo soy el duque de Larochehoucault.

— Monseñor, contestó Cauviñac, os conozco perfectamente.

— ¡ Ah ! Tanto mejor entonces. ¿ Vos habéis recibido encargo de levantar una compañía ?

— Está levantada.

— ¿ Cuántos hombres tenéis á vuestra disposición ?

— Ciento cincuenta.

— ¿ Bien equipados, bien armados ?

— Bien armados; mal equipados. Antes de todo, me

he ocupado de las armas, como de lo más preciso. En cuanto al equipo, como soy un mozo bastante desinteresado, y teniendo por móvil sobre todo mi afecto hacia los señores príncipes, no habiendo recibido del señor Lenet más que diez mil libras, me ha faltado dinero.

— ¿ Y con diez mil libras habéis alistado ciento cincuenta soldados ?

— Si, monseñor.

— Eso es maravilloso.

— Monseñor, yo tengo medios, de mí solo conocidos, con cuya ayuda procedo.

— ¿ Y dónde están esos hombres ?

— Allí están. Vais á ver una hermosa compañía, monseñor, en el sentido moral, sobre todo: toda gente de condición; ni un solo miserable, es decir, de raza miserable.

El duque de Larochehoucault se acercó á la ventana, y vió efectivamente en la calle ciento cincuenta hombres de todas edades, estaturas y estados, mantenidos en dos filas por Ferguzón, Barrabás, Carrotel y sus otros dos compañeros, vestidos con sus mejores trajes. Estos individuos tenían más bien todas las trazas de una gavilla de bandidos, que no de una compañía de soldados.

Como Cauviñac había dicho, venían en extremo desaliñados, pero perfectamente armados.

— ¿ Habéis recibido alguna orden relativa á vuestra gente ? preguntó el duque.

— He recibido orden de llevarlos á Vayres, y solo espero la confirmación de esa orden por el señor duque para dejar toda mi compañía en manos del señor Richón, que la espera.

— ¿ Pero vos no os quedaréis en Vayres con ellos ?

— Yo, monseñor, sigo en mi idea de no encerrarme



jamás entre cuatro murallas, cuando puedo correr la campaña. Yo nací para llevar la vida de los patriarcas.

— Bien; quedaos donde os acomode, pero envidad vuestra gente á Vayres.

— ¿Luego decididamente van á formar parte de la guarnición de aquella plaza?

— Sí.

— ¿Bajo las órdenes del señor Richón?

— Sí.

— Pero, monseñor, ¿qué vá á hacer allí mi gente, habiendo ya cerca de trescientos hombres en la plaza?

— Curioso sois.

— ¡Oh! No es por curiosidad, monseñor, sino por temor.

— ¿Y qué teméis?

— ¿Temo no se les condene á la inacción, lo que sería una cosa muy triste. ¡Es tan fácil dejar enmohecer las buenas armas!

— Tranquilizaos, capitán, no se enmohecerán. Dentro de ocho días tendrán que batirse.

— Pero entonces me los matarán.

— Es probable; á no ser que tengáis el secreto de hacerlos invulnerables, como poseéis el medio de reclutarlos.

— ¡Oh! no es eso: es que quisiera antes de que me los maten que se les pagase.

— ¿No me habéis dicho que habíais recibido diez mil libras?

— Sí, á cuenta. Preguntad al señor Lenet, que es un hombre arreglado, y estoy seguro se acordará de nuestro trato.

El duque se volvió hacia Lenet.

— Es cierto, señor duque, dijo el irreprochable conse-

jero: le hemos dado al señor Cauviñac diez mil libras al contado para los primeros gastos; pero se le han prometido cien escudos por plaza después de la aplicación de las diez mil libras.

— ¿Entonces, dijo el duque, se le deben al capitán treinta y cinco mil libras?

— Justas, monseñor.

— Se os darán.

— ¿No se pudiera hablar de presente, señor duque?

— No puede ser.

— ¿Por qué no?

— Porque vos sois de nuestros amigos, y es menester cumplir antes con los extraños. Ya sabéis que solo á quien se teme hay precisión de acariciar.

— Excelente máxima, repuso Cauviñac. Sin embargo, en todos los contratos se acostumbra fijar un plazo.

— Bien; pongámosle de ocho días, dijo el duque.

— Corriente; ocho días.

— ¿Y si dentro de ocho días no pagamos? dijo Lenet.

— Entonces, contestó Cauviñac, me hago dueño de mi compañía.

— Es muy justo, repuso el duque.

— Y hago de ella lo que quiera.

— Como de cosa vuestra.

— Sin embargo... pronunció Lenet.

— ¡Bah! dijo el duque. Luego que la tengamos encerrada en Vayres....

— No me gusta esta clase de tratos, contestó Lenet moviendo la cabeza.

— Sin embargo, están muy en uso, en la práctica de Normandía, dijo Cauviñac. Eso se llama contrato de retroventa.

— ¿Quedamos convenidos? preguntó el duque.



- Perfectamente, contestó Cauviñac.
- ¿Y cuándo partirá vuestra gente?
- En seguida, si lo mandáis.
- Pues bien, lo mando.
- En ese caso, ya están andando, monseñor.

El capitán bajo, dijo dos palabras al oído á Ferguzón, y la compañía de Cauviñac, acompañada de todos los curiosos que su extraño aspecto había reunido, se puso en marcha para dirigirse al puerto en que la esperaban los tres buques en que debían subir el Dordoña hasta Vayres; mientras que su jefe, fiel á los principios de libertad emitidos un momento antes en presencia del duque de Laroche-foucault, la miraba alejarse con amor.

Entretanto, la señora de Cambes, retirada en su casa, sollozaba y oraba.

— ¡Ay! decía, no me ha sido posible salvar su honor todo entero, mas al menos salvaré las apariencias. Es menester que no sea vencido por la fuerza, porque le conozco bien; vencido por fuerza, moriría defendiéndose: es preciso que aparezca vencido por traición. Entonces, cuando sepa le que he hecho por él y con qué fin lo hago, vencido como esté, no podrá menos de bendecirme.

Y tranquilizada por esta esperanza se levantó, escribió algunas líneas, que ocultó en su seno, y pasó á la casa de la princesa, que acababa de mandarla llamar para llevar con ella socorros á los heridos y consuelo y dinero á las viudas y huérfanos.

La princesa reunió á todos los que habían tomado parte en la expedición: elogió en su nombre y en el del señor duque de Englién los hechos y acciones de los que se habían distinguido: conversó largo rato con Ravailly, que con el brazo en cabestrillo, le juró que estaba pronto á empezar al día siguiente: puso la mano sobre el hombro

á España, diciéndole que le consideraba á él y á sus valientes Burdeleses como los sostenes más firmes de su partido: en fin, enardeció de tal modo las imaginaciones de todos, que los más desanimados juraron tomar su desquite, queriendo volver en el mismo instante á la isla de San Jorge.

— No conviene en este mismo instante, dijo la duquesa. Tomad descanso hoy y esta noche, y pasado mañana quedaréis instalados en la isla para siempre.

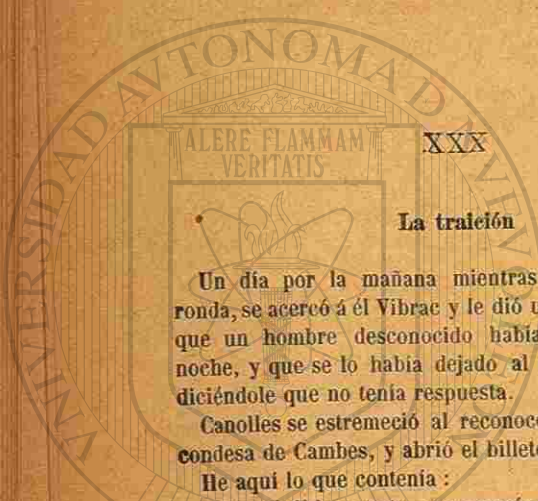
Esta aserción, hecha con voz firme, fué acogida con vociferaciones de ardor guerrero. Cada uno de aquellos gritos penetraba profundamente en el corazón de la señora de Cambes, porque eran como otros tantos puñales que amenazaban á la vida de su amante.

— Vé á lo que me he comprometido, Clara, dijo la princesa. Á ti te toca cumplir mi promesa á esa buena gente.

— Descuidad, señora, contestó la de Cambes. Cumpliré lo que he ofrecido.

Aquella misma noche partió un mensajero á toda prisa para la isla de San Jorge.





### La traición

Un día por la mañana mientras Canolles hacia su ronda, se acercó á él Vibrac y le dió un billete y una llave que un hombre desconocido había traído durante la noche, y que se lo había dejado al teniente de guardia diciéndole que no tenía respuesta.

Canolles se estremeció al reconocer la letra de la vizcondesa de Cambes, y abrió el billete temblando.

He aquí lo que contenía :

« En mi última carta, os prevenía que durante la noche sería atacado el fuerte de San Jorge; y en esta os prevengo que el fuerte de San Jorge será tomado mañana. Como hombre, como soldado del rey, no corréis otro riesgo que el de ser prisionero; pero la señorita de Lartigues se encuentra en diferente caso, y el odio que se la tiene es tan grande, que no es fácil responder de su vida si llega á caer en manos de los Burdeleses. Determinadla, pues, á huir, para lo cual voy á daros los medios.

» Á la cabecera de vuestra cama, detrás de una tapicería que lleva las armas de los señores de Cambes, á quienes en otro tiempo pertenecía la isla de San Jorge, que formaba parte de sus dominios, y que el loco del vizconde de Cambes, mi marido, hizo donación al rey, encontraréis una puerta, cuya llave os envío. Esta es

una de las aberturas de un gran pasaje subterráneo que pasa por debajo del río y termina en el castillo de Cambes. Haced escapar por el pasaje á la señorita Nanon de Lartigues... y si la amáis... huid con ella.

» Yo respondo de su vida sobre mi honor.

» Adiós. Estamos en paz.

» VIZCONDESA DE CAMBES. »

El barón leyó y relejó la carta helándose de terror á cada línea, palideciendo á cada vez que la leía: sentía que un poder extraño le envolvía y disponía de él, y no acertaba á profundizar este misterio. — Aquel subterráneo que correspondía de la cabecera de su cama al castillo de Cambes, y que debía servirle para salvar á Nanon, ¿no habría podido servir también si hubiese sido conocido este secreto, para entregar la isla al enemigo?

Vibrac seguía sobre el semblante del gobernador las últimas emociones que se reflejaban en él.

— ¿Malas noticias, comandante? preguntó.

— Sí: parece que seremos atacados otra vez esta noche.

— ¡Los testarudos! dijo Vibrac: yo creí que se darían por bien azotados y que no volveríamos á oír hablar más de ellos, lo menos en ocho días.

— No necesito recomendaros la mayor vigilancia.

— Descuidad, comandante. ¿Sin duda tratarán de sorprendernos como la última vez?

— No sé; pero estemos dispuestos á todo, y tomemos las mismas precauciones que tomamos entonces. Concluid la ronda en mi lugar, pues me retiro á casa para expedir ciertas órdenes.

De Vibrac hizo una demostración de adhesión, y se alejó con esa indiferencia militar con que miran el peli-



gro los hombres expuestos á encontrarlo á cada paso.

Canolles se refirió á su casa, tomando todas las precauciones posibles para no ser visto de Nanon; y después de estar convencido de que se hallaba solo en su cámara, se encerró con llave.

Á la cabecera de su cama estaban las armas de los señores de Cambes sobre una pieza de tapicería rodeada de una especie de cinta de oro.

Levantó la cinta, que separándose de la tapicería, dejó ver la juntura de una puerta.

Esta puerta se abrió con ayuda de la llave que la señora de Cambes había hecho que le entregaran al mismo tiempo que su carta, y la abertura de un subterráneo se presentó profunda á los ojos del barón, prolongándose visiblemente en la dirección del castillo de Cambes.

Canolles quedó un momento mudo con la frente cubierta de sudor. Este misterioso pasaje, que podía no ser solo, le llenaba de espanto á su pesar.

Encendió una bujía y se dispuso á visitarlo.

Descendió primero veinte gradas pendientes, y continuó penetrando por un declive más suave en las profundidades de la tierra.

No tardó en oír un ruido sordo que le aterró al principio, porque ignoraba su causa; pero avanzando más, reconoció sobre su cabeza el inmenso murmullo del río, cuyas aguas rodaban hacia el mar.

Muchas quebraduras se habían hecho en la bóveda, por las que en diferentes épocas habían debido filtrar las aguas, pero que vistas á tiempo, sin duda habían sido tapadas con una especie de argamasa, que había llegado á hacerse más dura que la piedra.

Sintió el barón rodar sobre su cabeza las aguas del río por espacio de unos diez minutos, después de los cuales

el ruido fué disminuyendo poco á poco, y no tardó mucho en ser un simple murmullo, que por último se extinguió á su vez, reemplazándole el silencio; y después de haber andado cincuenta pasos en medio de aquel silencio, llegó á una escalera igual á la que había bajado, que terminaba en una puerta maciza que diez hombres reunidos no habrían podido mover, y puesta á prueba de fuego por medio de una gruesa plancha de hierro.

— Ahora comprendo, dijo Canolles; se esperará á Nanon en esta puerta y se la salvará.

Entonces se volvió, pasó otra vez por debajo del río, encontró de nuevo la escalera, entró en su aposento, clavó la cinta, y se dirigió en extremo pensativo á la habitación de Nanon.

Nanon estaba, como siempre, cercada de cartas, papeles y libros. La pobre señora hacia la guerra civil por el rey á su manera. Al ver al barón le tendió la mano con alborozo.

— Viene el rey, dijo, y dentro de ocho días estaremos fuera de peligro.

— Todos los días viene, contestó el barón sonriendo con tristeza; mas por desgracia, no llega nunca.

— ¡ Oh! Esta vez estoy bien informada, querido Canolles, antes de ocho días estará aquí.

— Por mucha prisa que se dé, Nanon, llegará para nosotros demasiado tarde.

— ¿ Qué decis?

— Digo que en lugar de quemaros la sangre sobre esas cartas y esos papeles, hariais mejor en pensar en los medios de huir.

— ¡ Huir! ¿ Y por qué?

— Porque tengo malas noticias, Nanon. Se prepara una nueva expedición, y esta vez puedo sucumbir.



— Y bien amigo, ¿no hemos convenido en correr la misma suerte, y en que vuestra fortuna ó vuestra desgracia sea la mía?

— No, eso no puede ser así. Teniendo que temer por vos, seré muy débil. ¿No han querido haceros perecer á fuego en Agén? ¿No han querido arrojaros al río? Escuchad, Nanon. Por piedad hacia mí, no os obstinéis en quedaros; vuestra presencia me haría cometer cualquier baja.

— ¡Dios mío! Canolles, me asustáis.

— Nanon, os lo suplico. Juradme hacer, si soy atacado, lo que yo mande.

— ¡Oh, Dios mío! ¿Para qué sirve ese juramento?

— Para darme fuerzas para vivir. Nanon, si no me prometéis obedecerme ciegamente, os juro que me dejo matar en la primera ocasión.

— ¡Oh! Todo lo que queráis, Canolles, todo; lo juro por nuestro amor.

— ¡Gracias á Dios! Querida Nanon, ya estoy más tranquilo. Reunid vuestras más preciosas alhajas. ¿Dónde tenéis vuestro oro?

— En un barril reforzado de hierro.

— Preparadlo todo, de modo que podáis llevarlo consigo.

— ¡Oh! Bien sabéis que el verdadero tesoro de mi corazón no es ni mi oro ni mis joyas. Canolles, ¿hacéis esto por alejarme de vos?

— Nanon, me creéis hombre de honor, ¿es verdad? Pues bien, sobre mi honor os juro que cuanto hago me lo inspira solo el temor del peligro que corréis.

— ¿Y creéis formalmente en ese peligro?

— Creo que mañana será tomada la isla de San Jorge.

— ¿Pero cómo?

— No lo sé, pero lo creo así.

— ¿Y si consiento en huir?

— Haré todo lo posible por vivir, Nanon; os lo juro.

— Mandad, amigo, que yo obedeceré, dijo Nanon tendiendo la mano al barón, y olvidando, en su ardor por mirarle, las dos gruesas lágrimas que corrían á lo largo de sus mejillas.

Canolles estrechó la mano de Nanon, y salió. Si hubiera permanecido un instante más á su lado, habría cogido aquellas dos perlas con sus labios; pero puso las manos sobre la carta de Clara, y esta carta, cual un talismán, le dió fuerza para alejarse.

El día fué cruel. Aquella amenaza tan positiva « mañana será tomada la isla de San Jorge, » resonaba incesantemente en los oídos del barón. ¿Cómo, por qué medios, con qué certeza le hablaba así la señora de Cambes? ¿Sería atacado por agua? ¿Lo sería por tierra? ¿De qué punto desconocido vendría esta desgracia, tan invisible como cierta? Esto era para volverse loco.

Durante el día, el barón se desojó buscando en todas direcciones los enemigos. Al anoecer su vista sondeaba las profundidades del bosque, los horizontes de la llanura, las sinuosidades del río; pero todo fué en vano, no vió nada.

Cuando fué completamente de noche, se iluminó un ala del castillo de Cambes; siendo la vez primera que el barón vió luz allí desde que estaba en la isla de San Jorge.

— ¡Ah! dijo: los salvadores de Nanon están ya en su puesto.

Y suspiró profundamente.

¡Qué extraño y misterioso enigma encierra el corazón humano! Canolles no amaba ya Nanon, adoraba á la vizcondesa de Cambes; y no obstante, en el momento de



separarse de la que no amaba, sentía despedazarse el alma. Sólo cuando estaba lejos, ó cuando iba á separarse de ella, experimentaba la verdadera fuerza del sentimiento singular que le unía á aquella hechicera criatura.

Toda la guarnición estaba en pie y vigilante sobre la muralla. El barón, habiendo cesado de mirar, interrogaba al silencio de la noche. Nunca había sido la oscuridad más muda, ni había aparecido más solitaria. Ningún ruido turbaba aquella calma, semejante á la del desierto.

De pronto le ocurrió á Canolles, que tal vez iría á penetrar el enemigo en el fuerte por el subterráneo que él había visitado. Esto no podía ser probable, porque en ese caso no se le habría prevenido; pero no por esto dejó de resolverse á guardar aquel pasaje. Hizo preparar un barril de pólvora con una mecha, eligió el más valiente de los sargentos, colocó el barril en la última grada de la escalera del subterráneo, encendió una antorcha, y la puso en manos del sargento. Junto á él había otros dos hombres.

— Si se presentan más de seis hombres por este subterráneo, dijo al sargento, intímales primero que se retiren; y si se resisten, prende fuego á la mecha y haz rodar el barril. Como el pasaje está pendiente, irá á estallar en medio de ellos.

El sargento tomó la antorcha: los dos soldados quedaron de pies é inmóviles detrás de él, alumbrados por su luz rojiza, mientras que á sus pies se veía el barril lleno de pólvora.

Canolles volvió á subir tranquilo á lo menos por este lado; pero al entrar en su sala encontró á Nanon, que habiéndole visto bajar de la fortificación y entrar en su casa, le había seguido para tener alguna noticia. En aquel

momento miraba espantada aquella abertura profunda, que no conocía.

— ¡ Oh, Dios mío! preguntó: ¿ qué puerta es esa?

— La del pasaje por donde vas á huir, querida Nanon,

— Me has prometido que no exigirías de mí que te abandonase, sino en caso de ataque.

— Y te lo prometo otra vez.

— Parece que todo está tranquilo alrededor de la isla, amigo mío.

— Todo parece tranquilo por dentro también; no es así? y sin embargo, á veinte pasos de nosotros hay un barril de pólvora, un hombre y una antorcha. Si el hombre acercase la antorcha al barril de pólvora, en menos de un segundo no quedaría piedra sobre piedra en el castillo. ¡ Ya ves, Nanon, que todo está en calma!

La joven palideció.

— ¡ Oh! Me hacéis temblar, exclamó.

— Nanon, dijo el barón, llamad á vuestras mujeres, que vengan aquí con vuestros joyeles y al camarero con vuestro oro. Acaso me habré engañado, tal vez no pase nada esta noche; pero no importa, es preciso que estemos prevenidos.

— ¡ Quién vive! gritó la voz del sargento en el subterráneo.

Otra voz respondió, pero sin acento hostil.

— ¡ Calle! dijo el barón; ya os vienen á buscar.

— Todavía no atacan, amigo mío; todo está en calma. Dejadme cerca de vos; no vendrán.

Al acabar Nanon de proferir estas palabras, el grito de ¡ Quién vive! resonó tres veces en el patio interior, y la tercera vez fué seguido de la detonación de un mosquete.

Canolles se precipitó hacia la ventana y la abrió.



— ¡Á las armas, gritó el centinela, á las armas!

El barón vió en un ángulo moverse una masa negra: esta masa era el enemigo, que salía á horbotones de una puerta baja y arqueada, abierta en una bóveda que servía de leñera. Sin duda en aquella bóveda, como en el dormitorio del barón, había alguna salida ignorada.

— ¡Ahí están! gritó Canolles. ¡Daos prisa, vedlos ahí!

En aquel momento contestó una veintena de mosquetés al tiro del centinela. Dos ó tres balas vinieron á romper los hierros de la ventana en que estaba el barón.

Entonces se volvió; Nanon estaba de rodillas.

Por la puerta interior acudian sus mujeres y su lacayo.

— ¡No hay un instante que perder, Nanon! dijo Canolles. ¡Venid! ¡Venid!

Y arrebató á la joven en sus brazos, como habría podido hacerlo con una pluma, y entró en el subterráneo llamando á la gente de Nanon que le siguiesen.

El sargento estaba en su puesto con la antorcha en la mano: los dos soldados con la mecha encendida estaban dispuestos á hacer fuego sobre un grupo, en medio del cual aparecía pálido y protestando la mas íntima amistad, nuestro antiguo conocido Maese Pompeyo.

— ¡Ah, señor de Canolles! exclamó. Decidles que somos nosotros la gente que esperabais; qué diablos, estas chanzas no se tienen con los amigos.

— Pompeyo, dijo el barón, os recomiendo á la señora; alguien á quien conocéis me ha respondido de ella por su honor: vos me respondéis con vuestra cabeza.

— Sí, sí, yo respondo de todo, repuso Pompeyo.

— Canolles, Canolles, yo no me aparto de vos, exclamó Nanon abrazándose al cuello del joven. Canolles, vos habéis prometido seguirme.

— Yo he prometido defender el fuerte de San Jorge mientras quede una piedra en pie, y voy á cumplir mi promesa.

Y á pesar de los gritos, los lloros, las súplicas de Nanon, el barón la entregó en manos de Pompeyo, que secundado por dos ó tres lacayos de la vizcondesa de Cambes y el propio séquito de la fugitiva, la arrastró á lo profundo del subterráneo.

El barón siguió un instante con la vista aquel blanco y dulce fantasma que se alejaba tendiéndole los brazos. Pero súbitamente se acordó que se le esperaba en otra parte, y se lanzó á la escalera diciéndole al sargento y los soldados que le siguiesen.

De Vibrac estaba en la sala sin sombrero, pálido y con la espada en la mano.

— Comandante, exclamó al ver al barón, el enemigo... el enemigo.....

— Lo sé.....

— ¿Qué hacemos?

— ¡Pardiez! Linda pregunta, hacernos matar.

Canolles se precipitó hacia el patio. En el camino halló una hacha de minadores y se apoderó de ella.

El patio estaba cuajado de enemigos: sesenta soldados de la guarnición, reunidos en grupo, se esforzaban en defender la puerta de la habitación de Canolles. Por la parte de las murallas se oían gritos y tiros, que anunciaban que no había nadie ocioso.

— ¡El comandante, el comandante! gritaron los soldados al ver al barón.

— ¡Sí, sí! contestó éste. El comandante, que viene á morir con vosotros. ¡Valor, hijos, valor! No pudiéndoos vencer, os han cogido á traición.

— En guerra todo vale, dijo la voz burlona de Ravailly,



que con el brazo en cabestrillo, animaba á su gente para que se apoderase de Canolles. Ríndete, y te se hará buen partido.

— ¡ Ah ! ¿ Eres tú, Ravailly ? dijo Canolles. Creía, sin embargo, haberte pagado mi deuda de amistad. No estás contento, espera.....

Y Canolles, dando un salto de cinco ó seis pasos al frente, arrojó á Ravailly el hacha que tenía en la mano con tanta fuerza, que fué á hendir, junto al capitán de Navailles, el casco y alzacuello de un oficial de los paisanos, que cayó muerto.

— ¡ Canario ! dijo Ravailly. ¿ Contestas así á los cumplidos que te se hacen ? Verdad es que yo debería estar habituado á tus maneras. — Amigos, está rabioso. ¡ Fuego sobre él, fuego !

A esta orden, una gran descarga partió de las filas enemigas, y cayeron cinco ó seis hombres á los lados de Canolles.

— ¡ Fuego ! gritó éste á su vez : ¡ fuego !

Pero apenas contestaron tres ó cuatro mosquetazos. Sorprendidos donde menos lo esperaban, turbados por la noche, los soldados del barón habían desfallecido.

Canolles vió que no podía hacer nada.

— Entrad, dijo á Vibrac, entrad, y haced entrar la gente. Nos haremos fuertes, y no nos rendiremos sino cuando nos tomen por asalto.

— ¡ Fuego ! dijeron otras dos voces, que eran las de Españaet y Larocheffoucault. Acordaos de vuestros compañeros muertos que piden venganza. ¡ Fuego !

Y un huracán de plomo silbó de nuevo alrededor del barón, sin tocarle, aunque diezmó segunda vez su escasa tropa.

— ¡ En retirada ! dijo Vibrac, ¡ en retirada !

— ¡ Sus ! ¡ sus ! grito Ravailly. ¡ Avanzad, amigos, avanzad !

Los enemigos se arrojaron sobre Canolles, que con una decena de hombres lo más, sostuvo el choque: había recogido el fusil de un soldado muerto y se servía de él como de una clava.

Sus compañeros entraron, y él detrás de ellos con Vibrac.

Entonces, los dos empujaron la puerta, que á pesar de los esfuerzos de los sitiadores, lograron cerrarla y atrancarla con una barra de hierro.

Las ventanas eran enrejadas.

— Hachas, palancas, cañones, si es menester, gritó el duque de Larocheffoucault: es preciso que los cojamos á todos vivos ó muertos.

Un fuego horroroso siguió á estas palabras. Dos ó tres balas atravesaron la puerta; una de ellas pasó el muslo á Vibrac.

— Ya estoy despachado, mi comandante, dijo aquél. Ved ahora el modo de arreglarlos, que este asunto ya no me pertenece.

Y se retiró recostándose en la pared, no pudiéndose tener en pie.

Canolles miró á su alrededor, y encontró una docena de hombres en estado de defensa aún. Estaba entre ellos el sargento que había puesto de plantón en el subterráneo.

— La antorcha, le dijo, ¿ qué has hecho de ella ?

— Á fé mía, comandante, la arrojé junto al barril

— ¿ Arde aún ?

— Es probable.

— Bien. Dispón que salgan todos esos hombres por las puertas y ventanas de la espalda. Compite tú y ellos



del mejor modo que puedas; lo demás me toca á mí.

— Pero, commandante.....

— Obedece.

El sargento inclinó la cabeza é indicó á sus soldados que le siguiesen. En seguida desaparecieron todos en los aposentos interiores: habian comprendido la intención del barón y no se cuidaban de saltar con él.

Canolles prestó atención un momento. La puerta se hundía á fuerza de hachazos, lo que no impedía que continuasen las descargas: disparaban al azar y hacia las ventanas creyendo que detrás de ellas estaban los sitiados.

De pronto un gran alboroto anunció que la puerta había cedido, y Canolles sintió la multitud que se agolpaba al castillo con gritos de alegría.

— Bien, bien, murmuró. Dentro de cinco minutos, esos gritos de gozo se trocarán en alaridos de desesperación.

Y se lanzó á la galería subterránea.

Pero sobre el barril había un joven sentado, con la antorcha á sus pies y la cabeza apoyada en ambas manos.

Al ruido levantó el joven la cabeza, y Canolles conoció á la vizcondesa de Cambes.

— ¡ Ah! exclamó levantándose. ¡ Por fin estáis aquí!

— Clara, murmuró el barón, ¿ á qué habéis venido?

— Á morir con vos, si queréis morir.

— Yo estoy perdido, deshonorado, y es preciso que muera.

— ¡ Os habéis salvado por mí!

— ¡ Perdido por vos! ¿ lo ois? ¡ Ya vienen, vedlos! Huid, Clara, huid por este subterráneo; tenéis cinco minutos, es más de lo que necesitáis.

— Yo no huyo, me quedo.

— ¿ Pero sabéis para qué he bajado aquí? ¿ Sabéis lo que voy á hacer?

La vizcondesa de Cambes recogió la antorcha, y acercándola al barril de pólvora, dijo:

— Lo sospecho.

— ¡ Clara! exclamó Canolles aterrado. ¡ Clara!

— Repetid aun que queréis morir, y morimos juntos.....

El pálido semblante de la señora de Cambes demostraba tanta resolución, que Canolles comprendió que era capaz de hacer lo que decía; y deteniéndose, dijo:

— Pero, en fin, ¿ qué queréis?

— Que os rindáis.

— ¡ Jamás!

— El tiempo es precioso, continuó Clara; rendíos. Os ofrezco la vida, os ofrezco el honor, puesto que os doy la excusa de la traición.

— Dejadme huir entonces, para que pueda poner á los pies del rey mi espada y demandarle ocasión de tomar la revancha.

— No huiréis.

— ¿ Por qué no?

— Porque no puedo vivir así; porque no puedo vivir separada de vos; ¡ porque os amo!

— Me rindo, me rindo, exclamó el barón postrándose delante de la vizcondesa de Cambes, y arrojando lejos de ella la antorcha que tenia en la mano.

— ¡ Oh! murmuró la señora de Cambes; esta vez le tengo y no me le quitarán.

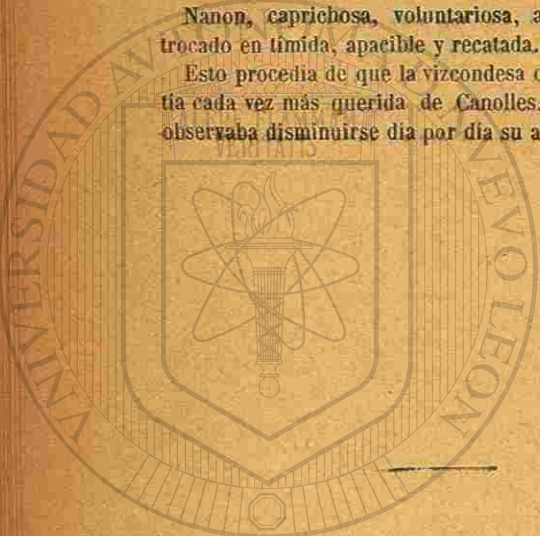
Había aquí una cosa extraña, que sin embargo, puede explicarse; esta cosa era que el amor obrase de una manera tan opuesta en aquellas dos mujeres.



La vizcondesa de Cambes, recatada, apacible, tímida, se había convertido en decidida, osada y fuerte.

Nanon, caprichosa, voluntariosa, ardiente, se había trocado en tímida, apacible y recatada.

Esto procedía de que la vizcondesa de Cambes se sentía cada vez más querida de Canolles, y de que Nanon observaba disminuirse día por día su amor.



## XXXI

## Los vencedores

Cuando el ejército de los príncipes hizo su segunda entrada en Burdeos, fué muy distinta de la primera. Esta vez había laureles para todos, hasta para los vencidos. La delicadeza de la vizcondesa de Cambes había reservado una buena parte de ellos para Canolles, que tan luego como hubo franqueado la barrera al lado de su amigo Ravailly á quien dos veces había estado próximo á matar, fué cercado como un gran capitán y felicitado como un valiente soldado.

Los vencidos de la antevispera, y especialmente los que habían recibido algún golpe en el combate, le guardaban cierto rencor. Pero Canolles era tan bueno, tan afable, tan sencillo; soportaba con tanta alegría y dignidad á la vez su nueva posición, que se le veía cercado de una porción de amigos; hacían de él tantos elogios los oficiales y soldados del regimiento de Navalles, como su capitán y como gobernador de San Jorge, que los Burdeleses no tardaron en olvidarlo todo. Había además otra cosa en que pensar. El señor de Bouillon llegaba dentro de uno ó dos días, y las noticias más recientes anunciaban que dentro de ocho, lo más tarde, estaría el rey en Liburnio.

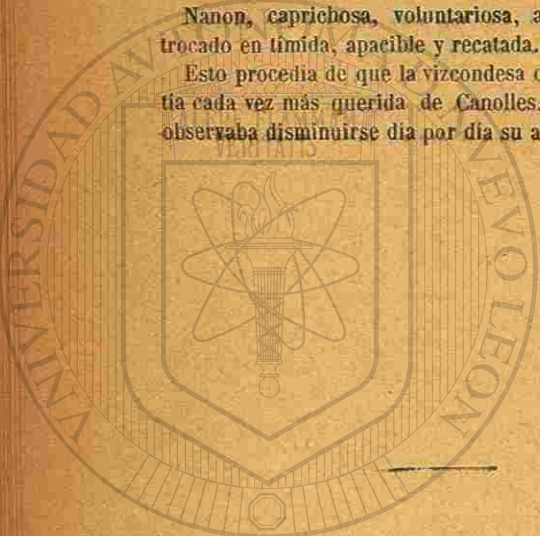
La señora de Condé, que estaba oculta detrás de las



La vizcondesa de Cambes, recatada, apacible, tímida, se había convertido en decidida, osada y fuerte.

Nanon, caprichosa, voluntariosa, ardiente, se había trocado en tímida, apacible y recatada.

Esto procedía de que la vizcondesa de Cambes se sentía cada vez más querida de Canolles, y de que Nanon observaba disminuirse día por día su amor.



## XXXI

## Los vencedores

Cuando el ejército de los príncipes hizo su segunda entrada en Burdeos, fué muy distinta de la primera. Esta vez había laureles para todos, hasta para los vencidos. La delicadeza de la vizcondesa de Cambes había reservado una buena parte de ellos para Canolles, que tan luego como hubo franqueado la barrera al lado de su amigo Ravailly á quien dos veces había estado próximo á matar, fué cercado como un gran capitán y felicitado como un valiente soldado.

Los vencidos de la antevispera, y especialmente los que habían recibido algún golpe en el combate, le guardaban cierto rencor. Pero Canolles era tan bueno, tan afable, tan sencillo; soportaba con tanta alegría y dignidad á la vez su nueva posición, que se le veía cercado de una porción de amigos; hacían de él tantos elogios los oficiales y soldados del regimiento de Navalles, como su capitán y como gobernador de San Jorge, que los Burdeleses no tardaron en olvidarlo todo. Había además otra cosa en que pensar. El señor de Bouillon llegaba dentro de uno ó dos días, y las noticias más recientes anunciaban que dentro de ocho, lo más tarde, estaría el rey en Liburnio.

La señora de Condé, que estaba oculta detrás de las



cortinas de su ventana, tenía un vehemente deseo de ver á Canolles, y al verle, le pareció de muy gallarda apos-tura y digno de los elogios que amigos y enemigos hacían de él. La señora de Tourville, que era de distinta opi-nión que la princesa, dijo que carecía de distinción. Lenet afirmó que le tenía por un galán bizarro; y el señor de Larochefoucault se contentó con decir:

« ¡ Ah, ah ! ¡ Ved ahí al héroe ! »

Designósele á Canolles su alojamiento en la gran fortaleza de la ciudad, en el castillo Trompeta. Durante el día era completamente libre para pasearse por la ciu-dad, bien ocupándose en sus quehaceres ó en mera dis-tracción. Á la hora de retreta volvía á su destino, siempre bajo palabra de honor de no tratar de escaparse ni tener correspondencia con los de fuera.

Antes de hacer este último juramento, había Canolles pedido permiso para escribir cuatro líneas; este permiso le había sido acordado, y con él había hecho llegar á manos de Nanón la siguiente carta:

« Prisionero, aunque libre, en Burdeos, bajo mi pala-bra de no tener correspondencia exterior, os escribo estas cuatro palabras, querida Nanón, para aseguraros mi amistad de que podría haceros dudar mi silencio. Me remito á vos para que defendáis mi honor cerca del rey y la reina.

« BARÓN DE CANOLLES. »

En estas tan suaves condiciones, como se vé, podía reconocerse la influencia de la vizcondesa de Cambes.

Por espacio de cinco ó seis días, no hizo el barón otra cosa que asistir á los convites y fiestas que le daban sus amigos; constantemente se le encontraba con Ravailly, que se paseaba con él, y que llevaba enlazado el brazo

izquierdo con el de Canolles, porque el derecho lo llevaba en cabestrillo; cuando batía el tambor y los Burdeleses partían para alguna expedición ó algún motín, se estaba seguro de ver sobre la marcha á Canolles con Ravailly del brazo, ó solo con las manos á la espalda, curioso, riente é inofensivo.

Por lo demás, después de su llegada, no había visto sino rara vez á la vizcondesa de Cambes, y apenas le había hablado. Le parecía suficiente á la señora de Cam-bes con que Canolles no estuviese ya cerca de Nanón, y se daba por satisfecha con tenerle, como había dicho, á su lado. Canolles le había escrito quejándose dulcemente, y ella entonces le había hecho recibir en una ó dos casas de la ciudad, con esa protección invisible á los ojos, pero palpable al corazón, por decirlo así, propia de la mujer que ama sin querer ser adivinada.

Había más aún. Canolles por la mediación de Lenet había conseguido el permiso de hacer su corte á la señora de Condé, y el prisionero se presentaba allí algunas veces, rodando y coqueteando alrededor de las damas de la princesa.

Fuera de esto, no había hombre que pareciese más desinteresado en negocios políticos que Canolles. Ver á la vizcondesa de Cambes, trocar algunas palabras con ella, si no podía hablarla, acoger una afectuosa mirada, estrecharla la mano cuando subía al coche, ofrecerla agua bendita en la iglesia, á pesar de ser hugonote, eran las grandes ocupaciones diarias del prisionero.

De noche pensaba en lo que tenía que hacer al día siguiente.

Sin embargo, al cabo de algún tiempo al prisionero ya no le bastaban distracciones. Mas como conocía la exquisita delicadeza de la vizcondesa de Cambes, que aun



temia más por el honor de Canolles que por el suyo, trató de aumentar el círculo de sus distracciones. En primer lugar se batió con un oficial de la guarnición y con dos paisanos, lo que le hizo entretenerse por algunas horas. Pero como quiera que desarmó á uno de sus adversarios é hirió á los otros dos, no tardó en faltarle esta distracción, por no encontrar gentes dispuestas á distraerle.

Después tuvo una ó dos buenas conquistas; esto no es extraño, fuera de que Canolles, como hemos dicho, era un buen mozo, desde que estaba prisionero, se había llegado á hacer interesante hasta más no poder. Durante tres días enteros y toda la mañana del cuarto no se habló de otra cosa que de su cautividad; esto era casi tanto como hablar de la del príncipe.

Un día que Canolles esperaba ver á la vizcondesa de Cambes en la iglesia, que ella tal vez por temor de encontrarle no fué allí, Canolles fiel en su puesto, junto á una columna, ofreció agua bendita á una hermosa señora, sin haberla visto aún: esto no era falta de Canolles, sino de la vizcondesa de Cambes: si la vizcondesa hubiera ido, no habría él pensado más que en ella, no habría visto á otra ni ofrecido agua bendita sino á ella.

El mismo día, mientras que el barón reflexionaba sobre quién podría ser aquella linda morena, recibió una carta de invitación para pasar la velada en casa del asesor general Lavia, el mismo que había querido oponerse á la entrada de la princesa en Burdeos, y que en su calidad de sostén de la autoridad real, era detestado casi en los mismos términos que el señor de Epernon. El barón, que sentía aumentarse por grados la necesidad de distraerse, acogió con reconocimiento la invitación, y se dirigió á las seis de la tarde á casa del asesor general.

La hora podrá parecer extraña á nuestros elegantes modernos, pero había dos razones para que Canolles acudiese tan temprano á la invitación del señor asesor general: la primera, que como en aquella época se comía al medio día, las reuniones empezaban mucho más temprano, y la segunda, que debiendo estar el barón por lo regular en el castillo Trompeta á las nueve y media lo más tarde, si quería hacer más que una simple aparición, necesitaba llegar de los primeros.

Al entrar en el salón, Canolles dió un grito de alegría. La señora de Lavia no era otra que la linda morena á quien tan galantemente había ofrecido agua bendita aquella misma mañana.

El barón fué acogido en los salones del asesor general como realista acreditado. Apenas se le presentó, cuando se vió circundando de homenajes capaces de aturdir á uno de los siete sabios de Grecia. Se comparó su defensa en el primer ataque á la de Horacio Coeles, y su derrota á la ruina de Troya, tomada por los artificios de Ulises.

— Mi querido señor de Canolles, le dijo el asesor general, sé de buena tinta que se ha hablado mucho de vos en la corte, y que vuestra hermosa defensa os ha cubierto de gloria; así que la reina ha ofrecido canjearos tan luego como pueda, y que el día que volváis á su servicio será con el empleo de mariscal de campo ó brigadier. ¿Me parece que tendréis deseos de ser canjeado?

— Os juro por mi fé, caballero, contestó Canolles lanzando una mirada mortífera á la señora de Lavia, que mi mayor deseo es que la reina no se dé prisa; tendría que canjearme por medio de dinero ó en cambio de un buen militar. Yo no valgo ese gasto, ni merezco ese honor. Así, pues, esperaría á que S. M. tomase á Bur-



deos, donde me encuentro perfectamente; y entonces me tendría de balde.

La señora de Lavia se sonrió graciosamente.

— ¡Qué diablos! repuso su marido, habláis friamente de vuestra libertad, barón.

— ¿Por qué me he de acalorar? dijo Canolles. ¿Creéis que me sea muy grato volver al servicio activo, para encontrarme expuesto á matar diariamente algunos de mis amigos?

— ¿Pero qué vida lleváis aquí? dijo el asesor general: una vida indigna de un hombre de vuestra calidad, extraño á todo consejo, á toda empresa; obligado á ver á los demás servir á la causa á que pertenecen, mientras os estáis con los brazos cruzados. No sois más que un hombre inútil y ocioso: esa situación debe seros fastidiosa.

El barón miró á la señora de Lavia, que por su parte le miraba también, y dijo:

— Ca, no tal, os engañáis; yo no me fastidío nunca. Vosotros os ocupáis de política, cosa que es muy cansada; yo hago el amor, lo que es más divertido. Vosotros sois, los unos servidores de la reina, los otros de la princesa. Yo no me someto exclusivamente á una soberana; soy esclavo de todas las señoras.

Esta contestación fué aprobada, y la señora de la casa demostró su opinión con una sonrisa.

No tardaron en organizarse las partidas. El barón se puso á jugar. La señora de Lavia entró á medias con él contra su marido, que perdió quinientas pistolas.

Al día siguiente el pueblo, no sé con qué motivo, determinó hacer una asonada. Un partidario de los príncipes, más fanático que los demás, propuso ir á romper á pedradas los cristales del señor Lavia. Cuando esto se hubo ejecutado, propuso otro prender fuego á la casa. Ya

acudían á las mechas, cuando llegó Canolles con un destacamento del regimiento de Navalles, puso en seguridad á la señora de Lavia, y salvó á su marido de manos de una docena de furiosos, que no pudiendo quemarle, querían colgarle al menos.

— Y bien, señor hombre de acción, dijo el barón al asesor general, que estaba descolorido de terror, ¿qué decis ahora de mi ociosidad? ¿No hago bien en estarme quieto?

Después de esto se retiró al castillo Trompeta, en atención á que tocaban ya la retreta. Al entrar en su aposento encontró sobre su velador una carta, cuya forma hizo latir su corazón, y cuya letra le hizo estremecer.

La letra era de la vizcondesa de Cambes.

Canolles abrió al momento la carta, y leyó:

« Id mañana solo á la iglesia del Carmen, á cosa de las seis de la tarde, y entrad en el primer confesonario que hay á la izquierda según se entra. Encontraréis abierta la puerta. »

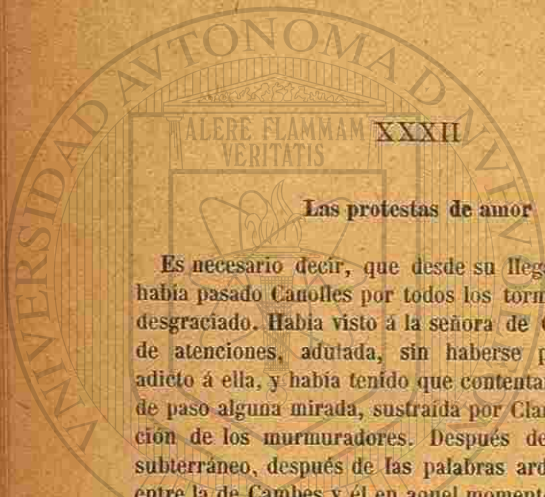
— ¡Calle! dijo el barón para sí. He aquí una idea original.

Después había una *post-data*, que decía:

« No os jactéis de ir adonde fuisteis ayer y hoy, y no olvidéis que Burdeos no es una ciudad realista. Reflexionad en la suerte que á no ser por vos iba á sufrir el asesor general. »

— Bueno, dijo Canolles, está celosa. Por más que ella diga, he tenido razón en ir ayer y hoy á casa del señor Lavia.





### Las protestas de amor

Es necesario decir, que desde su llegada á Burdeos, había pasado Canolles por todos los tormentos del amor desgraciado. Había visto á la señora de Cambes rodeada de atenciones, adutada, sin haberse podido mostrar adieto á ella, y había tenido que contentarse con alcanzar de paso alguna mirada, sustraída por Clara á la observación de los murmuradores. Después de la escena del subterráneo, después de las palabras ardientes trocadas entre la de Cambes y él en aquel momento supremo, este estado de cosas le parecía, no sólo tibieza, sino frialdad. Sin embargo, como en el fondo de esta frialdad conocía Canolles que era real y profundamente amado, había tomado el partido de ser el más infortunado de los amantes dichosos. Pero fuera de todo esto, el asunto era sencillo. Merced á la palabra que se le había exigido, de no mantener correspondencia con lo exterior, había relegado á Nanón á ese pequeño hueco de la conciencia, destinado para los remordimientos amorosos; mas como no tenía noticia alguna de la joven, y por consiguiente se desvanecía el disgusto que siempre causa una carta, es decir, el recuerdo palpable de la mujer á quien se falta, sus remordimientos no le eran del todo insoportables. Sin embargo, á veces, en el momento en que la más

alegre sonrisa dilataba el semblante del barón, en el momento en que su voz articulaba palabras de amor, una sombra pasaba rápidamente por su frente, y un suspiro se escapaba, si no de su corazón, al menos de sus labios. Este suspiro era por Nanón; esta sombra era el recuerdo de tiempos pasados, que proyectaba su vago tinte en el presente.

La vizcondesa de Cambes había observado estos instantes de tristeza. Sus ojos habían sondeado todas las profundidades del corazón del barón, y reflexionó que no podía dejar á Canolles abandonado á sí mismo. Entre un antiguo amor no extinguido enteramente y una nueva pasión que podía nacer del resto de aquel germen ardiente, consumido otras veces por las ocupaciones militares y por la representación de un puesto elevado, podía redundar en elemento contrario al amor tan puro que ella trataba de inspirarle. Por otra parte no quería más que ganar tiempo, á fin de que el recuerdo de tantas aventuras romancescas se desvaneciese en algún tanto, después de haber tenido despertada la curiosidad de todos los cortesanos de la princesa. Acaso la vizcondesa de Cambes se engañaba; tal vez confesando abiertamente su amor, habría conseguido que se ocupase enteramente de él, ó al menos que pensase por menos tiempo en lo pasado.

Pero de todos, quien seguía con más atención y resultado los progresos de aquella pasión misteriosa, era Lenet. Durante algún tiempo su ojo observador había penetrado la existencia del amor, sin conocer su objeto: verdad es que no había adivinado la situación precisa de este amor, ignoraba si era solo ó correspondido. También le había parecido que la vizcondesa de Cambes, unas veces trémula é indecisa, otras fuerte y determinada, casi

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1025 MONTERREY, MEXICO



siempre indiferente á los placeres que en torno suyo se disfrutaban, estaba verdaderamente herida en el corazón: aquel ardor que la había animado hacia la guerra, se había extinguido súbitamente; ella estaba pensativa, sonreía sin motivo, lloraba sin causa, cual si sus labios y sus ojos respondiesen á las variaciones de su pensamiento. Este cambio se había verificado hacia seis ó siete días; y este tiempo hacía justamente que el barón se hallaba prisionero. Á no dudar, Canolles era el objeto de este amor.

Lenet, por otra parte, estaba dispuesto á favorecer un amor que podía dar un día tan bravo defensor á la señora princesa.

El señor de Larocheoucault estaba quizás más adelantado en la exploración del corazón de la vizcondesa de Cambes. Pero sus gestos, sus ojos, su boca, decían con tanta precisión lo que sólo les permitía él decir, que nadie habría podido afirmar si profesaba amor ú odio á la vizcondesa. No hablaba tampoco de Canolles, ni le miraba, ni hacía más caso de él que si no existiese; guerreado por otra parte que nunca, dándose la importancia de un héroe, pretensión en que era secundado por un valor á toda prueba y una verdadera habilidad militar, daba cada día más realce á su posición de teniente del generalísimo. El señor de Bouillon, por el contrario, frío, misterioso, calculador, admirablemente escudado en su política por accesos de gota, que á veces ocurrían tan á punto que había quien dudase de su realidad, se encubría siempre todo lo posible para sus negocios; no pudiendo habituarse á medir el abismo que separaba á Mazarino de Richelieu, y temiendo siempre por su cabeza, que estuvo á pique de perder sobre el mismo cadalso de Cinq-Mars, y que compró dando en cambio á Sedán,

pueblo suyo, y renunciando, si no de derecho, de hecho al menos, á su calidad de príncipe soberano.

En cuanto á la ciudad, se veía arrastrada por el torrente de las costumbres cortesanas, que por todas partes se desbordaba sobre ella. Colocados entre dos fuegos, entre dos muertes, entre dos ruinas, los Burdeleses estaban tan poco tranquilos del día de mañana, que bien necesitaban suavizar aquella existencia precaria, que podía no contar el porvenir sino por segundos.

Aun no se había disipado el recuerdo de La Rochela, devastada en otra ocasión por Luis XIII, ni la admiración profunda que mereciera Ana de Austria por aquel hecho de armas: ¿por qué no podría ofrecer Burdeos al odio, y á la ambición de esta princesa una segunda edición de La Rochela?

Se olvidaba siempre que había muerto el que colocaba su nivel sobre las cabezas y murallas más elevadas, y que el cardenal de Mazarino era apenas la sombra del cardenal de Richelieu.

Este vértigo se apoderaba de todos, incluso Canolles: verdad es que éste dudaba á veces de todo, y en estos accesos de escepticismo dudaba del amor de la vizcondesa de Cambes como de las demás cosas del mundo. En estos momentos, Nanón se engrandecía en su corazón, más tierna y decidida en su ausencia. Si en aquellos momentos hubiera aparecido ante su vista, á pesar de su espíritu inconstante, habría caído á sus pies.

En medio de todas estas incoherencias de pensamientos, que sólo pueden comprender los corazones que se han hallado entre dos amores, se hallaba Canolles cuando recibió la carta de la vizcondesa. No hay para que decir que en aquel mismo instante desapareció toda otra idea. Después de haberla leído, no comprendía que hubiese



podido amar jamás á otra mujer que á la vizcondesa de Cambes; después de haberla vuelto á leer creyó no haber amado nunca á otra.

El barón pasó una de esas noches de fiebre que abrasan y tranquilizan á la vez, por servir la felicidad de contrapeso al insomnio. A pesar de no haber pegado los ojos en toda la noche, se había levantado al amanecer.

Sabido es cómo pasan los enamorados las horas que preceden á una cita; mirando su reloj, yendo de aquí para allí, tropezando con sus mejores amigos, á quienes no conocen: el barón hizo todas las locuras que su estado exigía.

Á la hora precisa (por supuesto era la vigésima vez que entraba en la iglesia) fué al confesonario, que estaba abierto. Los rayos del sol poniente filtraban á través de los vidrios sombríos; todo el interior del monumento religioso estaba iluminado por esa luz tan dulce para los que oran y para los que aman. Canolles habría dado un año de su vida por no perder en tal momento una esperanza.

Miró alrededor de sí, para asegurarse bien de que la iglesia estaba desierta, escudriñó con la vista capilla por capilla, y cuando estuvo seguro de que nadie podía verle entró en el confesonario, que cerró tras de sí.

Un instante después, Clara, envuelta en un tupido manto, apareció á la puerta, en cuya parte exterior dejó á Pompeyo de centinela; y después de haberse asegurado á su vez de que no podía correr peligro de ser vista, fué á arrodillarse en uno de los reclinatorios del confesonario.

— ¡Por fin, dijo Canolles, sois vos, señora! ¡Por último, os habéis compadecido de mí!

— Bien era menester hacerlo, al ver que os encamina-

bais á vuestra perdición, contestó Clara, turbada de decir en el tribunal de la verdad una mentira bastante inocente, pero que no dejaba de ser una mentira.

— ¡Según eso, señora, repuso el barón, debo el beneficio de vuestra presencia á un simple sentimiento de conmiseración! ¡Oh! No me negaréis que tengo derecho á esperar de vos algo más que eso.

— Hablemos formalmente, y cual conviene en un lugar santo, dijo Clara, tratando en vano de serenar su voz conmovida. Repito que os perdiais yendo á casa del señor Lavia, el enemigo jurado de la princesa. Ayer lo supo la señora de Condé, de boca del señor de Larochehoucault, que todo lo sabe, y dijo estas palabras, que me han llenado de pavor:

— « Si tenemos que temer también los complots de nuestros prisioneros, será preciso hacer uso de la severidad, en cambio de la indulgencia que hemos dispensado: en las situaciones precarias son necesarias decisiones vigorosas; y no sólo estamos dispuestos á adoptarlas, sino también á ejecutarlas. »

La señora de Cambes pronunció estas palabras con voz más firme, pareciéndole que en favor del pretexto excusaría Dios la acción. Esta era una especie de sordina que ella colocaba en su conciencia.

— Yo no soy caballero de S. A., señora, contestó Canolles; lo soy vuestro y nada más. Á vos me he rendido, sí, á vos sola; y vos sabéis en qué circunstancia y con qué condición.

— No creía, repuso Clara, que hubiese habido ningunas condiciones.

— Es cierto que no las pronunciaron los labios, pero las acordaba quizás el corazón. ¡Ah! ¡Señora, después



de lo que me dijisteis, después de la dicha que me dejasteis entrever, después de las esperanzas que me hicisteis concebir [...] ¡ Ah ! Convid, señora, en que habéis sido muy cruel.

— Amigo, contestó Clara, ¿ merezco que me reconvenzáis por haber pensado en vuestra felicidad á la vez que en la mía ? Necesario es que confiese que no me comprendéis, porque si así fuera, lo adivinaríais. ¿ No conocéis que he sufrido tanto como vos, más que vos, porque no he tenido fuerzas para soportar este padecimiento ? Oídme, y que mis palabras, nacidas de lo más profundo de mi corazón, entren en lo más profundo del vuestro. Amigo, os lo he dicho : he sufrido más que vos, porque me asediaba un temor, temor que vos no podíais tener, sabiendo muy bien que no amo á ningún otro. ¿ Permaneciendo aquí tenéis algún pesar por la que no lo está, y en los sueños de vuestro porvenir tenéis alguna esperanza que no se refiera á mi ?

— Señora, reclamáis mi franqueza, y voy á hablaros francamente : si cuando me abandonáis á mis dolorosas reflexiones ; cuando me dejáis solo en presencia de lo pasado ; cuando por vuestra ausencia me condenáis á vivir errante entre garitos con esos necios empenachados que cortejan á sus paisanas ; cuando vuestra mirada evita encontrarse con la mía, ó me vendéis tan cara una palabra ó una leve insinuación, de que acaso soy indigno, si me pesa no haber sido muerto combatiendo, me hecho en cara el haberme rendido, tengo pesares y remordimientos.

— ¿ Remordimientos ?

— Si, señora, remordimientos. Porque tan cierto como Dios está en ese santo altar ante el cual os digo que os amo, hay en este momento una mujer que llora, que gime,

que daría por mi su vida ; y sin embargo, dice en su interior que soy un cobarde ó un traidor.

— ¡ Oh, caballero !

— Sin duda, señora. ¿ No le debo todo lo que soy ? ¿ No le había jurado de salvarla ?

— ¿ Y qué, no la habéis salvado ?

— Sí, de los enemigos que habrían podido atormentar su vida, pero no de la desesperación que estará destrozando su pecho, si sabe que me he rendido á vos.

La vizcondesa bajó la cabeza y suspiró.

— ¡ Ah ! ¡ No me amáis ! dijo.

El barón suspiró á su vez.

— No quiero obligaros, caballero, continuó Clara ; no quiero haceros perder una amiga. Pero ya lo sabéis, también os amo yo, y vengo á demandaros vuestro amor espontáneo y esclusivo ; vengo á deciros que soy libre y os entrego mi mano. Os la ofrezco porque no encuentro persona que os iguale, porque no conozco á nadie que os aventaje.

— ¡ Ah ! Señora, me transportáis, me haceis el más feliz de los hombres.

— ¡ Oh ! dijo ella. Vos, caballero, no me amáis.

— Yo os amo, os adoro ; pero no me es posible explicar cuánto he sufrido por vuestro silencio y vuestra reserva.

— ¡ Dios mío ! ¿ Vosotros los hombres no adivináis nada ? contestó Clara alzando al cielo los ojos. ¿ No habéis conocido que no quería haceros desempeñar un papel ridículo, que no quería que se pudiese creer que la rendición de la isla de San Jorge se debía á un arreglo habido entre nosotros ? No : yo quería que, canjeado por la reina ó recobrado por mí, me pertenecieseis sin reserva. ¡ Ay ! Vos no habéis querido esperar.



— ¡Oh! señora, esperaré. Con edme una hora como esta, una promesa de vuestra dulce voz que me diga que me amáis, y esperaré horas, días, años.....

— ¡Amáis aún a la señorita de Lartigues? dijo la vizcondesa de Cambes moviendo la cabeza.

— Señora, contestó Canolles, si os dijese que no la profeso un reconocimiento de amistad, mentiría: creedme, y aceptadme con ese sentimiento. Os doy todo cuanto puedo daros de amor, y este amor es mucho.

— ¡Ay! No sé si debo aceptar, porque demostráis tener un corazón muy generoso, pero también muy amante.

— Escuchad, dijo el barón. Yo moriría por evitaros una lágrima, y hago llorar sin conmovirme á la que decís. ¡Pobre mujer! Ella tiene enemigos, y los que no la conocen la maldicen. Vos no tenéis más que amigos; os aman los que os conocen, y os respetan hasta los que no os han visto jamás. Juzgad, pues, acerca de la diferencia de estos dos sentimientos, ordenado el uno por mi conciencia y el otro por mi corazón.

— Gracias, amigo mio. ¿Pero cedéis tal vez á un movimiento de ternura producido por mi presencia, del cual podriais arrepentiros? Meditad mis palabras: os doy de término hasta mañana para responder. Si queréis decir algo á la señorita de Lartigues, si deseáis reuniros con ella, sois libre, Canolles; yo os tomaré de la mano y os conduciré yo misma fuera de las puertas de Burdeos.

— Señora, contestó Canolles, es inútil esperar á mañana. Os lo digo con un corazón ardiente, sí, pero con la cabeza fria: os amo, no amo á otra, ni amaré jamás á ninguna sino á vos.

— ¡Ah! Gracias, gracias, amigo, exclamó Clara, haciendo correr la rejilla y pasando su mano por la aber-

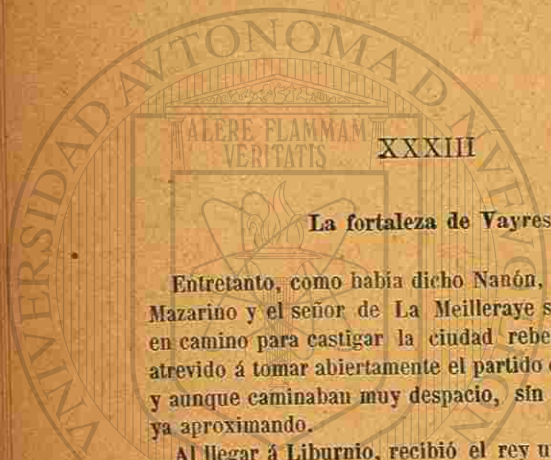
tura. Vuestra es mi mano, vuestro es mi corazón.

El baron cogió aquella mano y la cubrió de besos.

— Pompeyo me hace señas de que es tiempo de salir, dijo Clara: sin duda van á cerrar la iglesia. Adiós, amigo mio, hasta más ver. Mañana seréis feliz, porque yo seré dichosa.

Y no pudiendo dominar el sentimiento que hacia el barón la arrastraba, atrajo á su vez su mano hacia ella, beso la extremidad de sus dedos y se alejó rápidamente, dejando á Canolles contento como los ángeles, cuyos celestiales conciertos parecian tener un eco en su corazón.





### La fortaleza de Vayres

Entretanto, como había dicho Nanón, el rey, la reina, Mazarino y el señor de La Meilleraye se habían puesto en camino para castigar la ciudad rebelde que se había atrevido á tomar abiertamente el partido de los príncipes; y aunque caminaban muy despacio, sin embargo se iban ya aproximando.

Al llegar á Liburnio, recibió el rey una diputación de los Burdeleses, encargada de asegurarle su respeto y su lealtad. En el estado en que se hallaban las cosas, esta aserción era extraña.

Así, pues, la reina recibió á los embajadores con toda su altivez austriaca.

— Señores, les dijo, vamos á seguir nuestro camino para Vayres, y pronto podremos juzgar por nosotros mismos si vuestra lealtad y respeto son tan sinceros como decis.

Al decir Vayres, los diputados, impuestos sin duda en alguna circunstancia ignorada de la reina, se miraron unos á otros con cierta inquietud. Ana de Austria, á quien nada se ocultaba, no dejó de observar aquella mirada.

— ¡Vamos á Vayres sobre la marcha! dijo. Aquella plaza es buena, según nos ha informado el duque de Epernón, y allí alojaremos al rey.

— ¿Quién manda en Vayres? preguntó.

— Dicen, señora, contestó Guitaut, que es un gobernador nuevo.

— Hombre seguro, ¿no es cierto? dijo la reina arrugando el entrecejo.

— Hombre del señor duque de Epernón.

La frente de la reina se despejó.

— Siendo así, marchemos pronto, dijo ella.

— Señora, dijo el duque de La Meilleraye, V. A. hará lo que guste: pero creo que no convendría caminar más de prisa que el ejército. Una entrada marcial en la ciudadela de Vayres sería muy oportuna, pues es bueno que los súbditos del rey conozcan las fuerzas de S. M.: esto anima á los leales y desespera á los pérfidos.

— Me parece que el señor de La Meilleraye tiene razón, dijo el cardenal de Mazarino.

— Y yo digo que piensa mal, contestó la reina. Hasta Burdeos nada tenemos que temer: el rey es fuerte por sí mismo y no por sus tropas.

El señor de La Meilleraye inclinó la cabeza en señal de obediencia.

— Ordene V. A. como reina, dijo.

La reina llamó á Guitaut y le mandó reunir los guardias, los mosqueteros y los caballeros. El rey montó á caballo y se puso á su cabeza. La sobrina de Mazarino y las damas de honor subieron á una carroza.

Acto continuo, se pusieron en marcha para Vayres. Detrás iba el ejército; y como sólo había que hacer diez leguas, debía llegar tres ó cuatro horas después que el rey, y acampar sobre la ribera izquierda del Dordoña.

El rey tenía apenas doce años, y sin embargo era ya un lindo caballero; manejaba con gracia su montura, y demostraba en toda su persona el orgullo de nacimiento,



que más adelante le hizo el más exigente rey de Europa en materia de etiqueta. Educado bajo la inspección de la reina, pero perseguido por las eternas tacañerías del cardenal, que le privaba de las cosas más necesarias, esperaba con suma impaciencia la hora de su mayoría, que debía realizarse el cinco de Septiembre del siguiente año; y por vía de adelanto, á veces en medio de sus caprichos de niño, dejaba escapar arranques reales, que indicaban lo que sería algún día. Esta campaña se le había presentado con aspecto por demás risueño, pues era una especie de emancipación, un aprendizaje, un ensayo de reinado. Marchaba, pues, con orgullo, ya á la portezuela de la carroza, saludando á la reina y haciendo arrumacos á la señora de Frontenal, de quien se le suponía enamorado, ya á la cabeza de su casa, conversando con el señor de La Meilleraye y con el viejo Guitaut de las campañas del rey Luis XIII y de las proezas del señor cardenal.

Andando y platicando de este modo se adelantaba camino, y ya empezaban á distinguirse las torres y las galerías del fuerte de Vayres. Hacia un tiempo magnífico: el paisaje estaba pintoresco, el sol lanzaba sus rayos oblicuos sobre el río; y era tanta la alegría y el buen humor que manifestaba la reina, que se habría creído que iban de paseo. El rey caminaba entre el señor de La Meilleraye y Guitaut mirando al soslayo la plaza, en la cual no se percibía el menor movimiento, aunque era más que probable que los centinelas que se descubrieran hubiesen por su parte observado y advertido la aproximación de la brillante vanguardia del rey.

La carroza de la reina redobló el paso y vino á ponerse en primera línea.

— Una cosa me admira, dijo Mazarino, señor mariscal.

— ¿Cuál? monseñor.

— Me parece que con anticipación saben los buenos gobernadores lo que pasa en las inmediaciones de sus fortalezas; y que cuando un rey se toma la pena de marchar hacia dichas fortalezas, le deben sus gobernadores una diputación á lo menos.

— ¡Oh! ¡Bah! dijo la reina soltando una carcajada ruidosa y forzada, ¡ceremonias! Adelante, á mi me gusta más la fidelidad.

El señor de La Meilleraye se cubrió el semblante con su pañuelo para ocultar, si no un visaje, á lo menos el deseo que de hacerle tenía.

— Estoy observando que nadie se mueve, dijo el joven rey, bastante disgustado de semejante olvido de las reglas de etiqueta, en que más adelante debía fundar las bases de su grandeza.

— Señor, contestó Ana de Austria, los señores de La Meilleraye y Guitaut os dirán que el primer deber de un gobernador, sobre todo en país enemigo, es, para evitar una sorpresa, permanecer quieto y á cubierto detrás de sus murallas. Ved cómo flota sobre la ciudadela vuestro estandarte, el estandarte de Enrique IV y de Francisco I.

Y mostraba con orgullo aquel emblema significativo, que probaba cuánto razón tenía en su esperanza.

La comitiva siguió la marcha; y habiéndose aproximado más, descubrió una obra avanzada, que parecía levantada pocos días antes.

— ¡Ah, ah! dijo el mariscal, parece que el gobernador es efectivamente hombre que lo entiende. Este puesto avanzado está muy bien elegido, y esa trinchera muy bien trazada.

La reina sacó la cabeza por la portezuela, y el rey se alzó sobre los estribos.

Tan solo un centinela se paseaba sobre la media luna;



pero por lo demás la trinchera parecía estar tan desierta como la ciudadela.

— No importa, dijo Mazarino; aunque no soy soldado, y aunque no conozca los deberes militares de un gobernador, encuentro extraño este modo de obrar con respecto á un rey.

— Avancemos más, dijo el mariscal; ya veremos.

Cuando la escasa tropa estuvo solo á unos cien pasos de la trinchera, el centinela, que hasta entonces había paseado á lo largo, se detuvo; y después de un momento de examen, gritó:

— ¿Quién vive?

— ¡El rey! respondió el señor de La Meilleraye.

Á esta sola palabra esperaba Ana de Austria ver correr los soldados, apresurarse los oficiales, bajarse los puentes, abrirse las puertas y centellear en alto las espadas.

Pero nada de esto sucedió.

El centinela llevó la pierna derecha á la inmediación del talón de la izquierda, apuntó el mosquete hacia los que llegaban, y se contentó con decir con voz alta y serena:

— ¡Alto ahí!

El rey palideció de cólera; Ana de Austria se mordió los labios hasta brotar sangre; Mazarino murmuró un juramento italiano, que estaba poco admitido en Francia, pero que nunca había podido olvidar; el señor mariscal de La Meilleraye no hizo más que mirar á SS. MM., pero de un modo elocuente.

— Me gustan las medidas preventivas en mi servicio, dijo la reina, tratando de engañarse á sí misma; porque no obstante la aparente serenidad de su semblante, comenzaba á inquietarse en el fondo de su corazón.

— Á mi me agrada el respeto á mi persona, murmuró

el joven rey fijando su mirada grave sobre el impasible centinela.

Entretanto, el grito de « ¡el rey, el rey! » pronunciado por el centinela, más como aviso que como demostración de respeto, fué reproducido por dos ó tres voces, y llegó hasta el cuerpo de la plaza. Entonces apareció un hombre sobre la coronación de los fuertes, y se desplegó en derredor suyo toda la guarnición.

Este hombre levantó en alto su bastón de mando; en seguida los tambores batieron marcha, los soldados de la fortaleza presentaron las armas, y un cañonazo retumbó grave y solemne.

— ¿Veis? dijo la reina, ya entran en su deber; más vale tarde que nunca. Pasemos.

— Perdonad, señora, dijo el mariscal de La Meilleraye, pero no veo absolutamente que nos abran las puertas, y sin este requisito no creo que será fácil poder entrar.

— Lo habrán olvidado en medio de la admiración y entusiasmo que les causa esta augusta visita que no esperaban recibir, se apresuró á decir un cortesano.

— Esas cosas no se olvidan, caballero, contestó el mariscal.

Después, volviéndose al rey y á la reina, añadió:

— ¿Me permitirán VV. MM. que les dé un consejo?

— Hablad, mariscal.

— VV. MM. deberían retirarse á quinientos pasos de aquí con Guitaut y sus guardias, mientras que con los mosqueteros y ligeros reconozco la plaza.

La reina no respondió más que esto:

— ¡Adelante! Veremos si se nos impide el paso.

El joven rey, lleno de entusiasmo, picó su caballo, y se enconró á veinte pasos del fuerte.



El mariscal y Guitaut fueron á reunirse á escape.

— ¡No se pasa!... dijo el centinela, que no había abandonado su posición hostil.

— ¡Es el rey! dijeron los pajes.

— ¡Atrás!... repuso el centinela con un gesto amenazador.

Al mismo tiempo se vieron asomar detrás del parapeto los sombreros y mosquetes de los soldados que guardaban la primera trinchera.

Un largo murmullo sucedió á estas palabras; y á tal aparición, el señor de La Meilleraye alzó el bocado del caballo del rey y le hizo volver la brida, mandando alejarse al mismo tiempo al cochero de la reina. Las dos majestades insultadas se retiraron á mil pasos poco más ó menos de las primeras fortificaciones, mientras que su séquito se dispersaba como una banda de pájaros al tiro de un cazador.

Entonces el mariscal de La Meilleraye, dueño de la posición, mandó unos cincuenta hombres para escoltar al rey y á la reina, y reuniendo el resto de su tropa, volvió con ella hacia las trincheras.

Cuando estuvo á cien pasos de los fosos, el centinela, que había emprendido nuevamente su paseo tranquilo y mesurado, se volvió á parar.

— Tomad un trómpeta, poned vuestro pañuelo en la punta de la espada, Guitaut, dijo el mariscal, é id á intimar la rendición á ese gobernador impertinente.

Guitaut obedeció. Enarboló la enseña de paz que en todos países del mundo protege á los heraldos, y avanzó hacia la trinchera.

— ¿Quién vive? dijo el centinela.

— Parlamentario, contestó Guitaut agitando su espada y el lienzo que la decoraba.

— Dejadle venir, dijo el mismo hombre que ya se había visto aparecer sobre la muralla de la plaza, y que sin duda se había dirigido á aquel puesto avanzado por un camino cubierto.

Abrióse la puerta y se bajó un puente.

— ¿Qué queréis? preguntó un oficial que le esperaba en la puerta.

— Hablar al gobernador, contestó Guitaut.

— Yo soy, repuso el hombre que había aparecido ya dos veces, una sobre la muralla de la plaza y otra sobre el parapeto de las trincheras.

Guitaut observó que este hombre estaba muy pálido, tranquilo y atento.

— ¿Sois el gobernador de Vayres? dijo Guitaut.

— Sí, señor.

— ¿Y rehusáis abrir la puerta de vuestra fortaleza á S. M. el rey y á la reina regente?

— Mucho lo siento.

— ¿Y qué pretendéis?

— Libertad de los señores príncipes, cuyo cautiverio arruina y desola al reino.

— S. M. no parlamenta con sus súbditos.

— ¡Ay! Lo sabemos, caballero; por eso estamos dispuestos á morir, porque sabemos que moriremos por el servicio de S. M., aunque en apariencia demos muestra de hacerle la guerra.

— Está bien, contestó Guitaut; no queremos saber más.

Y después de haber saludado al gobernador, que le contestó muy cortesmente, se retiró.

Ningún movimiento se notó sobre el baluarte.

Guitaut fué á reunirse con el mariscal, á quien dió cuenta de su misión.



— Que partan á galope, dijo el mariscal extendiendo la mano hacia la aldea de Issón, cincuenta hombres, y que traigan al momento todas las escalas que puedan encontrar.

Cincuenta hombres salieron á escape; y como el pueblecillo no estaba muy distante, llegaron al instante á él.

— Ahora, señores, dijo el mariscal, echad pie á tierra: la mitad armada de mosquetes protegerá el asalto, y los restantes escalarán la fortaleza.

Aquella orden fué acogida con gritos de alegría. Los guardias, los mosqueteros y los ligeros desmontaron al momento y cargaron las armas.

Durante este tiempo, los cincuenta forrajeros volvieron con unas veinte escalas.

Todo aparecía tranquilo en los baluartes. El centinela se paseaba á lo largo, y seguían viéndose por encima de la galería asomar los mosquetes y las alas de los sombreros.

La tropa real se puso en marcha, mandada por el mariscal en persona. Componíase de cuatrocientos hombres todo lo más, de los cuales la mitad, según había dispuesto el mariscal, se preparaba á subir al asalto, y la otra mitad á sostener la escalada.

El rey, la reina y su corte seguían desde lejos con ansiedad los movimientos de la pequeña tropa. La reina misma parecía haber perdido toda su firmeza; y para ver mejor, había hecho volver su carruaje, presentando uno de sus costados á la fortificación.

Apenas habrían andado veinte pasos los sitiadores, cuando el centinela, acercándose al borde del reducto, gritó con voz estentórea:

— ¡ Quién vive !

— ¡ Quién vive ! gritó por segunda vez el centinela preparando su arma.

— ¡ Quién vive ! repitió por tercera vez apuntando.

— Fuego sobre ese infame, dijo el señor de La Meilleraye.

En el mismo instante una descarga salió de las filas realistas: el centinela herido vaciló, dejó escapar su mosquete, que bajó rodando al foso, y cayó gritando:

— ¡ Á las armas !

Tan solo un cañonazo contestó al rompimiento de las hostilidades; la bala pasó silvando por encima de la primera fila, penetró en la segunda y tercera, derribó cuatro soldados y fué botando á destripar un caballo del carruaje de la reina.

Un prolongado grito de terror partió del grupo que guardaba á SS. MM., y el rey retrocedió á su pesar. Ana de Austria estuvo próxima á desvanecerse de rabia y Mazarino de miedo. Se cortaron los tiros del caballo muerto y los de los vivos, que encabritándose de terror, estaban próximos á hacer pedazos el carruaje. Ocho ó diez guardias se ataron en su lugar y sacaron á la reina fuera del alcance de las balas.

Durante este tiempo, el gobernador había descubierto una batería de seis piezas.

Cuando La Meilleraye vió esta batería, que en pocos momentos hubiera dado al traste con sus tres compañías, conoció que sería inútil llevar más adelante el ataque, y ordenó la retirada.

En el momento en que la tropa dió su primer paso atrás, desaparecieron todas las disposiciones hostiles de la fortaleza.

El mariscal fué á reunirse con la reina, y la aconsejó que eligiera un punto cualquiera en las cercanías para



establecer su cuartel general. La reina vió á la otra parte del Dordoña una casita aislada perdida entre los árboles, semejante á un castillejo.

— Mirad, dijo á Guitaut, aquella casa, ved á quién pertenece y pedid hospitalidad para mi.

Guitaut partió al mismo instante, atravesó el río en la barca del batelero de Issón, y volvió diciendo que la casa estaba inhabitada, á excepción de una especie de mayordomo, el que había contestado que la casa pertenecía al duque de Epernon y estaba á los órdenes de S. M.

— Pues bien, partamos, dijo la reina; ¿pero dónde está el rey.

Llamaron al joven Luis XIV, que se había separado un poco; se volvió, y aunque hizo lo posible para ocultar sus lágrimas, se vió que había llorado.

— ¿Qué tenéis, señor? preguntó la reina.

— ¡Oh! nada, señora, contestó el niño: algún día espero que seré rey, y entonces... ¡desgraciados de los que me hayan ofendido!

— ¿Cómo se llama el gobernador? preguntó la reina. Ninguno le pudo contestar, porque lo ignoraban.

Pero habiéndole preguntado al barquero, dijo que se llamaba Richón.

— Está bien, repuso la reina; me acordaré de ese nombre.

— Y yo también, dijo el joven rey.

## XXXIV

## Ataque y defensa

Unos cien hombres de la casa real pasaron el Dordoña con SS. MM., y los restantes quedaron con el señor de La Meilleraye, que habiendo determinado poner sitio á Vayres, esperaba el ejército.

Apenas se hubo instalado la reina en la casita, que, merced al fausto de Nanón, encontró mucho más habitable de lo que esperaba, se presentó en su habitación Guitaut, y la dijo que un capitán que pretendía tener que tratar de un negocio importante, la demandaba el honor de una audiencia.

— ¿Y qué capitán es ese? preguntó la reina.

— El capitán Cauviñac, señora.

— ¿Es de mi ejército?

— Me parece que no.

— Informaos; y si no es de mi ejército, decidle que no puedo recibirle.

— V. M. me perdonará si no soy de la misma opinión en este punto, dijo Mazarino; pero me parece que si no fuese de nuestro ejército, es cuando precisamente deberíais recibirle.

— ¿Y por qué?

— Siendo del ejército de V. M. y pidiendo una audiencia á la reina, no puede ser sino un súbdito fiel; cuando

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1623 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



establecer su cuartel general. La reina vió á la otra parte del Dordoña una casita aislada perdida entre los árboles, semejante á un castillejo.

— Mirad, dijo á Guitaut, aquella casa, ved á quién pertenece y pedid hospitalidad para mi.

Guitaut partió al mismo instante, atravesó el río en la barca del batelero de Issón, y volvió diciendo que la casa estaba inhabitada, á excepción de una especie de mayordomo, el que había contestado que la casa pertenecía al duque de Epernon y estaba á los órdenes de S. M.

— Pues bien, partamos, dijo la reina; ¿pero dónde está el rey.

Llamaron al joven Luis XIV, que se había separado un poco; se volvió, y aunque hizo lo posible para ocultar sus lágrimas, se vió que había llorado.

— ¿Qué tenéis, señor? preguntó la reina.

— ¡Oh! nada, señora, contestó el niño: algún día espero que seré rey, y entonces... ¡desgraciados de los que me hayan ofendido!

— ¿Cómo se llama el gobernador? preguntó la reina. Ninguno le pudo contestar, porque lo ignoraban.

Pero habiéndole preguntado al barquero, dijo que se llamaba Richón.

— Está bien, repuso la reina; me acordaré de ese nombre.

— Y yo también, dijo el joven rey.

## XXXIV

## Ataque y defensa

Unos cien hombres de la casa real pasaron el Dordoña con SS. MM., y los restantes quedaron con el señor de La Meilleraye, que habiendo determinado poner sitio á Vayres, esperaba el ejército.

Apenas se hubo instalado la reina en la casita, que, merced al fausto de Nanón, encontró mucho más habitable de lo que esperaba, se presentó en su habitación Guitaut, y la dijo que un capitán que pretendía tener que tratar de un negocio importante, la demandaba el honor de una audiencia.

— ¿Y qué capitán es ese? preguntó la reina.

— El capitán Cauviñac, señora.

— ¿Es de mi ejército?

— Me parece que no.

— Informaos; y si no es de mi ejército, decidle que no puedo recibirle.

— V. M. me perdonará si no soy de la misma opinión en este punto, dijo Mazarino; pero me parece que si no fuese de nuestro ejército, es cuando precisamente deberíais recibirle.

— ¿Y por qué?

— Siendo del ejército de V. M. y pidiendo una audiencia á la reina, no puede ser sino un súbdito fiel; cuando

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1623 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



por el contrario, si pertenece al ejército rebelde, puede ser un traidor. Ahora bien, en este momento, señora, los traidores no son despreciables, si se atiende á que pueden ser muy útiles.

— Que entre, dijo la reina, pues que tal es la opinión del señor cardenal.

En seguida fué introducido el capitán, que se presentó con una confianza y facilidad, que admiraron á la reina, pues estaba acostumbrada á producir en los que la rodeaban una impresión opuesta.

— ¿Quién sois? dijo la reina.

— El capitán Cauviñac, contestó el recién llegado.

— ¿Al servicio de quién estáis?

— Al servicio de V. M., si lo tiene á bien.

— ¿Si lo tengo á bien? Sin duda. ¿Además, hay otro servicio en el reino? ¿Somos dos las reinas de Francia?

— Es verdad que no hay en Francia más que una reina, y ésta es la que tiene la bondad de permitir deponga á sus pies en este instante los sentimientos de mi más humilde respeto; pero hay dos opiniones, á lo menos, según me ha parecido hace un momento

— ¿Qué queréis decir? dijo la reina arrugando el entrecejo.

— Quiero decir, señora, que estándome paseando por estas cercanías, me hallaba justamente sobre un cerrillo que domina todo el país, contemplando el paisaje, que como V. M. habrá podido notar, es delicioso, cuando he creído ver que el señor Richón no la recibía con todo el respeto que la es debido. Esto me ha hecho conocer que es cierto lo que ya sospechaba, y es que había en Francia dos opiniones: la opinión realista y otra, y que el señor Richón pertenece á esta otra opinión.

El semblante de Ana de Austria se oscureció cada vez más.

— ¡Ah! ¿Habéis creído ver eso? dijo.

— Sí, señora, contestó Cauviñac aparentando la mayor candidez. También he creído ver que un cañonazo con bala disparado por la plaza, había ofendido á la carroza de V. M.

— Basta... ¿No me habéis pedido audiencia más que para participarme vuestras necias observaciones?

— ¡Ah! Eres impolitica, dijo para sí Cauviñac. En ese caso pagarás más caro el negocio.

— No, señora. Os he pedido audiencia para deciros que sois una gran reina y que mi admiración hacia V. M. no tiene igual.

— ¡Ah! ¿De veras? dijo la reina con tono áspero.

— Y en consecuencia de esa grandeza y de esta admiración, he resuelto consagrarme enteramente al servicio de V. M.

— ¡Gracias! dijo la reina con ironía.

Después, volviéndose á su capitán de guardias, añadió:

— ¡Hola! Guítaut, que se eche fuera á ese charlatán.

— Perdonad, señora, repuso Cauviñac. Yo me iré sin necesidad de que se me eche; pero si me voy no tendréis á Vayres.

Y Cauviñac, después de saludar á la reina con una gracia encantadora, hizo una pirueta girando sobre sus talones.

— Señora, dijo Mazarino muy quedo, me parece que hacéis mal en despedir á ese hombre.

— Venid acá, dijo la reina, y hablad. Al cabo sois guapo y me parecéis divertido.

— V. M. es muy buena, contestó inclinándose Cauviñac.



- ¿Qué deciais de entrar en Vayres?
- Decia, señora, que si V. M. quiere entrar en Vayres, como he creído ver que deseaba esta mañana, yo me impondré el deber de introducirla.
- ¿Y cómo?
- En Vayres tengo ciento cincuenta hombres, que son míos.
- ¿Vuestros?
- Sí, míos.
- ¿Y bien?
- Yo cedo estos ciento cincuenta nombres á V. M.
- ¿Y qué más?
- ¿Y qué más?
- Sí.
- Me parece que á no intervenir el diablo, bien puede V. M. hacerse abrir una puerta con ciento cincuenta porteros.
- La reina se sonrió.
- Al tuno tiene genio, dijo ella para sí.
- Cauviñac adivinó sin duda el cumplido, porque se inclinó segunda vez.
- ¿Cuánto hace falta? dijo la reina.
- ¡Oh, Dios mío! — Señora, quinientas libras por cada portero; es el salario que yo doy á los míos.
- Las tendréis.
- ¿Y para mí?
- ¡Ah! ¿Pedis también para vos alguna cosa.
- Me envanecería mucho un empleo de la magnanimidad de V. M.
- ¿Y qué empleo queréis?
- Quisiera ser gobernador de Branne. Siempre he deseado ser gobernador.
- Concedido.

- En ese caso, salva una pequeña formalidad, está concluído el negocio.
- ¿Y qué formalidad es esa?
- Que tenga V. M. la bondad de firmar este papelito, que habia preparado anticipadamente, con la esperanza de que mis servicios serian aceptados por mi magnánima soberana.
- ¿Y qué papel es ese?
- Leed, señora.
- Y arqueando graciosamente el brazo y doblando la rodilla con el aire más respetuoso, Cauviñac presentó un papel á la reina.
- Ésta leyó:
- « El día que entre sin descargar un tiro en Vayres, pagaré al señor capitán Cauviñac la cantidad de setenta y cinco mil libras y le haré gobernador de Branne. »
- ¿Según esto, dijo la reina conteniendo mal su cólera, el capitán Cauviñac no tiene suficiente confianza en nuestra palabra real, y quiere un escrito?
- Un escrito me parece que es lo mejor que hay, señora, en los negocios de importancia, contestó Cauviñac inclinándose. *Verba volant, dice un antiguo proverbio: las palabras vuelan, y perdóneme V. M., acabo de ser robado.*
- ¡Insolente! dijo la reina. ¡Salid!...
- Saldré, repuso Cauviñac, pero no tendrá V. M. á Vayres.
- Y reproduciendo la misma maniobra que ya le habia salido bien, giró sobre sus talones y se dirigió á la puerta. Pero más irritada esta vez que la primera Ana de Austria, no le llamó.
- Cauviñac salió.



— Que se asegure á ese hombre, dijo la reina. Guitaut hizo un movimiento para obedecer.

— Perdonad, señora, dijo Mazarino, pero creo que V. M. haría mal en dejarse llevar de un primer movimiento de cólera.

— ¿Y por qué? preguntó la reina.

— Porque temo necesitéis á ese hombre más tarde; y si V. M. le molesta de cualquier modo, puede entonces pagarlo doble.

— Está bien, repuso la reina, se le pagará lo que sea necesario; pero hasta entonces que no se le pierda de vista.

— ¡ Ah! Siendo así ya es otra cosa, y yo soy el primero en aplaudir esa precaución.

— Guitaut, ved lo que es de él, dijo la reina.

Guitaut salió y volvió á entrar al cabo de media hora.

— Y bien, preguntó Ana de Austria, ¿qué ha sido de él?

— ¡ Oh! Puede estar V. M. completamente tranquila, contestó Guitaut; nuestro hombre no piensa en escaparse. Me he informado, y tiene su domicilio á trescientos pasos de aquí, en casa de un posadero llamado Biscarrós.

— ¿Y se ha retirado allí?

— No, señora: está en una altura y observa desde allí los preparativos que hace el señor de La Meilleraye para forzar los reductos. Este espectáculo parece interesarle mucho.

— ¿Y el resto del ejército?

— Va llegando, señora, y entrando en acción á medida que llega.

— ¿Según eso, el mariscal atacará en seguida?

— Yo creo, señora, que valdria más, antes de aventurar un ataque, dar una noche de descanso á la tropa.

— ¡ Una noche de descanso! dijo Ana de Austria. ¡ Tendrá que detenerse el ejército real un día y una noche delante de tal bicoca! Imposible, Guitaut, id á decir al mariscal que ataque ahora mismo. El rey quiere dormir en Vayres esta noche.

— Pero, señora, murmuró Mazarino, me parece que la precaución del mariscal....

— Á mí me parece, repuso Ana de Austria, que cuando ha sido ultrajada la autoridad real, por pronto que se venga será tarde. Id, Guitaut, y decid al señor de La Meilleraye que la reina le vé.

Y despidiendo á Guitaut con un gesto majestuoso, tomó por la mano á su hijo y salió de la estancia, sin inquietarse por si era ó no seguida, y subió la escalera que conducía á la azotea, la cual dominaba todos los alrededores.

La reina tendió una rápida ojeada sobre todo el paisaje. Á doscientos pasos detrás de ella pasaba el camino de Liburnio, sobre el que blanqueaba la casa de nuestro amigo Biscarrós. Á sus pies corría el Gironde transparente, rápido y majestuoso; á su derecha se elevaba el fuerte de Vayres, silencioso como una ruina; alrededor del fuerte se extendían los parapetos nuevamente construidos. Algunos centinelas se paseaban sobre la galería; cinco piezas de cañón asomaban por las troneras sus cuellos de bronce y sus bocas profundas; á su izquierda el mariscal tomaba disposiciones para acampar á la tropa. Todo el ejército, como Guitaut dijo á la reina, habia llegado y se apiñaba alrededor de él.

Sobre un altillo estaba un hombre, que seguía con la vista todos los movimientos de los sitiadores y sitiados.

Este hombre era Cauviñac.



Guitaut atravesaba el río en el barco del pescador de Issón.

La reina estaba inmóvil en la azotea, con el ceño arrugado, y teniendo de la mano al pequeño Luis XIV, que miraba aquel espectáculo con cierta curiosidad, y que de tiempo en tiempo decía á su madre:

— Señora, permitidme que monte en mi hermoso caballo de combate, y dejadme ir con La Meilleraye á castigar á esos rebeldes.

Junto á la reina se encontraba Mazarino, cuyo semblante fino y burlón había adoptado en aquel momento un carácter de gravedad que usaba tan solo en las ocasiones arduas; y detrás de la reina y el ministro estaban las damas de honor, que imitando el silencio de Ana de Austria, apenas se atrevían á trocar entre sí algunas palabras en voz baja.

Todo aparecía á primera vista que estaba tranquilo; pero se conocía que esta era la tranquilidad de la mina que está preparada, que una chispa va á trocar en tempestad y destrucción.

Todas las miradas se fijaban especialmente en Guitaut, porque de él iba á emanar la explosión que con tan diversos motivos se aguardaba.

Era tan grande la inquietud de parte del ejército, que apenas hubo tocado el mensajero la ribera izquierda del Dordoña y se le hubo reconocido, cuando las miradas de todos se fijaron en él. El señor de La Meilleraye al verle se separó del grupo de oficiales en cuyo centro se hallaba, y le salió al encuentro.

Guitaut y el mariscal hablaron entre sí algunos instantes. Aunque era grande la distancia que separaba el grupo real de los dos oficiales, por ser el río bastante ancho por aquel punto, no era sin embargo suficiente

para impedir que se notase la admiración en el semblante del mariscal. Era evidente que la orden que recibía le parecía intempestiva; así es que dirigió una mirada de duda hacia el grupo en medio del cual estaba la reina. Pero Ana de Austria, que comprendió el pensamiento del mariscal, hizo á la vez con la cabeza y la mano un movimiento tan imperioso, que el mariscal, que de mucho tiempo conocía á su exigente soberana, bajó la cabeza en muestra, si no de asentimiento, de obediencia al menos.

En aquel momento, á consecuencia de una orden del mariscal, tres ó cuatro capitanes que hacían á su lado el servicio que hoy desempeñan los ayudantes de campo, montaron á caballo y partieron á galope en tres ó cuatro direcciones diferentes.

Por dondequiera que pasaban, los trabajos del campamento que se acababan de empezar, eran interrumpidos en el mismo instante; y al redoble de los tambores y de las trompetas se veía á los soldados dejar caer, unos la pala, otros el martillo con que clavaban las estacas de las tiendas, y correr á tomar las armas que estaban colocadas en pabellones: los granaderos afanzaban sus fusiles, los simples soldados sus picas y los artilleros sus instrumentos. Se practicó un movimiento extraordinario y confuso, causado por todos aquellos hombres que se cruzaban y corrían en diferentes direcciones; después todas las casillas de aquel inmenso tablero se desocuparon poco á poco, al tumulto sucedió el orden, cada cual se alineó bajo su bandera: los granaderos en el centro, los de la casa real á la derecha y la artillería á la izquierda. Los trompetas y tambores callaron.

Un solo tambor resonó á la otra parte de las trincheras, que á su vez calló también, y un sepulcral silencio se extendió por la llanura.



En aquel momento se oyó una voz de mando, clara, precisa y firme. La reina no podía entender las palabras desde la distancia á que se encontraba, pero vió en el mismo instante formarse las tropas en columna. Entonces sacó su pañuelo y le agitó en el aire, mientras que el joven rey gritaba con voz calenturienta y golpeando con el pie: — ¡Adelante, adelante!

El ejército contestó á la vez: — ¡Viva el rey! Después de lo cual partió á galope la artillería y fué á colocarse sobre una altura; y al sonido de las cajas, que tocaban á la carga, se pusieron en movimiento las columnas.

Este no era un sitio en regla, sino una simple escalada. Las trincheras, alzadas de pronto por Richón, eran parapetos de tierra, y así no había brecha que abrir, sino dar el asalto. Sin embargo, el hábil comandante de Vayres tenía tomadas todas sus precauciones, pues se veía que había aprovechado con una habilidad poco común todos los recursos del terreno.

Sin duda Richón se habría impuesto la ley de no tirar el primero, pues esta vez aun aguardó la provocación de las tropas reales. Solamente se vió, como en el primer ataque, bajarse aquella terrible fila de mosquetes, cuyo fuego había causado tanto daño en las tropas del rey.

Al mismo tiempo tronaron las seis piezas de la batería, y se vió saltar la tierra de los parapetos y empalizadas en que estaban montadas.

No se hizo esperar la respuesta. La artillería de las trincheras tronó á su vez, abriendo profundos huecos en el ejército real; pero á la voz de los jefes desaparecieron aquellos surcos sangrientos, los labios de la herida abierta un instante se cerraron, y la columna principal conmovida un momento continuó la marcha.

Entonces resonaron las descargas de mosquetes mientras que se cargaban los cañones de nuevo.

Cinco minutos después, las dos andanadas opuestas hacían fuego á la vez, semejantes á dos borrascas que luchan juntas, ó cual dos truenos que á un mismo tiempo retumban.

Como el tiempo estaba en calma y no se movía un soplo de viento, la humareda se condensaba sobre el campo de batalla, y pronto sitiadores y sitiados desaparecieron bajo una nube que por intervalos desgarraba con una llama rápida el rayo de la artillería.

De tiempo en tiempo se veían salir de entre esta nube, y á la espalda del ejército real, hombres que arrastrándose con trabajo, iban á caer á diferentes distancias, dejando detrás de sí un rastro de sangre.

No tardó en aumentarse el número de los heridos: el estampido del cañón y las descargas cerradas de la mosquetería continuaban. Sin embargo, la artillería real no tiraba sino al azar y con recelo; porque en medio de aquella densa humareda no podía distinguir los amigos de los enemigos.

La artillería de la plaza, como no tenía al frente más que enemigos, sus tiros resonaban más terribles y precipitados que nunca.

Por último, la artillería real cesó completamente de hacer fuego: no quedaba duda que se subía al asalto y que se combatía cuerpo á cuerpo.

Hubo de parte de los espectadores un momento de angustia, durante el cual, habiendo cesado el fuego de los cañones y de la mosquetería de alimentar el humo, fué desapareciendo poco á poco. Entonces se vió al ejército real rechazado en desorden, dejando el pie de las murallas lleno de cadáveres. Se había practicado una especie de



brecha; algunas empalizadas arrancadas dejaban ver la abertura, pero esta abertura estaba cuajada de hombres, de picas y mosquetes, y en medio de estos hombres, cubierto de sangre, y sin embargo tranquilo y frío como si asistiese en clase de espectador á la tragedia en que acababa de ejecutar un tan terrible papel, se distinguía Richón, con una hacha en la mano, embotada por los golpes que habia descargado.

Parecía que un encanto protegía á aquel hombre continuamente en medio del fuego, siempre en primera línea, de pie y descubierto; ninguna bala le habia alcanzado, ninguna pica le habia tocado. Era sin duda invulnerable como era impasible.

Tres veces llevó el mariscal de La Meilleraye en persona las tropas al asalto, y tres veces fueron rechazadas á la vista del rey y de la reina.

Las lágrimas corrían silenciosas por las pálidas mejillas del joven rey. Ana de Austria se torcía las manos murmurando:

— ¡ Oh! ¡ Ese hombre, ese hombre! si alguna vez llega á caer en mis manos, he de hacer con él un ejemplar terrible.

Felizmente, la noche fué bajando rápida y sombría, extendiendo una especie de velo sobre la vergüenza real. El mariscal de La Meilleraye mandó tocar á retirada.

Cauviñac abandonó su puesto, bajó del cerrillo en que estaba subido, y con las manos en los bolsillos de sus calzones se encaminó á través de la pradera hacia la casa de maese Biscarrós.

— Señora, dijo Mazarino señalando con el dedo á Cauviñac, ahí tenéis un hombre que por un poco de oro os habria rescatado toda la sangre que acabamos de verter.

— ¡ Bah! dijo la reina. Señor cardenal, ¿ es ese un

consejo propio de un hombre económico como vos?

— Señora, contestó Mazarino, es cierto, conozco el precio del oro, pero también sé lo que vale la sangre; y en este momento es más preciosa la sangre para nosotros que no el oro.

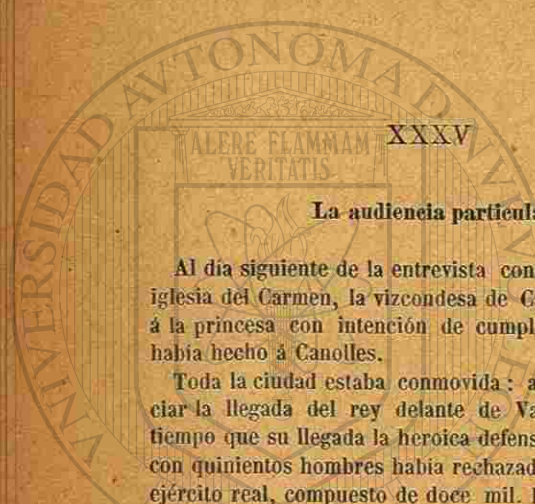
— Tranquilizaos, dijo la reina; la sangre vertida será vengada. — Oid, Cominges, añadió dirigiéndose al teniente de sus guardias: id en busca del señor de La Meilleraye y traédmele.

— Y vos, Bernardino, dijo el cardenal mostrando á su ayuda de cámara á Cauviñac, que se encontraba á pocos pasos de la posada del Becerro de Oro, ¿ veis bien aquel hombre?

— Sí, monseñor.

— Pues bien. Id á buscarle de parte mía, é introducidle esta noche secretamente en mi habitación.





XXXV

### La audiencia particular

Al día siguiente de la entrevista con su amante en la iglesia del Carmen, la vizcondesa de Cambes se presentó á la princesa con intención de cumplir la promesa que había hecho á Canolles.

Toda la ciudad estaba conmovida: acababan de anunciar la llegada del rey delante de Vayres, y al mismo tiempo que su llegada la heroica defensa de Richón, que con quinientos hombres había rechazado por dos veces al ejército real, compuesto de doce mil. La princesa había sabido la noticia de las primeras, y en el transporte de su júbilo había exclamado batiendo las palmas:

— ¡Oh! ¡Que no tenga yo cien capitanes como el valiente Richón!

La vizcondesa de Cambes tomó parte en la admiración general, doblemente contenta por poder aplaudir abiertamente la conducta de un hombre que estimaba, y por encontrar de este modo la ocasión oportuna de hacer su demanda, cuyo éxito habría sido dudoso por una noticia desagradable. Mientras que por el contrario, con el buen resultado estaba casi segura de una victoria.

Pero en medio de su contento, la princesa tenía sin embargo muchas y grandes ocupaciones para que la señora de Cambes se atreviese á aventurar su demanda.

Se trataba de mandar á Richón un socorro de hombres, pues se conocía fácilmente deberían hacerle falta, en vista de la próxima reunión del ejército del señor de Epernon al ejército real. El consejo se ocupaba de organizar el socorro. Viendo Clara que los negocios políticos se sobrepnían en aquellos momentos á los negocios del corazón, tomó el puesto de consejera de Estado, y este día no se trató de Canolles.

Una frase muy concisa, pero muy tierna, advirtió al querido prisionero de este retraso. Esta nueva prórroga le fué menos sensible de lo que pudiera creerse: hay en la espera de un feliz acaecimiento casi tan gratas sensaciones como en el acaecimiento mismo. Eran muchas las delicadezas amorosas del corazón de Canolles, para que él no se complaciese en lo que llamaba la antesala de la dicha. La señora de Cambes le suplicó esperase con paciencia, y él esperó casi con júbilo.

Al otro día estaba ya organizado el socorro. Á las once de la mañana se embarcaba; pero como el viento y la corriente eran contrarios, se calculó que por mucha diligencia que se hiciese, como quiera que no avanzaba sino á fuerza de remos, no podría arribar la expedición tan pronto como se deseaba, pues llevaba además orden de reconocer de paso la ciudadela de Branne, que estaba por la reina, y se sabía que su gobierno se hallaba vacante.

La princesa pasó la mañana en inspeccionar los preparativos y pormenores del embarque. La tarde debía consagrarse á un gran consejo, con el fin de oponerse, si era posible, á la reunión del duque de Epernon con el mariscal de La Meilleraye, ó de retardar al menos esta reunión hasta tanto que el socorro enviado á Richón estuviese dentro de la ciudadela.



Le fué forzoso á la señora de Cambes esperar hasta el otro día ; pero á cosa de las cuatro tuvo ocasión de hacer una seña á Canolles que pasaba por debajo de sus ventanas, y había tanto pesar y amor en aquello seña, que el barón casi se reputó feliz de haber tenido que esperar.

Sin embargo, á la noche, para estar segura de que el retraso no se prolongaría por más tiempo, y á fin de obligarse á sí misma á hacer á la princesa una confidencia que no dejaba de causarle algún embarazo, pidió la señora de Cambes para la mañana siguiente una audiencia particular á la señora de Condé, audiencia que, como puede concebirse, le fué acordada sin réplica.

Á la hora preñada entró la vizcondesa en la habitación de la princesa, que la recibió con su más lisonjera sonrisa: hallábase sola, como había solicitado.

— Y bien, chiquita, la dijo la princesa, ¿qué hay de grave para que me pidas una audiencia particular y secreta, cuando sabes que á todas las horas del día estoy á la disposición de mis amigos ?

— Señora, contestó Clara, no hay más, sino que en medio de la felicidad debida á V. A., vengo á suplicaros pongáis especialmente los ojos en vuestra fiel servidora, que también necesita un poco de felicidad.

— Con mucho gusto, mi amable Clara ; y jamás igualará la felicidad que Dios te conceda á la que yo te deseo. Habla, ¿qué quieres ? Y si la gracia á que aspiras está en mi poder, cuenta desde luego con ella.

— Estoy viuda y libre, pero esta libertad me es más molesta que me sería la esclavitud, y quisiera cambiar mi aislamiento en una posición mejor.

— Eso es decir que quieres casarte, ¿no es así, chiquita ? preguntó riendo la princesa.

— Creo que sí, señora, contestó la señora de Cambes ruborizada.

— Bien, sea ; eso nos concierne.

Clara hizo un movimiento.

— Tranquilízate, tendremos en consideración tu orgullo ; tú necesitas un duque y par, vizcondesa. Yo te lo escogeré entre mis leales.

— V. A. se molesta demasiado, dijo la señora de Cambes, y yo no pensé daros esa molestia.

— Sí, pero yo quiero tomármela, porque debo pagarte en felicidad lo que me has dado en lealtad ; sin embargo, esperarás á la conclusión de esta guerra, ¿eh ?

— Esperaré todo lo menos posible, señora, contestó Clara sonriendo.

— Me hablas como si ya estuviese hecha tu elección, como si tuvieses en la mano el marido que me pides.

— En efecto, señora, así es.

— ¿De veras ? ¿Y quién es ese dichoso mortal ? Habla, nada temas.

— ¡Oh, señora ! dijo la vizcondeza. Disimulad, pero no sé por qué, estoy temblando.

La princesa se sonrió, tomó la mano de Clara y la atrajo hacia sí.

— ¡Pobre niña ! la dijo.

Después, mirándola con una expresión que redobló el embarazo de la vizcondeza, añadió :

— ¿Le conozco yo ?

— Creo que V. A. le ha visto varias veces.

— ¿No hay para qué preguntar si es joven ?

— Veintiocho años.

— ¿Si es noble ?

— Es un buen caballero.

— ¿Si es valiente ?



— Tiene sentada su reputación.

— ¿ Si es rico ?

— Yo lo soy.

— Sí, chiquita, sí, no lo hemos olvidado. Eres de los señores más opulentos de nuestros dominios, y con placer recordamos, que en nuestra guerra más de una vez los luises de oro del señor de Cambes y los pesados escudos de tus aldeanos, nos han sacado de apuros.

— V. A. me honra recordándome cuán fiel le soy.

— Bien. Le haremos coronel de nuestro ejército, si no es más que capitán, y mariscal de campo si es coronel, ¿ por qué presumo que será fiel ?

— Fué de los Lens, señora, contestó la vizecondesa con toda la habilidad que desde algún tiempo había adquirido en los estudios diplomáticos.

— ¡ Excelente ! Ahora sólo queda que saber una cosa, añadió la princesa.

— ¿Cuál, señora ?

— El nombre del dichoso caballero que posee ya el corazón, y pronto poseerá la persona de la más bella guerrera de nuestro ejército.

La señora de Cambes, estrechada en sus últimas trincheras, reunía todo su valor para pronunciar el nombre del barón de Canolles, cuando de pronto resonó en el patio el galope de un caballo, seguido de los sordos ruidos que acompañan á las grandes noticias. La princesa oyó este doble ruido, y acudió á la ventana. El mensajero cubierto de sudor y polvo, echaba pie á tierra; y cercado por cuatro ó cinco personas, á quienes atrajo á su alrededor su entrada, parecía dar detalles, que á medida que salían de su boca, consternaban á los que le escuchaban. La princesa no pudo por más tiempo dominar su curiosidad, y abriendo la ventana gritó :

— ¡ Dejadle subir !

El mensajero alzó la cabeza, reconoció á la princesa y se lanzó á la escalera. Cinco minutos después entraba en su aposento, salpicado de barro, con los cabellos en desorden, y con voz ahogada dijo :

— ¡ V. A. me perdonará si me presento en su presencia en este estado ! Pero soy portador de una de esas noticias que hacen saltar las puertas solo con pronunciarlas. ¡ Vayres ha capitulado !

La princesa dió un salto hacia atrás ; la vizcondesa dejó caer los brazos anonadada ; Lenet, que había entrado detrás del mensajero, palideció.

Otras cinco ó seis personas, que olvidando por un instante el respeto debido á la princesa habían invadido la sala, quedaron mudas de estupor.

— Señor de Ravailly, dijo Lenet, porque el mensajero no era otro que nuestro capitán de Navalles, repetid lo que acabáis de decir, pues aun lo dudo.

— Repito, caballero, que Vayres ha capitulado.

— ¡ Capitulado ! repitió la princesa. ¿ Y el refuerzo que conduciais ?

— ¡ Llegó tarde, señora ! Richón se rendía en el mismo instante de nuestro arribo.

— ¡ Richón se rendía, exclamó la princesa, el cobarde !

Esta exclamación de la princesa hizo correr el hielo por las venas de todos los presentes. Sin embargo, todos quedaron mudos, menos Lenet.

— Señora, dijo severamente y sin ningún miramiento al orgullo de la princesa, no olvidéis que el honor de los hombres está en las palabras de los príncipes, como su vida está en manos de Dios. No llaméis cobarde al más bravo de vuestros servidores, si no queréis que mañana



los más fieles os abandonen al ver cómo tratáis á sus iguales, y quedaros sola malrita y perdida.

— ¡Caballero!... dijo la princesa.

— Señora, contestó Lenet, repito á V. A. que Richón no es un cobarde, que respondo de él; y que si efectivamente ha capitulado, no podría hacer otra cosa.

La princesa, pálida de cólera, iba á contestar á Lenet con alguna de sus extravagancias aristocráticas con que creía dar un buen sentido al orgullo; pero en vista de todos aquellos semblantes que se apartaban de ella, de aquellos ojos que huían el encuentro de los suyos, de Lenet con la frente levantada, de Ravailly con la cabeza inclinada, conoció que en efecto sería perdida si continuaba en este sistema fatal. Apeló en seguida á su habitual argumento.

— ¡Qué princesa tan desgraciada soy! dijo. Todo me abandona: la fortuna y los hombres. ¡Ah, hijo mio, mi pobre hijo! seréis perdido como vuestro padre.

Este grito de la debilidad de la mujer, el desahogo del dolor maternal, tiene siempre un eco en los corazones. Esta comedia que ya tantas veces le había salido bien á la princesa, produjo el efecto que esperaba.

Durante este tiempo Lenet se enteraba por Ravailly de todo cuanto había podido saber acerca de la capitulación de Vayres.

— ¡Ah! bien lo decía yo, exclamó después de un momento.

— ¿Y qué decíais? preguntó la princesa.

— Que Richón no es un cobarde, señora.

— ¿Y cómo lo sabéis?

— Porque se ha sostenido dos días con sus noches; y se habría sepultado bajo las ruinas de su fuerte acerbillado

de balas, si una compañía de reclutas no se hubiera sublevado, según parece, obligándole á capitular.

— Debía morir, caballero, antes que rendirse, repuso la princesa.

— ¡Eh! Señora, ¿se muere siempre que se quiere morir? dijo Lenet. Pero al menos, añadió volviéndose hacia Ravailly, ¿espero que será prisionero con garantía?

— Temo que sin ella, contestó Ravailly. Se me ha dicho que quien había tratado era un teniente de la guarnición; de suerte que bien pudiera haber alguna traición encubierta, y que hubiese sido entregado Richón, en vez de haber puesto sus condiciones.

— Si, si, exclamó Lenet, vendido, entregado, eso es. Conozco bien á Richón, y sé que es incapaz, no diré de una bajeza, pero ni aun de una debilidad. ¡Oh, señora! continuó Lenet dirigiéndose á la princesa, vendido, entregado, ¿lo ois? Pronto, pronto, ocupémonos de él. ¿Un tratado hecho por un teniente, decís, Ravailly? Alguna grave desgracia amenaza á la cabeza del pobre Richón. Escribid pronto, señora, escribid; os lo suplico.

— ¡Yo! dijo ásperamente la princesa. ¡yo! ¡Que escriba yo! ¿Para qué?

— Para salvarle, señora.

— ¡Bah! repuso la princesa. Cuando una fortaleza se rinde, se toman precauciones.

— ¿Pero no escucháis, señora, que no la ha rendido? ¿No ois que dice el capitán que ha sido entregado, vendido tal vez, que ha tratado un teniente y no él?

— ¿Qué queréis que hagamos á vuestro Richón? dijo la princesa.

— ¿Qué se ha de hacer? ¡Olvidáis, señora, por qué medios se introdujo en Vayres! ¡Que hemos usado



para con él de una carta blanca del duque de Epernon ! ; Que se ha resistido á un ejército mandado por la reina y el rey en persona ! ; Que Richón es el primero que ha alzado el estandarte de la rebelión ! ; Que se vá á hacer en él un ejemplar, en fin ! ; Ah, señora ! En nombre del cielo, escribid al señor de La Meilleraye ; envid un mensajero, un parlamentario.

— ¿ Y qué misión daremos á ese mensajero, á ese parlamentario ?

— La de impedir á toda costa la muerte de un bravo capitán ; porque si no os apresuráis... ; Oh ! ; yo conozco á la reina, señora, y tal vez vuestro mensajero llegue demasiado tarde !

— ; Demasiado tarde ! repuso la princesa. ; Eh ! ; No tenemos desquites ? ; No tenemos en Chantilly, en Montrón, y aquí mismo, oficiales del rey prisioneros ?

La señora de Cambes se levantó asustada.

— ; Ah, señora, señora ! dijo ésta. Haced lo que os dice el señor Lenet ; las represalias no darán la libertad á Richón.

— No se trata de la libertad, se trata de la vida, repuso Lenet con su perseverancia sombría.

— Y bien, dijo la princesa, lo que hagan haremos : la prisión por la prisión, el cadalso por el cadalso.

La vizcondesa lanzó un grito, y cayó de rodillas.

— ; Ah, señora ! exclamó. Richón es uno de mis amigos. Yo venia á demandaros una gracia, y vos habiais prometido acordármela ; pues bien, os suplico uséis de todo vuestro influjo para salvar á Richón.

Clara estaba de rodillas. La princesa aprovechó esta ocasión para conceder á los ruegos de Clara lo que habia rehusado á los consejos algo rudos de Lenet. Se dirigió á una mesa, cogió una pluma y escribió al señor de La

Meilleraye proponiéndole el canje de Richón por el oficial que escogiese la reina entre los que tenia prisioneros. Escrita esta carta, buscó con la vista el mensajero que debía enviar. Entonces, á pesar de los padecimientos de su antigua herida y de su cansancio actual, Ravailly se ofreció con la sola condición de que le diesen un caballo fresco. La princesa le autorizó para tomar en sus caballerizas el que más le acomodase, y el capitán partió al momento, movido por los gritos de la multitud, las exortaciones de Lenet y las súplicas de la vizcondesa.

Un instante después, se escucharon los rumores del pueblo reunido, á quien Ravailly acababa de explicar su encargo, y que en su alegría gritaba desaforadamente :

— ; La señora princesa ! ; El duque de Enghien !

Cansada la princesa de estas apariciones diarias, que más bien parecían órdenes que ovaciones, quiso en un instante probar á negarse á los deseos del populacho ; pero como en tales circunstancias acaece, ella pateó, y pronto los gritos degeneraron en alaridos.

— ; Vamos, dijo la princesa tomando su hijo de la mano, vamos ! Somos siervos ; obedezcamos !

Y aparentando una afable sonrisa, apareció en el balcón y saludó á aquel pueblo de que á la vez era esclava y reina.



### El gobernador de Branne

En el momento de aparecer la princesa y su hijo en el balcón, entre las entusiastas aclamaciones de la multitud, se oyó resonar á lo lejos un ruido de pifanos y tambores, acompañados de un alegre rumor.

En el mismo instante, la turba que sitiaba la casa del presidente Lalasne para ver á la princesa, volvió la cabeza hacia el lado del ruido que se empezaba á oír, y poco atendía de las leyes de la etiqueta, se fué deslizando en dirección al rumor, que se acercaba más y más. Esto era muy sencillo. Ellos habían ya visto diez veces, veinte, ciento tal vez, á la señora de Condé, mientras que aquel ruido les prometía algo de nuevo.

— Á lo menos son francos, murmuró Lenet detrás de la princesa. Pero, ¿qué significan esa música y esos gritos? Confieso á V. A. que estoy casi tan ansioso de saberlo como lo han estado esos malos cortesanos.

— Bien, contestó la princesa. Dejarme á vuestro turno, y corred por las calles como ellos.

— Desde luego lo haría, señora, repuso Lenet, si estuviera seguro de traeros una buena noticia.

— ¡Oh! dijo la princesa dirigiendo una mirada irónica al cielo magnífico que resplandecía sobre su cabeza. No espero ya buenas noticias. Se nos acabó la suerte.

Se fué acreando más el rumor, y apareció al cabo de la calle una multitud presurosa, con los brazos en alto agitando sus pañuelos, que convencieron á la princesa misma de que la noticia era buena. Aplicó el oído con una atención que le hizo olvidar momentáneamente la descripción de su corte, y oyó estas palabras:

— ¡Ah, ah! dijo Lenet. ¿El gobernador de Branne prisionero? Del mal el menos. Así tendremos rehenes que nos respondan de Richón.

— ¿No teníamos ya al gobernador de San Jorge? dijo la princesa.

— Cuánto me alegro de que el plan que yo propuse para tomar á Branne haya salido tan bien, dijo la de Tourville.

— Señora, contestó Lenet, no nos jactemos aun de una victoria tan completa: el azar se burla de los planes del hombre, y á veces de los de la mujer.

— Sin embargo, caballero, repuso la señora de Tourville irguiéndose con su acostumbrada acrimonia, habiendo preso al gobernador, debe haber sido tomada la plaza.

— Lo que decís, señora, no es de una lógica absoluta: pero tranquilizaos, si os debemos ese doble servicio, yo seré, como siempre, el primero en felicitaros.

— Lo que me admira en todo esto, dijo la princesa buscando ya al feliz acaecimiento un lado ofensivo para aquel orgullo aristocrático que formaba el fondo de su carácter, es que no haya sido avisada la princesa de lo que pasa. Es una falta imperdonable, y el señor duque de Laróchefoucault jamás ha faltado á la atención debida.

— ¡Eh! señora, contestó Lenet, nos faltan soldados para combatir, y no conviene separarles de sus puestos para ocuparles en mensajes. No exijamos demasiado; y



cuando nos viene una buena noticia tomémosla tal como Dios nos la envía, sin preguntar cómo nos llega.

Entretanto la turba se iba engrosando, porque todos los grupos particulares iban á reunirse al grupo principal, como los arroyos van á mezclarse con un río. En medio de este grupo principal, que se componía acaso de un millar de individuos, aparecía un pequeño cerco de soldados, unos treinta hombres próximamente, y entre estos treinta hombres un prisionero, á quien los soldados parecían defender contra el furor del pueblo.

— ¡ Muera, muera ! gritaba el populacho. ¡ Muera el gobernador de Branne !

— ¡ Ah ! dijo la princesa con una sonrisa de triunfo. Decididamente parece que tenemos un prisionero; es el gobernador de Branne.

— Sí, contestó Lenet. Pero ved, señora, parece también que ese prisionero corre peligro de muerte. Oid esas amenazas; ¡ veis esos gestos furiosos ! ¡ Ay ! Señora, van á forzar á los soldados y á hacerle pedazos. ¡ Oh ! Los tigres husmean la carne y quieren beber sangre.

— ¡ Que la beban ! contestó la princesa con esa ferocidad particular de las mujeres cuando se exaltan sus malas pasiones. ¡ Que la beban ! Es la de un enemigo.

— Señora, repuso Lenet, ese enemigo está bajo la salvaguardia del honor de Condé, pensadlo bien; y además, ¿ quién os dice que en este momento Richón, nuestro bravo Richón, no corre los mismos peligros que ese desgraciado ? — ¡ Ah ! Van á atropellar á los soldados; si le tocan está perdido. ¡ Á ver ! Veinte hombres, gritó Lenet volviéndose, veinte hombres para ayudar de buen grado á rechazar toda esa canalla. Me respondéis con vuestra cabeza si llegan á tocar á un sólo cabello de la de ese prisionero. Id.....

A estas palabras, veinte mosqueteros de la guardia urbana, pertenecientes á las mejores familias de la ciudad, se precipitaron como un torrente por la escalera. Penetraron entre la turba á fuertes culatazos, y fueron á engrosar la escolta: aun llegaron á tiempo, pero no pudieron impedir que algunas garras, más largas y aceradas que las demás, hubiesen arrancado girones de la tela del traje azul del prisionero.

— Gracias, señores, dijo el prisionero, porque acabáis de impedir que sea devorado por estos canibales; habéis hecho bien. ¡ Cáspita ! Si así se comen los hombres, el día en que el ejército real dé el asalto á nuestra ciudad, le devorarán crudo.

Y se echó á reír encogiéndose de hombros.

— ¡ Ah ! ¡ Es un valiente ! gritó la multitud al ver la calma tal vez algo afectada del prisionero, y repitiendo esta broma que lisonjaba su amor propio: ¡ Es un verdadero valiente ! No teme. ¡ Viva el gobernador de Branne !

— Sí, pardiez, gritó el prisionero: ¡ Viva el gobernador de Branne ! Mucho me importa que viva.

El furor del pueblo se cambió desde aquel momento en admiración, y esta admiración se mostró en seguida en términos enérgicos. Una verdadera ovación sustituyó al inminente martirio del gobernador de Branne, es decir, de nuestro amigo Cauviñac.

Porque, como ya habrán conocido nuestros lectores, no era otro que Cauviñac el que con el pomposo nombre de gobernador de Branne hacía tan triste entrada en la capital de la Guéna.

Entretanto, protegido así por sus guardias y por su presencia de ánimo además, el prisionero fué introducido en la casa del presidente Lalasne; y mientras que la mitad



de su escolta guardaba la entrada, la otra mitad le condujo á la presencia de la princesa.

Cauviñac entró orgulloso y tranquilo en el aposento de la princesa; pero es necesario decir que, bajo aquella apariencia heroica, el corazón le latía por demás.

Al primer golpe de vista fué reconocido, á pesar del estado en que la agitación de la turba había puesto su lindo traje azul, sus galones de oro y la pluma de su fieltro.

— ¡ Señor Cauviñac! dijo Lenet.

— El señor Cauviñac, gobernador de Branne, añadió la princesa. ¡ Ah! Caballero, esto explica la más brava traición.

— ¿ Qué dice V. A. ? preguntó Cauviñac, conociendo la extrema necesidad de apelar á su sangre fría, y sobre todo á su sagacidad. Creo haberos oído pronunciar la palabra traición.

— Sí, señor, traición. Y sino, ¿ bajo qué título os presentáis delante de mí ?

— Bajo el título de gobernador de Branne, señora.

— Traición, ya lo veis. ¿ Por quién están firmados vuestros despachos ?

— Por el señor de Mazarino.

— Traición, doble traición; yo bien decía. Vos sois gobernador de Branne, y vuestra compañía es la que ha vendido á Vayres: luego ese título es la recompensa de la acción.

Á estas palabras, la más profunda admiración se notó en el semblante de Cauviñac. Miró á su alrededor como buscando la persona á quien se dirigían estas extrañas palabras, y convencido por la evidencia de que ningún otro sino él mismo era el objeto de esta acusación de la

princesa, dejó caer los brazos á lo largo de sus caderas con una actitud llena de abatimiento, y dijo:

— ¿ Mi compañía ha entregado á Vayres, y V. A. es quien me dirige semejante reconvencción ?

— Sí, señor, yo. Hacedos el ignorante, fingid admiración: sí, sois buen cómico, á lo que parece; pero yo no pienso dejarme sorprender, ni por vuestros gestos, ni por vuestras palabras, por muy en armonía que estén las unas con las otras.

— Yo no finjo, señora, contestó Cauviñac. ¿ Cómo quiere V. A. que sepa lo que ha pasado en Vayres, no habiendo estado allí jamás ?

— Subterfugios, caballero, subterfugios.

— No tengo nada que responder á semejantes palabras, señora sino que V. A. parece estar descontenta de mí... Perdona V. A. á la franqueza de mi carácter la libertad de mi defensa. Yo, por el contrario, era quien pensaba tener que quejarme de vos.

— ¿ Quéjaros de mí, vos, caballero! exclamó la princesa admirada de tanta audacia.

— Sin duda, yo, señora, dijo Cauviñac sin desconcertarse. Yo, bajo vuestra palabra y la del señor Lenet que está presente, he reclutado una compañía de valientes, he contraído con ellos obligaciones tanto más sagradas, cuanto que casi todas ellas estribaban sobre la palabra. Y he aquí que cuando vengo á pedir á V. A. la suma prometida... una miseria... treinta ó cuarenta mil libras, destinadas, no á mí, cuidado con ello, sino á los nuevos defensores que he creado á mis señores los príncipes, lo rehusa V. A., ¡ sí, lo rehusa! Yo apelo al señor Lenet.

— Es verdad, contestó Lenet. Cuando el señor se presentó no teníamos dinero.



— ¿Y no podiais esperar algunos días? ¿Vuestra fidelidad y la de vuestra gente era tan perentoria?

— Esperé el tiempo que el señor de Larochevoucault mismo me demandó, señora, es decir, ocho días. Al cabo de estos ocho días me presento de nuevo, y esta vez se me rechazó formalmente. Yo apelo al señor Lenet.

La princesa se volvió hacia el consejero; sus labios estaban oprimidos, sus ojos lanzaban rayos bajo las contraidas pestañas.

— Por desgracia, dijo Lenet, me veo en la precisión de confesar que lo que dice el señor es la exacta verdad.

Cauviñac se irguió triunfante.

— Y bien, señora, continuó éste, en tal circunstancia, ¿qué hubiera hecho un intrigante? Un intrigante habría ido á venderse él y su gente á la reina. Yo, que detesto las intrigas, he licenciado mi compañía devolviéndole á cada hombre su palabra; y solo, aislado, en una absoluta neutralidad, he hecho lo que en casos de duda manda hacer el sabio: me he abstenido.

— Pero; y vuestros soldados, caballero, y vuestros soldados! exclamó furiosa la princesa.

— Señora, contestó Cauviñac, como no soy ni rey, ni príncipe, sino solo capitán; como no tengo ni súbditos ni vasallos, no llamo soldados míos más que á los que pago. Ahora bien, como los míos, cual os lo afirma el señor Lenet, no estaban de modo alguno pagados, han quedado en libertad, de consiguiente, no es mía la responsabilidad si se han vuelto contra su nuevo jefe. ¿Qué les he de hacer? Yo confieso que no sé nada.

— Pero vos, caballero, vos que habéis adoptado el partido del rey, ¿qué tenéis que decir? ¿Que os era molesta vuestra neutralidad?

— No, señora; pero mi neutralidad, por muy inocente

que fuese, ha llegado á hacerse sospechosa á los partidarios de S. M. Una mañana temprano fui detenido en la posada del Becerro de Oro, camino de Liburnio, y conducido á la presencia de la reina.

— Y allí, ¿habéis tratado con ella?

— Señora, contestó Cauviñac, un hombre de corazón tiene mil puntos muy sensibles por donde la delicadeza de un soberano sabe atacarle. Yo tenía el alma ulcerada; se me había rechazado de un partido en el cual me lanzaba con ceguedad, con todo el fuego y la buena fé de la juventud. Yo comparecí ante la reina, entre dos soldados dispuestos á matarme á la menor indicación; solo esperaba recriminaciones, ultrajes, muerte. Porque al cabo yo había servido, de intención á lo menos, á la causa de los príncipes; pero en vez de lo que esperaba, en lugar de castigarme privándome de la libertad, enviándome á una prisión, ó haciéndome subir al cadalso, aquella gran princesa me dijo:

— Valiente caballero extraviado, yo puedo con una palabra hacer caer tu cabeza; pero ya lo ves, allá abajo has sido ingrato, y aquí espero que me serás reconocido. En nombre de Santa Ana, mi patrona, de aquí adelante te contarás entre los míos. Señores, continuó dirigiéndose á mis guardias, respetad á ese oficial, porque yo he apreciado sus méritos y le hago vuestro jefe. Y volviéndose hacia mí, añadió: Os hago gobernador de Brame; así es como se venga una reina de Francia.

— ¿Qué podía yo contestar? continuó Cauviñac recordando su voz y su gesto natural, después de haber imitado de una manera medio cómica, medio sentimental, la voz y el gesto de Ana de Austria. — Nada. Yo estaba herido en mis más caras esperanzas, estaba resentido en la decisión enteramente gratuita que había puesto á los



pies de V. A., á quien lo recuerdo con júbilo, había tenido el honor de prestar en Chantilly un ligero servicio. He hecho lo mismo que Coriolano, he entrado bajo la tienda de los Volseos.

Este discurso, pronunciado con voz dramática y con una actitud majestuosa, produjo un grande efecto en los circunstantes. Cauviñac se apercibió de su triunfo al ver á la princesa palidecer de furor.

— Pero, en fin, caballero, ¿á quién sois fiel en ese caso? preguntó la princesa.

— Á los que aprecian la delicadeza de mi conducta, contestó Cauviñac.

— Está bien. Sois mi prisionero.

— Lo tengo á mucho honor, señora, y espero que me trataréis como caballero. Soy vuestro prisionero, es cierto, pero sin haber combatido contra V. A. Yo me dirigía á mi gobierno con mis bagajes, cuando cai en manos de una partida de vuestros soldados, que me arrestó. Ni un solo instante he vacilado en hacer presente mi rango y mi opinión. Lo repito, pido ser tratado, no sólo como caballero, sino también como oficial superior.

— Lo seréis, contestó la princesa. Tendréis la ciudad por prisión; sólo que juraréis bajo palabra de honor no tratar de salir de ella.

— Juraré, señora, todo cuanto V. A. me exija.

— Bien. Lenet, haced dar al señor la fórmula y vamos á recibir su juramento.

Lenet dictó los términos del juramento que debía prestar el prisionero. Cauviñac alzó la mano y juró solemnemente no salir de la ciudad, á menos que la princesa no le hubiese relevado de su juramento.

— Ahora retiraos dijo la princesa; descansamos en

vuestra lealtad de caballero y en vuestro honor de soldado.

Cauviñac no esperó á que se lo repitieran, saludó y salió; pero al salir tuvo tiempo de acoger un gesto del consejero, que significaba:

— Señora, tiene razón, hemos hecho mal; esto es lo que tienen las mezquindades en política.

El hecho es que Lenet, apreciador de todos los méritos, había reconocido toda la firmeza del carácter de Cauviñac, no se había dejado engañar por las razones artificiosas que aquél diera, admiraba el modo con que el prisionero se había salvado de una de las más falsas posiciones en que un tráfuga pudiera encontrarse.

En cuanto á Cauviñac, bajaba la escalera pensativo, con la barba en la mano y diciendo para sí:

— Veamos, ahora convendría tratar de revenderles por unos cien mil francos mis ciento cincuenta hombres, lo que es posible, puesto que el honrado é inteligente Ferguzón ha obtenido entera libertad para él y los suyos. Ciertamente encontraré ocasión un día ú otro. Vamos, vamos, decía, veo que no he hecho aun tan mal negocio como creí desde luego al dejarme coger.



reales. Esto cambiaba enteramente el aspecto de las cosas. Con veinticuatro mil hombres se emprende lo que no se emprendería con doce mil. Quedó, pues, decidido el asalto para la mañana siguiente.

Por la interrupción de los trabajos del campamento, por las nuevas disposiciones que se tomaban, y sobre todo á vista del nuevo refuerzo, conoció Richón que el intento de los sitiadores era apremiarle sin tardanza; y comprendiendo que el asalto se preparaba á la mañana siguiente, reunió sus tropas á fin de juzgar sus disposiciones, de que por otra parte ningún motivo de duda tenía, visto el modo con que le habían secundado en la defensa de los primeros reductos.

Así, pues, fué grande su admiración cuando vió la nueva actitud de la guarnición. Sus hombres tendían una mirada sombría é inquieta sobre el ejército real, y salían de las filas ruidos sordos.

Richón no entendía de bromas sobre las armas, y especialmente bromas de este género.

— ¡Hola! ¿quién murmura? dijo volviéndose hacia el lado en que el ruido de desaprobación había sido más distinto.

— ¡Yo! contestó un soldado, más atrevido que los demás.

— ¿Tú?

— Sí, yo.

— Entonces, ven acá y responde.

El soldado salió de las filas y se aproximó á su jefe.

— ¿Qué te falta para que te quejes? dijo Richón cruzándose de brazos y mirando fijamente al revoltoso.

— ¿Que qué me falta?

— Si: ¿qué te falta? ¿tienes tu ración de pan?

— Sí, comandante.

## XXXVII

## La capitulación de Vayres

Retrocedamos un poco, y llevemos á nuestros lectores á que se enteren de los acontecimientos de Vayres, acontecimientos que no conocen aun sino de un modo imperfecto.

Después de muchos asaltos, tanto más terribles cuanto que el general de las tropas reales sacrificaba mayor número de hombres á trueque de ganar tiempo, las trincheras habían sido tomadas; pero los bravos defensores de estas trincheras, después de haberse hecho disputar el terreno palmo á palmo, después de haber llenado el campo de cadáveres, se habían retirado á establecerse en Vayres por el camino cubierto. Mas el señor de La Meilleraye no desconocía que habiendo perdido quinientos ó seiscientos hombres en la toma de un mal reducto de tierra guarecido por una empalizada, tendría que perder seis tantos más para tomar un fuerte rodeado de buenas murallas y defendido por un hombre, cuya ciencia estratégica y valor militar había tenido ocasión de apreciar á su costa.

Se había decidido á disponer una trinchera y establecer un sitio en regla, cuando se vió llegar el ejército del duque de Epernon, que venía á reunirse con el del señor de La Meilleraye, reunión que duplicaba las fuerzas



— ¿Tu ración de vianda?

— Sí, comandante.

— ¿Tu ración de vino?

— Sí, comandante.

— ¿Estás mal alojado?

— No.

— ¿Te se debe algo atrasado?

— No.

— Entonces, habla: dí lo que deseas, lo que quieres, lo que significan esos murmullos.

— Significan que nos batimos contra nuestro rey, y que esto es duro á un soldado francés.

— ¿Según eso, te pesa no servir á S. M.?

— ¡Oh! sí.

— ¿Y quieres reunirte con tu rey?

— Sí, contestó el soldado, que engañado por la calma de Richón, creía que la cosa terminaría por excluirle de las filas.

— Está bien, dijo Richón asiendo al hombre por su cintura; pero como las puertas están cerradas, será preciso que tomes el único camino que te queda.

— ¿Cuál? preguntó el soldado aturdido.

— Este, contestó Richón levantándole con su brazo de Hércules y lanzándole por encima del parapeto.

El soldado dió un grito, y fué á caer al foso, que por su suerte estaba lleno de agua.

Un silencio imponente acogió esta acción de vigor. Richón creyó haber apaciguado la sedición; y como el jugador que arriesga el todo, se volvió hacia sus tropas.

— Ahora, dijo, si hay más partidarios del rey aquí, que hablen, y se les hará salir por el camino que ya saben.

Un centenar de hombres exclamaron:

— ¡Sí, sí! ¡Nosotros somos partidarios del rey, y queremos salir!.....

— ¡Ah, ah! dijo Richón, conociendo que no era una opinión parcial, sino una resolución general la que se efectuaba. ¡Ah! Esto es otra cosa; yo creí no tener que habérmelas más que con un revoltoso, y veo que me rodean quinientos cobardes.

Richón hacía mal en acusar á la generalidad. Un centenar de hombres habían hablado solamente, los demás guardaban silencio; pero el resto, comprendido en la acusación de cobardía, murmuró á la vez.

— Veamos, dijo Richón, no hablemos todos á la vez. Que un oficial, si hay alguno que consienta en faltar á su juramento, hable por todos: juro que el que sea, podrá hacerlo impunemente.

Ferguzón dió entonces un paso al frente de las filas, y saludando á su comandante con una política extremada, dijo:

— Comandante, habéis oído el voto de la guarnición. Vos combatis contra S. M. nuestro rey: ahora bien, la mayor parte de nosotros no habíamos sido prevenidos de que se nos alistaba para hacer la guerra á semejante enemigo. Uno de los bravos que están presentes, violentado de este modo en sus opiniones, hubiera podido en medio del asalto equivocarse la dirección de su mosquete y depositaros una bala en la cabeza; pero somos verdaderos soldados, y no cobardes, como habéis tenido la flaqueza de llamarnos. Esta es la opinión de mis compañeros y la mía, que os exponemos respetuosamente. Entregadnos al rey, ó nos pasaremos nosotros mismos.

Este discurso fué recibido con un hurra universal, que probaba que la opinión depuesta por el teniente era, si no la de toda la guarnición, al menos la de la mayoría.



Richón conoció que estaba perdido.

— Yo no puedo defenderme solo, dijo éste, y no quiero entregarme. Ya que mis soldados me abandonan, que trate cualquiera por ellos, como pueda y como le escuchan; pero ese cualquiera no será yo. Con tal que salven la vida los pocos bravos que me han permanecido fieles, si son algunos, estoy contento. Veamos, ¿quién será el negociador?

— Yo, mi comandante, dado caso que lo tengáis á bien y que mis compañeros me honren con su confianza.

— ¡Sí, sí, el teniente Ferguzón, el teniente Ferguzón! gritaron quinientas voces, entre las cuales se distinguían las de Barrabás y Carrotel.

— Seréis vos, caballero, dijo Richón. Sois libre para entrar y salir de Vayres como os agrade.

— ¿Y no tenéis instrucciones particulares que darme, mi comandante? dijo Ferguzón.

— La libertad para mi gente.

— ¿Y para vos?

— Nada.

Semejante abnegación habría atraído á hombres extraviados; pero no sólo estaban extraviados, sino que estaban vendidos.

— ¡Sí, sí, la libertad para nosotros! gritaron

— Tranquilizaos, comandante, no me olvidaré de vos en la capitulación.

Richón se sonrió tristemente; se encogió de hombros, entró en su habitación y cerró la puerta.

Ferguzón pasó en seguida al campo realista. Sin embargo, el mariscal no quiso hacer nada sin la autorización de la reina; pero ésta había dejado la casita de Nanón, por no presenciar, como ella misma había dicho,

la deshonra del ejército, y se había retirado á la casa capitular de Liburnio.

Entregó á Ferguzón á la guardia de dos soldados, montó á caballo y fué á Liburnio. Encontró al señor de Mazarino, á quien creyó anunciar una gran noticia; pero á las primeras palabras del señor de La Meilleraye, el ministro le interrumpió con su habitual sonrisa.

— Sabemos todo eso, señor mariscal, le dijo. Eso se arregló ayer noche. Tratad con el teniente Ferguzón, pero no os obliguéis sino sobre la palabra con respecto á Richón.

— ¿Cómo sobre la palabra? dijo el mariscal. Pero una vez dada mi palabra, valdrá tanto como un escrito, me parece.

Mazarino se sonrió, haciendo seña al señor de La Meilleraye que podía volverse al campo.

El mariscal volvió refunfuando, dió á Ferguzón una salvaguardia escrita para él y su gente, y empenó su palabra con respecto á Richón.

Ferguzón entró en el fuerte, que abandonó con sus compañeros una hora antes del día, después de haber participado á Richón la promesa verbal del mariscal. Dos horas después, á tiempo que Richón veía desde sus ventanas el refuerzo que le traía Ravailly, entraron en su habitación y le prendieron en nombre de la reina.

En el primer momento una viva satisfacción se dibujó en el rostro del bravo comandante. Estando libre, la princesa podía sospechar de su lealtad; pero siendo prisionero, su cautividad respondía por él.

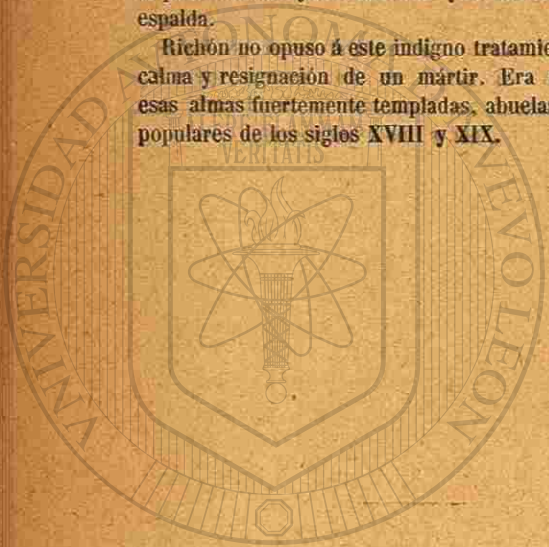
Con esta esperanza, en vez de salir con los demás había preferido quedarse.

Sin embargo, no se contentaron con recogerle la espada, como desde luego esperaba, sino que apenas



estuvo desarmado, cuatro hombres que le aguardaban á la puerta se arrojaron sobre él y le ataron las manos á la espalda.

Richón no opuso á este indigno tratamiento más que la calma y resignación de un mártir. Era aquella una de esas almas fuertemente templadas, abuelas de los héroes populares de los siglos XVIII y XIX.



## XXXVIII

## El consejo de guerra

Richón fué conducido á Liburnio y presentado ante la reina, que le miró de alto á bajo con arrogancia, ante el rey, que le quiso anonadar con una mirada feroz, y ante el señor de Mazarino, que le dijo :

— Habéis hecho un lindo juego, señor Richón.

— Y he perdido, ¿no es así, monseñor? Ahora falta saber lo que jugamos.

— Me temo no hayáis jugado vuestra cabeza, repuso Mazarino.

— Que se avise al señor de Eperón que el rey quiere verle, dijo Ana de Austria. En cuanto á ese hombre, que espere aquí su juicio.

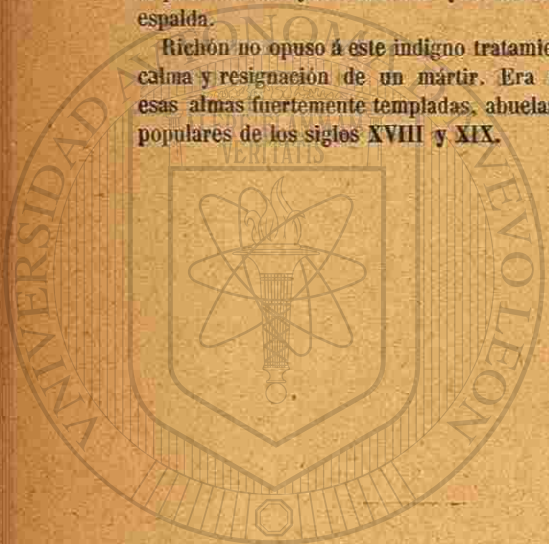
Y retirándose con un altivo desdén, salió de la sala, dando la mano al rey, seguida de Mazarino y sus cortesanos.

El duque de Eperón había llegado, en efecto, hacia una hora; pero como buen viejo enamorado, su primera visita había sido para Nanón. En el centro de la Guiena había sabido la heroica defensa que Canolles había hecho en la isla de San Jorge; y como hombre lleno de confianza en su señora, cumplimentaba á Nanón por la conducta de su querido hermano, cuya fisonomía no obstante,



estuvo desarmado, cuatro hombres que le aguardaban á la puerta se arrojaron sobre él y le ataron las manos á la espalda.

Richón no opuso á este indigno tratamiento más que la calma y resignación de un mártir. Era aquella una de esas almas fuertemente templadas, abuelas de los héroes populares de los siglos XVIII y XIX.



## XXXVIII

## El consejo de guerra

Richón fué conducido á Liburnio y presentado ante la reina, que le miró de alto á bajo con arrogancia, ante el rey, que le quiso anonadar con una mirada feroz, y ante el señor de Mazarino, que le dijo :

— Habéis hecho un lindo juego, señor Richón.

— Y he perdido, ¿no es así, monseñor? Ahora falta saber lo que jugamos.

— Me temo no hayáis jugado vuestra cabeza, repuso Mazarino.

— Que se avise al señor de Epernón que el rey quiere verle, dijo Ana de Austria. En cuanto á ese hombre, que espere aquí su juicio.

Y retirándose con un altivo desdén, salió de la sala, dando la mano al rey, seguida de Mazarino y sus cortesanos.

El duque de Epernón había llegado, en efecto, hacia una hora; pero como buen viejo enamorado, su primera visita había sido para Nanón. En el centro de la Guiena había sabido la heroica defensa que Canolles había hecho en la isla de San Jorge; y como hombre lleno de confianza en su señora, cumplimentaba á Nanón por la conducta de su querido hermano, cuya fisonomía no obstante,



decía con sencillez, no anunciaba tanta nobleza ni tanto valor.

Nanón tenía otra cosa que hacer en vez de reirse interiormente de la prolongación del *quid pro quo*. Tratábase en este momento, no sólo de su propia felicidad, sino también de la libertad de su amante. Nanón amaba tan apasionadamente á Canolles, que no quería creer la idea de una perfidia de parte suya, aunque esta idea se hubiese presentado con mucha frecuencia á su imaginación. En el interés que él había puesto para alejarla, no había visto ella más que una tierna solicitud: le creía prisionero por fuerza, le lloraba y aspiraba solo al momento en que, merced al señor de Eperón, pudiese libertarle.

Así, por medio de diez cartas escritas al querido duque, había apresurado su vuelta con todo su poder.

En fin había llegado, y Nanón le presentó su súplica con respecto á su pretendido hermano, que deseaba sacar lo más antes posible de manos de sus enemigos, ó más bien de las de la vizcondesa de Cambes, porque ella creía que en realidad Canolles no corría otro peligro que el de enamorarse más y más de Clara.

Empero este peligro era para Nanón un peligro capital. Así es que demandaba con las manos juntas al señor de Eperón la libertad de su hermano.

— Nunca más á tiempo, contestó el duque. Ahora mismo acabo de saber que el gobernador de Vayres se ha dejado prender; por consiguiente se le canjeará por ese pobre Canolles.

— ¡Oh! exclamó Nanón. Ved ahí una merced del cielo, querido duque.

— ¿Queréis mucho á ese hermano, Nanón?

— ¡Oh! Más que á mi vida.

— ¡Qué cosa tan extraña! No haberme hablado jamás

de él hasta aquel día famoso que tuve la imprudencia de....

— Conque, señor duque... interrumpió Nanón.

— No hay más: envío el gobernador de Vayres á la princesa y ella nos remite á Canolles; cosa es que todos los días se hace en la guerra, es un canje puro y sencillo.

— Sí. ¿Pero la princesa no estimará en más al señor de Canolles que á un simple oficial?

— Y bien, en ese caso, en lugar de un oficial se le mandan dos ó tres: ya se arreglará de modo que quedéis contenta. ¡Entendéis, hermosa mía! Y cuando vuestro bravo comandante de la isla de San Jorge entre en Liburnio, entonces le recibiremos en triunfo.

Nanón estaba muy distante de pensar en regocijos. Entrar de nuevo en la posesión de Canolles, era el sueño ardiente de todas sus horas. En cuanto á lo que diría el duque de Eperón cuando viese lo que Canolles era, le inquietaba poco. Una vez puesto en libertad el barón, le diría que era su amante, lo repetiría en alta voz y delante de todo el mundo.

Á esta altura estaban las cosas, cuando entró el mensajero de la reina.

— ¿Veís? dijo el duque. Esto viene muy á tiempo, querida Nanón; voy á casa de S. M. y llevaré el cartel de canje.

— ¿De suerte que mi hermano estará aquí?....

— Tal vez mañana, dijo el duque.

— Id, pues, dijo Nanón, y no perdáis un instante. ¡Oh! Mañana, mañana, añadió levantando los brazos al cielo con una expresión admirable de súplica. Mañana, ¡Dios lo quiera!



— ¡ Oh, qué corazón ! murmuró el duque de Epernón al salir.

Cuando el señor de Epernón entró en la sala de la reina, Ana de Austria, inflamada de cólera, se mordía sus gruesos labios, que eran la admiración de su corte, justamente porque eran el punto defectuoso de su semblante. Así, pues, el duque de Epernón, hombre galante y habituado á la sonrisa de los demás, fué recibido como Burdelés sublevado.

El señor de Epernón miró á la reina con admiración : ella no había contestado á su saludo, y con las cejas fruncidas le miraba con toda la allieyz de su majestad real.

— ¡ Ah, ah ! ¿ Sois vos, señor duque ? le dijo al cabo, después de un momento de silencio. Venid acá, quiero complimentaros por la manera que tenéis de elegir los empleos de vuestro mando.

— ¿ Qué he hecho, pues, señora ? preguntó el duque sorprendido. ¿ Qué ha ocurrido ?

— Ha ocurrido, que habéis nombrado gobernador de Vayres á un hombre que se ha atrevido á disparar el cañón contra el rey. Nada más.

— ¡ Yo, señora ! dijo el duque. Pero ciertamente, V. M. se halla en algún error. Yo no he nombrado al gobernador de Vayres... á lo menos que yo sepa.

El duque se contenta, porque su conciencia le reprochaba de no expedir él solo los nombramientos.

— ¡ Ah ! ¿ eso es nuevo ! contestó la reina. ¿ El señor Richón, no ha sido nombrado por vos, *tal vez* ?

Y marcó estas últimas palabras con una profunda malicia.

El señor de Epernón, conociendo el talento de Nanón para distribuir empleos á los hombres, tardó poco en tranquilizarse.

— No recuerdo haber nombrado á Richón, dijo ; pero si yo le he nombrado, el señor Richón debe ser un buen servidor del rey.

— ¡ Á ver ! dijo la reina. El señor Richón, según vos, es un buen servidor del rey. ¡ Fuego ! Qué servidor, que en menos de tres días nos ha muerto quinientos hombres !

— Señora, repuso el duque con inquietud, si es así, debo confesar que he hecho mal. Pero antes de condenármeme, permitidme obtener la prueba de que soy yo quien le ha nombrado. Y esa prueba voy á buscarla.

La reina hizo un movimiento para contener al duque, pero se contuvo y le dijo :

— Id. Y cuando me hayáis traído vuestra prueba, os daré yo la mía.

El duque de Epernón salió corriendo y no se detuvo hasta llegar á casa de Nanón.

— Y bien, le dijo ella, ¿ me traéis el cartel de canje, mi querido duque ?

— ¡ Ah ! ¿ Sí, de eso se trata ! contestó el duque. La reina está furiosa.

— ¿ Y de qué procede el furor de S. M. ?

— De que ó vos ó yo hemos nombrado á Richón gobernador de Vayres, y de que ese gobernador, que se ha defendido como un león, á lo que parece, acaba de matarnos quinientos hombres.

— ¡ Richón ! dijo Nanón. Yo no conozco ese nombre.

— Ni yo tampoco, así me lleve el diablo.

— En ese caso, decid resueltamente á la reina que se equivoca.

— Mirad no seáis vos la equivocada.

— Esperad, no quiero tener nada que echarme en cara ; voy á decirlo.

Y Nanón pasó á su despacho, consultó su registro de



negocios en la letra R, que estaba virgen de todo nombramiento dado á Richón.

— Podéis volver, dijo saliendo, y decir resueltamente á la reina que está en un error.

El duque de Eperón se puso en un salto desde la casa de Nanón á la casa capitular.

— Señora, dijo entrando erguido en la habitación de la reina, soy inocente del crimen que se me imputa. El nombramiento de Richón procede de los ministros de V. M.

— ¿Según eso, mis ministros se firman de Eperón? repuso con acritud la reina.

— ¿Cómo es eso?

— Sin duda, puesto que esta es la firma que hay al pie del nombramiento de Richón.

— Señora, es imposible, contestó el duque con el tono vacilante del hombre que empieza á dudar de sí mismo.

La reina se encogió de hombros.

— ¡Imposible! dijo. Pues bien, leed.

Y le presentó un despacho que estaba en la mesa, y sobre el cual tenía puesta la mano.

El duque cogió el despacho, le recorrió con avidez, examinó cada pliegue del papel, cada palabra, cada letra, y quedó consternado. Un recuerdo terrible cruzó por su imaginación.

— ¿Puedo ver á ese señor Richón? preguntó.

— Nada hay más fácil, contestó la reina. He hecho que esté en la sala inmediata para daros esta satisfacción.

Luego, volviéndose hacia los guardias que esperaban sus ordenes á la puerta, añadió:

— Que traigan ese miserable.

Los guardias salieron, y un instante después fué conducido Richón con las manos atadas y la cabeza cubierta.

El señor de Eperón se encaminó hacia él, y fijó en el prisionero una mirada, que soportó éste con su dignidad habitual. Como tenía el sombrero puesto, uno de los guardias se lo tiró al suelo de un revés.

Este insulto no provocó el menor movimiento de parte de Richón.

— Ponedle una capa y una careta, dijo el duque, y traedme una bujía encendida.

Obedeciéronse desde luego á los dos primeros preceptos. La reina miraba con asombro estos preparativos singulares. El señor de Eperón daba vueltas en torno de Richón enmascarado, mirándole con la mayor atención y tratando de recorrer todos sus recuerdos con apariencias de duda.

— Traedme la bujía que he pedido, dijo. Esta prueba fijará todas mi dudas.

Trajeron la bujía. El señor de Eperón acercó el despacho á la luz, y al calor de la llama apareció sobre el papel una cruz doble, trazada encima de la firma con una tinta simpática.

Á su vista la frente del duque pareció despejarse, y exclamó:

— Señora, este despacho está firmado por mí, es cierto; pero no ha sido expedido ni para Richón ni para ningún otro. Me fué extraído por ese hombre casi con violencia; pero antes de librar esta carta blanca, había hecho en el papel una especie de contraseña, que V. M. puede ver, y que sirve de prueba terminante contra el culpable. Mirad.

La reina cogió ávidamente el papel y miró la contraseña que el duque le indicaba con la punta del dedo.

— No comprendo una sola palabra de la acusación que acabáis de hacer contra mí, dijo sencillamente Richón,



— ¡Cómo! exclamó el duque. ¿No erais vos el enmascarado á quien yo entregué este papel sobre el Dordoña?

— Jamás he hablado á vuesañoría hasta hoy. Jamás he estado enmascarado sobre el Dordoña, contestó friamente Richón.

— Si no sois vos, fué un hombre enviado en vuestro lugar.

— De nada me serviría ocultar la verdad, repuso Richón, siempre con la misma calma. Ese despacho, señor duque, lo he recibido por orden de la señora princesa de Condé, de las mismas manos del señor duque de Laroche-foucault: le había llenado con mi nombre y apellido el señor Lenet, cuya letra tal voz conocáis. De qué modo ese despacho cayó en manos de la princesa; cómo el señor de Laroche-foucault era poseedor de él: en qué lugar mi nombre y apellido fueron escritos por el señor Lenet en ese papel, son cosas que ignoro absolutamente, cosas que poco importan, y que á mí no me conciernen.

— ¡Ah! ¿Lo creéis así? dijo el señor de Epernón con un tono burlón.

Y aproximándose á la reina, la refirió en voz baja una larga historia, que la reina escuchó con extremada atención. Esta era la delación de Cauviñac y la aventura del Dordoña; pero como la reina era mujer, comprendió perfectamente el movimiento de celos del duque. Cuando hubo concluido éste, dijo ella:

— Eso es una infamia unida á una alta traición, y nada más. El que no ha vacilado en hacer fuego sobre su rey, bien podía vender el secreto de una mujer.

— ¿Qué diablos están ahí diciendo? murmuró Richón arrugando la frente; porque sin oír lo bastante para comprender la conversación, oía lo suficiente para adivinar

que su honor estaba comprometido. Además, los ojos chispeantes del señor de Epernón y de la reina no le prometían nada bueno; y por muy valiente que fuese el gobernador de Vayres, esta doble amenaza no dejaba de inquietarle, aunque fuese imposible adivinar sobre su semblante, armado de una calma despreciativa, lo que pasaba en su corazón.

— Es necesario que se le juzgue, dijo la reina. Reunamos un consejo de guerra, vos le presidiréis, señor duque de Epernón. Elegid vuestros asesores y despachemos pronto.

— Señora, dijo Richón, no hay consejo que reunir ni juicio que formar. Yo soy prisionero bajo la palabra del señor mariscal de La Meilleraye: soy prisionero voluntario, y la prueba es que he podido salir de Vayres con más soldados; que podía haber huido antes ó después de su salida, y no lo he hecho.

— No entiendo nada de negocios, contestó la reina levantándose para pasar á una sala inmediata. Si tenéis buenas razones, las podéis hacer valer delante de vuestros jueces. ¿No estaréis bien aquí para presidir, señor duque?

— Sí, señora, contestó éste.

Y eligiendo al instante doce oficiales en la antesala, constituyó el tribunal.

Richón empezaba á comprender. Los jueces improvisados tomaron sus asientos; después de lo cual el relator le preguntó su nombre, apellido y calidad.

Richón contestó á estas tres preguntas.

— Se os acusa de alta traición por haber disparado contra las tropas del rey, dijo el relator. ¿Confesáis haberos rendido culpable de este crimen?



— No debo negar lo que es cierto. Sí, señor, yo he disparado contra las tropas reales.

— ¿En virtud de qué derecho?

— En virtud del derecho de la guerra, en virtud del mismo derecho que en igual circunstancia han invocado el señor de Conti, el señor de Beaufort, el señor de Elbeuf y otros muchos.

— Este derecho no existe, caballero, porque ese derecho no es otra cosa que la rebelión.

— Sin embargo, en virtud de ese derecho ha celebrado mi teniente una capitulación, capitulación que invoco.

— ¿Capitulación! exclamó el duque con ironía, porque sospechaba que la reina estaba escuchando, y su sombra le dictaba como ultrajante esta palabra. ¡Capitulación! ¡ Vos tratar con un mariscal de Francia!

— ¿Por qué no, contestó Richón, puesto que ese mariscal de Francia trataba conmigo?

— Entonces manifestad esa capitulación, y juzgaremos de su valor.

— Es una convención verbal.

— Producid vuestros testigos.

— No tengo más que uno solo.

— ¿Cuál?

— El mariscal mismo.

— Que se llame al mariscal, repuso el duque.

— Es inútil, dijo la reina abriendo la puerta, pues estaba escuchando por la cerradura. Hace dos horas que el mariscal partió: marcha él sobre Burdeos con nuestra vanguardia.

Y volvió a cerrar la puerta.

Esta aparición heló los corazones de todos, porque imponía á los jueces la obligación de condenar á Richón.

El prisionero sonrió amargamente.

— ¡ Ah! dijo. Ese es el honor que el señor de La Meilleraye concede á su palabra! Tentais razón, señor, dijo volviéndose hacia el duque de Epernon; he hecho muy mal en tratar con un mariscal de Francia.

Desde este momento Richón se encerró en el silencio y el desdén, y á cuantas preguntas se le hicieron cesó completamente de responder.

Esto simplificaba demasiado el procedimiento; así, pues, el resto de las formalidades duró apenas una hora. Se escribió poco y se habló menos aún. El relator concluyó con la muerte; y á una seña del duque de Epernon los jueces votaron por unanimidad la muerte.

Richón escuchó esta sentencia como si hubiera sido un simple espectador; y siempre impasible y mudo, fué entregado por la cesión al preboste del ejército.

El señor de Epernon pasó á ver á la reina, á quien encontró de muy buen humor, y por lo tanto le convidó á comer. El duque, que se creía en desgracia, aceptó y pasó á casa de Nanón para participarle la felicidad de permanecer aun en la buena gracia de su soberana.

La encontró sentada en un sillón, junto á una reja que daba sobre la plaza pública de Liburnio.

— Y bien, le dijo, ¿ habéis descubierto algo?

— Lo he descubierto todo, contestó el duque.

— ¡ Bah! repuso Nanón con inquietud.

— ¡ Ah! ¡ Dios mio, sí! ¡ Recordáis aquella delación que tuve la necesidad de creer, aquella delación sobre vuestros amores con vuestro hermano?

— ¿ Y bien?

— ¿ Os acordáis de la carta blanca que se me exigió?

— Sí. ¿ Qué mas?

— El delator está en nuestro poder, querida, cogido



en las líneas de su firma en blanco como un zorro en un lazo.

— ¡De veras! dijo Nanón asustada, porque sabía que este delator era Cauviñac: y aunque no profesase á su hermano una verdadera ternura, no habría querido que le ocurriese una desgracia. Además, este hermano podía, para salir de apuros, decir una multitud de cosas que Nanón quería que permaneciesen secretas.

— El mismo, querida continuó de Epernón. ¿Qué os parece la aventura? El tunante, por medio de esa carta blanca, se había nombrado, por su autoridad privada, gobernador de Vayres; pero Vayres ha sido tomado y el culpable está entre nuestras manos.

Todos estos pormenores cabían de tal modo en las industriosas combinaciones de Cauviñac, que Nanón sintió redoblarse su pavor.

— Y ese hombre, dijo con voz turbada, ese hombre, ¿qué habéis hecho de él?

— ¡Ah! Por vida mía, repuso el duque, vos misma vais á ver lo que hemos hecho, si: por vida mía, añadió levantándose, esto se presenta á las mil maravillas. Descorred la cortina, ó mejor, abrid la ventana de par en par: ¡votová! es un enemigo del rey y puede vérselo ahorcar.

— ¡Ahorcar! exclamó Nanón. ¿Qué decís, señor duque? ¡Colgar al hombre de la carta blanca!

— Sí, hermosa mía. ¿No veis allá abajo en el mercado, una cuerda que balancea atada á aquella viga; no veis la muchedumbre que corre? — Mirad, mirad; ¿percibís los fusileros que conducen al hombre allí, abajo, á la izquierda? — ¡Eh! Observad, el rey sale á la ventana.

El corazón de Nanón se dilataba en su pecho, y parecía subirsele hasta la garganta. Sin embargo, á una rápida

ojeada había visto que el hombre que conducían no era Cauviñac.

— Vamos, vamos, dijo el duque, el señor Richón va á ser colgado tan largo como es. Esto le enseñará á calumniar las mujeres.

— ¡Pero, exclamó Nanón agarrando la mano del duque y reuniendo todas sus fuerzas; pero si no es culpable ese desgraciado, si tal vez es un valiente, si es un hombre honrado, vais á asesinar á un inocente!

— No, no, os equivocáis grandemente, querida; es falsario y calumniador. Además, aunque no fuese más que gobernador de Vayres, sería reo de alta traición; y me parece que con ser culpable de este crimen ya será bastante.

— ¿Pero no tenía la palabra del señor de La Meilleraye?

— Así lo ha dicho, pero yo no lo creo.

— ¿Cómo el mariscal no ha ilustrado al tribunal sobre un punto tan importante?

— Había partido hacia dos horas cuando compareció el reo ante sus jueces.

— ¡Oh! ¡Dios mío, Dios mío! Señor, alguna cosa me dice que ese hombre es inocente, dijo Nanón, y que su muerte nos traerá desgracias á todos. ¡Ah! ¡Señor, en nombre del cielo, vos que sois poderoso, vos que decís que no sabéis rehusarme nada, concededme el perdón de ese hombre!

— ¡Imposible, querida! La reina misma le ha condenado, y donde ella está no tengo yo ningún poder.

Nanón dió un suspiro, semejante á un gemido.

En este momento había llegado Richón bajo la galería del mercado, tranquilo y silencioso como siempre, hasta la viga de que pendía la escala y la cuerda, que se habían



colocado de antemano. Richón subió con paso firme aquella escala, dominando su noble cabeza toda aquella multitud, sobre la que extendió su mirada armada de un frío desdén. Entonces el preboste le pasó el lazo por el cuello, y el pregonero dijo en alta voz que el rey hacía justicia en el señor Esteban Richón, falsario, traidor y villano.

— Hemos llegado á un tiempo, oíjo Richón, en que más vale ser villano que mariscal de Francia.

Apénas había pronunciado estas palabras, cuando el escalón faltó bajo sus pies y su cuerpo palpitante se balanceaba pendiente de la viga fatal.

Un movimiento universal de terror dispersó la multitud, sin que se dejase oír un solo grito de ¡viva el rey! aunque todos pudieron ver á las dos majestades en su ventana. Nanón se cubrió el rostro con las manos y fué á refugiarse al ángulo más retirado de la sala.

— Y bien, dijo el duque, penséis lo que queráis, querida Nanón, yo creo que esta ejecución será un buen ejemplo; y cuando sepan en Burdeos que á sus gobernadores se les cuelga, tengo curiosidad de saber lo que harán.

Á la idea de lo que podían hacer, Nanón abrió la boca par hablar, pero no pudo más que lanzar un grito terrible, alzando al cielo las manos, como para suplicarle no permitiera que fuese vengada la muerte de Richón. Después, como si todos los resortes de su vida se hubieran roto en ella, cayó desplomada sobre el pavimento.

— ¿Pero qué es eso, qué hay? exclamó el señor de Epernon. ¿Qué tenéis, Nanón, qué os pasa? — ¿Es posible que os pongáis en ese estado por haber visto colgar á un vilano? Vamos, querida Nanón, levantaos, volved en vos; pero, Dios me perdone, está desmayada; y esos Age-

neses, que dicen que es insensible. ¡Hola! ¡uno! ¡vina-gre! ¡socorro! ¡agua fría!

Y viendo el duque que ninguno acudía á sus gritos, salió corriendo para ir á buscar él mismo lo que inútilmente pedía á sus criados, los cuales no podían oírle sin duda, por hallarse aún ocupados en el espectáculo que acababa de regalarles gratis la generosidad real.



á ninguna partida para la hora de cenar. Haced más, llegada la noche, alejad vuestros amigos, si os acompañan algunos. Entonces, cuando estéis aislado, veréis entrar cierto mensajero, aun no sé quién, el cual os llamará por vuestro nombre, como si se os necesitase para un negocio cualquiera. Sea el que sea, seguidle con toda confianza, porque irá de mi parte, y su misión será la de conducirnos á la capilla, donde os esperaré.

» Yo quisiera que fuese en la iglesia del Carmen, que tiene para mí tan dulces recuerdos; pero no me atrevo á esperarlo aún. Sin embargo, así será si se consiente en cerrar la iglesia por nosotros.

Mientras llega la hora, haced con mi carta lo que con mi mano hacéis cuando me olvido de retirároslo. Hoy os digo hasta mañana; mañana os diré; para siempre!

El barón se encontraba en uno de esos ratos de misantropía cuando recibió esta carta. En toda la víspera y la mañana de aquel día no había visto á la vizcondesa de Cambes aunque en este espacio de veinticuatro horas hubiese pasado diez veces por delante de sus ventanas. Entonces se operaba la reacción habitual en el alma del enamorado joven. Acusaba á la señora de Cambes de coquetería; dudaba de su amor, y á su pesar se entregaba de nuevo á los recuerdos de Nanón, tan buena, tan rendida, tan ardiente; casi se creaba una gloria en este amor, que á la vizcondesa le parecía encontrar vergonzoso, y suspiraba su pobre corazón, preso entre un amor satisfecho que no podía extinguirse, y un amor deseoso que no podía satisfacerse. La epístola de la señora de Cambes vino á decidirlo todo á su favor.

Canolles leyó y relejó la carta: como la vizcondesa había previsto, la besó veinte veces, cual lo hubiera hecho con su mano. Reflexionando en ello, no podía el

## XXXIX

## El arresto

Mientras se ejecutaba en Liburnio el terrible drama que acabamos de referir, la vizcondesa de Cambes, sentada junto á una mesa de roble de pies torcidos, teniendo delante de sí á Pompeyo, que hacia una especie de inventario de su fortuna, escribía al barón de Canolles la siguiente carta:

« Aun tenemos que esperar, amigo mío. En el momento de ir á pronunciar vuestro nombre á la princesa y á demandarla su complacencia en nuestra unión llegó la noticia de la toma de Vayres, que heló las palabras en mis labios; pero conozco lo que deberéis sufrir, y no tengo fuerzas para soportar á la vez vuestro dolor y el mío. Las prosperidades ó los reveses de esta guerra fatal pueden llevarnos muy lejos, si no nos decidimos á sobrepasar las circunstancias... Mañana, amigo mío, mañana á las siete de la noche seré vuestra esposa.

» He aquí el plan de conducta que os ruego adoptéis, siendo muy urgente que os conforméis con él en todo y por todo.

» Pasaréis la tarde en casa de la señora de Lalasne, que desde vuestra presentación á ella por mí, os tiene en grande aprecio, como también su hermana. Se jugará. Jugad como los otros; sin embargo, no os comprometáis



Barón desconocer que su amor hacia Clara era y había sido el negocio más serio de su vida. Con las demás mujeres, este sentimiento había tomado siempre un carácter distinto, y había tenido sobre todo muy diferente desenlace. Canolles había desempeñado su papel de hombre afortunado, se había conducido como vencedor, reservándose casi el derecho de ser inconstante. Con la vizcondesa de Cambes, por el contrario, él era quien se sentía sometido á un poder superior, contra el cual ni aun trataba de resistirse; porque conocía que esta esclavitud presente le era más grata de su pasado poder. Y en aquellos momentos de desaliento en que concebía dudas sobre la realidad del cariño de la vizcondesa, en esas horas en que el corazón dolorido se replega en sí mismo y trueca sus dolores con el pensamiento, se confesaba, sin sonrojarse de esta debilidad, que un año antes habría considerado indigna de un alma grande; pero perder en la situación presente á la vizcondesa de Cambes, sería para él una insoportable calamidad.

Pero amarla, ser amado por ella, poseer su corazón, su alma, su persona, poseerla con toda la independencia de su porvenir, puesto que Clara no exigía de él ni aun el sacrificio de sus opiniones al partido de la princesa, y sólo pedía su amor; llegar á ser el oficial más rico y feliz del ejército real; porque al cabo, ¿por qué olvidar la riqueza? La riqueza nunca estorba. Permanecer al servicio de S. M., si S. M. recompensaba dignamente su fidelidad; dejarle, si según la costumbre de los reyes, se le pagaba con ingratitud, ¿no era en verdad una dicha mayor, más soberbia, si puede decirse, que cuanto en sus más dorados sueños hubiese osado anhelar jamás?

Pero, ¿y Nanón?

¡Ah! ¡Nanón, Nanón! este era el remordimiento sordo

y punzante que existe siempre en el fondo de las almas nobles. Tan sólo en los pechos vulgares no tienen eco los dolores que ellos causan. Nanón, ¡pobre Nanón! ¿Qué haría, qué diría, qué iba á ser de ella cuando supiese la terrible noticia de que su amante era esposo de otra?... ¡Ay! Ella no se vengaría, aunque tuviese en su mano todos los medios de vengarse, y este era el pensamiento que más atormentaba á Canolles. ¡Ah! Si á lo menos Nanón tratase de vengarse, si se vengara de un modo cualquiera, el infiel no vería en ella más que una enemiga y se vería desembarazado á la menos de sus remordimientos.

Sin embargo, Nanón no le había contestado á la carta en que la decía no le escribiese más. ¿Cómo era que ella hubiese tan escrupulosamente seguido sus instrucciones? Seguramente, si Nanón hubiese querido, habría encontrado medios de hacerle entregar diez cartas. No había, pues, Nanón tratado de contestarle. ¡Ah! ¡Si no le amaría ya!

Y la frente del barón se oscureció bajo la idea de que era posible que Nanón no le amase ya. Cosa cruel es encontrar el egoísmo del orgullo hasta en el corazón más noble.

Felizmente, Canolles tenía un medio de olvidarlo todo: este medio consistía en leer y releer la carta de la vizcondesa de Cambes. Leyóla muchas veces, y el medio obró sus efectos. Nuestro enamorado consiguió desvanecer de este modo cuanto no era su propia felicidad; y por obedecer con anticipación á su señora, que le ordenaba ir á casa de la señora de Lalasne, se hermoseó, cosa que no era difícil á su juventud, á su gracia y á su gusto, y se encaminó á casa de la presidenta en el momento de sonar las dos.

El barón iba tan preocupado por su felicidad, que al



pasar por la calle no vió á su amigo Ravailly, que desde un batel que avanzaba á fuerza de remos, le hacía mil señajos. Los enamorados, en sus momentos de felicidad, andan con paso tan ligero, que parecen no tocar la tierra. Canolles estaba ya muy lejos cuando arribó Ravailly.

Apenas estuvo en tierra este último, dió con voz concisa algunas órdenes á los hombres de la barca, y se lanzó rápidamente hacia el alojamiento de la princesa.

Hallábase á la mesa la princesa cuando sintió cierto rumor en la antesala: preguntó la causa de aquel ruido, y se le contestó que era el barón de Ravailly que enviado cerca del señor de La Meilleraye, acababa de llegar en aquel instante.

— Señora, dijo Lenet, me parece que convendría que V. A. le recibiese sin tardanza. Traiga las noticias que quiera, no pueden menos de ser importantes.

La princesa hizo una seña y Ravailly entró; pero estaba tan pálido y desencajado su semblante, que sólo al verle conoció la señora de Condé que tenía delante de sí un mensajero que traía una mala noticia.

— ¿Qué hay, capitán? preguntó. ¿Qué ha ocurrido de nuevo?

— Dispensad, señora, que me presente así ante V. A.; pero la noticia que traigo me parece que no puede sufrir retraso.

— Hablad. ¿Habéis visto al mariscal?

— El mariscal se ha negado á recibirme, señora.

— ¡El mariscal se ha negado á recibir á mi enviado! exclamó la princesa.

— ¡Oh! Señora, no es eso todo.

— ¿Qué más hay? ¡Hablad, hablad! os escucho.

— El pobre Richón....

— Y bien, ya lo sé, está prisionero... puesto que os envié para tratar de su rescate.

— Á pesar de mi diligencia, señora, he llegado demasiado tarde.

— ¡Cómo, demasiado tarde! dijo Lenet. ¿Le habrá ocurrido alguna desgracia?

— ¡Ha muerto!

— ¡Muerto! repitió la princesa.

— Se le ha formado su proceso como á un traidor, y ha sido condenado y ejecutado.

— ¡Condenado, ejecutado! ¡Ah! ¿Lo oís, señora? dijo Lenet consternado. ¡Bien os lo decía!

— ¿Y quién le ha condenado, quién ha tenido esa audacia?

— Un tribunal presidido por el duque de Epernon, ó méjor dicho, por la reina misma. Así, pues, no se han contentado con la muerte, se ha querido que su muerte fuese infamante.

— ¡Cómo, Richón!

— ¡Ahorcado, señora, ahorcado como un miserable, como un ladrón, como un asesino! Yo he visto su cuerpo en la galería del mercado de Liburnio.

La princesa se levantó de su asiento como si la hubiera movido un resorte invisible. Lenet dió un grito de dolor. La vizcondesa de Cambes, que se había levantado, volvió á caer en su silla llevándose la mano al corazón, como se hace cuando se recibe una profunda herida. Estaba sin sentido.

— Llevaos á la vizcondesa de Cambes, dijo el duque de Larochehoucault. En este momento no tenemos tiempo para cuidar de los parasismos de las damas.

Dos mujeres se llevaron á la vizcondesa.



— Esto es una violenta declaración de guerra, dijo el duque impasible.

— ¡ Eso es infame ! repuso la princesa.

— Es feroz, dijo Lenet.

— Es impolitico, profirió el duque.

— ¡ Oh ! Mas espero que nos vengaremos, exclamó la princesa. ¡ Nos vengaremos cruelmente !

— Yo tengo mi plan, exclamó la señora de Tourville, que aun no había dicho nada. ¡ Represalias, señora, represalias !

— Un momento, señora, dijo Lenet. ¡ Qué diablos ! ¡ Á dónde vais á parar ! La cosa es por demás grave para que merezca meditarse.

— No, señor, todo lo contrario, en seguida, contestó la de Tourville. Cuanto más se ha apresurado el rey á herir, tanta mayor prontitud debemos tener nosotros en contestarle, descargando rápidamente el mismo golpe.

— ¡ Eh, señora ! exclamó Lenet. Habláis de verter sangre, como si fueseis reina de Francia. Para dar vuestro parecer, esperad al menos que S. A. os le pida.

— La señora dice bien, dijo el capitán de guardias. Represalias, esa es la ley de la guerra.

— ¡ Á ver ! dijo el duque de Laroche-foucault, siempre impasible y sereno ; no perdamos el tiempo de esta manera. La noticia vá á extenderse por la ciudad, y dentro de una hora no seremos dueños, ni de los acontecimientos, ni de las pasiones, ni de los hombres. El primer cuidado de V. A. debe ser el de adoptar una actitud bastante firme para que se la juzgue inexorable.

— Y bien, dijo la princesa, yo os cedo esa cuidado, señor duque, y os remito el interés de vengar mi honor y vuestras afecciones ; porque antes de entrar á mi servicio, Richón había estado al vuestro, y le recibí de vos, y me

le entregasteis más bien como un amigo que como un criado vuestro.

— Vivid tranquila, señora, contestó el duque haciendo una cortesía. No olvidaré lo que debo á vos, á mí y á esa pobre victima.

Luego se acercó al capitán de guardias y le habló largo rato ; mientras que la princesa salía acompañada de la de Tourville y seguida de Lenet, que se golpeaba el pecho con muestras de dolor.

La señora de Cambes estaba en la puerta. Al recobrar sus sentidos, su primera idea había sido volver al lado de la princesa ; encontróla al paso, pero con un semblante tan severo, que no se atrevió á interrogarla personalmente.

— ¡ Dios mío, Dios mío ! ¿ Qué van á hacer ? exclamó tímidamente la señora de Cambes juntando sus manos suplicantes.

— Á vengarse, contestó majestuosamente la de Tourville.

— ¡ Vengarse ! ¿ Y cómo ? preguntó la vizcondesa.

La señora de Tourville pasó sin dignarse responder : meditaba ya su requisitoria.

— ¡ Vengarse ! repitió Clara. ¡ Oh ! Señor Lenet, ¿ qué quieren decir con eso ?

— Señora, contestó Lenet, si tenéis algún imperio sobre la princesa, usad de él, para que bajo el nombre de represalias no se cometa algún horrible asesinato.

Y pasó á su vez, dejando espantada á Clara.

En efecto, por una de esas intuiciones singulares que hacen creer en los presentimientos, el recuerdo del barón de Canolles se había presentado súbitamente de un modo doloroso á la imaginación de la joven. Oía en su corazón como una voz triste que le hablaba de este amigo ausente ; y subiendo á su casa con una precipitación



furiosa, empezó á vestirse para ir á la cita, cuando echó de ver que la cita no debía verificarse hasta dentro de tres ó cuatro horas.

Entretanto, el barón se había presentado en casa de la señora de Lalasne, como le había recomendado la señora de Cambes. Este era el día del cumpleaños del presidente, y se daba una especie de fiesta. Como se estaba en uno de los más hermosos días del año, toda la sociedad se hallaba en el jardín, donde se había instalado un juego de sortija sobre una vasta pradera. Canolles, con su exquisita destreza y perfecta gracia, provocó en el mismo instante muchas deferencias, y merced á su habilidad, fijó constantemente á su lado la victoria.

Las señoras se reían de la poca destreza de los rivales del barón y admiraban la habilidad de éste. Á cada nuevo lance que hacia, se reproducían prolongados bravos, los pañuelos flotaban al aire, y no era mucho si los ramilletes no se escapaban de las manos yendo á caer á sus pies.

Este triunfo no era bastante para apartar de su espíritu el gran pensamiento que le preocupaba, pero servía para darle paciencia. Por mucho que se desee llegar al término, se llevan con paciencia los retrasos de la marcha, cuando estos retrasos son otras tantas ovaciones.

Sin embargo, á proporción que se acercaba la hora deseada, los ojos del joven se volvían con más frecuencia hacia la puerta por donde entraban ó salían los convidados, y por la que naturalmente debía aparecer el enviado prometido.

Súbitamente, y mientras el barón se felicitaba de no tener que esperar, según toda probabilidad, sino un corto espacio de tiempo, un rumor singular se esparció entre aquella alegre concurrencia. Canolles observó que se formaban grupos acá y allá, que hablaban bajo y le miraban

con un extraño interés, que parecía tener algo de doloroso. Al principio atribuyó este interés hacia su persona, á su destreza, y se felicitó de este sentimiento, cuya verdadera causa estaba muy distante de sospechar.

Sin embargo, como hemos dicho, empezó á observar que había algo de doloroso en aquella atención de que era objeto. Acercóse sonriendo á uno de los grupos: las personas que le componían hicieron por sonreír, pero su continente estaba visiblemente embarazado. Los que no hablaban con el barón se alejaron.

Canolles se volvió, y vió que cada cual iba desapareciendo poco á poco. Se habría dicho que una noticia fatal, que helara de terror á todo el mundo, se había difundido súbitamente en la asamblea. Por detrás de él pasaba y volvía á pasar el presidente Lalasne, que con una mano bajo la barba y la otra sobre el pecho, se paseaba con aire lúgubre. La presidenta, con su hermana del brazo, aprovechándose de un momento en que nadie podía verla, dió un paso hacia el barón, y sin dirigir á nadie la palabra, dijo con un tono que llenó de turbación el alma del joven:

— Si yo tuviera la desgracia de ser prisionero de guerra, aunque fuese bajo palabra, por temor de que no se me cumpliese esta palabra, montaría en un buen caballo, ganaría el río, daría diez luises, veinte, ciento, si fuese necesario, á un batelero, y me escaparía...

Canolles miró á las dos mujeres con admiración, y las dos hicieron á la vez un signo de terror, que no le fué posible comprender. Se levantó tratando de saber de las dos mujeres la explicación de las palabras que acababan de pronunciar; pero escaparon como fantasmas, la una poniendo el dedo en los labios para indicarle que callase, y la otra alzando el brazo para hacerle seña de huir.



En este momento, el nombre de Canolles resonó en la cancela.

El joven se estremeció de pies á cabeza. Este nombre debía ser pronunciado por el mensajero de la vizcondesa de Cambes. El barón se precipitó hacia la puerta.

— ¿Está aquí el señor barón de Canolles? preguntó una voz fuerte.

— Sí, exclamó el barón, olvidándolo todo para no acordarse más que de la promesa de Clara. Sí, yo soy.

— ¿Sois vos seguramente el señor barón de Canolles? dijo en aquel momento una especie de sargento pasando el umbral de la cancela, detrás de la cual había estado hasta entonces.

— Sí, señor.

— ¿El gobernador de la isla de San Jorge?

— Sí.

— ¿El ex-capitán del regimiento de Navalles?

— Sí.

El sargento se volvió, hizo una seña, y cuatro soldados que estaban ocultos detrás de una carroza avanzaron en seguida. Aproximaron la carroza hasta el punto de tocar su estribo al umbral de la cancela. El sargento invitó á Canolles á subir. El joven miró á su alrededor, estaba enteramente solo; únicamente vió á lo lejos entre los árboles, semejantes á dos sombras, á la señora de Lalasne y su hermana, que apoyadas la una en la otra, parecían mirarle con compasión.

— ¡Pardiez! decía él para sí, no comprendiendo nada de cuanto pasaba. La vizcondesa de Cambes ha hido á escoger una escolta singular. Pero, añadió sonriendo á su propio pensamiento, no seamos delicados en la elección de los medios.

— Os esperamos, comandante, dijo el sargento.

— Perdonad, señores, estoy pronto.

Y subió á la carroza.

El sargento y dos soldados subieron con él: los otros dos se colocaron el uno delante y el otro detrás del coche, y la pesada máquina partió con la prontitud con que podían arrastrarla dos vigorosos caballos.

Todo esto era extraño y empezaba á dar en qué pensar al barón. Así es, que volviéndose hacia el sargento, le dijo:

— Ya que estamos solos, ¿podréis decirme amigo á dónde me conducís?

— Por lo pronto, á la prisión, señor comandante, contestó aquel á quien había sido dirigida la pregunta.

— El barón miró á este hombre con estupor.

— ¿Cómo, á la prisión! dijo. ¿no venís de parte de una mujer?

— Sí tal.

— ¿Y esta mujer, no es la señora vizcondesa de Cambes?

— No, señor. Esa mujer es la señora princesa de Condé.

— ¡La señora princesa de Condé! exclamó Canolles.

— ¡Pobre joven! murmuró una mujer que pasaba.

Al mismo tiempo hizo la señal de la cruz.

El barón sintió correr por sus venas un frío agudo.

Más allá, un hombre que corría con una pica en la mano, se detuvo al ver la carroza y los soldados. Canolles se inclinó hacia afuera, y sin duda el hombre le conoció, pues le enseñó el puño con un ademán amenazador.

— ¿Qué es esto! ¿Se han vuelto locos en vuestra ciudad? dijo el barón tratando de sonreír aún. ¿Me he con-



vertido desde hace una hora en un objeto de compasión ú odio, para que unos me compadézcan y me amenacen otros?

— ¡ Eh, señor ! contestó el sargento, los que os compadecen no hacen mal, y los que os amenazan pueden tener razón.

— En fin, si á lo menos comprendiese algo., dijo el barón.

— Pronto comprenderéis, caballero, contestó el sargento.

Llegaron á la puerta de la prisión, y se le hizo bajar al barón en medio de la turba que empezaba á reunirse. Solamente que en vez de conducírle á su sala acostumbrada, se le hizo descender á un calabozo lleno de guardias.

— ¡ Veamos ! Es necesario que sepa yo á que atenerme, dijo para sí el barón.

Y sacando de su bolsillo dos luises, se acercó á un soldado y se los puso en la mano.

El soldado vaciló en recibirlos.

— Toma, amigo mío, le dijo Canolles. La pregunta que voy á hacerte no te compromete en nada.

— Entonces hablad, mi comandante, contestó el soldado metiéndose primeramente los dos luises en el bolsillo.

— Pues bien, quisiera saber la causa de mi repentino arresto.

— Parece, le respondió el soldado, que ignoráis la muerte de ese pobre Richón.

— ¡ Richón ha muerto ! exclamó Canolles con un grito de profundo dolor. ¡ Le habrán matado, Dios mío !

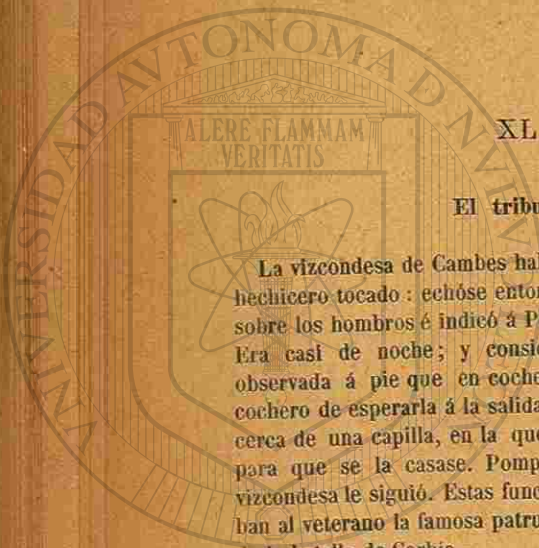
— No, mi comandante, ha sido ahorcado.

— ¡ Ahorcado ! repitió Canolles palideciendo y juntando las manos.

Después, viendo el siniestro aparato que le rodeaba y el gesto feroz de sus guardias, añadió :

— ¡ Pardiez, ahorcado ! ¡ Esto podrá retardar indefinidamente mi casamiento !





## El tribunal

La vizcondesa de Cambes había concluido su sencillo y hechicero tocado: echóse entonces una especie de capa sobre los hombros é indicó á Pompeyo que le precediese. Era casi de noche; y considerando que sería menos observada á pie que en coche, había dado orden á su cochero de esperarla á la salida de la iglesia del Carmen, cerca de una capilla, en la que había obtenido permiso para que se la casase. Pompeyo bajó la escalera y la vizcondesa le siguió. Estas funciones de batidor recordaban al veterano la famosa patrulla que hiciera la vispera de la batalla de Corbia.

En lo hondo de la escalera y al cruzar la señora de Cambes á lo largo del salón, donde se sentía un gran tumulto, se encontró con la señora de Tourville, que iba discutiendo con el duque de Larochehoucault, y que le llevaba con precipitación hacia el gabinete de la princesa.

— ¡Oh! ¡ Por merced, señora, una palabra! dijo. ¿ Qué se ha resuelto?

— Mi plan queda adoptado, exclamó triunfante la de Tourville.

— ¿ Y cuál es vuestro plan, señora? Yo le ignoro.

— Las represalias, querida, las represalias.

— Perdonad, señora, pero tengo la desgracia de no estar tan familiarizada como vos con los términos de guerra. ¿ Qué entendéis por la palabra represalias?

— Nada más sencillo, niña mía.

— Pero, en fin, explicaos.

— Ellos han ahorcado un oficial del ejército de los príncipes, ¿ no es eso?

— Si. ¿ Y bien?

— ¡ Y bien! Busquemos en Burdeos un oficial del ejército real y ahorquémosle.

— ¡ Gran Dios! exclamó la vizcondesa asustada. ¿ Qué estáis ahí diciendo, señora?

— Señor duque, continuó la viuda, sin parecer notar el terror de la vizcondesa de Cambes, ¿ no han preso ya el gobernador que mandaba en San Jorge?

— Si, señora, contestó el duque.

— ¡ El señor de Canolles está preso! exclamó la vizcondesa.

— Si, señora, dijo con frialdad el duque. El señor de Canolles está ó va á ser preso: delante de mí se ha dado la orden, y yo he visto partir los hombres encargados de la ejecución.

— ¿ Pero se sabía dónde estaba? preguntó la de Cambes con una última esperanza.

— Estaba en la casita de nuestro patrón el señor de Lalasne, donde, según me han dicho, tenía gran suerte en el juego de la sortija.

Clara lanzó un grito: la señora de Tourville se volvió admirada: el duque miró á la joven con una imperceptible sonrisa.

— ¡ El señor de Canolles preso! repuso la señora de Cambes. Pero ¿ qué ha hecho, Dios mío? ¿ Qué hay de



común entre él y el horrible acontecimiento que nos desola?

— ¿Que hay de común? Todo, querida. ¿No es un gobernador como Richón?

La vizcondesa quiso hablar, pero su corazón se oprimió de tal modo, que la palabra quedó helada en sus labios. Sin embargo, cogiendo el brazo del duque y mirándole con terror, llegó á murmurar estas palabras:

— ¡Oh! Pero eso será una apariencia, ¿no es así, señor duque? Una manifestación, y nada más. — Me parece que no puede hacerse nada á un prisionero bajo palabra.

— ¡Richón también era prisionero bajo palabra, señora!.....

— Señor duque, yo os suplico.....

— Dejaos de súplicas, señora; son inútiles. Yo nada puedo en este asunto: el consejo decidirá.

La vizcondesa de Cambes dejó el brazo del señor de Larochehoucault y se fué derecha al gabinete de la princesa. Lenet, pálido y agitado, se paseaba á largos pasos: la princesa platicaba con el duque de Bouillon.

La vizcondesa se deslizó hasta la princesa, ligera y pálida como una sombra.

— ¡Oh, señora! dijo ésta. ¡En nombre del cielo, os suplico que me oigáis un momento!

— ¡Ah, eres tú, chiquita! No tengo lugar en este instante, contestó la princesa; pero después del consejo soy toda tuya.

— ¡Señora, señora! Justamente necesito hablaros antes del consejo.

La princesa iba á ceder, cuando una puerta situada enfrente de ella, y por la que la señora de Cambes había

entrado, se abrió, y apareció en ella el duque de Larochehoucault.

— Señora, dijo éste, el consejo está reunido y espera con impaciencia á V. A.

— Ya ves, chiquita, dijo la princesa, que me es imposible oírte en este momento; pero ven con nosotros al consejo, y cuando se termine saldremos juntas y hablaremos.

No había medio de insistir. Ofuscada, confundida por la espantosa rapidez con que los hechos se sucedían, la pobre Clara empezaba á sentir un vértigo. Ella interrogaba á todos los ojos, interpretaba todos los gestos, sin ver nada, sin que su razón le hiciese comprender lo que se trataba, sin que su energía pudiese salvarla de aquel delirio espantoso.

La princesa se dirigió hacia el salón. La vizcondesa la siguió maquinalmente, sin notar que Lenet había cogido entre las suyas su mano helada, que ella le abandonaba como un cadáver.

Entraron en la sala del consejo: eran las ocho de la noche próximamente.

Era esta una extensa habitación sombría por sí misma, y asombrada más aún por vastas tapicerías. Una especie de estrado había sido erigido entre las dos puertas que había enfrente de las dos ventanas, por donde penetraban casi oscurecidos los últimos rayos del día. Sobre este estrado había dispuestos dos siales, uno para la princesa, otro para el señor duque de Enghien. De cada lado de estos siales partía una línea de taburetes, destinados á las mujeres que formaban el consejo privado de S. A. Todos los demás jueces debían sentarse sobre hancos dispuestos al efecto. Apoyado al sial de la princesa estaba



el duque de Bouillon y al del pequeño príncipe el duque de Larocheffoucault.

Lenet se había colocado enfrente del escribano; junto á él está la vizcondesa de pies, asombrada y temblando. Se introdujeron seis oficiales del ejército, seis oficiales de la municipalidad y seis jurados de la ciudad.

Todos ocuparon sus puestos en los bancos.

Dos candelabros con tres bujías cada uno iluminaban solamente esta asamblea improvisada. Estos candelabros se hallaban colocados sobre una mesa situada delante de la princesa, bañando de luz el grupo principal, mientras que el resto de los asistentes iba confundiendo sucesivamente en la sombra, á medida que se alejaban de aquel débil centro de luz.

Guardaban las puertas soldados del ejército de la princesa con alabarda en mano.

Se oía bullir por fuera á la turba. El escribano pasó lista, y cada uno se levantó á su turno y respondió.

Después, el relator expuso el negocio. Refirió la toma de Vayres, la palabra del mariscal de La Meilleraye violada y la muerte infamante de Richón.

En este momento, un oficial apostado de intento, y que de antemano había recibido su consigna, abrió una ventana, y se sintió entrar como una bocanada de voces. Estas voces gritaban: « ¡ Venganza para el bravo Richón! ¡ Muerte á los mazarinos! »

De este modo se designaban á los realistas.

— Ya oís lo que la gran voz del pueblo pide, dijo el duque de Larocheffoucault. Ahora bien, dentro de dos horas, ó el pueblo habrá despreciado nuestro poder y se hará justicia á sí mismo, ó las represalias dejarán de ser oportunas. Juzguemos, pues, señores, sin más dilación. La princesa se levantó.

— ¿ Y para qué juzgar? dijo. ¿ De qué sirve ese juicio? Acabáis de oír la deliberación, y el pueblo de Burdeos la ha pronunciado.

— En efecto, dijo la señora de Tourville, nada más sencillo que la situación. Esta es la pena del talión y no otra. Estas cosas deberían hacerse por inspiración, por decirlo así, y sin más ni más que de preboste á preboste.

Lenet no pudo escuchar por más tiempo, y desde el puesto en que estaba se lanzó en medio del círculo.

— ¡ Oh, basta! Tened la bondad de no proferir una palabra más, señora, exclamó, porque semejante dictamen sería muy fatal si prevaleciese. ¿ Olvidáis que la misma autoridad real, castigando á su manera, es decir, de un modo infame, ha conservado á lo menos el respeto á las formas jurídicas, y que ha hecho confirmar el castigo, justo ó injusto, por una decisión de los jueces? ¿ Creéis tener el derecho de hacer lo que no ha osado hacer el rey?

— ¡ Oh! dijo la de Tourville. Basta que yo proponga mi parecer, para que el señor Lenet se oponga. Por desgracia, esta vez mi opinión está acorde con la de S. A.

— Sí, por desgracia, repuso Lenet.

— ¡ Caballero!... exclamó la princesa.

— ¡ Eh! Señora, dijo Lenet, reservaos las apariencias al menos. ¿ No seréis siempre libre para condenar?

— El señor Lenet tiene razón, dijo el duque de Larocheffoucault arreglando su compostura. La muerte de un hombre es cosa demasiado grave, mayormente en semejantes circunstancias, para que dejemos pesar la responsabilidad sobre una sola cabeza, aunque esta cabeza fuese la de un príncipe.

Luego, inclinándose al oído de la princesa, á fin de que solo el grupo de los adictos pudiese oírle, dijo:



— Señora, oíd el parecer de todos, y no designéis para pronunciar el juicio más que aquellos de quienes estéis segura. De este modo no tendremos que temer que se nos escape nuestra venganza.

— Un momento, interrumpió el señor de Bouillon, apoyándose en su bastón y levantando la pierna gotosa. Habéis hablado de alejar la responsabilidad de la cabeza de la princesa; yo no la recuso, pero quiero que los demás la dividan conmigo. Yo no quiero otra cosa que permanecer rebelde, pero en compañía, con la señora princesa de un lado y el pueblo de otro. ¡Diablos! No quiero que se me aisle. Yo he perdido mi señorío de Sedán por una broma de este género. Entonces tenía una ciudad y una cabeza. El cardenal de Richelieu me quitó la ciudad; en el día no tengo más que una cabeza, y no quiero que el cardenal Mazarino me la quite. Demandó, pues, por asesores á los señores diputados de Burdeos.

— ¡Tales firmas al lado de las nuestras! murmuró la princesa. ¡Vergüenza!

— La cuña sostiene al madero, señora, contestó el duque de Bouillon, á quien la conspiración del cinco de Marzo había hecho prudente para todo el resto de su vida.

— ¿Sois de ese parecer, señores?

— Sí, dijo el duque de Larochehoucault.

— ¿Y vos, Lenet?

— Señora, contestó Lenet, afortunadamente no soy ni príncipe, ni duque, ni oficial, ni jurado. Tengo, pues, el derecho de abstenerme, y me abstengo.

Entonces la princesa se levantó, invitando á la asamblea que había reunido á responder. Apenas había terminado su discurso, la ventana se abrió de nuevo y se oyeron por

segunda vez penetrar en la sala del tribunal las mil voces del pueblo, que prorrumplía á un solo grito:

— ¡Viva la princesa! ¡Venganza á Richón! ¡Muerte á los epernonistas y á los mazarinos!

La vizcondesa de Cambes se asió al brazo de Lenet.

— La señora vizcondesa de Cambes, dijo éste, pide á V. A. el permiso de retirarse.

— No, no, dijo Clara; yo quiero,....

— Vuestro puesto no es éste, señora, le dijo Lenet. Vos no podéis hacer nada por él; yo os instruiré de todo y veremos el medio de salvarle.

— La vizcondesa puede retirarse, dijo la princesa. Las damas que no quieran asistir á esta sesión, quedan en libertad de seguirla. Aquí no queremos más que hombres.

Ninguna de las señoras se movió. Uno de los anhelos constantes de la mitad del género humano destinada á seducir, es el de ambicionar el ejercicio de los derechos de la parte destinada á mandar. Estas damas, como la princesa había dicho, encontraban una ocasión de hacerse hombres por un momento, y era esta una circunstancia muy feliz para que no la aprovecharan.

La vizcondesa de Cambes salió sostenida por Lenet. En la escalera encontró á Pompeyo, á quien había enviado á informarse.

— ¿Y bien? le preguntó.

— ¡Y bien! contestó él, está preso.

— Señor Lenet, dijo la vizcondesa, ¿yo no tengo confianza más que en vos, ni esperanza más que en Dios! Y entró enteramente trastornada en su cámara.

— ¿Qué preguntas haré al que vá á comparecer? preguntaba la princesa en el momento en que Lenet reco-



braba su puesto cerca del escribano. ¿Y sobre quién recaerá la suerte?

— Nada más sencillo, señora, contestó el duque. Tenemos, tal vez, trescientos prisioneros, entre los cuales hay diez ó doce oficiales; interroguémosles solamente acerca de sus nombres y sus empleos en el ejército real: el primero que sea reconocido por gobernador de plaza, como era el pobre Richón, ¡claro es! éste será el designado por la suerte.

— Es inútil perder el tiempo en interrogar á diez ó doce oficiales diferentes, señores, dijo la princesa. Vos, señor escribano, tenéis el registro, buscad y nombrad los prisioneros de una graduación igual á la que gozaba el señor Richón.

— No hay más que dos, señora, contestó el escribano. El gobernador de la isla de San Jorge y el gobernador de Branne.

— Tenemos dos, es verdad, exclamó la princesa, ya veis que la suerte nos protege. ¿Están presos, Labussiére?

— Ciertamente, señora, contestó el capitán de guardias: los dos esperan en la fortaleza la orden de comparecer.

— Que comparezcan, dijo la princesa.

— ¿Cuál se ha de traer? preguntó Labussiére.

— Traed los dos, dijo la princesa, aunque empezaremos por el primero en fecha; por el señor gobernador de San Jorge.

## XLI

## La sentencia

Un silencio aterrador siguió á esta orden, que iba á lanzar á los príncipes en una vía más terrible y dañina que la que habían seguido hasta entonces, y que sólo fué turbado por el ruido de los pasos del capitán de guardias, que se alejaba, y por el murmullo que sin cesar reproducía la multitud. Esto era con un solo acto poner á la princesa y sus consejeros, el ejército y la ciudad, en cierto modo fuera de la ley: era hacer á toda una población responsable de los intereses, y aun más, de las pasiones de algunos pocos.

Nadie alentaba en la sala: todas las miradas estaban fijas en la puerta por donde debía entrar el prisionero. La princesa, para hacer más á lo vivo su papel de presidente, hojeaba los registros: el señor de Larocheffoucault había tomado una actitud pensativa: el de Bouillon hablaba con la de Tourville de su gota, que le hacía sufrir mucho.

Lenet se aproximó á la princesa para tentar un último esfuerzo, no porque esperase nada, sino porque era uno de esos hombres austeros que cumplen un deber, por ser para ellos una obligación el cumplirle.

— Pensadlo bien, señora, la dijo. Exponéis á un tiro de dados el porvenir de vuestra casa.



braba su puesto cerca del escribano. ¿Y sobre quién recaerá la suerte?

— Nada más sencillo, señora, contestó el duque. Tenemos, tal vez, trescientos prisioneros, entre los cuales hay diez ó doce oficiales; interroguémosles solamente acerca de sus nombres y sus empleos en el ejército real: el primero que sea reconocido por gobernador de plaza, como era el pobre Richón, ¡claro es! éste será el designado por la suerte.

— Es inútil perder el tiempo en interrogar á diez ó doce oficiales diferentes, señores, dijo la princesa. Vos, señor escribano, tenéis el registro, buscad y nombrad los prisioneros de una graduación igual á la que gozaba el señor Richón.

— No hay más que dos, señora, contestó el escribano. El gobernador de la isla de San Jorge y el gobernador de Branne.

— Tenemos dos, es verdad, exclamó la princesa, ya veis que la suerte nos protege. ¿Están presos, Labussière?

— Ciertamente, señora, contestó el capitán de guardias: los dos esperan en la fortaleza la orden de comparecer.

— Que comparezcan, dijo la princesa.

— ¿Cuál se ha de traer? preguntó Labussière.

— Traed los dos, dijo la princesa, aunque empezaremos por el primero en fecha; por el señor gobernador de San Jorge.

## XLI

## La sentencia

Un silencio aterrador siguió á esta orden, que iba á lanzar á los príncipes en una vía más terrible y dañina que la que habían seguido hasta entonces, y que sólo fué turbado por el ruido de los pasos del capitán de guardias, que se alejaba, y por el murmullo que sin cesar reproducía la multitud. Esto era con un solo acto poner á la princesa y sus consejeros, el ejército y la ciudad, en cierto modo fuera de la ley: era hacer á toda una población responsable de los intereses, y aun más, de las pasiones de algunos pocos.

Nadie alentaba en la sala: todas las miradas estaban fijas en la puerta por donde debía entrar el prisionero. La princesa, para hacer más á lo vivo su papel de presidente, hojeaba los registros: el señor de Larocheffoucault había tomado una actitud pensativa: el de Bouillon hablaba con la de Tourville de su gota, que le hacía sufrir mucho.

Lenet se aproximó á la princesa para tentar un último esfuerzo, no porque esperase nada, sino porque era uno de esos hombres austeros que cumplen un deber, por ser para ellos una obligación el cumplirle.

— Pensadlo bien, señora, la dijo. Exponéis á un tiro de dados el porvenir de vuestra casa.



— Eso carece de valor, contestó secamente la princesa. Estoy segura de ganar.

— Señor duque, dijo Lenet volviéndose hacia Larochevoucault, vos que sois tan superior á las inteligencias vulgares y á las pasiones humanas, aconsejaréis la tolerancia, ¿no es cierto?

— Caballero, contestó con hipocresía el duque, en este momento discuto el asunto con mi razón.

— Discutidle con vuestra conciencia, señor duque, repuso Lenet, y será mejor.

En este momento se dejó oír un ruido sordo. Era la cancela que se cerraba. Este ruido resonó en todos los corazones, porque anunciaba la llegada de uno de los prisioneros. No tardaron en oírse pasos en la escalera, las alabardas sonaron en las baldosas, la puerta se abrió de nuevo, y el barón de Canolles apareció.

Jamás habia parecido tan elegante; jamás habia estado tan hermoso. Su semblante, lleno de serenidad, habia conservado la flor encarnada de la alegría y de la ignorancia. Adelantóse con paso desembarazado y sin afectación, como lo hiciera en casa del asesor Lavia ó en casa del presidente Lalasne, y saludó respetuosamente á la princesa y á los duques.

La princesa misma se admiró á vista de esta completa serenidad, y quedó contemplando un momento al joven.

Por último, interrumpiendo el silencio, dijo la princesa:

— Acercaos, caballero.

El barón obedeció y saludó segunda vez.

— ¿Quién sois?

— Soy el barón Luis de Canolles, señora.

— ¿Qué graduación teniais en el ejército real?

— Era teniente coronel.

— ¿No erais gobernador de la isla de San Jorge?

— Tenia ese honor.

— ¿Habéis dicho la verdad?

— En todo, señora.

— ¿Habéis escrito las preguntas y las respuestas, escribano?

El escribano hizo, inclinándose, una señal afirmativa.

— Entonces firmad, caballero, dijo la princesa.

El barón tomó la pluma, como el hombre que no comprende con qué fin se le dirige un mandato, pero que obedece por deferencia al rango de la persona que le manda, y firmó sonriendo.

— Está bien, caballero, dijo la princesa. Ahora podéis retiraros.

El barón saludó de nuevo á sus nobles jueces, y se retiró con el mismo desembarazo y la misma gracia, sin manifestar ni curiosidad ni admiración.

Apenas habia pasado de la puerta, y esta puerta se hubo cerrado tras él, se levantó la princesa.

— ¿Y bien, señores? dijo.

— ¡Y bien, señora, votemos! dijo el duque de Larochevoucault.

— ¡Votemos! repitió el duque de Bouillon.

Después, volviéndose hacia los jurados, añadió:

— Esos señores, ¿tendrán á bien emitir su parecer?

— Después de vos, monseñor, contestó uno de los ciudadanos.

— ¡No, antes que vos! exclamó una voz retumbante.

Esta voz tenia tal acento de energía, que admiró á todo el concurso.

— ¿Qué significa eso? dijo la princesa, tratando de reconocer el rostro del que acababa de hablar.

— Esto quiere decir, exclamó un hombre levantándose,



para que no se pudiese dudar acerca de quién había hablado, que yo, Andrés Lavia, asesor del rey, consejero cerca del parlamento, reclamo en nombre del rey, y sobre todo en nombre de la humanidad, privilegio y seguridad para los prisioneros retenidos en Burdeos bajo palabra. En consecuencia, protesto....

— ¡Oh, oh, señor asesor! contestó la princesa arrugando el ceño. Nada de estilo de proceder delante de mí, os lo ruego, porque no lo comprendo. Este que seguimos es un negocio de sentimientos, y no un proceso mezquino y caviloso. Yo creo que cada cual de los miembros que componen el tribunal conocerá la conveniencia de esto.

— ¡Si, si! repitieron en coro los jurados y los oficiales; ¡Votemos, señores, votemos!

— Lo he dicho y lo repito, repuso Lavia sin desconcertarse por el apóstrofe de la princesa: pido privilegio y seguridad para los prisioneros retenidos bajo palabra. Este no es estilo de proceder, es estilo del derecho de gentes.

— Y yo añado, dijo Lenet, que antes de herir tan cruelmente á Richón, se le ha oído, y que es muy justo oigamos también nosotros á los acusados.

— Y yo, dijo Espanet, que era el jefe de los paisanos que habían atacado á la isla de San Jorge con Laroche-foucault, yo declaro que si se usa de clemencia, se levantará la ciudad.

Un murmullo exterior pareció responder á esta aseveración y confirmarla.

— Despachemos, dijo la princesa. ¿Á qué condenamos al acusado?

— Á los acusados, señora, porque hay dos, dijeron algunas voces.

— ¿No os basta uno? dijo Lenet sonriendo con desprecio á este sangriento servilismo.

— ¿Y cuál ha de ser? preguntaron las mismas voces.

— ¡El más gordo, lobos! exclamó Lavia. ¡Ah! ¡Os quejáis de una injusticia, gritáis sacrilegio, y queréis corresponder á un asesinato con dos alevosías! Bella reunión de filósofos y de soldados, que se convierten en carniceros.

Los ojos centellantes de la mayoría de los jueces, parecían prontos á pulverizar al animoso asesor del rey. La princesa se había levantado, y apoyada sobre los dos puños, parecía interrogar con la vista á los asistentes para asegurarse de si habían sido efectivamente pronunciadas las palabras que acababa de oír, y de si existía en el mundo un hombre bastante audaz para decir semejantes cosas en su presencia.

Lavia, comprendiendo que su asistencia lo emponzoñaría todo, y que su manera de defender los acusados, en vez de salvarles les perdería, determinó, pues, retirarse, pero retirarse como juez que protesta, y no como soldado que huye.

— En nombre de Dios, dijo, protesto contra lo que queréis hacer; en nombre del rey, os lo prohibo.

Y echando á rodar la silla con un gesto de cólera majestuosa, salió de la sala con la frente erguida y el paso firme, como un hombre fuerte en el cumplimiento de su deber y poco cuidadoso de las desgracias que podía acarrearle un deber satisfecho.

— ¡Insolente! dijo la princesa.

— ¡Bueno, bueno, dejadle hacer! dijeron algunas voces. Ya le llegará su turno.

— ¡Votemos! contestó la casi totalidad de los jueces.

— Pero, ¿á qué votar sin haber oído á los dos acusa-



dos? dijo Lenet. Tal vez el uno os parecerá más culpable que el otro. Acaso resumáis sobre una sola cabeza la venganza que queréis hacer recaer sobre dos.

En este momento se oyó sonar por segunda vez la cancela.

— ¡Y bien, sea! contestó la princesa. Votaremos á la vez sobre los dos.

El tribunal, que se había ya levantado tumultuosamente, volvió á sentarse. Oyóse de nuevo el ruido de los pasos, el resonar de las alabardas, y se abrió la puerta, apareciendo á su vez Cauviñac.

El recién llegado formaba un chocante contraste con Canolles. Sus vestidos, mal reparados aun de los ultrajes del populacho, habían conservado las huellas del desorden, á pesar del mucho cuidado que había puesto en borrarlas. Sus ojos se fijaron vivamente sobre los jurados, los oficiales, los duques y la princesa, abrazando todo el tribunal con una circular mirada. Luego, con el aire de un zorro astuto, se adelantó: estaba pálido y visiblemente alterado, pero con el oído atento y sondeando, por decirlo así, el terreno á cada paso que daba.

— ¿V. A. me dispensa el honor de llamarme á su presencia? dijo sin esperar á que se le preguntase.

— Sí, señor, contestó la princesa. He querido que vos mismo fijaseis algunos puntos que os son relativos y que nos tienen en duda.

— En ese caso, dijo Cauviñac inclinándose, aquí me tenéis, señora, dispuesto á responder al favor que V. A. me hace.

Y se inclinó con el aire más gracioso que pudo adoptar, pero era visible que aquel aspecto carecía de confianza y naturalidad.

— No se os molestará mucho, dijo la princesa, sobre

todo si respondéis de una manera tan positiva como os haremos nuestras preguntas.

— V. A. tendrá á bien observar, contestó Cauviñac, que siendo la pregunta siempre preparada de antemano, y no siéndolo nunca la respuesta, es más difícil responder que preguntar.

— ¡Oh! Nuestras preguntas serán tan claras y precisas, dijo la princesa, que no necesitaréis reflexionar. ¿Vuestro nombre?

— Y bien, justamente, señora, ahí tenéis una pregunta embarazosa.

— ¡Cómo!

— Si: frecuentemente sucede tener dos nombres, el que se ha recibido de su familia y el que uno mismo se da. Por ejemplo, yo he creído tener alguna razón para abandonar mi primer nombre, para tomar otro meaos conocido. ¿Cuál de estos dos nombres exigís que diga?

— El nombre bajo el cual os presentasteis en Chantilly y os obligasteis á levantar una compañía: el nombre con que la habéis levantado y con que os habéis vendido al señor de Mazarino.

— Perdonad, señora, contestó Cauviñac, pero me parece que ya he tenido el honor de contestar victoriosamente á todas estas preguntas durante la audiencia que V. A. tuvo á bien acordarme esta mañana.

— Por eso ahora no os hago más que una, repuso la princesa, que empezaba á impacientarse. Os pregunto vuestro nombre.

— ¡Y bien! Ved ahí justamente lo que me embaraza.

— Escribid el barón de Cauviñac, dijo la princesa.

El acusado no hizo ninguna reclamación, y el escribano lo escribió.

— Ahora, ¿vuestra graduación? dijo la princesa.



Espero que no encontréis ninguna dificultad en responder á esta pregunta.

— Al contrario, señora, esta pregunta es precisamente la que me parece más intrincada. Si me habláis de mi grado como hombre docto, soy bachiller en filosofía, licenciado en derecho, doctor en teología, y como vé V. A., respondo sin vacilar.

— No, señor; hablamos de vuestra graduación militar.

— ¡ Ah! Pues bien, sobre ese punto me es imposible contestar á V. A.

— ¡ Cómo tal!

— Porque jamás he sabido bien lo que yo mismo era.

— Tratad de fijaros sobre este punto, caballero, porque deseo saberlo.

— ¡ Pues bien! Yo, de mi autoridad privada, me hice primero teniente; pero como no tenía facultad para firmarme un despacho, y nunca tuve á mis órdenes, mientras llevé este título, arriba de seis hombres, creo seguramente que no tengo derecho de hacerle prevalecer.

— Si, pero yo, repuso la princesa, os he hecho capitán; así, pues, sois capitán.

— ¡ Ah! Ved ahí donde se aumenta mi embarazo y en lo que se alborota mi conciencia. Me he convencido después que todo grado militar debe emanar de la voluntad real para tener valor. Ahora bien, V. A. es incontestable, que tenía deseos de hacerme capitán; pero creo que no tenía derecho para ello. En este caso, no habré sido más capitán que teniente.

— Está bien; pero supongamos que no hayáis sido e niente por vuestro mero hecho, que no hayáis sido tampoco capitán por el mío, atendido que ni vos ni yo tenemos poder para firmar un despacho; á lo menos sois gobernador de Branne. Y como esta vez es el rey quien

ha firmado vuestras provisiones, no contestaréis el valor del acto.

— He ahí, señora, el que es más contestable de los tres.

— ¡ Cómo es eso? dijo la princesa.

— He sido nombrado, es cierto, pero no he entrado en el goce de mis funciones. ¿ Qué es lo que constituye el título? No es la posesión del mismo título, sino el cumplimiento de las funciones que le conciernen. Pero yo no he llenado ninguna de las funciones del título á que había sido elevado; no he puesto el pie en un gobierno; no ha habido de mi parte ni aun el principio de ejecución. Por consiguiente, soy tan gobernador de Branne como era capitán antes de ser gobernador, y como era teniente antes de ser capitán.

— Sin embargo, caballero, se os ha encontrado en el camino de Branne.

— Es cierto; pero á cien pasos del punto en que fui preso parte el camino: uno de los brazos va á Branne y el otro á Issón. ¿ Quién afirmará que no iba á Issón y sí á Branne?

— Está bien, contestó la princesa: el tribunal apreciará vuestra defensa. Escribano, anotad gobernador de Branne.

— No puedo oponerme á que V. A. mande escribir lo que la convenga.

— Ya está, señora, dijo el escribano.

— Bien. Ahora, caballero, dijo la princesa á Cauviñac, firmad vuestro interrogatorio.

— Con mucho gusto lo haría, señora, repuso Cauviñac, y tendría el mayor placer en poder hacer algo que fuese del agrado de V. A.; pero en la lucha que esta mañana he tenido que sostener contra el pueblo de Burdeos, lucha de que V. A. me libró tan generosamente por la



intervención de sus mosqueteros, he tenido la desgracia de sacar lastimada la muñeca derecha, y siempre me ha sido imposible firmar con la mano izquierda.

— Haced constar la negativa del acusado, dijo la princesa al escribano.

— La imposibilidad, caballero, escribid la imposibilidad, repuso Cauviñac. Dios me libre de rehusar nada á una princesa tan grande como V. A., si dependiese de mí.

Y saludando con el más profundo respeto, salió Cauviñac acompañado de sus dos guardias.

— Me parece que teniais razón, señor Lenet, dijo el duque de Larochehoucault, y que hicimos mal en no asegurar á ese hombre.

Lenet estaba demasiado ocupado para contestar. Esta vez su ordinaria perspicacia le habia engañado, esperaba que Cauviñac atrajese sobre sí la cólera del tribunal; pero Cauviñac, con sus continuos subterfugios, habia divertido más que irritado á sus jueces. Solo su interrogatorio habia destruido todo el efecto que produjera el del barón de Canolles, dado caso que hubiese producido alguno; y la nobleza, la lealtad, la franqueza del primer prisionero habian desaparecido, si puede decirse, bajo las astucias del segundo. Cauviñac habia oscurecido á Canolles.

Ast, cuando se llegó á votar, la unanimidad de los votos decidió la muerte.

La princesa mandó hacer el escrutinio, y levantándose después pronunció con solemnidad la sentencia que acababa de recaer.

Cada cual á su vez firmó el registro de deliberaciones. El duque de Enghien primero; pobre niño, que ignoraba lo que firmaba, y cuya primera firma iba á costar la vida de un hombre: en seguida la princesa, luego los duques, después las damas del consejo, los oficiales y los jurados,

y de este modo todos eran cómplices en las represalias. Nobleza y pueblo, ejército y parlamento, á todos era menester castigarlos; y nadie ignora que cuando hay que castigar á todo el mundo á nadie se castiga.

Después que hubieron firmado, la princesa, que tenia asegurada su venganza, y cuyo orgullo se vela satisfecho en esta venganza, fué á abrir ella misma la ventana que ya habia sido abierta dos veces, y cediendo al anhelo del populacho que la devoraba, dijo en alta voz:

— Señores Burdeleses, Richón será vengado dignamente; descansad en nosotros.

Un hurra, semejante al estampido del trueno, acogió esta declaración, y el pueblo se extendió por las calles, gozando anticipadamente en el espectáculo que la palabra de la princesa le prometia.

Mas apenas hubo entrado en su cámara la princesa, con Lenet que la seguia tristemente, esperando aun hacerla cambiar de resolución, cuando se abrió la puerta, y la vizecondesa de Cambes, pálida y desolada, vino á echarse á sus pies.

— ¡Oh, señora! la dijo. ¡En nombre del cielo, escuchadme! ¡Por Dios, no me rechazéis!

— ¿Qué hay, hija mía? dijo la princesa. ¿Por qué lloras de ese modo?

— Lloro, señora, porque he sabido que han votado la muerte, y que vos habéis confirmado ese voto; y sin embargo, señora, vos no podéis hacer matar al señor de Canolles.

— ¿Y por qué no, querida? ¿No han matado ellos á Richón?

— Sí, señora, pero Canolles salvó en Chantilly á V. A.

— ¿Y debo agradecerle el haber sido juguete de nuestras astucias?



— Pues bien, señora, en eso está el error: el señor de Canolles no ha desconocido un solo instante la sustitución. Al primer golpe de vista me conoció.

— ¿A tí, Clara?

— Sí, señora. Nosotros habíamos hecho parte del camino juntos. En fin, el señor de Canolles estaba enamorado de mí; y en esta circunstancia... ¡Y bien, señora!... tal vez hizo mal, pero no os toca á vos reprender su acción... En aquella circunstancia sacrificó su deber á su amor.

— ¿Entonces es el que tú amas?....

— Sí, interrumpió la señora de Cambes.

— ¿El sujeto por quien viniste á pedirme el permiso para casarte?

— Sí.

— ¿Era?....

— Era el señor de Canolles, sí, dijo la vizcondesa. El señor de Canolles, que se rindió á mí en San Jorge, y que sin mí iba á volarse con vuestros soldados. El señor de Canolles, en fin, que podía fugarse, y que me rindió su espada por no separarse de mí. Bien conocéis, señora, que si él muere, también es necesario que yo muera, porque yo le habré quitado la vida.

— Hija mía, dijo la princesa con cierta emoción, considera que me pides una cosa que me es imposible. Richón ha muerto, y es preciso que se le vengue. Hay una deliberación que se debe llevar á cabo: y si mi esposo mismo me pidiera lo que tú me pides, se lo negaría.

— ¡Oh, desdichada, desdichada! exclamó la vizcondesa de Cambes haciéndose á la espalda y estallando en sollozos. Yo he perdido á mi amante.

Entonces Lenet, que aun no habia hablado, se acercó á la princesa y la dijo:

— Señora, ¿no tenéis bastante con una víctima, y necesitáis dos cabezas para vindicar la de Richón?

— ¡Ah, ah! dijo la princesa, el hombre sereno. ¿Es decir que me pedis la vida del uno y la muerte del otro? ¿Es eso justo? Decid.

— Señora, cuando dos hombres deben morir, es justo, en primer lugar, que muera uno solo, suponiendo aun que una boca tenga derecho á apagar la antorcha encendida por la mano de Dios. En segundo lugar, es justo, en el caso de elección, se prefiera al hombre de bien para que se salve, y no al intrigante. Es menester ser judíos para poner en libertad á Barrabás y condenar á Jesús....

— ¡Oh! Señor Lenet, dijo la vizcondesa, hablad por mí, os lo ruego, porque vos sois hombre y se os escuchará tal vez. Y vos, señora, continuó volviéndose hacia la princesa, recordad solamente que he pasado mi vida al servicio de vuestra casa.

— Y yo también, dijo Lenet; y no obstante, por treinta años de fidelidad nada he pedido á V. A.; pero en esta ocasión, si V. A. no se apiada, le pediré en cambio de estos treinta años de fidelidad un solo favor.

— ¿Cuál?

— El de darme mi licencia, señora, á fin de que pueda ir á echarme á los pies del rey, á quien consagraré el resto de mi existencia, que habia sacrificado al honor de vuestra casa.

— ¡Bien! exclamó la princesa, vencida por estas súplicas. No amenacéis, mi antiguo amigo, no llores más, mi dulce Clara; tranquilizaos ambos: no morirá más que uno, pues lo queréis; pero que no se me venga á pedir la gracia del que sea destinado á morir.



La vizecondesa cogió la mano de la princesa y la devoró á besos.

— ¡ Oh ! ¡ Gracias, gracias, señora ! dijo. Desde este momento mi vida y la suya son vuestras.

— Y obrando así, señora, dijo Lenet, seréis á un tiempo justa y misericordiosa, lo que hasta ahora había sido privilegio de Dios solamente.

— ¡ Oh, señora ! exclamó la vizecondesa impaciente, ahora, ¿ puedo verle, puedo libertarle ?

— Semejante demostración en este momento es imposible, dijo la princesa; nos perdería. Dejemos á los prisioneros en su prisión: se les hará salir á un mismo tiempo, al uno para la libertad, al otro para la muerte.

— ¿ Pero no puedo verle, tranquilizarle, consolarle al menos ? dijo la señora de Cambes.

— No creo que tenéis derecho para ello, dijo la princesa. Al tranquilizarle se sabría la determinación, se comentaría el favor; no, imposible: contentaos con saber que está salvado. Yo participaré á los dos duques mi decisión.

— Bueno, me resigno. ¡ Gracias, gracias, señora ! exclamó Clara.

Y se retiró para llorar en libertad y para dar gracias á Dios de lo más profundo de su corazón, que se desbordaba de alegría y de reconocimiento.

## XLII

## El pase

Los dos prisioneros de guerra ocupaban dos salas en la misma fortaleza. Estas dos salas estaban contiguas la una á la otra y situadas al piso de la calle; pero los bajos de las prisiones pueden pasar por terceros pisos. Las prisiones no empiezan, como las casas, á flor de tierra; por lo común tienen dos cuerpos subterráneos.

Cada puerta de la prisión estaba custodiada por un piquete de hombres escogidos entre los guardias de la princesa; pero la muchedumbre, habiendo visto estos preparativos que satisfacían sus deseos de venganza, había ido abandonando poco á poco las avenidas de la prisión, en donde se había apinado al saber que Canolles y Cauviñac acababan de ser conducidos. Entonces, los piquetes que estaban colocados en el corredor interior, más bien por guardar á los prisioneros del furor popular que por temor de que se escapasen, se retiraron, contentándose con dejar un refuerzo de centinelas.

No teniendo el pueblo más que ver en donde estaba, se había dirigido hacia el lugar en que se ejecutaban las justicias, es decir, hacia la Explanada. Las palabras lanzadas desde lo alto de la sala del consejo á la multitud, se habían extendido en el mismo instante por la ciudad: cada uno las había comentado á su manera; pero lo que



La vizecondesa cogió la mano de la princesa y la devoró á besos.

— ¡ Oh ! ¡ Gracias, gracias, señora ! dijo. Desde este momento mi vida y la suya son vuestras.

— Y obrando así, señora, dijo Lenet, seréis á un tiempo justa y misericordiosa, lo que hasta ahora había sido privilegio de Dios solamente.

— ¡ Oh, señora ! exclamó la vizecondesa impaciente, ahora, ¿ puedo verle, puedo libertarle ?

— Semejante demostración en este momento es imposible, dijo la princesa; nos perdería. Dejemos á los prisioneros en su prisión: se les hará salir á un mismo tiempo, al uno para la libertad, al otro para la muerte.

— ¿ Pero no puedo verle, tranquilizarle, consolarle al menos ? dijo la señora de Cambes.

— No creo que tenéis derecho para ello, dijo la princesa. Al tranquilizarle se sabría la determinación, se comentaría el favor; no, imposible: contentaos con saber que está salvado. Yo participaré á los dos duques mi decisión.

— Bueno, me resigno. ¡ Gracias, gracias, señora ! exclamó Clara.

Y se retiró para llorar en libertad y para dar gracias á Dios de lo más profundo de su corazón, que se desbordaba de alegría y de reconocimiento.

## XLII

## El pase

Los dos prisioneros de guerra ocupaban dos salas en la misma fortaleza. Estas dos salas estaban contiguas la una á la otra y situadas al piso de la calle; pero los bajos de las prisiones pueden pasar por terceros pisos. Las prisiones no empiezan, como las casas, á flor de tierra; por lo común tienen dos cuerpos subterráneos.

Cada puerta de la prisión estaba custodiada por un piquete de hombres escogidos entre los guardias de la princesa; pero la muchedumbre, habiendo visto estos preparativos que satisfacían sus deseos de venganza, había ido abandonando poco á poco las avenidas de la prisión, en donde se había apinado al saber que Canolles y Cauviñac acababan de ser conducidos. Entonces, los piquetes que estaban colocados en el corredor interior, más bien por guardar á los prisioneros del furor popular que por temor de que se escapasen, se retiraron, contentándose con dejar un refuerzo de centinelas.

No teniendo el pueblo más que ver en donde estaba, se había dirigido hacia el lugar en que se ejecutaban las justicias, es decir, hacia la Explanada. Las palabras lanzadas desde lo alto de la sala del consejo á la multitud, se habían extendido en el mismo instante por la ciudad: cada uno las había comentado á su manera; pero lo que



comprendían es que habría algún espectáculo terrible aquella misma noche, ó por la mañana del día siguiente á más tardar. Para el populacho era un placer más el no saber á punto fijo qué pensar de este espectáculo, porque le quedaba el atractivo del misterio.

Artesanos, hacendados, mujeres y niños corrían hacia las murallas; pero como la noche estaba oscura y la luna no debía salir hasta cerca de media noche, muchos de ellos iban con una antoreña en la mano. Por otro lado, casi toda las ventanas estaban abiertas, y en muchas de ellas habían puesto sobre el balaustre hachones ó candelas, como se acostumbra en los días de festejos. Sin embargo, por el murmullo de la multitud, por el semblante azorado de los curiosos, por las patrullas que sucesivamente cruzaban á pie y á caballo, se comprendía que no era una fiesta ordinaria la que se anunciaba con tan lúgubres preparativos.

De tiempo en tiempo partían gritos furiosos de los grupos, que se formaban y se disipaban con una rapidez, que sólo pertenece á la influencia de ciertos acontecimientos. Estos gritos eran siempre los mismos que en dos ó tres intervalos diferentes habían penetrado en el interior del tribunal:

« ¡Mueran los prisioneros! ¡Venganza á Richón! »

Estos gritos, estas luces, este ruido de caballos habían sacado á la vizecondeza de Cambes, de su sentida oración. Se puso á la ventana, y contemplaba con estremecimiento aquellos hombres y aquellas mujeres, que con sus ojos alterados y sus salvajes gritos, parecían bestias feroces soltadas en un circo, reclamando con sus rugidos las víctimas humanas que desean devorar. Preguntábase á sí misma cómo era posible que tantos seres, á quienes los dos prisioneros jamás habían hecho daño alguno, pudie-

ran pedir con tanto encarnizamiento la muerte de dos de sus semejantes, y no sabía qué respuesta darse aquella pobre mujer, que de las pasiones humanas no conocía sino las que sirven para endulzar el corazón.

Desde la ventana en que estaba, veía la vizecondeza de Cambes aparecer por encima de las casas y jardines la extremidad de las altas y sombrías torres de la fortaleza. Allí estaba Canolles, y allí se fijaban con especialidad sus miradas.

Pero no obstante, no podía evitar que de tiempo en tiempo recayesen sobre la calle, y entonces veía aquellos semblantes amenazadores, oía aquellos gritos de venganza, y un hielo mortal corría por sus venas.

— ¡Oh, decía, tienen gusto en prohibirme que le vea, y es preciso que yo penetre hasta él! ¡Estos gritos pueden llegar á sus oídos; puede creer que le olvido; puede acusarme, maldecirme! ¡Oh! Cada momento que pasa sin que yo busque un medio de tranquilizarle, me parece una traición hacia él; me es imposible permanecer en esta inacción, cuando acaso me llama en su socorro. ¡Oh! Es necesario que yo le vea... sí; pero ¿cómo verle, Dios mío? ¿Quién me conducirá á su prisión? ¿Qué poder me abrirá sus puertas? La princesa ha rehusado darme un pase; pero acababa de concederme tanto, que bien tenía derecho de negarme esto. Hay guardias, hay enemigos alrededor de esa fortaleza: una población entera que ruge, que olfatea la sangre y no quiere que se le arrebate su presa; se creará que yo quiero sacarle, salvarle; ¡oh, si! yo le salvaría si no estuviese ya en seguridad bajo la salvaguardia de la palabra de S. A. Si les digo que quiero verle solamente, no me creerán y me rechazarán: luego al probar semejante tentativa contra la voluntad de la princesa, ¿no es arriesgar y comprometer el favor adqui-



rido? ¿No es exponerme á que retire la palabra dada?

Y no obstante, dejarle pasar así en la angustia y el tormento las largas horas de la noche, ¡ es imposible!

Supliquemos á Dios, y tal vez Dios me inspirará.

Y por segunda vez fué la vizcondesa de Cambes á arrojarse delante de su crucifijo, empezando á orar con un fervor, que hubiera conmovido á la princesa misma, si la princesa hubiera podido oírla.

— ¡ Oh, no iré, no iré! decía, porque comprendo que me es imposible ir. Toda la noche me acusará quizás... pero mañana, mañana, sí, Dios mío, mañana me absolverá, ¿ es verdad?

Entretanto, el ruido que crecía, la exaltación de la muchedumbre, que se aumentaba por grados, los reflejos de luz siniestra que como relámpagos penetraban hasta ella é iluminaban por instantes su habitación, que permanecía á oscuras, la causaban tal terror, que se cubrió sus oídos con las manos y apoyó sus ojos cerrados en el cojín de su reclinatorio.

Entonces se abrió la puerta, y sin sentirlo entró un hombre, que se detuvo en el umbral, fijando en ella una mirada de afectuosa compasión, y que viendo moverse los hombros de la joven, tan dolorosamente agitados por los sollozos, se acercó dando un suspiro, y la puso la mano sobre el brazo.

La señora de Cambes se alzó asustada.

— ¡ Señor Lenet... dijo; señor Lenet! ¡ Ah! ¡ No me habéis abandonado!

— No, respondió Lenet. — Creí que no estariáis suficientemente tranquila todavía, y me he atrevido á venir, para saber si puedo seros útil en algo.

— ¡ Oh, querido señor Lenet! dijo la vizcondesa. ¡ Qué bueno sois, y cuánto os tengo que agradecer!

— Parece que no me había engañado, dijo Lenet. ¡ Raras veces nos equivocamos, Dios mío, al pensar que tus criaturas padecen! añadió con una melancólica sonrisa.

— ¡ Oh! ¡ Si, señor, le contestó Clara, sí, tenéis razón, padezco!

— ¿ No habéis obtenido todo cuanto deseábais, señora? Y más de lo que yo mismo esperaba, os lo confieso.

— Sí, no hay duda; pero....

— Pero... comprendo. ¿ Os aterráis al ver la alegría de ese populacho sediento de sangre, y os apiadáis de la suerte de ese otro desgraciado que va á morir en lugar de vuestro amante?

La señora de Cambes se puso en pie, y permaneció inmóvil un instante, pálida y con los ojos fijos en Lenet. Luego llevó su mano helada á su frente cubierta de sudor, y dijo:

— ¡ Ah! ¡ Perdonadme, ó más bien maldecidme! porque en mi egoísmo, ni aun había pensado en él. No, Lenet, no: os lo confieso con toda la humildad de mi corazón; mis temores, mis lágrimas, mis ruegos, son por el que debe vivir; estaba tan absorbida en mi amor, que había olvidado al que tiene que morir.

Lenet se sonrió tristemente.

— Sí, dijo, así debe ser, porque está en la naturaleza humana que así sea. Acaso el egoísmo de los individuos produce la salud de las masas. Cada cual hace en torno de sí y de los suyos su círculo con una espada. Vamos, vamos, señora, proseguid vuestra confesión hasta el fin. Confesad con franqueza que os pesa la tardanza con que el infeliz sufre su destino; porque el infeliz asegura con su suerte la vida de vuestro prometido.

— ¡ Oh! Aun no había pensado en eso, Lenet, os lo



juro. Pero no obliguéis á mi espíritu á detenerse en nada, porque le amo tanto, que no sé lo que sería capaz de desear en el desvarío de mi amor.

— ¡Pobre niña! dijo Lenet con un tono de profunda compasión. ¿Por qué no dijisteis todo eso más antes?

— ¡Oh, Dios mío! me asustáis. ¿Es demasiado tarde? ¿No se le ha salvado del todo?

— Sí, está salvado, dijo Lenet, puesto que la princesa ha empeñado su palabra; pero.....

— ¿Pero qué?

— Pero... ¿hay nada seguro en este mundo? Y vos que como yo le creéis salvado, ¿no lloráis en vez de regocijaros?

— Yo lloro porque no puedo verle, amigo mío, contestó Clara. Meditad que debe oír esos espantosos gritos y creer su peligro cercano; considerad que puede acusarme de tibieza, de olvido, de traición. ¡Oh! Lenet, Lenet, ¿qué suplicio! En verdad, si la princesa supiese lo que yo sufro, tendría compasión de mí.

— ¡Y bien, señora! dijo Lenet, es necesario verle.

— ¡Verle, imposible! Sabéis que he pedido el permiso á S. A. y que S. A. me lo ha rehusado.

— Lo sé, lo apruebo en el fondo de mi corazón; y no obstante.....

— ¡Y no obstante me exhortáis á la desobediencia! exclamó la vizcondesa sorprendida, mirando fijamente á Lenet, que embarazado por esta mirada bajó los ojos.

— Yo soy anciano, querida vizcondesa, dijo él, y por lo mismo soy desconfiado; no en esta ocasión, porque la palabra de la princesa es sagrada. No morirá más que uno de los prisioneros; pero habituado durante el curso de mi vida á ver todos los lances de la suerte volverse contra el que se cree más favorecido, tengo por principio

que debe siempre aprovecharse la ocasión que se presenta. Ved á vuestro prometido, señora; vedle, creedme.

— ¡Oh! exclamó la señora de Cambes. Os juro que me espantan vuestras palabras, Lenet.

— No es esa mi intención. Por otra parte, ¿os agradecería que os aconsejase no verle? No, seguramente. Y sin duda me rechazaríais con más fuerza, si hubiese venido á deciros lo contrario de lo que os digo.

— ¡Oh, sí, lo confieso! Pero me habláis de verle, este era solo mi único deseo, esta era la súplica que dirigía á Dios cuando llegasteis. Pero, ¿no es imposible?

— ¿Hay algo imposible para la mujer que tomó á San Jorge? dijo Lenet sonriendo.

— Hace dos horas, dijo la vizcondesa, que medito un medio de penetrar en la fortaleza, y aun no le hallo.

— Y si yo os presentase ese medio, dijo Lenet, ¿qué me daríais?

— Os daría... ¡Oh! Mirad, os daría la mano el día que me encaminase al altar con él.

— Gracias, hija mía, dijo Lenet, tenéis razón. En efecto, yo os amo como un padre. Gracias.

— ¡El medio, el medio! dijo la señora de Cambes.

— Vedle aquí. Yo había pedido á la princesa un pase para conversar con los prisioneros; porque si hubiese habido un medio de salvar al capitán Cauviñac habría querido atraerle á nuestro partido. Mas ahora este pase es inútil, puesto que acabáis de condenarle á muerte con vuestras súplicas por el señor de Canolles.

La vizcondesa se estremeció á su pesar.

— Tomad, pues, este papel, continuó Lenet; como veis, no tiene ningún nombre.

Clara le tomó y leyó:

« El conserje de la fortaleza dejará comunicar al por-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



tador de este pase con el prisionero de guerra que le agrade hablar, por espacio de media hora.

» CLARA CLEMENCIA DE CONDÉ. »

— Tenéis un traje de hombre, dijo Lenet, ponéoslo. Tenéis un pase, haced uso de él.

— ¡Pobre oficial! murmuró la vizcondesa, no pudiendo desechar del pensamiento la idea de Cauviñac, ejecutado en lugar de Canolles.

— Sufre la ley común, contestó Lenet. El débil es devorado por el fuerte: falta de apoyo, paga por el protegido. Mucho lo sentiré; es un mozo de mérito.

Entretanto, la señora de Cambes volvía y revolvía el papel entre sus manos.

— ¿Sabéis, dijo ésta, que me tentáis cruelmente con este pase? ¿Sabéis que una vez que yo tenga entre mis brazos á mi pobre amigo, soy capaz de llevármelo al cabo del mundo?

— Y os lo aconsejaria si fuera posible; pero ese pase no es una carta blanca, y no le podéis dar otro destino que el que tiene.

— Es cierto, dijo Clara volviéndolo á leer. Sin embargo, se me ha concedido al señor de Canolles; ¡es mío, y pueden quitármele ya!

— Nadie piensa en eso. Vamos, vamos, vizcondesa, no perdáis tiempo; poneos vuestro vestido de hombre y partid. Ese pase os concede media hora; yo sé que media hora es poca cosa, pero después de esa media hora vendrá toda la vida. Vos sois joven, la vida será larga. ¡Dios la haga feliz!

La señora de Cambes cogió á Lenet de la mano, le atrajo hacia sí, y le besó en la frente, como lo habría hecho con el más tierno padre.

— Id, id, dijo Lenet rechazándola dulcemente, no perdáis tiempo. El que ama verdaderamente, carece de resignación.

Luego, viéndola pasar á otra sala en que Pompeyo, llamado por ella, la esperaba para ayudarla á cambiar de traje, murmuró:

— ¡Ay! ¿Quién sabe?



fortuna, sabe que estoy arrestado. ¡ Oh, sí, lo sabe, y por consiguiente sabe también que yo no tengo la culpa !  
 ¡ Calle ! ¿ Pero á dónde diablos vá toda esa gente ? Á estas horas no hay parada ni ejecución ; todos van hacia el mismo lado. Diríase, en verdad, que saben que estoy aquí como un oso detrás de estas rejas.....

El barón dió algunos pasos por la sala con los brazos cruzados : los muros de la prisión le habían inspirado ideas filosóficas, de que se ocupaba poco en tiempo ordinario.

— ¡ Qué necesidad tan grande es la guerra ! murmuró. Véase el pobre Richón, con quien yo comía hace apenas un mes, ya muerto. Se habrá hecho matar al pie de sus cañones, como habría yo debido hacer si me hubiera sitiado cualquiera otro que no fuese la vizcondesa. Esta guerra de las mujeres es en verdad la más temible de todas las guerras. Á lo menos, en nada he contribuido á la muerte de un amigo. Gracias á Dios, no he sacado la espada contra un hermano, lo que me consuela. Vamos, esto más le debo á mi geniecito femenino ; bien mirado, le debo muchas cosas.

En este momento entró un oficial é interrumpió el soliloquio del barón.

— Si queréis cenar, caballero, le dijo, dad vuestras órdenes : el conserje tiene encargo de servirlos según os acomode.

— Vamos, dijo Canolles, parece que á lo menos determinan tratarme honoríficamente el tiempo que permanezca aquí. Había temido un momento lo contrario, al ver el semblante grave de la princesa y el gesto crudo de todos sus asesores.....

— Os espero, repitió el oficial inclinándose.

— ¡ Ah ! Tenéis razón ; perdonad. Vuestra demanda me

## XLIII

## Los prisioneros de guerra

Efectivamente, Canolles no había podido dejar de notar los gritos, los alaridos, las amenazas y agitación de las turbas. Á través de los hierros de su ventana había á su vez observado el cuadro moviente y animado que se desarrollaba ante su vista, y que era el mismo de un extremo á otro de la ciudad conmovida.

— ¡ Pardiez, decía, vaya un contratiempo desagradable ! Esa muerte de Richón... ¡ Pobre Richón ; era un valiente ! Su muerte va á redoblar mi cautiverio, y ya no se me permitirá recorrer la ciudad como antes. Ya se acabaron las citas, y hasta el casamiento, á no ser que Clara se contente con la capilla de una cárcel. Sin embargo, esto sería de triste agüero... ¿ Por qué diablos no se recibió la noticia mañana en vez de recibirse hoy ?

Después, acercándose á la ventana é inclinándose para mirar, continuó :

— ¡ Qué vigilancia, dos centinelas, cuando yo pienso que voy á estar aquí confinado ocho días, quince días tal vez, hasta que ocurra algún suceso que haga olvidar este otro !... Por fortuna, los hechos se suceden con frecuencia en los tiempos que corren, y los Burdeleses son ligeros de cascos ; pero mientras tanto no dejaré de pasar malos ratos. ¡ Pobre Clara ! debe estar desesperada ; por



ha obligado á hacer ciertas reflexiones por su extremada política... Volvamos al asunto: si, señor, cenaré, porque tengo bastante apetito; pero soy sobrio por costumbre, y una cena de soldado me bastará.

— ¿Y no tenéis ningún encargo que hacerme además para la ciudad?... dijo el oficial acercándose á él con interés. ¿No esperáis nada?... Vos habéis dicho que sois soldado, yo también lo soy; portaos conmigo como con un camarada.

El barón miró al oficial con admiración.

— No, señor, no, dijo. No tengo ningún encargo que haceros para la ciudad, ni espero nada, sino es á una persona que no puedo nombrar. En cuanto á trataros como á un camarada, es ofrecimiento que os agradezco. Aquí tenéis mi mano, caballero; y más adelante, si necesito alguna cosa, me acordaré de vos.

Esta vez el oficial fué quien miró á su interlocutor con sorpresa.

— Bien, caballero, le contestó. Vais á ser servido ahora mismo.

Y se retiró.

Un instante después entraron dos soldados trayendo una cena completa: era un poco más selecta de lo que habia pedido el barón. Sentóse á la mesa y comió con buen apetito.

Los soldados le miraban á su vez admirados. Canolles creyó codiciar su admiración; y como el vino era del bueno de Guena, les dijo:

— Amigos, pedid dos vasos.

Uno de los soldados salió, y volvió á poco con los vasos.

El barón los llenó, vertió después algunas gotas de vino en el suyo, y dijo:

— Á vuestra salud, amigos.

Los dos soldados tomaron sus vasos, los chocaron maquinalmente con el de Canolles, y bebieron sin devolverle su cumplido.

— No son atentos, dijo para sí el barón, pero beben bien: no se puede reunir todo.

Y continuó su cena, que llevó triunfalmente hasta el fin.

Cuando concluyó se levantó, y los soldados alzaron la mesa.

El oficial volvió á entrar.

— ¡Ah, pardiez, caballero! dijo Canolles, debíais haber cenado conmigo: la cena estaba excelente.

— No habria podido tener ese honor, caballero, porque yo también hice un instante que me levanto de la mesa. Y vuelvo.....

— ¿Á hacerme compañía? repuso el barón. Si es así, os felicito, caballero, porque no dejaré de seros grato.

— No, señor, mi misión es menos agradable. Vengo á advertiros que no hay ministro en la prisión y que el capellán es católico. Pero yo sé que sois protestante, y esta diferencia de culto tal vez os moleste.

— Á mí, caballero, ¿y para qué? preguntó sencillamente Canolles.

— ¡Para qué! contestó el oficial cortado, para hacer vuestras oraciones.

— ¡Mis oraciones! Está bien, repuso Canolles riendo, mañana pensaré en eso; yo no acostumbro á hacer mis oraciones más que por la mañana.

El oficial miró á Canolles con un estupor, que se cambió gradualmente en una conmiseración profunda. Saludó y salió.

— ¡Bah! dijo el barón, ¿se desquicia el mundo?



Desde la muerte de ese pobre Richón, toda la gente que encuentro tiene el aire de idiota ó rabioso. ¡Votová! ¿No verá un semblante algo razonable?

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, cuando la puerta de la prisión se abrió de nuevo; y antes de que pudiese reconocer la persona que llegaba, se echó ésta en sus brazos, y cruzando las manos á su cuello inundó su rostro de lágrimas.

— Vamos, exclamó el barón desembarazándose de aquella apretura, un loco más. De seguro estoy en alguna casa de orates.

Pero al movimiento que hizo al tiempo de retroceder, echó en tierra el sombrero del desconocido, y los hermosos cabellos rubios de la vizcondesa de Cambes se deslizaron sobre sus hombros.

— ¿Vos aquí? exclamó el barón corriendo hacia ella para recibirla de nuevo en sus brazos. ¡Vos! ¡Ah! Perdonadme si no os he conocido, ó más bien si no os he adivinado.

— ¡Silencio! dijo la vizcondesa recogiendo su sombrero y poniéndoselo con prontitud en la cabeza. ¡Silencio! Pues si supieran que soy yo, acaso me robarían mi dicha. En fin, me es permitido veros todavía. ¡Oh, Dios mío, Dios mío, qué feliz soy!

Y sintiendo Clara dilatarse su pecho, estalló en ruidosos sollozos.

— ¡Todavía! dijo Canolles. ¿Os es permitido verme todavía, decís? Y me lo decís llorando. — ¿Qué significa esto? Pues qué, ¿no debíais volverme á ver? continuó riendo.

— ¡Oh! No riáis, amigo mío, repuso la vizcondesa; vuestra alegría me hace daño. No riáis, os lo suplico. ¡Me ha costado tanto el llegar á vuestro lado, si supie-

seis, y ha estado en tan poco que no viniese! A no ser por Lenet, por ese excelente hombre... Pero hablemos de nosotros, pobre amigo. ¡Dios mío! ¿Es cierto estáis aquí? ¿Sois vos á quien encuentro? ¿Puedo estrecharos aun contra mi corazón?

— Sí, yo soy, sí, el mismo, contestó el barón sonriendo.

— ¡Oh! dijo la vizcondesa, dejaos de afectar ese aspecto alegre; es inútil, lo sé todo. No sabían que yo os amaba, y no se han ocultado de mí.

— Pero ¿qué sabéis? le dijo el barón.

— ¿Acaso, continuó Clara, no me esperabais? ¿No estabais descontento de mi silencio? ¿No me acusabais ya?

— ¡Yo atormentado, descontento! sin duda; pero no os acusaba. Conocía que alguna circunstancia más fuerte que vuestra voluntad os alejaba de mí; y mi mayor desgracia en todo esto es que nuestro matrimonio se dilata á ocho días, ó á quince tal vez.

Clara á su turno miró á Canolles con el mismo estupor que el oficial había demostrado un momento antes.

— ¡Cómo! dijo ella. ¿Habláis formalmente? ¿Ó en realidad, no estáis más asustado que eso?

— ¡Yo asustado! repuso Canolles, asustado, ¿de qué? ¿Es qué por acaso, añadió riendo, corro algún peligro que ignoro?

— ¡Oh, desdichado! exclamó ella; no sabía nada.

Y temiendo sin duda revelar sin preparación toda la verdad, á quien ésta tan cruelmente amenazaba, hizo un violento esfuerzo sobre sí misma, contuvo las palabras que habían saltado de su corazón á sus labios.

— No, yo no sé nada, dijo gravemente Canolles: pero



vos me lo diréis todo, ¿sí? — Nada temáis, soy hombre, Clara. ¡ Hablad, hablad!

— ¿Sabéis que Richón ha muerto? dijo ella.

— Sí, contestó Canolles; lo sé.

— ¿Pero sabéis cómo ha muerto?

— No, pero lo sospecho. Ha sido muerto en su puesto, ¿no es así, en la brecha de Vayres?.....

La señora de Cambes guardó un momento de silencio. Después, grave como el bronce que toca un clamor fúnebre dijo:

— Ha sido colgado en la plaza de Liburnio.

Canolles dió un salto para atrás.

— ¡Ahorcado! exclamó. ¡Richón, un soldado!.....

Luego, palideciendo súbitamente y pasándose por la frente su mano trémula, añadió:

— ¡Ah! Ahora lo comprendo todo. Mi arresto, mi interrogatorio, las palabras del oficial, el silencio de los soldados, vuestra conducta, vuestro llanto al verme alegre, y en fin, esa muchedumbre, esos gritos y esas amenazas. Richón ha sido asesinado y quiere vengarse á Richón en mi persona.

— ¡No, no, mi muy amado, no! ¡Pobre amigo de mi corazón! exclamó Clara radiante de alegría, estrechando las dos manos de Canolles, y sumergiendo en sus ojos sus miradas. ¡No, no es á ti á quien van á sacrificar, querido prisionero! — ¡Sí, es cierto, no te habías engañado, tú estabas designado y condenado, sí, ibas á parecer! — ¡Sí, has visto muy cerca la muerte, hermoso mío! Pero tranquilízate; ahora ya puedes reír, puedes hablar de felicidad y de porvenir. ¡Ea que vá á consagrarte toda su vida, ha salvado la tuya! ¡Alégrate!... pero sin ruido, porque despertarías tal vez á tu desgraciado compañero,

aquel sobre quien va á caer la tempestad, el que debe morir en tu puesto.

— ¡Oh! ¡Callad, callad, querida amiga; me hacéis estremecer de horror! dijo el barón, mal repuesto del terrible golpe que se le acababa de lanzar, no obstante las ardientes caricias de Clara. ¡Yo, tan tranquilo, tan confiado, tan sencillamente alegre, iba á morir! ¿Y cuándo? ¿En qué momento? ¡Justo cielo! En el mismo instante de ir á ser vuestro esposo. ¡Oh! ¡Por mi alma, que esto hubiera sido un doble asesinato!

— Ellos llaman á eso represalias, dijo Clara.

— Sí, sí, es verdad; tienen razón.

— Vamos, estáis sombrío y meditabundo.

— ¡Oh! exclamó el barón, no es la muerte lo que temo, sino separarme de vos.

— Si hubieseis muerto, mi muy amado, yo también habría muerto. Pero no, esta noche, tal vez dentro de una hora, saldréis de la prisión; y, ó yo misma vendré á buscaros, ú os esperaré á la salida. Entonces, sin perder un minuto, sin perder un segundo, huiremos. ¡Oh, sí! en el mismo instante; no quiero esperar nada. ¡Esta maldita ciudad me espanta! Hoy he conseguido salvaros; pero mañana tal vez os arranque de mi lado alguna otra desgracia inesperada.

— ¡Oh! dijo el barón, ¿sabéis, querida mía, amada Clara, que me concedéis demasiada felicidad de un golpe? ¡Oh, sí, mucha felicidad; sería bastante á hacerme morir!.....

— ¡Pues bien! Entonces, repuso Clara, recobrad vuestra indiferencia y vuestra alegría.

— Pero, ¿y vos por qué no recobráis la vuestra?

— Mirad, yo río.

— ¿Y ese suspiro?



— Este suspiro, amigo mío, es por el desgraciado que paga con su vida nuestra alegría.

— Si, si, tenéis razón. ¡ Oh! ¿ Por qué no podéis llevarme en este mismo instante? Vamos, ángel mío, abre tus alas y llévame.

— ¡ Paciencia, paciencia, mi querido esposo; mañana os llevaré!... ¿ Y á dónde? — ¡ Qué sé yo! Al paraíso de nuestro amor. Mientras llega la hora, aquí me tienes.

Canolles la cogió en sus brazos, estrechándola sobre su pecho: ella echó sus manos al cuello del barón y se dejó caer palpitante sobre aquel corazón, que comprimido por tan diversos sentimientos, apenas latía.

De pronto y por segunda vez, un sollozo doloroso subió de su pecho á sus labios, y en medio de su felicidad inundó Clara de lágrimas el rostro de Canolles, que se había reclinado sobre el suyo.

— ¡ Y bien! dijo él, ¿ es esta vuestra alegría, pobre ángel?

— Este es el resto de mi dolor.

En este momento se abrió la puerta, y el oficial que había venido ya, les anunció que la media hora concedida en el pase había trascurrido.

— Adiós, murmuró el barón. — ¿ Por qué no me ocultas en un pliegue de tu capa y me llevas contigo?

— ¡ Pobre amigo! repuso ella en voz baja. Calla, ¿ no ves que quebrantas mi corazón? ¿ No conoces que me muero de deseo? Ten paciencia por tí, y por mí sobre todo; dentro de pocas horas nos reuniremos para no volvernos á separar.

— Tendré paciencia, dijo Canolles alegre, enteramente tranquilizado por esta promesa; pero es menester separarnos. Ea, ¡ valor! — ¡ Adiós, Clara, adiós!

— Adiós, dijo ella tratando de sonreír; ad.....

Pero no pudo terminar la palabra cruel; por tercera vez los sollozos ahogaron su voz.

— ¡ Adiós, adiós! exclamó Canolles estrechando de nuevo á la señora de Cambes y cubriendo su frente de ardorosos besos. ¡ Adiós!

— ¡ Diablos! murmuró el oficial. Por fortuna sé que el pobre muchacho no tiene que temer una gran cosa ya, que á no ser así, escena es esta que me traspasaría el corazón.

El oficial acompañó á la vizcondesa hasta la puerta, y volvió.

— Ahora, caballero, dijo aquél al barón, que se había dejado caer sobre una silla, lleno aun de sus emociones; ahora no basta ser feliz, es necesario ser también compasivo. Vuestro desgraciado compañero, el que va á morir, está solo. Nadie le protege, nadie le consuela, y pide veros. Yo he tomado á mi cargo el concederle esta gracia, pero es menester que consintáis vos.

— ¡ Que yo consienta! exclamó el barón. ¡ Oh, yo lo creo! ¡ Pobre infeliz! le espero, y le tenderé mis brazos. No le conozco, pero no importa.

— Sin embargo, parece que él os conoce.

— ¿ Sabe la suerte que le esta reservada?

— No; creo que no. Ya conocéis que es necesario dejarle en la ignorancia.....

— ¡ Oh! Descuidad.

— Oid, pues. Las once van á dar; yo me retiro á mi puesto: de las once en adelante, los carceleros solamente mandan en jefe en el interior de la prisión. El vuestro está advertido de que el otro prisionero viene á hablar con vos, y vendrá por él en el momento en que deba hacerle entrar en su calabozo. Si el desgraciado no sabe nada, no le anunciéis nada; pero si sabe algo, decidle de



nuestra parte, que nosotros, como soldados, lo sentimos todo en el fondo de nuestra alma. Porque al fin, morir no es nada; pero, ¡votová san! que ahoreado es morir dos veces.

— ¿Está decidido que habrá de morir?.....

— Lo mismo que Richón. Son represalias completas. Pero nosotros charlamos, y él espera sin duda con ansiedad nuestra respuesta.

El oficial salió, fué á abrir la puerta del calabozo inmediato, y Cauviñac, un poco pálido, pero con paso desembarazado y la frente alzada, entró en el encierro del barón, que dió algunos pasos hacia él.

Entonces el oficial se despidió por última vez de Canolles con una seña, miró compasivamente á Cauviñac, y salió, llevándose consigo un soldado, cuyos pasos graves fueron á perderse después de algún tiempo bajo las bóvedas.

No tardó el carcelero en hacer su ronda. Sus llaves se oyeron resonar en el corredor.

Cauviñac no estaba abatido, porque había en este hombre una inalterable confianza en sí mismo y una esperanza inagotable en el porvenir. Sin embargo, bajo su apariencia tranquila y su exterior casi alegre, un profundo dolor se deslizaba, semejante á una serpiente que mordeía su corazón. Esta alma escéptica, que siempre había dudado de todo, dudaba por último de la duda misma.

Desde la muerte de Richón, Cauviñac no comía ni dormía.

Habitado á burlarse del mal ajeno, porque tomaba el suyo con risa, nuestro filósofo no había pensado, sin embargo, en reirse de un acontecimiento que á su pesar producía este resultado terrible. En todos los hilos misteriosos que le hacían responsable de la muerte de Richón,

entreveía la mano de la Providencia y empezaba á creer, si no en la remuneración de las buenas acciones, á lo menos en el castigo de los malos.

Resignábase, pues, y meditaba; pero en medio de su resignación, como hemos dicho, él no comía ni dormía.

Y por un singular misterio de esta alma personal, sin ser por esto egoísta; lo que más le afligía aun que su propia muerte, prevista desde luego, era la muerte del compañero, que sabía que á dos pasos de él esperaba la sentencia fatal ó la ejecución sin sentencia. Todo esto se le representaba en su imaginación como el espectro vengador de Richón, y la doble catástrofe, resultado de lo que creyera al principio una linda travesura.

Su primera idea había sido la de escaparse, porque aunque prisionero bajo palabra, habiéndole faltado á las condiciones sentadas acerca de él, metiéndole en prisión, creía á su vez, y sin el menor escrúpulo, poder faltar á las suyas; pero á pesar de la perspicacia de su ingenio y la sagacidad de sus medios, había conocido que era imposible.

Entonces fué cuando llegó á persuadirse que estaba entre las garras de la inexorable fatalidad. Desde entonces no pidió más que una cosa, hablar algunos momentos con su compañero, cuyo nombre había parecido despertar en él una triste sorpresa, y deseaba reconciliarse con la humanidad entera, que tan cruelmente había ultrajado.

No aseguraremos que todos estos pensamientos fuesen remordimientos, no. Cauviñac era demasiado filósofo para tenerlos; pero á lo menos eran una cosa que se le parece mucho, un despecho violento de haber hecho mal por nada. Con el tiempo, y una combinación que mantuviese á Cauviñac en esta disposición de ánimo, este sen-



timiento habría tal vez tenido el mismo resultado que los remordimientos; pero el tiempo le faltaba.

Al entrar Cauviñac en la prisión del barón de Canolles esperó con su prudencia ordinaria que el oficial que le introdujera se retirase. Después, viendo la puerta bien cerrada y la ventanilla herméticamente encajada, se fué hacia el barón, que como hemos dicho, había por su parte dado algunos pasos hacia él, y le estrechó afectuosamente la mano.

A pesar de la gravedad de la situación, no pudo menos de sonreírse Cauviñac al reconocer al elegante y bello joven, de espíritu emprendedor y genio festivo, que ya había sorprendido dos veces en situaciones muy diferentes de aquella en que se encontraba: la una para enviarle con un mensaje á Nantes y la otra para conducirlo á San Jorge. Por otro lado recordaba la ocupación momentánea de su nombre y el gracioso chasco que por consecuencia de aquella usurpación se diera al duque; y por muy lúgubre que fuese la prisión, el recuerdo era tan alegre, que sin embargo, lo pasado le alejó por un momento de lo presente.

Canolles, por su parte, le conoció á primera vista, por haber estado ya en contacto con él en las dos circunstancias que hemos referido; y como, bien mirado, en las dos circunstancias Cauviñac había sido para él portador de buenas noticias, su conmiseración por la suerte reservada al desgraciado se acrecentó aún, y tanto más profundamente, cuanto que estaba persuadido que su propia salvación causaba la pérdida irrevocable de Cauviñac, y en un alma tan delicada como la suya, semejante pensamiento causaba muchos más remordimientos que habría ocasionado un verdadero crimen en la de su compañero.

Acogióle, pues, con una perfecta benevolencia.

— Y bien, barón, le dijo Cauviñac, ¿qué decis de la situación en que nos hallamos? Me parece que es bastante precaria.

— Sí; hemos aquí prisioneros, y sabe Dios cuándo saldremos de aquí, contestó Canolles fingiendo tranquilidad, á fin de dulcificar al menos con la esperanza la agonía de su compañero.

— ¡Cuándo saldremos! repuso Cauviñac. ¡El Dios que invocáis se digne resolver en su misericordia que sea lo más tarde posible! pero creo que no esté dispuesto á concedernos un largo plazo. Yo he visto desde mi calabozo, como vos podéis ver desde el vuestro una ardiente turba correr hacia un punto determinado, que debe ser la Explanada, ó mucho me equivoco. Vos, querido barón, conocéis la Explanada y sabéis para lo que sirve.

— ¡Oh! ¡Bah! Me parece que exageráis demasiado la posición. Es verdad que el pueblo corría hacia la Explanada, pero sin duda sería para asistir á alguna corrección militar. ¡Hacer que nosotros pagásemos la muerte de Richón, sería horroroso! porque al cabo nosotros estamos inocentes de esa muerte, tanto el uno como el otro.

Cauviñac se estremeció y fijó en el barón una mirada, que de una expresión sombría, pasó poco á poco á una expresión de piedad.

— Vamos, dijo para sí, uno más que se forma ilusiones de su situación. Por lo mismo es necesario que yo le diga lo que hay: porque ¿de qué sirve engañarle para que el golpe sea más penoso después? Á lo menos cuando hay tiempo para prepararse, la pendiente parece siempre más accesible.

Entonces, después de un momento de silencio y de



examen, dijo á Canolles, tomándole las manos y continuando con la vista fija en él de un modo que le embrazaba:

— Caballero, querido amigo, pidamos, si os parece, una botella ó dos de ese buen vino de Branne que sabéis. ¡Ah! Si hubiese sido por más tiempo gobernador, habria bebido de él á mis anchas, y también os confieso que mi predilección á ese excelente vino, me hizo pedir con preferencia aquel gobierno. Dios castiga mi gula.

— Mucho me gusta, dijo el harón.

— Pues sí, bebiendo os contaré todo eso; y si la noticia es mala, como el vino será bueno, con lo uno pasará lo otro.

Canolles entonces tocó á la puerta, pero no se le respondió: volvió á tocar con más fuerza, y después de un momento, un niño que jugaba en el corredor se acercó al prisionero.

— ¿Qué queréis? preguntó el niño.

— Vino, dijo Canolles. Dí á tu papá que nos traiga dos botellas.

El niño se alejó y volvió al cabo de un rato.

— Papá, dijo el chico, está ocupado en este momento hablando con un caballero. Vendrá en seguida.

— Perdonad, dijo Cauviñac, ¿me permitiréis que á mi vez le haga una pregunta?

— Hacedla.

— Amigo mio, dijo él con su voz más insinuante, ¿con qué caballero habla tu papá?

— Con un gran señor.

— Este chico es muy guapo, dijo Cauviñac; atended, que vamos á saber algo.

— ¿Y cómo está vestido ese señor?

— Todo de negro.

— ¡Ah, diablos! ¿Oís? todo de negro. ¿Y cómo le llaman á ese gran señor vestido de negro? ¿Lo sabes por casualidad, amiguito?

— Se llama el señor Lavia.

— ¡Ah, ya! dijo Cauviñac, el asesor del rey. Me parece que nada malo tenemos que esperar de ese. Aprovechémonos de su conversación para hablar nosotros también.

Y metiendo una moneda por debajo de la puerta, dijo:

— Toma, amiguito, para comprar caramelos. — Bueno es hacerse de amigos por todas partes, continuó al levantarse.

El niño cogió muy contento la moneda, dando gracias á los dos prisioneros.

— Y bien, dijo Canolles, deciais....

— ¡Ah! sí, contestó Cauviñac... Pues bien, decia que me parece estáis muy equivocado respecto á la suerte que nos espera en saliendo de esta prisión. Habláis de la Explanada, de corrección militar, de azotes para los extraños; y yo estoy tentado de creer que se trata de nosotros, y de alguna otra cosa peor.

— ¡Adelante, pues! repuso Canolles.

— ¡Eh! dijo Cauviñac. Vos vais las cosas á una luz menos sombría que á mi se me aparecen: acaso puede ser que no tengáis enteramente las mismas razones que yo; pero de cualquiera suerte, no os fisonjeéis demasiado de vuestro negocio, que no es muy ventajoso. Pero nada tiene que ver con el mio; y éste, debo decirlo, porque es mi convicción, está diabólicamente embrollado. ¿Sabéis bien quién soy yo, querido amigo?

— ¡Vaya una pregunta singular! Sois el capitán Cauviñac, gobernador de Branne, á lo que me parece.

— Sí, por ahora; pero no siempre he llevado ese nom-



bre ni siempre he ocupado ese título. Yo he cambiado frecuentemente de nombre, y he usado diferentes graduaciones: por ejemplo, una vez me llamé el barón de Canolles, lo mismo que vos.

Canolles miró á Cauviñac á la cara.

— Sí, continuó éste, comprendo: diréis si soy loco, ¿no es así? Pues bien, tranquilizaos; gozo de todas mis facultades mentales, y jamás he estado tan en mi cabal juicio.

— Explicaos, pues, dijo Canolles.

— Nada más sencillo. El señor duque de Epernon... Conocéis al señor duque de Epernon, ¿es verdad?

— De nombre, porque jamás lo he visto.

— Eso me vale. El señor duque de Epernon, digo, me encontró una vez en casa de una señora, de quien yo sabía que no erais mal recibido; me tomó la libertad de aplicarme vuestro nombre.

— ¿Qué queréis decir!

— ¡Táte, táte! Na vayáis á tener el egoísmo de estar celoso de una mujer en el momento de casaros con otra. Además, aunque lo estuviesséis, cosa muy natural en el hombre, que decididamente es un animal ruin, pronto me lo perdonaríais. Nos tocamos muy de cerca para que tengamos quejas entre nosotros.

— No comprendo ni una palabra de eso que estáis diciendo.

— Digo que tengo derecho á que me tratéis como hermano, ó á lo menos como cuñado.

— Me habláis por enigmas, y os comprendo menos aún.

— Pues bien, vais á comprenderme con una sola palabra. Mi verdadero nombre es Rolando de Lartigues, y Nanón es mi hermana.

El barón pasó de la desconfianza á una expansión repentina.

— ¡ Vos hermano de Nanón! exclamó. ¡ Ah! Pobre mozo.

— Y bien, si, pobre mozo, dijo Cauviñac, justamente habéis dicho la palabra que me cuadra, habéis puesto el dedo sobre la llaga; porque además de otra porción de cosillas que resultarán de la instrucción de mi proceso, tengo también la desgracia de llamarme Rolando de Lartigues y de ser hermano de Nanón. Vos no ignoráis que mi querida hermana no está en opinión de santa entre los Burdeleses. Si se sabe mi calidad de hermano de Nanón, soy perdido tres veces. Ahora bien, hay aquí un Larochevoucault y un Lenet que todo lo saben.

— ¡ Ah! dijo el barón transportado por lo que Cauviñac le decía á recuerdos antiguos. ¡ Ah! comprendo ahora por qué en una carta la pobre Nanón me llamó un día su hermano. ¡ Excelente amiga!.....

— ¡ Ah, sí! repuso Cauviñac, es muy buena persona, y mucho me arrepiento de no haber seguido siempre sus consejos á la letra. ¿ Pero qué se le ha de hacer? Si pudiera adivinarse el porvenir, no habría necesidad de Dios.

— ¿ Y qué ha sido de ella? preguntó Canolles.

— ¿ Quién sabe? ¡ Pobre criatura! Sin duda estará desesperada, no por mí, pues ignorará mi prisión, sino por vos, cuya suerte conocerá tal vez.

— Tranquilizaos, le dijo el barón, Lenet no dirá que sois el hermano de Nanón: el señor de Larochevoucault por su parte, no tiene ningún motivo de odio contra vos, y nada de eso se sabrá.

— Si nada de eso se sabe, creedme, no dejará de saberse otra cosa; que yo soy quien ha dado cierta carta



blanca, y esa carta blanca... pero ¡bah! olvidémoslo si es posible. ¡Qué desgracia que no nos traigan el vino! continuó volviéndose hacia la puerta. No hay como el vino para hacer olvidar.

— Vamos, vamos, dijo el barón, ¡valor!

— ¡Eh, partidéz! ¿Creéis que me falta? Ya me veréis en el famoso momento, cuando vayamos á dar una vuelta á la Explanada. Pero una cosa me atormenta, sin embargo, ¿seremos fusilados, decapitados ó ahorcados?

— ¡Ahorcados! exclamó Canolles. ¡Vive Dios! Nosotros somos hidalgos, y no se hará semejante ultraje á la nobleza.

— Y bien, ya veréis como son capaces de trampearne mi genealogía... Otra cosa.....

— ¿Qué?.....

— ¿Cuál de los dos irá delante?

— Pero, ¡por Dios, querido, repuso Canolles, no os empenéis en esas cosas!... Nada hay menos seguro que esa muerte, de que os ocupáis con tanta anticipación. No se juzga, no se condena, no se ejecuta así todo en una noche.

— Escuchad, contestó Cauviñac, yo estaba allá cuando se formó el proceso del pobre Richón, ¡Dios le tenga en el cielo! Pues bien, proceso, juicio y ejecución, todo esto duró tres horas ó cuatro lo más. Supongamos un poco menos de actividad, porque Ana de Austria es reina de Francia, y la señora de Condé no es más que princesa de sangre, y esto nos concederá á nosotros cuatro horas ó cinco. Ahora bien, como hace ya tres horas que estamos presos, y dos que comparecimos ante nuestros jueces, tenemos por cuenta hecha una hora á dos que vivir, lo que no es largo.

— En todo caso, repuso Canolles, esperarán á que sea de día para ejecutarnos.

— ¡Ah! Nada hay en eso de seguro. Una ejecución á la luz de las antorchas, es cosa muy linda, cuesta más caro, es cierto; pero como la princesa necesita mucho á los Burdeleses en este momento, no será extraño que se decida á hacer este gasto.

— ¡Chit! dijo Canolles, oigo pasos.

— ¡Diablos! dijo Cauviñac palideciendo un poco.

— Será el vino, dijo Canolles.

— ¡Ah, sí! contestó Cauviñac, fijando en la puerta una mirada más que alerta; hay esto más: si el carcelero entra con botellas, todo vá bien; pero si no.....

La puerta se abrió, y el carcelero entró sin botellas.

Cauviñac y Canolles cruzaron una mirada expresiva; pero el carcelero parecía tan presuroso... urgía tanto el tiempo... estaba tan oscuro el calabozo... que no fijó su atención en nada.

El carcelero cerró la puerta y entró.

— ¿Cuál de los dos, dijo, es el barón de Canolles?

— ¡Ah, diablos! pronunciaron los dos á un tiempo, y trocaron una nueva mirada.

Entretanto Canolles dudó antes de contestar, y á Cauviñac le pasó otro tanto. El primero había llevado mucho tiempo este nombre para dudar que la apelación se dirigía á él; pero el otro le había llevado lo bastante para temer que se le llamase.

Sin embargo, Canolles conoció que era indispensable responder.

— Yo soy, dijo.

El carcelero se acercó á él.

— ¿Vos eráis gobernador de plaza?

— Sí.



— Pero yo también era gobernador de plaza; yo también me he llamado Canolles, dijo Cauviñac. Veamos, expliquémonos con claridad, y fuera equivocaciones. Basta ya lo que me ha sucedido con ese pobre Richón, para que no cause ya aun la muerte de otro.

— ¿Pero vos os llamáis ahora Canolles? preguntó el carcelero.

— Sí, contestó Canolles.

— ¿Y vos os habéis llamado Canolles otras veces? dijo el carcelero á Cauviñac.

— Sí, respondió éste, otras veces. Un día no más, y empiezo á creer que aquel día tuve una idea muy necia.

— ¿Los dos sois gobernadores de plaza?

— Sí, contestaron á un tiempo Canolles y Cauviñac.

— Una última pregunta lo aclarará todo.

Los dos prisioneros prestaron la más viva atención.

— ¿Cuál de los dos, dijo el carcelero, es el hermano de la señora Nanón de Lartigues?

Aquí Cauviñac hizo una mueca, que hubiera sido cómica en un momento menos solemne.

— ¡Cuando os lo decía, interpuso éste dirigiéndose á Canolles, cuando os dije que por este lado se me atacaría!

Luego, volviéndose al carcelero, le dijo:

— Y si yo fuese el hermano de la señora Nanón de Lartigues, ¿qué diríais, amigo mío?

— Os diría que me siguiérais en el mismo instante.

— ¡Cuernos! dijo Cauviñac.

— Pero á mí también me ha llamado su hermano, dijo Canolles tratando de distraer parte de la tormenta que visiblemente se aglomeraba entonces sobre la cabeza de su desgraciado compañero.

— Un momento, un momento; dijo Cauviñac pasando

por delante del carcelero y llevándose á Canolles aparte; un momento, caballero mío, no es justo que seáis hermano de Nanón en semejante circunstancia. Bastante han padecido hasta hoy otros por mí y es muy justo que á mi vez pague yo.

— ¿Que queréis decir? preguntó Canolles.

— ¡Oh! Eso sería muy largo de contar; y luego bien veis que nuestro carcelero se impacienta y patalea... Esperad, esperad un poco, amigo mío, ya se os sigue. Quedad con Dios, querido compañero, continuó Cauviñac, á lo menos mis dudas quedan fijas sobre un punto; sobre quién irá delante. Quiera Dios que no me sigáis muy pronto. Ahora queda por saber el género de muerte. ¡Diablos! Con tal que no sea horca... ¡Eh, ya vamos, pardiez, ya vamos! ¡Mucha prisa tenéis, buen hombre! Ea, pues, mi querido hermano, querido cuñado, querido compañero, querido amigo... ¡adiós por última vez! ¡Buenas noches!

Cauviñac dió un paso más hacia el barón, tendiéndole la mano: Canolles tomó esta mano entre las suyas y la estrechó afectuosamente.

Durante este tiempo Cauviñac le miraba con una expresión singular.

— ¿Qué queréis de mí? dijo el barón. ¿Tenéis algo que pedirme?

— Sí, dijo Cauviñac.

— Pues bien, hacedlo sin temor.

— ¿Rezáis algunas veces? dijo Cauviñac.

— Sí, contestó Canolles.

— Pues bien, cuando recéis... decid alguna palabra por mí.

Y volviéndose hacia el carcelero, que parecía que estaba cada vez más impaciente, le dijo:



— Yo soy el hermano de la señora Nanón de Lartignés. Vamos, amigo.....

El carcelero no se lo dejó repetir, y se llevó apresuradamente á Cauviñac, que desde el umbral de la puerta dirigió á Canolles una última despedida.

Luego se cerró la puerta, sus pasos se perdieron en el corredor, y todo volvió á quedar en un silencio, que le pareció al que quedaba el silencio de la muerte.

El barón quedó profundamente absorto en una tristeza, que se asemejaba al terror. Este modo de llevarse a un hombre, nocturnamente, sin ruido, sin aparato, sin guardias, era más horroroso que los aspectos del suplicio hechos á la luz del sol. Sin embargo, todo el terror de Canolles era por su compañero, porque su confianza en la vizcondesa de Cambes era tan grande, que después de haberla visto, á pesar de la fatal noticia que le anunciara, no temía nada por sí.

Por esto lo único que realmente ocupaba en aquel momento su pensamiento, era la suerte que le estaba reservada al compañero que le arrebataban. Entonces la última recomendación de su compañero se presentó á su alma, se puso de rodillas y oró.

Algunos instantes después se levantó, sintiéndose consolado y fuerte, y esperando solo la llegada del socorro prometido por la vizcondesa de Cambes, ó su presencia.

Durante este tiempo, Cauviñac seguía al carcelero por el corredor sombrío, sin decir una palabra, y reflexionando lo más seriamente posible.

Al fin del corredor el carcelero cerró con tanto cuidado la puerta, como lo había hecho con la del calabozo de Canolles; y después de haber prestado atención á ciertos ruidos vagos que subían del piso inferior, dijo volviéndose bruscamente hacia Cauviñac:

— Vamos, señor mío, andando.

— Estoy pronto, contestó Cauviñac con gravedad.

— No habléis tan alto, le dijo el carcelero, y andad mas de prisa.

Y tomó una escalera que descendía á los calabozos subterráneos.

— ¡ Oh, oh ! dijo para sí Cauviñac. ¿ Me querrán degollar entre dos muros, ó meterme en algún encierro perpetuo ? Yo he oído decir que á veces se contentaban con exponer los cuatro cuartos en una plaza pública, como hizo César Borgia con Ramiro de Orco. Veamos : este carcelero está solo enteramente y lleva las llaves en su cintura. Esas llaves deben abrir precisamente una puerta cualquiera. El es pequeño, yo grande; el es débil, yo soy fuerte; él vá delante, yo detrás, y si quiero pronto puedo estrangularle... ¿ Quiero ? ...

Y ya Cauviñac, que se había respondido que quería, extendía sus huesosas manos para ejecutar el proyecto que acababa de formar, cuando de pronto el carcelero se volvió con terror.

— ¡ Chit ! dijo. ¿ No ois nada ?

— Decididamente, continuó Cauviñac hablando consigo mismo, algo hay de oscuro en todo esto; y si tantas precauciones no me tranquilizasen, debería inquietarme en extremo.

Así, pues, deteniéndose de pronto, dijo:

— Pero, ¡ eh ! ¿ Adónde me lleváis ?

— ¿ No lo veis ? respondió el carcelero, á la fosa.

— ¡ Oiga ! replicó Cauviñac. ¿ Me van á enterrar vivo ?

El carcelero se encogió de hombros, y pasando una porción de corredores llegó á una puertecita baja arqueada y húmeda, detrás de la que se sentía un ruido extraño, y abrió



— ¡ El río ! exclamó Cauviñac aterrado al ver el agua que rodaba sombría y negra como la de Aqueronte.

— Sí, el río. ¿ Sabéis nadar ?

— Sí... pero... es decir, ¿ por qué diablos me preguntáis eso ?

— Es que si no sabéis nadar, tendremos que aguardar á un bote que hay allá abajo, y perderemos un cuarto de hora : además que pueden oír la señal que debo hacer, y por consiguiente atraparnos.

— ¡ Atraparnos ! exclamó Cauviñac. ¡ Ah, ya ! querido amigo. ¿ Según eso, nos salvamos ?

— ¡ Pardiez ! De seguro.

— ¿ Y adónde vamos ?

— A donde nos parezca.

— ¿ Según eso, estoy libre ?

— Libre como el viento.

— ¡ Ah, Dios mío ! exclamó Cauviñac.

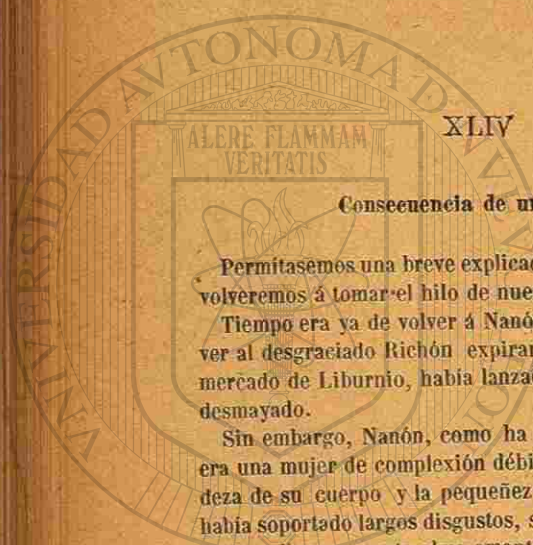
Y sin añadir una sola palabra á esta elocuente exclamación, sin mirar á su alrededor, sin pensar en si su compañero le seguiría, se lanzó al río con más rapidez que hubiera podido hacerlo una nutria perseguida. El carcelero le siguió, y ambos, después de un cuarto de hora de silenciosos esfuerzos para cortar la corriente, se encontraron á la vista del bote. Entonces el carcelero silvó tres veces sin dejar de nadar : los remeros, conociendo la señal convenida, salieron á su encuentro, los entraron con prontitud en la barca, y sin decir una sola palabra, á fuerza de remos los pusieron en menos de cinco minutos en la ribera opuesta.

— ¡ Ouf ! dijo Cauviñac, que desde el momento de arrojarle tan resueltamente al río no había dicho una sola palabra. — ¡ Ouf ! Por fin me veo en salvo. Querido carcelero de mi corazón, Dios os recompensará.

— Y mientras llega la recompensa que Dios me reserva, contestó el carcelero, tengo en mi poder unas cuarenta mil libras, que me ayudarán á tener paciencia.

— ¡ Cuarenta mil libras ! dijo Cauviñac estupefacto. ¿ Y quién diablos puede haber gastado cuarenta mil libras en mí ?





## Consecuencia de un engaño

Permitásemos una breve explicación, después de la cual volveremos á tomar el hilo de nuestra historia.

Tiempo era ya de volver á Nanón de Lartigues, que al ver al desgraciado Richón expirando bajo la galería del mercado de Liburnio, había lanzado un grito y se había desmayado.

Sin embargo, Nanón, como ha podido observarse, no era una mujer de complexión débil. Á pesar de la delicadeza de su cuerpo y la pequeñez de sus proporciones, había soportado largos disgustos, sostenido fatigas, arrojado peligros; y esta alma amante y vigorosa, dotada de un temple nada común, sabía doblegarse según las circunstancias y aparecer más fuerte á cada golpe que le daba el destino.

El duque de Epernon que la conocía, ó mejor dicho, que creía conocerla, no pudo menos de admirarse al verla tan completamente abatida por el aspecto de un dolor físico. Ella, que en el incendio de su palacio de Agén había estado á pique de ser quemada viva, sin lanzar un grito ni proferir una queja; que en medio de aquel tumulto había visto perecer á dos de sus mujeres asesinadas en su lugar, y que ni aun siquiera había pestañeado por no alegrar á sus numerosos enemigos, de los

cuales el uno de ellos, más desesperado que los demás, había dispuesto obsequiar con este suplicio á la favorita del gobernador detestado.

El desmayo de Nanón duró cerca de dos horas y terminó con horribles ataques de nervios, durante los cuales no pudo hablar, sino solo dar gritos inarticulados. Esto fué á punto que la reina misma, después de haber enviado muchos mensajes á la enferma, llegaba en persona á visitarla; y Mazarino, que acababa de entrar, quiso ocupar la cabecera de la cama para hacer de médico, pues era su mayor pretensión. Aplicar la medicina á aquel cuerpo amenazado, y la teología á aquella alma en peligro.

Pero Nanón no recobró los sentidos hasta muy entrada la noche. Entonces pasó algún rato coordinando sus ideas; y por último, estrechándose la cabeza con las manos, exclamó con un acento desgarrador:

— ¡ Estoy perdida; me le han matado !

Por fortuna, estas palabras eran bastante extrañas para que los circunstantes dejaran de atribuirles al delirio, y así sucedió.

Sin embargo, estas palabras quedaron en la memoria de los que las oyeron; y cuando la mañana siguiente volvió el señor de Epernon de una expedición que le atajara de Liburnio la vispera, supo á la vez la duración del desmayo de Nanón y las palabras que había proferido al volver en sí. El de Epernon, que conocía toda la efervescencia de aquella alma de fuego, comprendió que había allí algo más que delirio, y se apresuró á ver á Nanón, aprovechándose del primer momento de soledad que le dejaron los concurrentes.

— Amiga mía, la dijo, he sabido todo lo que habéis sufrido con motivo de la muerte de Richón, que se tuvo la imprudencia de venir á ahorcar bajo vuestras ventanas.



— ¡ Oh, sí, exclamó Nanon, eso es terrible, es infame!

— Tranquilizaos, le contestó el duque. Ahora que sé el efecto que eso os produce, haré colgar los rebeldes en la plaza del Curso, y no en la del Mercado. ¿ Pero de quién hablabais cuando deciais que os le habian muerto? Eso me parece que no lo dirtais por Richón, porque jamás he oído decir que haya sido nada vuestro, ni aun simple conocido.

— ¡ Ah! ¿ Sois vos, señor duque? dijo Nanón levantándose sobre el codo y asiéndole el brazo.

— Si, yo soy, y estoy muy contento de que me conozcáis; eso prueba que vais mejor. ¿ Pero de quién hablabais?

— ¡ De él, señor duque, de él! repuso Nanón con un resto de delirio. ¿ Vos le habéis matado! ¡ Oh! ¡ El infeliz!

— ¡ Querida mía, me asustáis! ¿ Qué decis?

— Digo que le habéis matado. ¿ No comprendéis, señor duque?

— No, querida amiga, contestó el duque de Eperón, tratando de hacer hablar á Nanón, entrando en las ideas que le sugería su delirio. ¿ Cómo puedo yo haberle matado si no le conozco?

— ¿ No sabéis que es prisionero de guerra, que es capitán, que es gobernador, que tiene los mismos títulos y el mismo grado que ese pobre Richón, y que los Burdeleses van á vengar en él la muerte del que habéis hecho asesinar? Porque aunque hayáis tomado la apariencia de la justicia, es un verdadero asesinato, señor duque.

El duque de Eperón, desconcertado por este apóstrofe, por el fuego de aquellas centellantes miradas, por la acción febril y el gesto enérgico de Nanón, retrocedió palideciendo.

— ¡ Oh, es verdad, es verdad! exclamó golpeándose la frente: el pobre Canolles, le había olvidado.

— ¡ Mi hermano, mi pobre hermano! exclamó á su vez Nanón, feliz por poder dilatarse dando á su amante el título bajo el cual el señor de Eperón le conocía.

— ¡ Tenéis razón, por Cristo! dijo el duque, y yo soy quien no tiene juicio. ¿ Cómo diablos he olvidado á nuestro amigo? Pero aun no se ha perdido el tiempo; apenas podrá saberse á estas horas la noticia en Burdeos. Necesitan tiempo para reunirse, juzgar... y además, que dudarán.

— ¿ Ha dudado la reina? dijo Nanón.

— Pero la reina es la reina. Tiene derecho de vida y muerte... ellos son rebeldes.

— ¡ Ay! dijo Nanón, razón más para que no se paren en nada. Pero, veamos, decid, ¿ qué vais á hacer?

— Aun no lo sé; pero descansad en mí.

— ¡ Oh! dijo Nanón tratando de levantarse, aunque tenga que ir yo misma á Burdeos y entregarme en su puesto, no morirá.

— Tranquilizaos, querida amiga; eso me toca á mí. Yo he hecho el mal, y yo lo debo reparar, y lo haré á fé de caballero. La reina tiene aun algunos amigos en la ciudad; no os inquietéis.

El duque hacia esta promesa de todo corazón.

Nanón, comprendiendo la franqueza y la voluntad del duque, y leyendo la convicción en sus ojos, sintióse entonces animada de tanta alegría, que cogiéndole las manos estampó en ellas sus labios de fuego, y le dijo:

— ¡ Oh, monseñor! Si pudieseis salir bien, ¡ cuánto os amaría!

El duque se estremeció hasta verter lágrimas: esta era



la primera vez que Nanón le hablaba con esta expansión y que le hacía semejante promesa.

Salió en seguida del aposento, asegurando de nuevo á Nanón que no tenía que temer. Luego, haciendo venir á uno de sus criados, cuya destreza y fidelidad le eran bien conocidas, le mandó dirigirse á Burdeos, entrar en la ciudad, aunque tuviese que escalar las murallas, y entregar al asesor Lavia la nota siguiente, escrita toda de su propia mano:

« Impedir que suceda la menor molestia al señor de Canolles, capitán comandante de plaza al servicio de S. M.

» Si este oficial está preso, como se presume, ponerle en libertad por todos los medios posibles; seducir los guardias ofreciéndoles todo el oro que pidan; extenderse hasta cien mil escudos, hasta un millón, si es necesario, y empeñar la palabra del señor duque de Epernon para la dirección de un castillo real.

» Si la corrupción fracasa, tentar la fuerza: no detenerse en nada: la violencia, el incendio, la mortandad serán escusadas.

» Señas personales:

» Estatura alta, ojos pardos, nariz curva. — En caso de duda, preguntar: ¿Sois el hermano de Nanón?

» Prontitud: no hay que perder un minuto. »

El mensajero partió, entró en una quinta, trocó sus vestidos por un capotón de lienzo de un aldeano, y tres horas después penetró en la ciudad conduciendo una carreta cargada de harina.

Lavia recibió la carta un cuarto de hora después de la decisión del consejo de guerra. Hizose abrir la puerta del castillo, habló al carcelero principal, le ofreció veinte mil

libras, que rehusó, después treinta mil, que rehusó también, y últimamente cuarenta mil, que aceptó.

Ya sabemos como engañado por la apelación de: ¿Sois vos el hermano de Nanón? que, según el duque de Epernon, debía evitar todo equívoco, Cauviñac había respondido, cediendo al único movimiento de generosidad que tuviera en toda su vida: — Sí; y ocupando de este modo el puesto de Canolles, se había encontrado libre con grande admiración suya.

Cauviñac fué conducido en un ligero caballo hacia la aldea de Saint-Loubés, que pertenecía á los epernonistas. Allí se encontró un mensajero del duque, que venia al encuentro del fugitivo en un caballo, también del duque, bruto español de inestimable precio.

— ¿Se ha salvado? exclamó dirigiéndose al jefe de la escolta que conducía á Cauviñac.

— Sí, contestó éste, y le traemos.

Esto era lo único que tenía que saber el mensajero; hizo volver á su caballo y se lanzó rápido como un meteoro en la dirección de Liburnio. Hora y media después el caballo, rendido á las puertas de la ciudad, enviaba rodando á su jinete á los pies del duque de Epernon, que palpitaba de impaciencia esperando la palabra Sí. El mensajero, medio hecho pedazos, tuvo aun fuerza para pronunciar aquel esperado Sí, que costaba tan caro, y el duque se precipitó sin perder un segundo hacia el aposento de Nanón, que tendida aun en su lecho, trastornada y con la vista espantada, fijaba sus miradas insensatas en la puerta, henchida de sirvientes.

— Sí, exclamó el duque de Epernon, sí, está salvado, querida amiga; y me sigue, y vais á verle.

Nanón dió en su cama un salto de gozo; estas pocas palabras quitaban de su pecho el peso que la ahogaba:



extendió sus dos manos hacia el cielo, y bañada por las lágrimas que esta inesperada dicha hacía brotar de sus ojos, áridos por la desesperación, exclamó con un acento imposible de describir:

— ¡ Oh, Dios mío, Dios mío, te doy gracias !

Luego, bajando sus ojos del cielo á la tierra, vió á su lado al señor de Epernón, tan dichoso de su ventura, que se hubiera dicho que se interesaba á la par de ella por el querido prisionero. Solo entonces fué cuando se presentó á su espíritu.

— ¿ Cómo recompensar al duque por su bondad y su solicitud, cuando vea un extraño en el lugar de su hermano ? ¿ Cuando conozca la artimaña de un amor casi adúltero sustituido al puro sentimiento del cariño fraternal ? — La respuesta de Nanón á sí misma fué corta y enérgica.

— Y bien, no importa, dijo en su interior aquel corazón sublime á la vez por la abnegación y el desinterés, no le engañaré más, se lo diré todo, me echará de su lado, me maldecirá, y entonces me echaré á sus pies para darle gracias por lo que ha hecho por mí durante tres años. Luego, pobre y humillada, pero feliz y contenta, saldré de aquí rica con mi amor, y dichosa con la nueva vida que nos espera...

En medio de este éxtasis de abnegación, en que la ambición era sacrificada al amor, estaba la joven, cuando el ala de criados se abrió y un hombre se precipitó en la sala donde estaba Nanón acostada, exclamando:

— ¡ Hermana mía, mi buena hermana !

Nanón se incorporó, abrió extraordinariamente sus ojos, se puso más blanca que la almohada bordada que había detrás de su cabeza, y por segunda vez cayó como herida del rayo, murmurando:

— ¡ Cauviñac, Dios mío, Cauviñac !

— ¡ Cauviñac ! repitió el duque de Epernón mirando á su alrededor con asombro, como para buscar evidentemente al sujeto á quien esta interpelación se dirigía. Cauviñac, dijo, ¿ quién se llama aquí Cauviñac ?

Cauviñac no se atrevió á contestar : estaba todavía poco en salvo para tomarse semejante franqueza ; comprendía que respondiendo iba á perder á su hermana, y perdiendo á su hermana se arruinaba infaliblemente á sí mismo. Á pesar de su natural inventiva quedó cortado, dejando hablar á Nanón, para después corregir sus palabras.

— ¡ Y el señor de Canolles ! exclamó ésta con tono de furiosa reconvencción y lanzando á Cauviñac los rayos de sus ojos.

El duque arrugaba las cejas y empezaba á morderse el bigote. Los circunstantes, excepto Fineta, que estaba muy pálida, y Cauviñac que hacía todo lo posible por no palidecer, ignoraban el significado de aquella inesperada cólera, y se miraban asombrados entre sí.

— ¡ Pobre hermana ! murmuró Cauviñac al oído del duque, ha temido tanto por mi suerte, que delira y no me conoce.

— ¡ Á mí es á quien debes contestar, exclamó Nanón, miserable, á mí ! ¿ Dónde está el señor de Canolles ? ¿ Qué ha sido de él ? ¿ Responde pronto !

Cauviñac tomó una resolución desesperada : era necesario exponer el todo por el todo y atrincherarse en su propia desvergüenza ; porque buscar su salvación en una confesión, hacer conocer al señor de Epernón el doble personaje del falso Canolles á quien había favorecido, y el verdadero Cauviñac que había levantado tropas contra la reina y vendido estas mismas tropas á la reina, era querer ir á reunirse con Richón en la viga del mercado.



Acercóse, pues, al duque de Epernon, con lágrimas en los ojos le dijo:

— ¡Oh! Señor, eso no es ya delirio, es locura; y como veis, el dolor le ha trastornado el juicio hasta el punto de no conocer á sus más allegados. Si alguien puede restituirle la razón perdida, bien comprendéis que ese soy yo; haced, pues, os lo suplico, que todos esos sirvientes se retiren, á excepción de Fineta, que quedará aquí para darle los remedios que necesite; porque del mismo modo que yo, sentiréis ver reir á los extraños á expensas de esa pobre hermana mía.

Tal vez el señor de Epernon no habria cedido fácilmente al medio propuesto por Cauviñac, que á pesar de su credulidad, empezaba á inspirarle alguna desconfianza, si un mensajero no hubiese venido á decirle de parte de la reina que se le esperaba en palacio, con motivo de un consejo extraordinario convocado por el señor de Mazarino.

Mientras que el enviado desempeñaba su mensaje, Cauviñac se acercó á Nanón y le dijo con rapidez:

— En nombre del cielo, calmaos, hermana mía, para que podamos hablar algo á solas, y todo se reparará.

Nanón volvió á dejarse caer en la cama, sino tranquila, al menos dueña de sí misma: porque la esperanza, aunque administrada en muy pequeña dosis, es un bálsamo que aplaca los padecimientos del corazón.

En cuanto al señor de Epernon, decidido á ejecutar hasta el fin el papel de los Oriones y de los Gerontes, volvió junto á Nanón, y besándola la mano le dijo:

— Vamos, querida amiga, espero que la crisis habrá pasado ya; recobrad vuestros ánimos; voy á dejaros con ese hermano que tanto amáis, porque la reina me manda á llamar. Creed que sólo una orden de la reina puede

arrancarme de vuestro lado en semejante momento.

Nanón creyó que le faltaba valor. No tuvo fuerza para contestar al duque, y sólo miró á Cauviñac, apretándole la mano como diciéndole:

— ¿No me has engañado, hermano mío, puedo realmente esperar?

Cauviñac respondió á esta presión de mano con otra igual; y volviéndose al señor de Epernon, le dijo:

— Sí, señor duque, la crisis más fuerte á lo menos ha pasado, y mi hermana vá á recobrar la convicción de que tiene á su lado un amigo fiel y un corazón leal, dispuesto á emprenderlo todo por restituirle la libertad y la dicha.

Nanón no pudo contenerse por más tiempo, y rompió en sollozos, ella, la mujer sin lágrimas, la del espíritu fuerte; pero la habían conmovido tantas cosas, que no era ya más que una mujer ordinaria, es decir, débil, y por lo mismo sentía la necesidad de llorar. El señor de Epernon salió moviendo la cabeza y recomendando con una mirada Nanón á Cauviñac. Apenas estuvo fuera, cuando exclamó Nanón:

— ¡Oh! ¡Cuánto me ha hecho sufrir ese hombre! Si se hubiese detenido un momento más, creo que me habria muerto.

Cauviñac hizo con la mano una seña, que recomendaba silencio. Luego fué á aplicar el oído á la puerta para convencerse de que realmente se alejaba el duque.

— ¡Oh! ¡Qué me importa, exclamó Nanón, que escuche ó que no escuche? Me has dicho dos palabras para tranquilizarme; di, ¿qué piensas? ¿qué esperas?

— Hermana mía, dijo Cauviñac adoptando un aire grave que no le era habitual, no te afirmaré que estoy seguro de salir bien, pero te repito lo que ya he dicho: haré por conseguirlo todo cuanto cabe en el mundo.



— ¿Salir bien? ¿En qué? preguntó Nanón. ¿Nos entendemos bien esta vez y no hay aun entre nosotros algún terrible *quid pro quo*?

— En salvar al desgraciado Canolles.

Nanón fijó en él una mirada terrible.

— ¿Está perdido! ¿No es así?

— ¡Ay! contestó Cauviñac, si me exiges mi opinión franca y completa, confieso que la posición es mala.

— ¿Cómo lo dice! exclamó Nanón. ¿Pero sabes bien, desdichado, lo que es ese hombre para mí?.....

— Sé que es un hombre que prefieres á tu hermano, puesto que le salvabas mejor que á mí, y que al verme me has recibido lanzándome un anatema.

Nanón dió muestras de impaciencia.

— ¡Eh, pardiez! Razón tenías, dijo Cauviñac, y no te digo esto por reconvenirte, sino como simple observación; porque oye, con la mano sobre el corazón, no diré sobre mi conciencia por no exponerme á mentir, si estuviésemos aun los dos en el calabozo del castillo Trompeta, sabiendo lo que sé, diría al señor de Canolles: Caballero, vos habéis sido llamado hermano por Nanón, y á vos es á quien llaman y no á mí; y él habría venido en mi lugar, y yo habría muerto en el suyo.

— ¡Pero morirá! exclamó Nanón con esa explosión de dolor que prueba que en las inteligencias mejor organizadas el sentimiento de la muerte no tiene cabida jamás sino en el estado de temor, y nunca en el de certidumbre, puesto que la afirmación causa un golpe tan violento. ¿Pero morirá!

— Hermana mía, contestó Cauviñac, eso es cuanto puedo decirte, y sobre lo que es necesario basar cuanto vamos á hacer. Son las nueve de la noche: en dos horas que he venido corriendo, muchas cosas pueden haber

pasado. No te desesperes, ¡voto á tal! porque también puede no haber pasado nada. Me ocurre una idea.

— Dí pronto.

— Á una legua de Burdeos tengo cien hombres y mi teniente.

— ¿Hombre seguro?

— Ferguzón.

— ¿Y bien?

— Por más que diga el señor de Bouillon, por más que haga el señor de Larochehoucault y por más que piense la señora princesa, que se cree otro capitán igual á sus dos generales, tengo la idea de que con cien hombres, sacrificando la mitad, llegaré hasta Canolles.

— ¡Oh! ¡Te equivocas, hermano mio; no llegarás, no!

— Llegaré, ¡votová! ó me dejaré matar.

— ¡Ay! ¡Tu muerte me probará tu buen deseo, pero no le salvará! ¡Está perdido, perdido!

— Y yo te digo que no; así debiese entregarme en su puesto, exclamó Cauviñac con un transporte de casi generosidad, que le sorprendió á él mismo.

— ¡Entregarte tú!

— Sí, yo, sin duda; porque al fin nadie puede tener ni tiene motivo de odio contra ese buen Canolles, y todo el mundo le quiere, por el contrario; mientras que á mí se me detesta.

— ¿Á tí! ¿Y por qué se te detesta?

— Eso es muy sencillo, porque tengo la felicidad de estar unido á ti por los lazos más estrechos de la sangre. Perdona, querida hermana, pero es en extremo lisonjero para una buena realista lo que yo te digo.

— ¡Espera! dijo lentamente Nanón, poniéndole el dedo en los labios.

— Escucho.



— ¿Dices que me desprecian mucho los Burdeleses?

— Es decir, que te execran.

— ¡ Ah ! ¿ De veras ? repuso Nanón sonriendo, medio pensativa, medio alegre.

— No creí decirte con esto nada que te agradase tanto.

— Si tal, si tal, dijo Nanón : es, sino agradable, muy sensato á lo menos. Si, tienes mucha razón, continuó, hablando más bien consigo misma que con su hermano : no es al señor de Canolles á quien odian, ni á ti tampoco. — Oye, oye.

Entonces se levantó, cubrió su satinado y ardiente cuello con un largo manto de seda, y sentándose á la mesa escribió de prisa algunas líneas, que Cauvinac, por el colorido de su frente y la expansión de su seno, juzgó que debían de ser de mucha importancia.

— Toma esto, le dijo cerrando la carta. Vé solo, sin soldados, sin escolta, á Burdeos : en la caballeriza hay un caballo árabe que puede hacer el camino en una hora. Llega tan pronto como los medios humanos lo permitan ; presenta esta carta á la princesa, y el señor de Canolles se salvará.

Cauvinac miró á su hermana con asombro ; pero conociendo aquel genio vigoroso y decidido, no perdió tiempo en comentar las frases : bajó precipitadamente á la caballeriza, montó en el caballo designado, y al cabo de media hora había hecho de la mitad del camino. En cuanto á Nanón, luego que le vió partir desde su ventana, se arrodilló ; la atea hizo una corta plegaria, encerró sus alhajas y diamantes en un cofre, mandó disponer un coche, y se hizo adornar por Fineta con sus mejores vestidos.

## XLV

## Perdón y condena

La noche extendía sobre Burdeos su denso velo ; y excepto el cuartel de la Explanada, hacia el que todo el mundo se agolpaba, el resto de la ciudad parecía desierto. En las calles distantes de aquel punto privilegiado no se oía otro ruido que los pasos de las patrullas ; ninguna otra voz que la de alguna vieja al cerrar su puerta con terror.

Pero hacia el lado de la Explanada, á lo lejos, entre la bruma de la noche, se sentía un rumor sordo y continuo, semejante al ruido de las olas al retirarse de la playa.

La princesa acababa de terminar su correspondencia, y había mandado decir al duque de Larochevoucault que podía recibirle.

Á los pies de la princesa, humildemente sentada sobre un tapiz estudiando con la más viva ansiedad su semblante y su humor, la vizecondesa de Cambes parecía esperar el momento de hablar sin ser importuna ; pero esta paciencia contrahecha, esta dulzura estudiada, eran desmentidas sin duda por las crispaciones de su mano, que frotaban y desfilaban un pañuelo.

— ¡ Setenta y siete firmas ! dijo la princesa ; ya veis que está de hacer de reina no es todo miel, querida Clara.

— Si tal señora, respondió la señora de Cambes ; por-



— ¿Dices que me desprecian mucho los Burdeleses?

— Es decir, que te execran.

— ¡ Ah ! ¿ De veras ? repuso Nanón sonriendo, medio pensativa, medio alegre.

— No creí decirte con esto nada que te agradase tanto.

— Si tal, si tal, dijo Nanón : es, sino agradable, muy sensato á lo menos. Si, tienes mucha razón, continuó, hablando más bien consigo misma que con su hermano : no es al señor de Canolles á quien odian, ni á ti tampoco. — Oye, oye.

Entonces se levantó, cubrió su satinado y ardiente cuello con un largo manto de seda, y sentándose á la mesa escribió de prisa algunas líneas, que Cauvinac, por el colorido de su frente y la expansión de su seno, juzgó que debían de ser de mucha importancia.

— Toma esto, le dijo cerrando la carta. Vé solo, sin soldados, sin escolta, á Burdeos : en la caballeriza hay un caballo árabe que puede hacer el camino en una hora. Llega tan pronto como los medios humanos lo permitan ; presenta esta carta á la princesa, y el señor de Canolles se salvará.

Cauvinac miró á su hermana con asombro ; pero conociendo aquel genio vigoroso y decidido, no perdió tiempo en comentar las frases : bajó precipitadamente á la caballeriza, montó en el caballo designado, y al cabo de media hora había hecho de la mitad del camino. En cuanto á Nanón, luego que le vió partir desde su ventana, se arrodilló ; la atea hizo una corta plegaria, encerró sus alhajas y diamantes en un cofre, mandó disponer un coche, y se hizo adornar por Fineta con sus mejores vestidos.

## XLV

## Perdón y condena

La noche extendía sobre Burdeos su denso velo ; y excepto el cuartel de la Explanada, hacia el que todo el mundo se agolpaba, el resto de la ciudad parecía desierto. En las calles distantes de aquel punto privilegiado no se oía otro ruido que los pasos de las patrullas ; ninguna otra voz que la de alguna vieja al cerrar su puerta con terror.

Pero hacia el lado de la Explanada, á lo lejos, entre la bruma de la noche, se sentía un rumor sordo y continuo, semejante al ruido de las olas al retirarse de la playa.

La princesa acababa de terminar su correspondencia, y había mandado decir al duque de Larochevoucault que podía recibirle.

Á los pies de la princesa, humildemente sentada sobre un tapiz estudiando con la más viva ansiedad su semblante y su humor, la vizecondesa de Cambes parecía esperar el momento de hablar sin ser importuna ; pero esta paciencia contrahecha, esta dulzura estudiada, eran desmentidas sin duda por las crispaciones de su mano, que frotaban y deshilaban un pañuelo.

— ¡ Setenta y siete firmas ! dijo la princesa ; ya veis que está de hacer de reina no es todo miel, querida Clara.

— Si tal señora, respondió la señora de Cambes ; por-



que al tomar el puesto de la reina os habéis arrogado su más bello privilegio, el de hacer gracia.

— Y el de castigar, Clara, contestó orgullosamente la princesa de Condé; porque una de estas setenta y siete firmas vá al pie de una sentencia de muerte.

— Y la septuagésima octava habrá de ir al pie de un indulto. ¿ es verdad, señora ? dijo la vizcondesa con tono de súplica.

— ¿ Qué decís, chiquita ?

— Digo, señora, que creo que ya es tiempo de que yo vaya á libertar mi prisionero. ¿ No queréis que le evite el horrible espectáculo de ver conducir á su compañero á la muerte ? ¡ Ah, señora ! Ya que queréis hacer gracia, hacedla completa.

— Si, á fe mia, tienes razón, chiquita, repuso la princesa; pero á la verdad, en medio de mis graves ocupaciones había olvidado mi promesa, y has hecho bien en recordármela.

— Así, pues, exclamó la vizcondesa muy alegre...

— Es decir, que hagas lo que quieras.

— Entonces una firma más, señora, repuso Clara con una sonrisa, que habría enternecido el corazón más duro; sonrisa que ninguna pintura sabría imitar, porque pertenece solo á la mujer que ama, es decir, á la vida su más divina esencia.

Y colocó un papel sobre la mesa de la señora de Condé, indicándola con la punta del dedo el lugar en que debía poner la mano.

La princesa escribió :

« El señor gobernador del castillo Trompeta dejará entrar á la señora vizcondesa de Cambes en la prisión del barón de Canolles, á quien restituimos su completa libertad. »

— ¿ Es eso ? preguntó la princesa.

— ¡ Oh, sí, señora ! exclamó la vizcondesa de Cambes.

— ¿ Y es menester que firme ?

— Seguramente.

— Vamos, chiquita, dijo la princesa con su sonrisa más cordial, es necesario hacer todo lo que tú quieres. Y firmó.

La vizcondesa se precipitó sobre el papel como un águila sobre su presa. Apenas tuvo tiempo para dar las gracias á S. A. ; y estrechando el papel contra su corazón, se lanzó fuera del aposento.

En la escalera encontró al señor de Larocheffoucault, á quien seguía siempre un cortejo bastante numeroso de capitanes y gentes del pueblo en sus excursiones por la ciudad.

La señora de Cambes le dirigió un saludo módico y gracioso : el señor de Larocheffoucault admirado, se detuvo un instante en la meseta, y antes de entrar en la habitación de la princesa la siguió con la vista hasta lo hondo de las gradas.

Luego, al llegar junto á S. A., la dijo :

— Señora, todo está pronto.

— ¿ Dónde ?

— Allá bajo.

La señora de Condé recorrió su memoria.

— En la Explanada, continuó el duque.

— ¡ Ah, muy bien ! contestó la princesa afectando mucha calma, porque advertía que se la observaba, y que á pesar de su naturaleza de mujer, que la mandaba estremecerse, su dignidad de jefe de partido la ordenaba no debilitarse.

— Pues bien, si todo está pronto, andad, señor duque. El duque pareció dudar.



— ¿Acaso creierais conveniente que yo asistiese? dijo la princesa con un temblor de voz, que á pesar del dominio que tenía sobre sí misma, no pudo del todo reprimir.

— Como gustéis, señora, contestó el duque, que tal vez hacia en aquel momento uno de sus estudios fisiológicos.

— Veremos, duque, veremos. Vos sabéis que he hecho gracia á muchos condenados.

— Si, señora.

— ¿Y qué decis de esta medida?

— Digo que todo lo que V. A. hace está bien hecho.

— Si, contestó la princesa, eso me agrada más. Será más digno de nosotros mostrar á los eperonistas que no tenemos usar de represalias, tratar de potencia á potencia con S. M.; pero que confiados en nuestra fuerza, devolvemos el daño sin furor, sin exageración.

— Es muy político eso.

— ¿No es así, duque? dijo la señora de Condé, tratando de indagar en el acento de Larochehoucault su verdadera intención.

— Pero, continuó el duque, siempre seréis de opinión que uno de los dos expie la muerte de Richón; porque si esta muerte quedase sin vengar, se creería que V. A. estima en poco á los valientes que se consagran á su servicio.

— ¡Oh! ¡Ciertamente, uno de ellos morirá, á fé de princesa! Vivid tranquilo.

— ¿Y puedo saber á cuál de los dos ha hecho gracia V. A.?

— Al señor de Canolles.

— ¡Ah!

Este ¡ah! fué pronunciado de una manera singular.

— ¿Tendriais acaso algo de particular contra ese caballero, señor duque? le dijo la princesa.

— Yo, señora, ¿acaso tengo yo nada jamás en pro ni en contra de ninguno? Yo alineo los hombres en dos categorías, en obstáculos y apoyos. Es necesario derrocar los unos y sostener los otros... á proporción que nos sostienen. Esta es mi política, señora, y casi diría mi moral.

— ¿Qué diablo de impedimento medita y adónde itá á parar? se dijo para sí Lenet. Según todas las apariencias, detesta á ese pobre Canolles.

— Y bien, dijo el duque, si V. A. no tiene otra cosa que mandar....

— No, señor duque.

— Pues bien, con el permiso de V. A.

— ¿En esta noche misma? preguntó la princesa.

— Dentro de un cuarto de hora.

Lenet se dispuso á seguir al duque.

— ¿Vais á ver eso vos, Lenet? le dijo la señora de Condé.

— ¡Oh! No, señora, contestó Lenet, no estoy por las emociones violentas, bien lo sabéis; me contentaré con ir hasta la mitad del camino, es decir, hasta la prisión, y con ver el interesante cuadro de la soltura del pobre Canolles por la mujer que ama.

El duque hizo una mueca de filósofo: Lenet se encogió de hombros, y el cortejo fúnebre salió del palacio para restituirse á la prisión.

La vizcondesa de Cambes no había empleado cinco minutos en atravesar este espacio. Llegó, enseñó la orden al centinela del puente levadizo, luego al conserje del castillo, últimamente hizo llamar al gobernador.

Este examinó con esa mirada impasible de gobernador de una prisión, que no se amilana jamás ni ante las sentencias de muerte ni ante los decretos de indulto,



reconoció el sello y la firma de la princesa, saludó á la mensajera, y volviéndose hacia la puerta, dijo :

— Llamad al teniente.

Luego hizo seña de sentarse á la vizcondeza de Cambes, pero estaba ésta demasiado agitada para no combatir su impaciencia por medio del movimiento; permaneció en pie.

El gobernador creyó deber dirigirle la palabra.

— ¿ Conocéis al señor de Canolles ? dijo aquél en el mismo tono que hubiera preguntado qué tiempo hacia.

— ¡ Oh ! Sí, señor, respondió la señora de Cambes.

— ¿ Es tal vez vuestro hermano, señora ?

— No, señor.

— ¿ Vuestro amigo ?

— Es... es mi prometido, dijo la vizcondeza de Cambes, esperando que después de esta confesión el gobernador activaría la libertad del prisionero.

— ¡ Ah ! dijo el gobernador en el mismo tono que hasta entonces había adoptado. Os felicito, señora.

Y no teniendo más preguntas que hacer, el gobernador volvió á quedar en su inmovilidad y en su silencio.

El teniente entró.

— Señor de Outremont, dijo el gobernador, llamad al llavero en jefe, y haced poner en libertad al señor de Canolles. Aquí tenéis su orden de salida.

El teniente se inclinó y tomó el papel.

— ¿ Queréis esperar aquí ? preguntó el gobernador.

— ¿ Me es prohibido seguir al señor ?

— No, señora.

— Entonces le acompañaré ; ya conoceréis que quiero ser la primera que le diga que está salvado.

— Id, pues, señora, y admitid el homenaje de mis respetos.

La vizcondeza hizo una rápida reverencia al gobernador, y siguió al teniente.

Éste era justamente el joven que había hablado ya con Canolles [y Cauviñac, y se daba toda la prisa de la simpatía.

En un instante la vizcondeza de Cambes y él estuvieron en el patio.

— ¿ El llavero en jefe ? gritó el teniente.

Luego, volviéndose hacia la vizcondeza, añadió :

— Tranquilizaos, señora, dentro de un instante estará aquí.

El segundo carcelero vino.

— Señor teniente, dijo, el llavero en jefe ha desaparecido ; se le ha llamado inútilmente.

— ¡ Oh ! Caballero, exclamó la vizcondeza de Cambes, esto nos vá á retardar aún.

— No, señora, la orden es formal ; así, tranquilizaos.

La vizcondeza de Cambes le retribuyó con una de esas miradas que pertenecen solo á la mujer y al ángel.

— ¿ Tenéis dobles llaves de todos los calabozos ? preguntó el señor de Outremont.

— Sí, señor, contestó el carcelero.

— Abrid la sala del señor de Canolles.

— El señor de Canolles, ¿ el número 2 ?

— Precisamente, el número 2. Abrid pronto.

— Creo además, dijo el carcelero, que están juntos los dos. Se oscogerá el bueno.

En todos tiempos han sido chistosos los carceleros.

Pero la vizcondeza de Cambes era muy feliz para enfadarse del atroz chiste ; al contrario, se sonrió. Hubiera abrazado á aquel hombre, si necesario fuese, porque se apresurase por poder ver á Canolles un segundo más pronto.



En fin, se abre la puerta. Canolles, que ha oído pasos en el corredor, que ha conocido la voz de la señora de Cambes, se echa en sus brazos; y ella, olvidándose de que no es ni su marido ni su amante, le estrecha con toda su fuerza.

El peligro que ha corrido, aquella eterna separación que han tocado como el borde de un abismo, lo purifica todo.

— Y bien, amigo mío dijo Clara radiante de alegría y de orgullo, ya veis que cumplo mi palabra. He obtenido vuestro perdón, como os lo había prometido, y vengo á buscaros. ¡ Partamos!

Y al mismo tiempo que hablaba, conducía con fuerza á Canolles hacia el corredor.

— Caballero, dijo el teniente bien podéis consagrar toda vuestra vida á la señora, porque de seguro se la deléis á ella.

Canolles no contestó; pero sus ojos miraban con ternura al ángel libertador, su mano estrechaba la mano de la joven.

— ¡ Oh, no os deis tanta prisa! dijo el teniente sonriendo. Esto se acabó ya y sois libres; tomad al menos tiempo para abrir vuestras alas.

Pero la señora de Cambes, sin tener en cuenta estas palabras tranquilizadoras, continúa introduciendo á Canolles en los corredores. El barón se dejaba llevar, trocando algunas señas con el teniente. Llegaron á la escalera: la escalera fué descendida como si los dos amantes tuviesen las alas de que el teniente hablaba poco antes. Por último, se encontraron en el patio. Una puerta más que pasar, y la atmósfera de la prisión no pesaría sobre sus dos pobres corazones...

Esta puerta se abrió al fin.

Pero al otro lado de la puerta un grupo de caballeros, de guardias y arqueros, obstruía el puente levadizo. Éran estos el duque Larochehoucault y sus secuaces.

Sin saber por qué, la vizcondesa de Cambes es estremeció. Siempre que se había encontrado con aquel hombre le había ocurrido algún mal.

En cuanto á Canolles, si existió alguna emoción, quedó en el fondo de su pecho y no apareció en su semblante.

El duque saludó á la vizcondesa de Cambes y á Canolles, y aun se extendió á hacerles algunos cumplidos. Luego hizo una seña á la tropa de caballeros y guardias que le seguían, y se abrieron en ala.

Subitamente se dejó oír en el patio una voz que salía del fondo de los corredores, y resonaron estas palabras:

— ¡ Eh! El número 4 está vacío: el otro prisionero falta desde hace cinco minutos. En vano le busco sin poder hallarle en ninguna parte.

Estas palabras hicieron circular un largo estremecimiento entre todos los que las oyeron: el duque de Larochehoucault se conmovió; y no pudiendo reprimir un primer movimiento, extendió la mano hacia el barón de Canolles como para detenerle.

Clara vió este movimiento y palideció.

— ¡ Venid, venid, dijo ella al joven, démonos prisa!

— Perdonad, señora, dijo el duque, pero quisiera que tuvieseis paciencia por un momento, si lo tenéis á bien; aclararemos este error, cosa que os aseguro estará despachada en un minuto.

Y á otra seña del duque, la barrera que se había abierto se volvió á cerrar.

Canolles miró á la vizcondesa, al duque, á la escalera de donde venía la voz, y palideció á su vez.

— Pero, señor duque, dijo Clara, ¿ para qué he de



esperar? La señora princesa de Condé ha firmado la orden de libertad del señor de Canolles. Aquí la tenéis, tomad, vedla, es una orden nominal.

— Sí, no hay duda, señora, ni es mi intención negar la validez esa orden; tan buena será de aquí á un instante como ahora mismo. Tened paciencia, acabo de enviar á uno, que no puede tardar en volver.

— ¿Pero qué tenemos que ver con él? repuso la vizcondesa. ¿Qué hay de común entre el señor de Canolles y el prisionero número 1?

— Señor duque, dijo el capitán de guardias á quien Larochevoucault habia enviado, acabamos de buscar inútilmente. El otro prisionero no parece: el carcelero en jefe ha desaparecido también; y el hijo de éste que ha sido preguntado, dice que su padre y el prisionero han salido por la puerta secreta que da al río.

— ¡Oh! exclamó el duque. ¿Sabéis algo de eso, señor de Canolles? ¡Una evasión!

Á estas palabras, Canolles lo comprendió todo, todo lo adivinó. Conoció que era Nanón la que velaba por él, que á él es á quien vinieron á buscar y á quien se designaba con el nombre de hermano de la señora de Lartigues; que sin saberlo Cauvinac habia ocupado su puesto, encontrando la libertad donde creía hallar la muerte. Todas estas ideas entran á la vez en su cabeza. Ilévase las dos manos á la frente, palidece y vacila á su turno, y sólo se repone al ver á la señora de Cambes temblar sostenida en su brazo. Ninguna de estas demostraciones de terror se han ocultado á las miradas del duque.

— Cerrad las puertas, grito éste. Señor de Canolles, tened la bondad de esperar; ya conocéis que es preciso aclarar esto.

— Pero, señor duque, exclamó Clara, ¿creo que no

pretenderéis ir contra una orden de la princesa?

— No, señora, repuso el duque, pero si creo que es importante prevenirla de lo que pasa. No os diré voy á ir yo mismo: podriais creer que mi intención es de influir en nuestra augusta señora; pero si os diré: Id vos misma, señora, porque mejor que vos nadie sabrá solicitar la clemencia de la princesa.

Lenet hizo una seña imperceptible á Clara.

— ¡Oh, yo no le abandono! exclamó la señora de Cambes, estrechando convulsivamente el brazo del joven.

— Y yo, dijo Lenet, voy corriendo á avisar á S. A. Venid conmigo, capitán, y vos mismo, señor duque.

— Sea, os acompañaré. El capitán se quedará aquí y continuará las pesquisas en nuestra ausencia; tal vez se encuentre al otro prisionero.

Y como para dar apoyo á la última parte de su frase, el duque de Larochevoucault dijo al oído del oficial algunas palabras, y salió con Lenet. En el mismo instante los dos jóvenes fueron impelidos hacia el fondo del patio por el torrente de caballeros que acompañaban á Larochevoucault, detrás del cual se cerró la puerta.

En menos de diez minutos la escena habia tomado un carácter tan grave y sombrío, que los circunstantes, pálidos y mudos, se miraban entre sí, queriendo indagar en los ojos de Canolles y de Clara cuál de los dos sufre más. Canolles conoce que es preciso que él solo reuna toda la fuerza, y es grave y afectuoso para su amiga, que lívida, con los ojos encendidos y las rodillas trémulas, se afianza á su brazo, le oprime, le atrae á sí, le sonríe con un aspecto de ternura desgarradora, después vacila, tendiendo aquí y allí miradas de terror sobre todos aquellos hombres, entre los cuales busca en vano un amigo.

El capitán que ha recibido las órdenes del duque de



Larochefoucault, habla á su vez en voz baja con sus oficiales. Canolles, cuyo golpe de vista es seguro, y cuyo oído está atento, á la menor palabra que pueda cambiar sus dudas en certeza, le oye pronunciar estas palabras, á pesar de su precaución en hablar lo más bajo posible :

— Convendría por lo mismo encontrar un medio de alejar á esa pobre mujer.

Trata entonces de desprender su brazo de la sujeción alectuosa que le ratiene. La vizcondesa se aperece de su intención, y se aferra á él con todas sus fuerzas.

— Pero, exclamó ella, es necesario buscar aún : tal vez se ha buscado mal á ese hombre y puede que se le encuentre.

— Busquemos, busquemos todos. ¿ Es posible que se haya escapado ! ¿ Cómo no se habría ido el señor de Canolles lo mismo que él ? Vamos, señor capitán, yo os lo ruego, mandad que se le busque.

— Se le ha buscado, señora, contestó éste, y aun se le busca en este momento. El carcelero sabe muy bien que tiene pena de la vida si no presenta á su prisionero ; bien conocéis que le interesa hacer las más activas pesquisas.

— ¡ Dios mío, murmuró la vizcondesa, y el señor Lenet que no vuelva !

— Paciencia, querida amiga, paciencia, dijo Canolles con ese tono de dulzura con que se habla á los niños. El señor Lenet acaba de partir ahora mismo, apenas ha tenido tiempo para llegar á casa de la princesa ; dejadle tiempo para exponer el suceso y volver en seguida á traernos la respuesta.

Y al mismo tiempo que decía esto, apretaba con dulzura la mano de Clara.

Luego, viendo que el oficial que mandaba en el puesto

de Larochefoucault le miraba fijamente y con impaciencia :

— Capitán, le dijo, ¿ deseáis hablarme ?

— Seguramente, sí, caballero, contestó el capitán, á quien la vigilancia de la señora de Cambes tenía en un suplicio.

— Caballero, exclamó la vizcondesa, conducidnos á casa de la princesa, ¡ por favor ! ¿ Qué más os da ? ¿ No es lo mismo conducirnos á su casa que permanecer aquí en la incertidumbre ? S. A. le verá, caballero, me verá á mí, yo le hablaré, y reiterará su promesa.

El oficial, aprovechándose sin demora de esta idea emitida por la señora de Cambes, la dijo :

— Es un excelente pensamiento, señora. Id vos misma, id ; tenéis todas las probabilidades de un buen éxito.

— ¿ Qué decís á eso barón ? dijo la vizcondesa. ¿ Os parece bien ? Vos no querréis engañarme ; ¿ qué hago ?

— Id, señora, le dijo Canolles haciendo sobre sí un violento esfuerzo.

La señora de Cambes soltó su brazo, probó á dar algunos pasos, y volviéndose en seguida á su amante dijo :

— ¡ Eh ! ¡ No, no ; yo no le abandono !

Y viendo después la puerta que volvía á abrirse exclamó :

— ¡ Oh ! ¡ Dios sea bendito ! Ya vienen Lenet y el duque.

En efecto, detrás del duque de Larochefoucault, que aparecía con su aspecto impassible, venía Lenet, alterado y con las manos trémulas. Á la primera mirada que el pobre consejero cambió con Canolles comprendió éste que no había ya ninguna esperanza y que estaba condenado.

— Y bien, preguntó Clara haciendo un movimiento tan vehemente hacia Lenet que arrastró consigo á Canolles,



— Y bien, balbuceó Lenet, la princesa está indecisa...

— ¡Indecisa! exclamó la vizcondesa. ¿Qué significa eso?

— Esto significa que os llama, dijo el duque, y que desea hablaros.

— ¿Es verdad, señor Lenet? preguntó la vizcondesa, sin embarazarse por lo que esta pregunta tenía de insultante para el duque.

— Sí, señora, tartamudeó Lenet.

— ¡Pero y él? preguntó Clara.

— ¿Quién es él?

— El señor de Canolles.

— ¡Bah! El señor de Canolles volverá á su prisión y vos le traeréis la respuesta de la princesa, dijo el duque.

— ¿Permaneceréis con él, señor Lenet? preguntó la vizcondesa.

— Señora...

— ¿Permaneceréis con él; repitió ella.

— No me apartaré de su lado.

— No os aparteréis, ¿lo juráis?

— ¡Dios mío! murmuró Lenet mirando á aquel joven, que esperaba su sentencia, y á aquella mujer, á quien iba á matar una palabra. ¡Dios mío, ya que el uno está condenado, dadme fuerza al menos para salvar el otro!

— ¿No lo juráis, señor Lenet?

— Os lo juro, dijo el consejero poniéndose con fuerza la mano sobre su corazón, próximo á estallar.

— ¡Gracias, caballero! dijo Canolles muy bajo; os comprendo.

Después, volviéndose hacia la señora de Cambes, añadió:

— Id, señora; bien veis que no me amenaza ningún peligro entre Lenet y el señor duque.

— No la dejéis partir sin abrazarla, dijo Lenet.

— Un sudor frío subió á la frente de Canolles; sintió cubrir su vista una gasa; contuvo á la vizcondesa, que partía, y fingiendo tener que decirle algunas palabras en secreto, la acercó á su pecho, é inclinándose la dijo al oído:

— Suplicad sin bajeza, quiero vivir para vos; pero vos debéis querer que yo viva honrado.

— Suplicaré de modo que te salve, replicó ella. ¿No eres mi esposo delante de Dios?

Y al retirarse Canolles halló medio de desflorar su cuello con sus labios, pero con tanta circunspección, que no lo sintió ella, y que la pobre insensata se alejó sin darle su último beso. Sin embargo, en el momento de salir del patio se volvió, pero ya una barrera se había formado entre ella y el prisionero.

— Amigo, dijo la vizcondesa, ¿dónde estás que no te puedo ver? ¡Una palabra, una palabra más que me aleje con el eco de tu voz!

— ¡Idos, Clara, dijo Canolles, os espero!

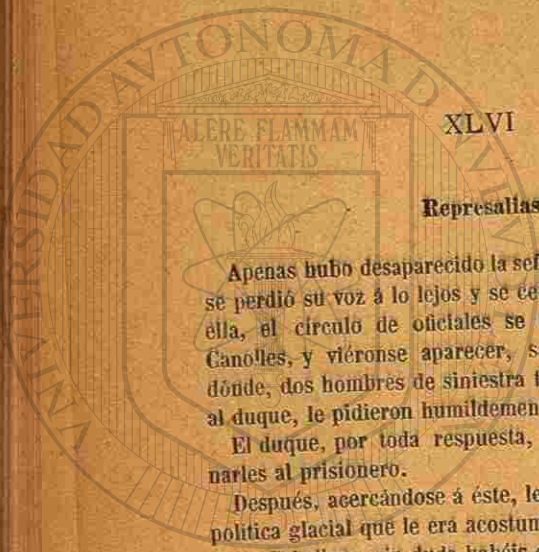
— Idos, señora, dijo un oficial caritativo; cuanto más antes os vayáis, más pronto volveréis.

— ¡Señor Lenet, querido Lenet, gritó la voz de Clara desde lejos, en vos confío, vos me respondéis de él!

Y la puerta se cerró detrás de ella.

— Por fin, murmuró el duque, por fin tocamos á lo posible, aunque no sin trabajo.





Represalias

Apenas hubo desaparecido la señora de Cambes, apenas se perdió su voz á lo lejos y se cerró la puerta detrás de ella, el círculo de oficiales se estrechó alrededor de Canolles, y vieron aparecer, saliendo no se sabe de dónde, dos hombres de siniestra figura, que acercándose al duque, le pidieron humildemente sus órdenes.

El duque, por toda respuesta, se contentó con designarles al prisionero.

Después, acercándose á éste, le dijo saludándole con la política glacial que le era acostumbrada :

— Caballero, sin duda habéis comprendido que la fuga de vuestro compañero de infortunio hace caer sobre vos la muerte á que estaba él destinado.

— Sí, señor, contestó Canolles, ó á lo menos lo sospecho ; mas lo que sé de cierto, es que la princesa ha hecho nominalmente gracia á mi persona. Yo he visto, y vos también habéis podido ver hace poco, la orden de libertad en manos de la señora vizcondesa de Cambes.

— Es cierto, caballero, contestó el duque ; mas la señora princesa no pudo precaver el caso que ocurre.

— ¿ Es decir, repuso Canolles, que la señora princesa retira su firma ?

— Así es, contestó el duque.

— ¡ Una princesa de sangre falta á su palabra !

El duque permaneció impasible.

Canolles miró á su alrededor.

— ¿ Ha llegado ya el momento ? dijo.

— Sí, señor.

— Creí que se esperaría la vuelta de la señora vizcondesa de Cambes ; se le ha prometido no hacer nada en su ausencia. ¡ Pero todo el mundo falta hoy á su palabra !

Y el prisionero fijó su vista llena de reconvención, no en el duque de Larochehoucault, sino en Lenet.

— ¡ Ay, caballero, exclamó éste con las lágrimas en los ojos, perdonadnos ! La señora de Condé ha rehusado positivamente vuestra gracia, por más que la he suplicado. El señor duque es testigo, y Dios también ; pero eran precisas las represalias á la muerte de Richón, y ha sido de piedra. Ahora juzgadme vos mismo, señor barón, en lugar de hacer pesar la situación terrible en que os halláis sobre vos y sobre la señora de Cambes, he osado, perdonadme, pues conozco que necesito mucho vuestro perdón, he osado hacerla pesar toda entera sobre vos, sobre vos, que sois un soldado, sobre vos, que sois un caballero.

— ¡ Según eso, balbuceó el barón, abogado por la emoción, según eso no la veré mas ! ¡ Cuatido me dijisteis que la abrazase, era por la última vez !

Un sollozo más fuerte que el estoicismo, que la razón y el orgullo, se escapó del pecho de Lenet ; se retiró hacia atrás y lloró amargamente. Canolles tendió entonces su penetrante mirada sobre todos aquellos hombres que le rodeaban : en todo el círculo no vió más que gentes endurecidas por la cruel muerte de Richón, y que observaban en su aspecto, si no habiéndose debilitado el uno se debilitaría el otro ; ó al lado de estas personas



tímidas, que contraían sus músculos para disimular sus emociones y hacer desaparecer las lágrimas y los suspiros.

— ¡ Oh, es horrible esta idea! murmuró el barón en un instante de ilustración sobrehumana en que descubre al alma horizontes infinitos sobre todo lo que se llama vida, es decir, sobre algunos cortos instantes de felicidad esparcidos como islas en medio de un océano de lágrimas y sufrimientos... ¡ Esto es horrible! ¡ Yo tenía una mujer adorada, que por primera vez venía á decirme que me amaba! ¡ Un porvenir largo y apacible! ¡ La realización del sueño de toda mi vida! ¡ Y en un instante, en un instante, en un segundo, la muerte toma posesión de todo esto!.....

Su corazón se oprimió, y sintió picarle los ojos como si fuese á llorar; pero en aquel momento recordó, como le había dicho Lenet, que era un hombre y un soldado.

— ¡ Orgullo, pensó él, solo y único valor que realmente existe, ven en mi ayuda! ¡ Yo llorar una cosa tan fútil como la vida!... ¡ Cuánto se reirían si pudieran decir: Canolles lloró al saber que iba á morir! ¡ Qué hice el día que vinieron á sitiarme en San Jorge, y donde los Burdeleses querían matarme como hoy? Combatí, me chanceé, reí... Y bien, por el cielo que me oye, y que tal vez está ofendido de mí, y por el diablo, que en este momento lucha con mi ángel bueno, haré hoy lo mismo que hice aquel día; y si no combato ya, á lo menos me chancearé aún, á lo menos reiré siempre.

En seguida su semblante quedó tan tranquilo, como si hubiesen huido todas las emociones de su corazón. Se pasó la mano por sus hermosos cabellos negros, y aproximándose con paso firme y la sonrisa en los labios á Larocheffoucault y Lenet, dijo:

— Señores, vos le sabéis: en este mundo, tan lleno de accidentes diversos, raros é inesperados, es preciso acostumbrarse á todo. Yo me he tomado, sin tener la atención de pedirlo, un minuto para acostumbrarme á la muerte; si es demasiado, os ruego me disimuléis el haberos hecho aguardar.

Un profundo asombro circuló por los grupos: el prisionero mismo conoció que del asombro se pasaba á la admiración. Este sentimiento tan glorioso para él, le engrandeció y duplicó sus fuerzas.

— Cuando gustéis, señores, dijo; yo soy ahora el que espera.

El duque, sobrecogido de estupor un instante, recobró su flema acostumbrada é hizo una seña.

Á esta seña se abrieron de nuevo las puertas, y el cortejo se dispuso para ponerse en marcha.

— ¡ Un momento, dijo Lenet con el fin de ganar tiempo, un momento, señor duque! — Conducimos al señor de Canolles á la muerte, ¿ no es cierto?

El duque hizo un movimiento de sorpresa, y Canolles miró con asombro á Lenet.

— Pues sí, dijo el duque.

— Bien, repuso Lenet: siendo así, este digno caballero no puede pasar sin un confesor.

— Perdonad, caballero, dijo Canolles, al contrario, pasará perfectamente sin él.

— ¡ Cómo! dijo Lenet haciendo al prisionero señas, que éste no quería comprender.

— Soy hugonote, replicó Canolles, y hugonote acérrimo, os lo advierto. Si queréis dispensarme un último favor, dejadme morir tal como soy.

Y á la vez que rehusaba, un gesto de gratitud hizo

UNIVERSIDAD DE LEON  
BIBLIOTECA DE LEON  
"ALFONSO XII"  
Apto. 1005 MONTEBERRY, MEXICO



conocer á Lenet que el barón habia comprendido perfectamente su pensamiento.

— Entonces, si nada nos detiene ya, marchemos, dijo el duque.

— ¡Que se confiese, que se confiese! gritaron algunos furiosos.

Canolles se alzó sobre las puntas de los pies, miró á su alrededor con ojo tranquilo y firme, y volviéndose hacia el duque, le dijo severamente:

— ¡Vamos á cometer bajezas, caballero? Me parece que si alguno tiene derecho de hacer su voluntad aquí, ese soy yo, que soy el héroe de la fiesta. Yo rehusé un comensal y pido el patíbulo, y esto lo más pronto posible; á mi vez estoy cansado de esperar.

— ¡Silencio, allá bajo! gritó el duque volviéndose hacia los grupos.

Luego, cuando el poderío de su voz y de su mirada hubo restablecido del todo el silencio, dijo á Canolles:

— Caballero, haréis lo que os agrade.

— Gracias. Entonces partamos y apretemos el paso... si queréis.

Lenet tomó el brazo de Canolles.

— Id, por el contrario, despacio, le dijo éste. ¿Quién sabe? Un sobresimiento, una reflexión, un suceso, son posibles. Andad lentamente, os lo exijo en nombre de la que os ama, y que llorará tanto si andamos demasiado aprisa.....

— ¡Oh! contestó Canolles, no me habléis de eso, os lo ruego; todo mi valor se estrella en ese pensamiento, ser separado de ella para siempre. Pero ¿qué digo?... Al contrario, señor Lenet, habládme de ella, repetidme que me ama, que me amará siempre y que me llorará sobre todo.

— Vamos, querido y desgraciado hijo, le dijo Lenet, no os enternezcais; pensad en que nos miran y que se ignora de qué hablamos.

Canolles levantó la cabeza con orgullo; y por un movimiento lleno de elegancia, sus hermosos y negros cabellos se desprendieron en bucles sobre su cuello. Habían llegado á la calle: numerosas antorchas iluminaban su marcha, de suerte que podía verse su semblante tranquilo.

Oyó que algunas mujeres lloraban y decían:

— ¡Pobre barón, tan joven y tan hermoso!

Siguió en silencio el camino, y luego dijo súbitamente Canolles:

— ¡Oh! Señor Lenet, sin embargo, quisiera verla todavía una vez.

— ¿Queréis que vaya á buscarla? ¿Queréis que os la traiga? preguntó Lenet, sin querer hacer lo que decía.

— ¡Oh, sí! murmuró Canolles.

— Pues bien, voy corriendo; pero la mataréis.

— ¡Mejor! dijo el barón, porque en aquel momento se apareció el egoísmo en su corazón, diciéndole: si la matas, no la poseerá otro jamás.

En seguida, sobreponiéndose, dijo conteniendo á Lenet:

— No, no: la habéis prometido permanecer á mi lado. Quedaos.

— ¿Qué dice? preguntó el duque al capitán de guardias.

Canolles oyó la pregunta.

— Digo, señor duque, contestó él, que no creía hubiese tanta distancia de la prisión á la Explanada.

— ¡Ay! repuso Lenet, no os quejéis, pobre joven, que ya llegamos.



En efecto, las antorchas que iluminaban la marcha de la vanguardia que precedía á la escolta, desaparecían en aquel momento al volver de una calle.

Lenet estrechó la mano del barón, y queriendo tentar un último esfuerzo antes de llegar al sitio de la ejecución, se dirigió al duque.

— Señor, le dijo muy quedo, por última vez os lo ruego, ¡gracia! Perdéis vuestra causa haciendo ejecutar á Canolles.

— Al contrario, repuso el duque, probamos así que la consideramos justa, puesto que no tenemos il usar de represalias.

— Las represalias se usan entre iguales, señor duque, y vos mismo lo decís, la reina será siempre la reina, y nosotros sus súbditos.

— No discutamos sobre tales cosas delante de Canolles, contestó alto el duque, bien veis que eso es inoportuno.

— No habléis de gracia delante del duque, dijo Canolles, bien veis que está en ocasión de dar su golpe de Estado: no le impidamos el paso por tan poca cosa.....

El duque no contestó; mas por la presión de sus labios y su mirada irónica, se conoció que el golpe había sido bien dirigido. Durante este tiempo se había continuado marchando, y Canolles á su vez se encontraba á la entrada de la Explanada. Á lo lejos, es decir, hacia la extremidad opuesta de la plaza, se veía la multitud apinada y un vasto círculo formado por los relucientes cañones de los mosquetes. En el centro se alzaba cierta cosa informe y negra, que Canolles no distinguió bien en las tinieblas: creyó que era un patíbulo ordinario; pero llegando súbitamente las antorchas al centro de la plaza,

iluminaron aquel objeto, al principio dudoso, y destacaron el perfil horrible de una horca.

— ¡Una horca! dijo Canolles deteniéndose y extendiendo la mano hacia la máquina. ¿No es una horca lo que veo allá abajo, señor duque?

— En efecto, no os equivocáis, contestó friamente aquel.

El rubor de la indignación coloreó la frente del joven, separó los dos soldados que marchaban á sus costados, y de un salto se encontró cara á cara con Larochefoucault.

— Caballero, dijo, ¿olvidáis que soy hidalgo? Todos saben, y el verdugo mismo no ignora, que un noble tiene derecho á que se le corte la cabeza.

— Caballero, hay circunstancias.....

— No os hablo en mi nombre, interrumpió Canolles, sino en nombre de toda la nobleza, en la que ocupáis un rango tan elevado, vos que habéis sido príncipe, vos que sois duque; y será un deshonor, no para mí, que soy inocente, sino para todos vosotros, cuantos sois, el que uno de los vuestros haya muerto en una horca.

— Caballero, el rey ha hecho ahorcar á Richón.

— Richón era un valiente soldado, noble por su corazón, tanto como el que más lo sea en el mundo, pero que no era noble de nacimiento; y yo lo soy.....

— ¿Olvidáis, repuso el duque, que aquí se trata de represalias? Aunque fueseis un príncipe de sangre, se os ahorcaría.

El barón, con un movimiento instintivo buscó la espada á su lado, pero no encontrándola, el sentimiento de su situación recobró toda su fuerza. Su cólera se desvaneció, y conoció que su superioridad estaba en su propia debilidad.



— Señor filósofo, le dijo, ¡desgraciados los que usan de represalias, y dos veces desgraciados los que al usarlas no dan oídos á la humanidad! Yo no pedía gracia pedía justicia. Hay personas que me aman, caballero, é insisto en esta palabra, porque sé que ignoráis que pueda amarse. Pues bien, en el corazón de esas personas vais á imprimir para siempre, con el recuerdo de mi muerte, la innoble imagen de la horca. Os pido una estocada, un mosquetazo; dadme vuestro puñal para que yo mismo me hiera, y luego colgad mi cadáver si os agrada.

— Richón ha sido ahorcado vivo, caballero, contestó friamente el duque.

— Está bien: ahora escuchadme. Día vendrá en que os herirá una terrible desgracia; ese día os acordaréis de que vuestra desgracia es un castigo del cielo. En cuanto á mí, muero con la convicción de que mi muerte es obra vuestra.

Y Canolles temblando y pálido, pero lleno de exaltación y de valor, se acercó á la horca colocándose desdeñoso y fiero frente á frente al populacho con el pie en el primer tramo de la escala.

— Ahora, señores verdugos, dijo, haced vuestro oficio.

— No hay más que uno, dijo la multitud sorprendida. ¡El otro! ¿Dónde está el otro? ¡Nos habian prometido dos!

— ¡Ah, esto me consuela! dijo Canolles sonriendo. Ese excelente populacho no está contento de lo que hacéis por él. ¿Lo oís, señor duque?

— ¡Muera! ¡muera! ¡Venganza á Richón! bramaron diez mil voces.

— Si yo los instara, pensó Canolles, serían capaces de hacerme pedazos, y entonces no me ahorcarían, y el duque rabiaría... ¡Sois unos cobardes! gritó. ¡Unos

miserables! Reconozco entre vosotros á los que estuviéron en el ataque del fuerte de San Jorge, y á quienes he visto huir. Hoy os vengáis de mí, porque os derroté.

Un rugido le respondió.

— ¡Sois unos cobardes, repuso él, unos rebeldes, unos miserables!

Mil puñales centellearon, y algunas piedras vinieron á caer al pie del patíbulo.

— Esto va bien, murmuró Canolles. Y luego dijo en alta voz: El rey ha hecho ahorcar á Richón, y ha hecho muy bien. Cuando tome á Burdeos, hará colgar á otros muchos.

À estas palabras, la multitud se precipitó como un torrente hacia la Explanada, trastornó los guardias, rompió las empalizadas y se lanzó rugiendo hacia el prisionero.

Sin embargo, á una señal del duque, uno de los verdugos habia suspendido el cuerpo de Canolles por debajo de los brazos, mientras el otro le pasaba un lazo al cuello.

Canolles sintió la presión de la cuerda y redobló sus injurias: si queria ser matado á tiempo, no habia que perder un minuto. En este instante supremo mira á su alrededor: en todas partes no vió otra cosa que ojos inflamados y armas amenazadoras.

Solamente un hombre, un soldado á caballo, le mostró su mosquete.

— ¡Cauviñac, ese es Cauviñac! exclamó Canolles, aferrándose á la escala con las dos manos, que no habian sido atadas.

Cauviñac le hizo una seña con su mosquete, y se lo echó á la cara.

Canolles le comprendió.

— ¡Sí, sí! gritó con un movimiento de cabeza.

Ahora digamos cómo Cauviñac se encontraba en aquel sitio.



## La súplica y la oferta

Ya hemos visto á Cauviñac salir de Liburnio y sabemos con qué objeto salió.

Cuando llegó adonde estaban sus soldados, mandados por Ferguzón, se detuvo un momento, no para tomar aliento, sino para ejecutar el plan que una marcha tan precipitada había permitido formar en media hora á su espíritu inventor.

En primer lugar, se habla dicho para sí con bastante razón, que si se atrevía á presentarse delante de la señora de Condé después de lo ocurrido, la princesa, que sin tener ninguna prevención contra el barón de Canolles le mandaba ahorcar, no dejaría de hacer otro tanto con él, teniendo alguna cosa que echarle en cara; y consistiendo su misión en salvar á Canolles, tal vez fracasaría ésta si le ahorcaban á él... Cambió de traje apresuradamente con uno de sus soldados, hizo que Barrabás, menos conocido que él de la señora de Condé, se pusiese sus mejores vestidos, y llevándosele consigo, continuó el camino de Burdeos. Entretanto, tan sólo le inquietaba el contenido de la carta de que era portador, y que Nanón había escrito con tanta confianza, que según ella había dicho, no era necesario más que entregársela á la princesa para que el barón de Canolles quedase en salvo. Esta inquie-

tud se fué aumentando hasta tal punto, que resolvió pura y sencillamente leer el contenido de la carta, haciéndose á sí mismo la observación de que un buen negociante no podrá salir bien en su negociación no conociendo completamente el asunto que se le ha encargado; y luego, es preciso decirlo, Cauviñac no tenía demasiada confianza en su prójimo, y Nanón, aunque era su hermana, podía guardarle algún rencor á su hermano, tanto por la aventura de Jaulnay, como por la evasión inesperada del castillo Trompeta, y ejecutando el papel de la casualidad, volver á poner cada cosa en su puesto, siendo sólo una simple tradición de familia.

Cauviñac abrió con la mayor facilidad el pliego, que estaba cerrado con un poco de lacre, sintiendo una impresión extraña y dolorosa al leer la carta.

Nanón había escrito lo siguiente:

« Señora princesa: es necesaria una víctima expiatoria al desgraciado Richón; pues bien, no debe recaer el castigo sobre el inocente, caiga solamente sobre la verdadera culpable; y no quiero que el barón de Canolles muera, porque matar al señor de Canolles sería vengar un asesinato con una alevosía. Cuando leáis esta carta no me quedará que andar más que una legua para llegar á Burdeos con todo lo que poseo; vos me entregaréis al pueblo, que me detesta, puesto que ya dos veces ha querido asesinarne, y guardaréis para vos mis riquezas, que ascienden á dos millones. ¡ Oh! Señora, os suplico de rodillas me concedáis esta gracia; yo soy en cierto modo causa de esta guerra: muerta yo, la provincia quedará pacificada y V. A. triunfante. ¡ Señora, un poco de término! No soltéis al barón de Canolles hasta que me entregáis en vuestro poder; pero entonces le soltaréis, ¿ no es verdad? »



» De esta suerte seré vuestra respetuosa y agradecida,  
» NANÓN DE LARTIGUES. »

Después de haber leído esta carta, Cauviñac se admiró de encontrar su corazón dilatado y sus ojos húmedos.

Permaneció inmóvil y mudo por un instante, como si no pudiese creer lo que acababa de leer. Después exclamó súbitamente:

— ¡ Es cierto que existen en el mundo corazones generosos por el placer de serlo! Y bien, ¡ voto á tal! se verá que yo soy tan capaz como otro cualquiera de ser generoso cuando es necesario.

Y como había llegado á la puerta de la ciudad, entregó la carta á Barrabás, dándole estas instrucciones:

— Á lo que te digan no contestas más que... « De parte del rey, » y no entregues esta carta sino á la princesa misma.

Y diciendo esto, mientras Barrabás se dirigía hacia el palacio de la princesa, Cauviñac emprendía el camino del castillo Trompeta.

Barrabás no encontró ningún impedimento: las calles estaban desiertas, la ciudad parecía abandonada, toda la población estaba agrupada en la Explanada y sus cercanías. Á la puerta del palacio los centinelas quisieron impedirle el paso, pero según le había dicho Cauviñac, agitó su carta gritando:

— ¡ De parte del rey!... ¡ De parte del rey!

Los centinelas creyeron que era un mensajero de corte y levantaron sus alabardas.

Barrabás penetró en el palacio lo mismo que había penetrado en la ciudad.

Si se recuerda, no es esta la primera vez que el digno sulbaterno de Cauviñac tenía el honor de entrar en el

palacio de la princesa. Echó pie á tierra, y como conocía el camino, se lanzó con rapidez en la escalera, y á través de los criados ocupados penetró hasta el fondo de los aposentos: allí se detuvo, porque se encontró delante de una mujer, en quien reconoció á la señora princesa de Condé, y á los pies de esta estaba otra mujer de rodillas.

— ¡ Oh! Señora gracia, en nombre del cielo! decía ésta.

— Clara contestó la princesa, déjame, sé razonable; ten presente en que hemos abdicado nuestra calidad de mujeres como hemos abdicado los trajes; nosotras somos solamente los tenientes del príncipe, y nos manda la razón de Estado.

— ¡ Oh! Señora, no hay razón de Estado para mí, dijo la vizecondesa. Yo no tengo ya partido político ni opinión; para mí no hay más que él en este mundo, que está próximo á dejar, y cuando le haya dejado no habrá para mí más que la muerte...

— Ya te he dicho, hija mía, que eso es imposible, dijo la princesa: ellos nos han matado á Richón, y si no devolvemos el mismo daño estamos deshonrados.

— Creedme, señora; jamás será deshonra el hacer gracia, el usar de un privilegio reservado al rey del cielo y á los reyes de la tierra: una sola palabra, señora; ¡ Ja espera el desdichado!

— Estás loca, Clara. ¿ No te digo que es imposible?

— ¡ Pero si ya le he dicho que estaba salvado, le he presentado su perdón firmado de vuestra propia mano le he dicho que iba á volver con la confirmación de esta gracia!

— Yo la di con la condición de que el otro moriría en su lugar. ¿ Por qué se ha dejado escapar al otro?



— El no tiene nada que ver con esa evasión, os lo juro; además, que el otro tal vez no esté en salvo; acaso se le encuentre...

— ¡ Ah ! Si, descuidad, dijo Barrabás, que llegaba en este momento.

— ¡ Señora, ved que le van á llevar, que el tiempo huye, que se van á cansar de esperar !

— Dices bien, Clara, repuso la princesa; porque yo di orden que á las once estuviese todo concluído, y están dando las once: todo debe haberse terminado.

La señora de Cambes lanzó un grito y se levantó: al levantarse se encontró cara á cara con Barrabás.

— ¿ Quién sois ? ¿ Qué queréis ? exclamó. ¿ Va venis á anunciarme su muerte ?

— No, señora, contestó Barrabás, tomando su más graciosa actitud: vengo, por el contrario, á salvarle.

— ¿ Cómo ? exclamó Clara. Hablad pronto.

— Entregando á S. A. esta carta.

La vizcondesa extendió el brazo, arrebató la carta de manos del mensajero, y presentándosela á la princesa, dijo:

— Ignoro lo que contiene esta carta; pero, en nombre del cielo, leed.

La señora de Condé abrió la carta y leyó alto, mientras que la señora de Cambes, palideciendo á cada línea, devoraba las palabras á medida que salían de los labios de la princesa.

— De Nanón, dijo la señora de Condé después de haber leído. ¡ Nanón está ahí ! ¡ Nanón se entrega ! ¿ Dónde está Lenet ? ¿ Dónde está el duque ? ¿ Cualquiera ! ¡ Uno !

— Yo estoy pronto á ir adonde V. A. ordene, dijo Barrabás.

— Id al momento á la Explanada, volad al sitio de la

ejecución, decid que se suspenda; pero no, esperad, no os creerán.

Y precipitándose sobre una pluma, escribió al pie del billete: *Suspended*, entregando la carta abierta á Barrabás, que se lanzó fuera del aposento.

— ¡ Oh ! murmuró Clara. Ella le ama más que yo; desgraciada de mí, á ella le deberá la vida.

Y la vizcondesa, que habia recibido en pie todos los choques de esta jornada, cayó como hériada del rayo sobre un sillón á esta sola idea.

Entretanto Barrabás, que no habia perdido un segundo, habia descendido la escalera como si tuviese alas, habia montado á caballo, y á galope tendido seguía el camino de la Explanada.

Mientras éste se encaminaba al palacio, Cauviñac se dirigía al castillo Trompeta.

Protegido por la noche, desfigurado con el ancho sombrero encajado hasta los ojos, preguntó y supo su propia evasión con todos sus pormenores, y además se enteró de que Canolles iba á pagar por él. En aquel momento, sin saber lo que iba á hacer, se dirigió hacia la Explanada, espoleando su caballo, hendiendo la muchedumbre, desbaratando, atropellando y destruyendo cuanto encuentra á su paso; llega al sitio fatal, vé la horea y da un grito, que se pierde entre los aullidos de aquel pueblo provocado por Canolles, á fin de hacerse despedazar por él.

En aquel momento lo percibe Canolles, adivina la intención de Cauviñac, y le indica con la cabeza que es bien venido.

Cauviñac se levanta sobre los estribos, mira á su alrededor por si acaso puede ver venir á Barrabás ó algún otro mensajero de la princesa, y atiende si se oye pronunciar la palabra; Gracia, perdón ! Pero no ve ni oye nada;



tan sólo vé á Canolles, á quien el verdugo va á desprender de la escala y á lanzarle á espacio, y que con una mano le señala su corazón.

En aquel instante, Cauviuac baja su mosquete en dirección al joven, se lo echa á la cara, apunta y hace fuego.

— Gracias, dijo Canolles abriendo los brazos; al fin muero á manos de un soldado.

La bala le había atravesado el pecho.

El verdugo empujó el cuerpo, que quedó suspendido al extremo de la infame cuerda... pero aquello ya no era más que un cadáver.

La detonación fué como una señal; partieron al momento otros mil mosquetazos. Una voz grita en aquel instante:

— ¡ Detened, detened, cortad la cuerda !

Pero aquella voz se perdió entre los alaridos de la muchedumbre. La cuerda había sido cortada por una bala: la guardia resiste en vano, y es atropellada por las avenidas del pueblo: el patíbulo es destrozado, arrasado reducido á a nada: los verdugos huyen, la muchedumbre, se extiende como una sombra, se apodera del cadáver, lo despedaza y arrastra hecho girones por la población.

La estúpida multitud creía contribuir en su odio al suplicio del noble joven, y le salvaba por el contrario de la infamia que tanto temía.

Durante este movimiento, Barrabás había llegado hasta el duque, y aunque había visto que llegaba demasiado tarde, le entregó el pliego de que era portador.

El duque, que se había contentado con retirarse un poco aparte en medio de los tiros, porque era tan frío é insensible en su valor como en todo cuanto hacía, abrió la carta y leyó.

— ¡ Qué lástima ! dijo volviéndose hacia sus oficiales.

Lo que proporciona esta Nanón hubiera valido quizás más; pero lo hecho está hecho.

Y después de un momento de reflexión, dijo:

— Á propósito, una vez que espera nuestra contestación al otro lado del río, acaso se encuentre medio de combinar este negocio.

Y sin pensar más en el mensajero, picó á su caballo y se lanzó con su escolta al palacio de la señora de Condé.

En aquel momento la tempestad, que hacia algún tiempo amenazaba, estalló sobre Búrdeos, y la lluvia, iluminada por los relámpagos y acompañada de los truenos, cayó sobre la plaza de la Explanada, como para lavar aquella sangre inocente.



## Una mujer como hay pocas

En tanto que esto pasaba en Burdeos, y mientras el populacho arrastraba por las calles el cuerpo del desgraciado Canelles, y el duque de Laroche-foucault se dirigía á lisonjear el orgullo de la señora de Condé, diciéndola que para hacer el mal era tan poderosa como una reina; mientras que Cauviñac y Barrabas ganaban las puertas de la ciudad, conociendo que era inútil llevar más adelante su misión, un coche, tirado por cuatro caballos, faltos de aliento y chorreando espuma, acababa de pasar por la ribera opuesta del Gironda á Burdeos, entre la aldea de Balerioix y la de la Bastida.

Acababan de dar las once.

Un postillón que seguía á caballo, saltó al momento á tierra tan luego como vió parado el coche, y abrió la portezuela.

Una mujer descendió con prontitud, miró al cielo, que estaba enrojecido por un reflejo sangriento, y se puso á escuchar los rumores que se oían á lo lejos.

— ¿Estás segura de que nadie nos ha seguido? le dijo á su camarera, que bajaba delante.

— Sí, señora, contestó ésta: los dos picadores que de orden vuestra se habían quedado detrás, acaban de llegar y dicen que no han visto ni oído nada.

— ¿Y tú no oyes nada hacia el lado de la ciudad?

— Me parece que oigo gritos lejanos.

— ¿No ves alguna cosa?

— Veo como la luz de un incendio.

— Esas son antorchas.

— Sí, señora, si, porque se agitan y corren como fuegos fatuos. ¿No ois, señora? el ruido se aumenta y los gritos casi se perciben.

— ¡Dios mío! baluceó la joven cayendo de rodillas sobre el suelo húmedo. ¡Dios mío, Dios mío!

Esta era su única plegaria. Una sola palabra se presentaba á su espíritu, y su boca no sabía articular más que el nombre del que solamente podía hacer un milagro en su favor.

En efecto, la camarera no se había equivocado: las antorchas se agitaban, los gritos parecían acercarse; se oyó un tiro seguido de otros cincuenta, después un gran tumulto, luego se fueron extinguendo las antorchas, y por último los gritos se alejaron. La lluvia empezó á caer y la tempestad bramaba en el silencio. ¡Pero qué le importaba todo esto á la joven! No era al rayo á lo que temía.

Permaneció con la vista fija hacia aquel punto en que había visto tantas luces y oído tan grande alboroto. No vió ni oyó nada más, y á luz de los relámpagos le pareció que la plaza se había quedado desierta.

— ¡Oh! exclamó, no tengo fuerzas para esperar más. ¡Á Burdeos! ¡Que me conduzcan al momento á Burdeos!

En aquel momento se oyó como un ruido de caballos que se iba acercando.

— ¡Ah! exclamó la joven, por fin vienen. ¡Véles allí! Adiós, Fineta, retírate, es necesario que yo vaya sola;



montáda en las ancas de vuestro caballo, Lombardo, y dejad en el coche todo lo que he traído.

— Pero, ¿qué vais á hacer, señora? dijo la camarera aturdida.

— ¡Adiós, Fineta, adiós!

— Pero, ¿por qué os despedís, señora? ¿A dónde vais?

— ¡A Burdeos!

— ¡Oh, no hagáis tal, señora, en nombre del cielo! Os matarán.

— Y bien, ¿para qué crees tú que yo quiero ir?...

— ¡Oh, señora!... ¡Lombardo, socorredme, ayúdame! Impidamos que la señora...

— ¡Silencio! Retirate, Fineta. Ya que te he tenido presente, sosiégate y vete, no quiero que te ocurra una desgracia. Obedece, que se acercan. ¡Véles ahí!

En aquel momento se adelantó hacia ellas un caballero, otro le seguía á corta distancia. Su caballo se siente rugir, más bien que respirar.

— ¡Hermana! ¡hermana mía! exclama. ¡Ah! Llego á tiempo.

— ¡Cauviñac! exclama Nanón. Y bien, ¿se ha concertado eso? ¿me esperan? ¿partimos?

Pero Cauviñac en lugar de contestarla, se arroja de su caballo al suelo, coge en sus brazos á Nanón, que se deja conducir con la inmóvil rigidez de los espectros y los locos, la coloca en el coche, hace subir á Fineta y á Lombardo á su lado, cierra la portezuela y salta sobre su caballo. En vano la pobre Nanón vuelta en sí se risiste y grita.

— No la soltéis dijo Cauviñac, por nada del mundo no la soltéis. Barrabás, guarda la otra portezuela; y tú, cochero, si dejas el galope, te salto los sesos.

Estas órdenes fueron tan rápidas, que hubo un momento de indecisión. El carruaje tardaba en arrancar, los criados temblaban, los caballos vacilaban al partir.

— ¡Aprisa, con mil diablos! gritó Gauviñac. ¡Que vienen, que vienen!

En efecto, á lo lejos se empezaban á sentir pisadas de caballos, como se percibe el rugido de un trueno que se vá aproximando rápido y amenazador.

El miedo es contagioso. El cochero á la voz de Cauviñac comprendió que amenazaba algún gran peligro, y golpeó los costados de sus caballos.

— ¿Á dónde vamos? dijo.

— ¡A Burdeos, á Burdeos! gritaba Nanón desde el interior del carruaje.

— ¡Á Liburnio, con mil rayos! grita Cauviñac.

— Señor, los caballos caerán muertos antes de andar dos leguas.

— ¡No exijo que anden tanto! grita Cauviñac golpeándoles con su espada. Que lleguen hasta el puesto de Ferguson es cuanto desco.

Y la pesada máquina arranca, parte y rueda con espantosa rapidez. Hombres y caballos se animan unos á otros, los unos con gritos y los otros con relinchos.

Nanón trataba de retroceder, de luchar, pretendiendo saltar del carruaje abajo; pero su fuerzas quedan agotadas con la lucha; cae de espaldas rendida de fatiga. No oye ni vé. Á fuerza de buscar á Cauviñac entre aquella confusión de sombras fugitivas, la acomete un vértigo, cierra los ojos, dá un grito y queda fría en los brazos de su camarera.

Cauviñac se adelanta, sale huyendo al frente de los caballos. El suyo deja un rastro de fuego sobre el empedrado del camino.



— ¡ Á mi, Ferguzón, á mi ! grita.

Y oye como un hurra en lontananza.

— ¡ Oh, infierno ! exclama Cauviñac, tú luchas contra mí, pero hoy perderás aún. — ¡ Ferguzón, á mí, Ferguzón !

Dos ó tres tiros retumban por detrás, pero al frente se les contesta con una descarga cerrada.

El coche se para ; dos de los caballos han caido de fatiga, otro herido de un balazo.

Ferguzón y su gente caen sobre las tropas del duque de Larochehoucault. Como es triple el número, los Burdeleses incapaces de resistir, vuelven grupas, y vencedores y vencidos, perseguidores y fugitivos, semejantes á una nube arrebatada por el viento, desaparecen en la noche.

Cauviñac queda solo con los criados, y Fineta sosteniendo á Nanón, que está privada de sentido.

Felizmente, se hallaban tan solo á unos cien pasos de la aldea de Carbonblanc. Cauviñac llevó á Nanón en sus brazos hasta la primera casa del pueblo. Allí, después de haber dado orden de traer el carruaje, colocó á su hermana en una cama ; y sacando de su bolsillo una cosa que á Fineta no le fué posible distinguir, la introdujo en la crispada mano de la desgraciada señora.

— Al día siguiente, al salir Nanón de lo que creía que había sido un ensueño horroroso, se llevó la mano á la cara, y un objeto sedoso y perfumado acarició sus labios.

Era un bucle de cabellos de Canolles, que Cauviñac había conquistado heroicamente con peligro de su vida, entre los tigres Burdeleses.

## XLIX

### La despedida del siglo

En el espacio de ocho días con sus noches, la vizcondesa de Cambes estuvo yerta y delirando sobre la cama, adonde se la había conducido desmayada después de haber recibido la fatal noticia.

Sus camareras velaban en torno suyo, y Pompeyo guardaba la puerta. Tan sólo este antiguo criado, arrodillado ante el lecho de su desgraciada señora, podía despertar en ella un destello de razón.

Numerosas eran las visitas que se acercaban á su puerta ; pero el fiel escudero, inflexible en su consigna como un soldado veterano, defendía vigorosamente la entrada, tanto por la convicción que tenia de que toda visita sería importuna á su señora, cuanto por la orden del médico, que temía sufriese la vizcondesa de Cambes alguna fuerte emoción.

Todas las mañanas se presentaba Lenet á la puerta de Clara, pero no era mejor recibido que los otros. La princesa misma se presentó á su vez con un gran séquito un día que acababa de visitar á la madre del pobre Richón, que habitaba en un arrabal de la ciudad. El fin de la princesa, aparte del interés que la inspiraba la señora de Cambes, era el de blasonar de una imparcialidad completa.

Se presentó dándose la importancia de una soberana ;



— ¡ Á mi, Ferguzón, á mi ! grita.

Y oye como un hurra en lontananza.

— ¡ Oh, infierno ! exclama Cauviñac, tú luchas contra mí, pero hoy perderás aún. — ¡ Ferguzón, á mí, Ferguzón !

Dos ó tres tiros retumban por detrás, pero al frente se les contesta con una descarga cerrada.

El coche se para ; dos de los caballos han caido de fatiga, otro herido de un balazo.

Ferguzón y su gente caen sobre las tropas del duque de Larochehoucault. Como es triple el número, los Burdeleses incapaces de resistir, vuelven grupas, y vencedores y vencidos, perseguidores y fugitivos, semejantes á una nube arrebatada por el viento, desaparecen en la noche.

Cauviñac queda solo con los criados, y Fineta sosteniendo á Nanón, que está privada de sentido.

Felizmente, se hallaban tan solo á unos cien pasos de la aldea de Carbonblanc. Cauviñac llevó á Nanón en sus brazos hasta la primera casa del pueblo. Allí, después de haber dado orden de traer el carruaje, colocó á su hermana en una cama ; y sacando de su bolsillo una cosa que á Fineta no le fué posible distinguir, la introdujo en la crispada mano de la desgraciada señora.

— Al día siguiente, al salir Nanón de lo que creía que había sido un ensueño horroroso, se llevó la mano á la cara, y un objeto sedoso y perfumado acarició sus labios.

Era un bucle de cabellos de Canolles, que Cauviñac había conquistado heroicamente con peligro de su vida, entre los tigres Burdeleses.

## XLIX

### La despedida del siglo

En el espacio de ocho días con sus noches, la vizcondesa de Cambes estuvo yerta y delirando sobre la cama, adonde se la había conducido desmayada después de haber recibido la fatal noticia.

Sus camareras velaban en torno suyo, y Pompeyo guardaba la puerta. Tan sólo este antiguo criado, arrodillado ante el lecho de su desgraciada señora, podía despertar en ella un destello de razón.

Numerosas eran las visitas que se acercaban á su puerta ; pero el fiel escudero, inflexible en su consigna como un soldado veterano, defendía vigorosamente la entrada, tanto por la convicción que tenia de que toda visita sería importuna á su señora, cuanto por la orden del médico, que temía sufriese la vizcondesa de Cambes alguna fuerte emoción.

Todas las mañanas se presentaba Lenet á la puerta de Clara, pero no era mejor recibido que los otros. La princesa misma se presentó á su vez con un gran séquito un día que acababa de visitar á la madre del pobre Richón, que habitaba en un arrabal de la ciudad. El fin de la princesa, aparte del interés que la inspiraba la señora de Cambes, era el de blasonar de una imparcialidad completa.

Se presentó dándose la importancia de una soberana ;



pero Pompeyo la hizo observar que tenía una consigna de la cual no podía separarse; que todo hombre, sin excepción de los duques y generales, y todas las mujeres, incluso las princesas, estaban sujetas á estas consignas, y la señora de Condé más que ninguna, atendiendo á que después de lo ocurrido, su vista podía acarrear á la enferma una crisis terrible.

La señora de Condé, que satisfacía ó creía satisfacer un deber, y que no deseaba otra cosa que retirarse, no se le dejó repetir, y partió con su comitiva.

Al noveno día había recobrado la vizcondesa su conocimiento; se había observado que mientras su delirio no había cesado de llorar. Aunque por lo común la fiebre sigue á las lágrimas, las suyas, por decirlo así, habían abierto un surco bajo sus párpados, circundados de un color rojo y azul pálido, como los de la sublime Virgen de Rubens.

El día noveno, como llevamos dicho, en el momento en que menos lo esperaba, y cuando se empezaba á desesperar, recobró la razón como por encanto. Sus lágrimas se agotaron, sus ojos circularon en torno de ella, deteniéndose con una triste sonrisa en sus camareras, que la habían cuidado con tanto esmero, y en Pompeyo, que la había guardado con tanto afán. Entonces, permaneciendo silenciosa con los ojos enjutos y apoyada en el codo por algunas horas, prosiguió en el mismo pensamiento que incesantemente renacía con más vigor en su inteligencia regenerada.

Luego, súbitamente y sin pensar en si sus fuerzas correspondían á su resolución dijo:

— Vestídmeme.

Las camareras se le acercaron admiradas y quisieron hacerla algunas observaciones. Pompeyo dió algunos

pasos por la sala juntando las manos como para implorar.

Pero la señora de Cambes repitió cariñosamente aunque con firmeza:

— ¡ He dicho que me vistáis, vestídmeme!

Las doncellas se dispusieron á obedecer. Pompeyo se inclinó y salió andando de espaldas.

¡ Ay! Á lo rollizo y sonrosado de sus mejillas había sustituido la sequedad y la palidez de los moribundos. Su mano, siempre bella y de hechicera forma, se alzaba diáfana y de un blanco mate como el del marfil, que oscurecía la blancura de la batista en que estaba envuelta. Bajo su delicado cutis corrían las venas violadas, síntomas de la consunción causada por un largo padecimiento.

Los vestidos que se había quitado la vispera, y que por decirlo así, dibujaban su elegante talle, caían á su alrededor en anchos pliegues. Se la vistió conforme deseaba, pero el tocado duró mucho, porque estaba tan débil, que por tres veces se sintió mal. Cuando ya estuvo vestida se acercó á una ventana, pero retrocedió súbitamente como si la vista del cielo y de la ciudad la hubiese aterrado; fué á sentarse á una mesa, pidió tintero y pluma, y escribió á la señora de Condé pidiéndola que le hiciera el favor de otorgarle una audiencia. Diez minutos después de haber enviado esta carta por medio de Pompeyo, se oyó el ruido de un carruaje que paraba delante del edificio, y casi en seguida fué anunciada la señora de Tourville.

— ¿ Sois vos seguramente, preguntó aquélla á la señora de Cambes, quien ha escrito á la princesa pidiéndola una audiencia? ®

— Sí, señora, la dijo la vizcondesa; ¿ me la negará?

— Todo lo contrario, querida niña, porque vengo á decirlo de su parte que bien sabéis que no necesitáis



audiencia, y que podéis entrar á todas horas del día y de la noche en el palacio de S. A.

— Gracias, señora, contestó Clara; voy á aprovecharme del permiso.

— ¿Cómo? dijo la de Tourville. ¿Vais á salir en ese estado?

— Tranquilizaos, señora, contestó la de Cambes, me siento perfectamente.

— ¿Y vais á venir?

— Dentro de un momento.

— Voy á prevenir á S. A. de vuestra llegada.

Y la señora de Tourville salió como había entrado, después de haber hecho á la señora de Cambes una ceremoniosa reverencia. La noticia de esta inesperada visita produjo, como se deja conocer, un gran efecto en aquella pequeña corte. La situación de la señora de Cambes había inspirado un interés tan vivo como general, porque faltaba mucho para que todos aprobasen la conducta de la señora de Condé en las últimas circunstancias. La curiosidad llegaba á su colmo: oficiales, damas de honor y cortesanos ocupaban el gabinete de la princesa, no pudiendo creer en la visita prometida, porque el día anterior se había pintado como casi desesperada la situación de la vizcondesa de Cambes.

Súbitamente anunciaron á la señora vizcondesa de Cambes. Clara apareció.

Al aspecto de aquel semblante pálido como la cera, frío é inmóvil como el mármol y sus ojos hundidos y opacos, que no tenían más que un destello, último reflejo de las lágrimas que había vertido, un doloroso murmullo se levantó en torno de la princesa.

La vizcondesa de Cambes no pareció notarlos.

Lenet se levantó conmovido y la tendió la mano.

Pero la vizcondesa, sin dar la suya, hizo un saludo lleno de nobleza á la princesa y se dirigió hacia ella atravesando toda la longitud de la sala con paso firme; pero como estaba tan pálida, á cada paso que daba podía creerse que iba á caer.

La señora de Condé, muy agitada y pálida también, vió acercarse á la vizcondesa, con un sentimiento parecido al espanto, y no tuvo poder para ocultar este sentimiento que á su pesar se dibujaba en su rostro.

— Señora, dijo Clara con una voz grave, he solicitado una audiencia de V. A., que ha tenido á bien acordarme, para preguntarla delante de todos si desde que tengo el honor de servirla se encuentra satisfecha de mi fidelidad y decisión.

La princesa se llevó el pañuelo á los labios, y contestó balbuceando:

— Sin duda alguna, querida Clara, en todas ocasiones he estado contenta de vos, y más de una vez os he manifestado mi gratitud.

— Esta manifestación es preciosa para mí, señora, contestó la vizcondesa de Cambes, porque ella me autoriza para solicitar el favor de despedirme de V. A.

— ¡Cómo! exclamó la señora de Condé. ¿Me abandonáis, Clara?

La vizcondesa saludó respetuosamente y calló.

En todos los semblantes se veía la vergüenza, el remordimiento ó el dolor. Un silencio fúnebre se había apoderado de toda la asamblea.

— ¿Pero por qué me dejáis? dijo la princesa.

— Me restan pocos días de vida, señora, repuso la señora de Cambes, y estos pocos días deseo emplearlos en la salvación de mi alma.



— Clara, querida Clara, exclamó la princesa, reflexionad....

— Señora, interrumpió la de Cambes, dos gracias tengo que pedirlos. ¿ Puedo esperar que me las concedáis?

— ¡ Oh, hablad, hablad! exclamó la princesa, pues tendría muchísimo gusto en hacer algo por vos.

— Lo podéis hacer, señora.

— Entonces, ¿ cuáles son?

— La primera es que me concedáis la abadía de Santa Raimunda, vacante por muerte de la señora de Montvey.

— ¡ Una abadía para vos, querida niña! Reflexionadlo bien.

— La segunda, señora, continuó la vizcondesa con un leve temblor en la voz, es que se me permita hacer sepultar en mi dominio de Cambes el cuerpo de mi prometido, el señor Raoul de Canolles, asesinado por los habitantes de Burdeos.

La señora de Condé se volvió comprimiendo su corazón con su mano. El duque de Larochefoucault palideció y perdió su compostura. Lenet abrió la puerta de la sala y huyó precipitadamente.

— ¿ No contesta V. A. ? dijo la vizcondesa. ¿ Lo niega? ¿ Acaso he pedido mucho?

La princesa no tuvo fuerzas más que para hacer un movimiento de cabeza en señal de asentimiento, y cayó desmayada en su sitial.

La señora de Cambes se volvió, como lo hubiera hecho una estatua movida por un resorte, y abriendo los circunstantes una ancha calle delante de ella, pasó erguida é impasible por delante de todas aquellas frentes inclinadas. Tan sólo cuando hubo salido de la sala, se notó que nadie había pensado en socorrer á la princesa.

Al cabo de cinco minutos se sintió el ruido de un ca-

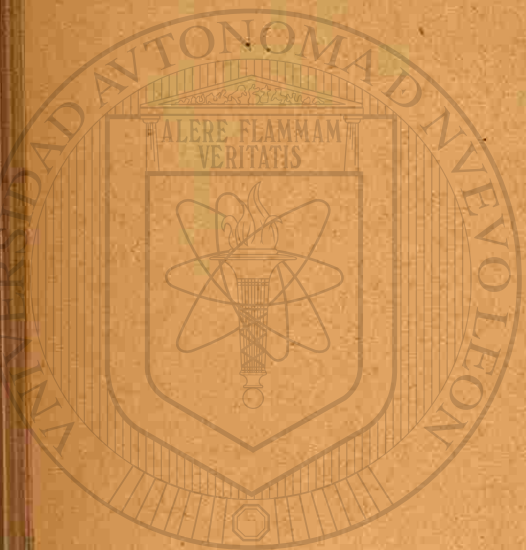
rruaje en el patio. Era la vizcondesa de Cambes que se alejaba de Burdeos.

— ¿ Qué decide V. A. ? preguntó la marquesa de Tourville á la princesa luego que ésta volvió en sí.

— Que se obedezca á la señora vizcondesa de Cambes en el cumplimiento de los dos deseos que ha manifestado hace poco, y al mismo tiempo que se la suplique nos perdone.

FIN





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

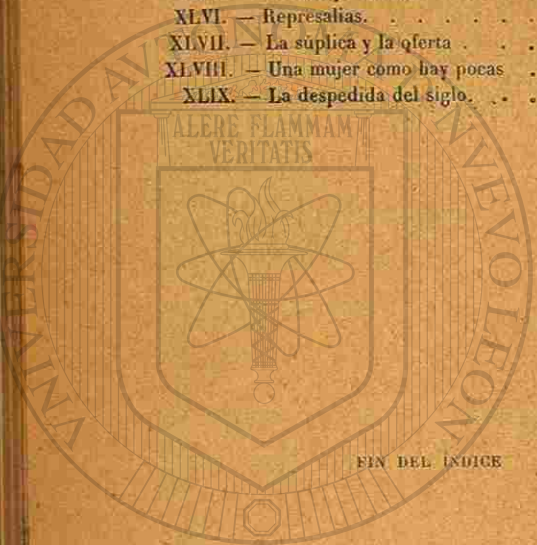
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## ÍNDICE

	Páginas.
XXI. — La sorpresa. . . . .	5
XXII. — El encuentro. . . . .	11
XXIII. — Los proyectos. . . . .	24
XXIV. — La entrada en Burdeos. . . . .	37
XXV. — El convite. . . . .	50
XXVI. — El parlamentario. . . . .	61
XXVII. — La ronda nocturna. . . . .	75
XXVIII. — El asalto. . . . .	80
XXIX. — Los vencidos. . . . .	94
XXX. — La traición. . . . .	108
XXXI. — Los vencedores. . . . .	125
XXXII. — Las protestas de amor. . . . .	150
XXXIII. — La fortaleza de Vayres. . . . .	140
XXXIV. — Ataque y defensa. . . . .	151
XXXV. — La audiencia particular. . . . .	164
XXXVI. — El gobernador de Braum. . . . .	174
XXXVII. — La capitulación de Vayres. . . . .	184
XXXVIII. — El consejo de guerra. . . . .	191
XXXIX. — El arresto. . . . .	206
XL. — El tribunal. . . . .	220
XLI. — La sentencia. . . . .	229
XLII. — El pase. . . . .	245
XLIII. — Los prisioneros de guerra. . . . .	252



XLIV. — Consecuencias de un engaño . . . . .	278
XLV. — Perdón y condena. . . . .	291
XLVI. — Represalias. . . . .	306
XLVII. — La súplica y la oferta . . . . .	316
XLVIII. — Una mujer como hay pocas . . . . .	324
XLIX. — La despedida del siglo. . . . .	329



FIN DEL INDICE

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

